



La  
**BIBLIA**  
Popular

Esdras

Nehemías

Ester

Job

Salmos

Proverbios

Eslesiastés

Cantares

**Isaías**

**1-39**

Jeremías

Lamentaciones

Ezequiel

**John A. Braun**

# **La Biblia Popular**

## **Isaías**

### **1-39**

**John A. Braun**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida ni almacenada, en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Librería del Congreso Tarjeta 2003102885  
Northwestern Publishing House  
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284  
©2003 por Northwestern Publishing House  
Publicado en 2003  
Impreso en los Estados Unidos de América  
ISBN 0-8100-1570-6

# CONTENIDO

---

<i>Prefacio del Editor</i> .....	v
<i>Prefacio a la edición en español</i> .....	vi

<b>Introducción a Isaías 1-39</b> .....	1
<b>I. Ayes y Juicios (1:1-39:8)</b> .....	20
A. Profecías concernientes a Judá y Jerusalén (1:1-12:6) .....	20
B. Profecías anunciando el juicio sobre varias naciones (13:1-23:18) .....	159
C. Profecías del juicio de Dios sobre la tierra (24:1-35:10) .....	236
D. Isaías cierra el libro sobre Asiria y presenta a Babilonia (36:1-39:8) .....	373

**II. Ánimo y consuelo (40:1-66:24) \***

\*La segunda parte se trata en Isaías 40-66

# ILUSTRACIONES

---

El profeta Isaías .....	viii
Porque un niño nos ha nacido .....	124
El ángel de Jehová.....	393

# MAPA

---

El Medio Oriente en tiempos de Isaías .....	407
---	-----

*Señor, tú estableces la paz en favor nuestro,  
porque tú eres quien realiza todas nuestras obras.*

Isaías 26:12 (NVI)

# PREFACIO DEL EDITOR

---

*La Biblia Popular* es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras que se encuentran en la versión Reina Valera 1995. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: aplicaciones personales, antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos con buen discernimiento intelectual y que saben aplicarlo, por sus años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia, él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de: mapas, ilustraciones e información arqueológica, cuando se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como empezó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, demos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es el Lic. Gonzalo Delgadillo López de Bogotá, Colombia. La revisión de este libro fue hecha por la Sara. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, esposa del pastor Martin Teigen. El pastor David Haeuser realizó la revisión teológica. Gradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Cuaresma del 2003  
Paul Hartman, coordinador  
Ronald Baerbock, editor de teología  
Publicaciones Multilingües  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas, EEUU

## **DONATIVO ESPECIAL**

---

La comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y Thrivent Financial for Lutherans contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.





*El profeta Isaías*

## INTRODUCCIÓN A ISAÍAS 1-39

---

Es frecuente que los cristianos opten por no leer el Antiguo Testamento. Por muchas razones abren el Nuevo Testamento y leen acerca de Jesús, pero dejan cerrado el Antiguo Testamento. Sin embargo, la Biblia que Jesús usó fue el Antiguo Testamento; de él leyó cuando habló en la sinagoga de Nazaret; de hecho, su lectura fue precisamente una porción de Isaías (ver Lucas 4:14-21). Esa debe ser razón suficiente para que estudiemos el Antiguo Testamento y especialmente el libro de Isaías.

Pero permítase al autor de este comentario ofrecer dos razones más. La primera es que el mensaje del Antiguo Testamento también se centra en Jesús y que, por supuesto, anunció su advenimiento antes de que ocurriera en un establo de Belén. El Señor, queriendo que su pueblo conociera la llegada del Mesías, no encubrió su anunciación; en particular, no dejó de anunciarla a través de Isaías, cuyo libro contiene varios de los más vívidos y hermosos anuncios del nacimiento del Salvador. En la primera parte de este texto profético, Dios nos habla acerca de este niño, que iba a nacer de una virgen (7:14) y sería llamado “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz” (9:6). Pero Isaías nos aporta mucho más, veamos otros ejemplos: Isaías dijo que el Mesías era como una vara del tronco de Isaí (11:1), prometió una nueva Jerusalén donde Dios enjugará las lágrimas de los rostros de sus fieles (25:8), y describió al Mesías como rey que gobernará con rectitud (32:1). Estas promesas nos animan a leer no solamente lo que escribió este profeta, sino también otros libros del Antiguo Testamento.

Existe además otra razón para la lectura del Antiguo Testamento. Es frecuente que Moisés y los profetas resulten difíciles de leer, pero el esfuerzo será generosamente recompensado. A veces, la lectura de Isaías también puede resultar particularmente difícil para los cristianos, pero a medida que leamos a Isaías y los demás libros del Antiguo Testamento, el

Espíritu Santo aumentará nuestro aprecio por la gracia de Dios. Cuando leemos el Nuevo Testamento escuchamos el hermoso mensaje de la gracia de Dios en Jesús; para los creyentes, esto es como escuchar una sola melodía, diáfana y armoniosa, que alivia los atribulados corazones. Cuando se le añade la belleza del Antiguo Testamento, la melodía se enriquece aún más; se hace más plena, más profunda, y el hermoso mensaje del Nuevo Testamento se convierte en un gran coro, en una sinfonía de admirable armonía. Sí, es indudable que nos toma tiempo y esfuerzo leer el Antiguo Testamento, pero vale la pena hacerlo.

Sin duda, Isaías ha encontrado un sitio especial en el corazón de los cristianos de la época del Nuevo Testamento. Mateo lo cita en su primer capítulo cuando se refiere al nacimiento virginal de Cristo. Hay otras citas y alusiones a sus palabras diseminadas a través del Nuevo Testamento. De hecho, los escritores neotestamentarios citan el libro de Isaías con más frecuencia que ningún otro libro del Antiguo Testamento. La tarea de escribir un comentario sobre tan gran siervo de Dios requiere de las bendiciones del Señor a quien servía el profeta. Así pues, 2,700 años después de Isaías, este comentarista ha pedido la dirección del mismo Dios de gracia a quien sirve.

El profeta de Dios anunció: de dónde iba a venir el Mesías, la obra redentora que iba a llevar a cabo, y la reconfortante esperanza que sólo en la gracia de Dios encuentra cada creyente. En el transcurso de este proceso, el profeta nos da la más detallada descripción de los sufrimientos vicarios y de la muerte del Redentor, sin dejar, a la vez, de pregonar también el severo juicio de Dios sobre la incredulidad. Una y otra vez notamos el anuncio del profeta: “el Señor Jehová de los ejércitos dice así...”, o alguna variación de éste. Isaías es el mensajero del Señor hablando la ley y el evangelio.

Por todas estas razones, este profeta de Dios merece que lo estudiemos cuidadosamente. En adición, este libro del Antiguo Testamento es también una literatura espléndida, su autor es un

poeta de primera clase; su profecía, seria y valiosa, ha sido objeto de estudio por parte de creyentes y de no creyentes en virtud de sus méritos artísticos

### ***¿Qué sabemos acerca de este gran profeta?***

El primer versículo nos informa acerca: del autor de la profecía, del lugar de su ministerio y la época en que lo ejerció: “Visión de Isaías hijo de Amoz, la cual vio acerca de Judá y Jerusalén, en días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá.”

El nombre del profeta significa “el Señor es salvación”. Isaías se identifica a él mismo como hijo de Amoz; no se debe confundir al padre de Isaías con el profeta Amós, un contemporáneo de Isaías y cuyo ministerio se desarrolló en el reino del Norte durante el gobierno de Jeroboam II. Aunque es muy poco lo que sabemos con certeza acerca de Amoz, el padre de Isaías, vale la pena mencionar una tradición judía según la cual el progenitor del profeta era hermano del rey Amasías, en cuyo caso Isaías habría sido primo del rey Uzías. Esto último explicaría por qué parece que Isaías tenía acceso a la corte real, ya que lo encontramos en presencia de los reyes Acaz y Ezequías, y se le menciona en el segundo libro de Crónicas como historiador de las cortes de ambos. Por supuesto, esa tradición podría ser falsa y la explicación de su presencia allí podría ser otra completamente diferente.

Isaías indica que era casado y que tuvo dos hijos. A su esposa se le menciona solamente como “la profetisa” (8:3). El profeta le puso por nombre Sear-jasub a su primer hijo (7:3), nombre que significa “un remanente regresará”; y al segundo, Maher-salal-hasbaz (8:1-4), que significa “rápido para la rapiña, veloz para saquear”. Ambos hijos figuran en la profecía concerniente al ataque de Rezín y Peka contra Jerusalén. El resto de la biografía de Isaías está vinculada a sus deberes oficiales en la corte real. No conocemos más que estos breves detalles de quien, como hombre,

desaparece tras bastidores a fin de que el mensaje que el Señor le ha revelado ocupe el centro del escenario.

### ***¿Escribió Isaías toda la profecía?***

A primera vista la pregunta parece extraña, porque la mayoría de los cristianos nunca han considerado la posibilidad de que Isaías no hubiera escrito el libro en su totalidad. Pero en el siglo diecinueve, los eruditos comenzaron a especular acerca de las evidentes diferencias que hay entre la primera (capítulos 1–39) y la segunda parte de Isaías (capítulos 40–66). Algunos afirman que la primera parte fue escrita por un escritor distinto al de la segunda; otros sostienen que en realidad pudieron haber sido tres escritores cuyos trabajos alguien agrupó en un solo libro. Se supone que el tercer autor debió haber escrito los capítulos del 56 a 66. Una lectura cuidadosa del libro de Isaías revela, efectivamente, la existencia de estas divisiones naturales; tan es así, que incluso son éstas las que hemos adoptado al emprender el bosquejo de este estudio.

Sin embargo, esas diferencias en propósito y estilo no necesariamente significan que diferentes autores hayan escrito las respectivas secciones individuales. Las obras de Ernest Hemingway y Mark Twain muestran cambios estilísticos entre sus primeros y sus últimos trabajos. Walt Whitman revisó constantemente *Leaves of Grass* a través de toda su vida. Los trabajos de otros autores clásicos y contemporáneos nos pueden ilustrar el punto en cuestión. La profecía de Isaías fue escrita durante el transcurso de su ministerio activo, el cual abarcó los reinados de cuatro reyes judíos, un período de quizá sesenta años. Como cualquier otro ser humano, Isaías habría de madurar a través de las experiencias de una vida tan larga como activa. Él simplemente habría dicho las cosas de un modo diferente al final de su vida a como las hubiera expresado en su juventud. Quizás lo más importante es que el tema que se trata en la primera parte

difiere del que se trata en la segunda. Esto, por sí solo, basta para explicar las diferencias entre las dos porciones de la profecía.

Evidentemente existen algunas variaciones estilísticas y temáticas entre la primera y última parte de libro de Isaías; sin embargo, también aparecen algunas similitudes significativas. La expresión “el Santo de Israel” aparece doce veces en los primeros 39 capítulos, y otras 14 en los restantes 27, mientras que en el resto del Antiguo Testamento eso ocurre sólo 5 veces. Muchas de las ideas de la primera parte encuentran su desarrollo natural en la segunda. Otros estudiosos consideran que el libro de Isaías constituye una unidad estrechamente interrelacionada.

Mientras que los eruditos todavía debaten si William Shakespeare escribió todas las obras que llevan su nombre, nosotros tenemos una significativa ventaja para poder responder a la pregunta sobre el autor de la profecía de Isaías. Dado que creemos que la Escritura es la Palabra inspirada de Dios, y que es verídica en todo detalle, la evidencia tomada del resto de ella nos ayudará a resolver este interrogante. Dos pasajes muy significativos identifican a Isaías como el autor tanto de los primeros como de los últimos capítulos de su profecía. El apóstol Juan reproduce en su evangelio la cita de Isaías 53:1, y comienza de este modo: “para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo...” (12:38). En el siguiente versículo del mismo capítulo, Juan introduce la cita de Isaías 6:10 diciendo: “Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías...” En estos versículos Juan le atribuye ambos fragmentos de los así llamados “primer y segundo escritor” a un sólo autor: a Isaías. Sin duda, él pensó que solamente había un escritor de Isaías, y el Espíritu Santo hizo que este apóstol así lo escribiera. Una revisión de las citas que el apóstol Pablo tomó de la primera y de la última sección de Isaías (ver tabla páginas 19,20) indica que él también consideró al profeta como el autor. Para los creyentes esto es prueba suficiente de que el gran profeta es el autor de todo el libro.

Algunos escritores no sólo han formulado la pregunta sobre la autoría de Isaías, sino que también han puesto en duda la fecha de

su redacción. Quizás sea ésta la cuestión más importante porque se centra en el hecho de si algún profeta podía o no predecir el futuro. Isaías menciona por su nombre al rey persa Ciro (44:28; 45:1), quien decretó en el año 538 a.C. el edicto que les permitió a los judíos el regreso a Judá. Sin embargo, Isaías vivió en tiempos de la invasión asiria a Judá durante el reinado de Ezequías alrededor del año 701 a.C. (ver capítulos 36–39). Si no se cree que Isaías pudo haber predicho el futuro con tal exactitud, entonces se debe buscar otra explicación para la inclusión del nombre de Ciro en sus vaticinios. Algunos, por tanto, sugieren la existencia de dos autores y que el libro debió haber sido escrito después de que los judíos regresaron a Judá, y no antes de su exilio. Si por el contrario uno cree que por el poder del Espíritu Santo Isaías pudo predecir el futuro, entonces las solas palabras del profeta acerca del tiempo de su ministerio son suficientes para nosotros.

### ***¿Qué sabemos del ministerio de Isaías y de su época histórica?***

La actividad profética de Isaías tuvo lugar durante los reinados de: Uzías, Jotam, Acáz y Ezequías. El profeta Miqueas indica que él también sirvió de mensajero de Dios “en los días de Jotam, Acáz y Ezequías” (Miqueas 1:1). Existe cierta similitud entre la obra de Isaías y la de Miqueas, ya que ambos fueron contemporáneos y afrontaron las mismas realidades políticas y religiosas en Judá. Aunque no coinciden estrictamente en el tiempo de Isaías y Miqueas, los profetas Amós y Oseas también fueron enviados al reino del Norte como mensajeros de Dios. En ese mismo período histórico, Jonás fue enviado a Nínive, de modo que estos cinco profetas hablaron en el nombre de Dios aproximadamente en la misma época.

El objeto de nuestra atención es el ministerio de Isaías, el cual estuvo limitado a Judá y Jerusalén. Isaías era el mensajero de Dios para Judá, y por tanto se concentró en los asuntos de Judá sin hacer mención de los reyes del norte, pero eso no debe arrojar duda

alguna sobre la labor y el mensaje del profeta. Lutero comenta que Isaías no menciona a los reyes del norte “porque cuando [Isaías] había comenzado a profetizar, el reino de Israel estaba a punto de desaparecer” (Traducido de las obras de Martín Lutero *Luther's Works*, American Edition, volumen 16, p. 15). El reino del norte de Israel cayó en tiempos del rey Ezequías; después de tres años de sitio, los asirios destruyeron a Samaria, la orgullosa capital del reino del Norte; y en el año 722 a.C., llevaron al cautiverio a la mayor parte de lo que quedó de su población. Para ese tiempo el ministerio de Isaías ya había abarcado los reinados de: Uzías, Jotam y Acaz.

Durante la primera parte del ministerio del profeta de Dios, tanto Judá, el reino del Sur, como Israel, el reino situado al norte, disfrutaban de paz y prosperidad. Los confines de ambas naciones se habían extendido casi hasta los límites que alcanzaron durante la edad dorada de los gobiernos de David y Salomón. Uzías reorganizó el ejército y extendió las fronteras de Judá; Jeroboam II había logrado una expansión similar para Israel. Los éxitos militares trajeron el optimismo y la confianza en un mejor nivel de vida, de prosperidad económica y lujo; pero también hubo un lado negativo. La nación que Dios había escogido no se interesaba por los asuntos espirituales; la opresión, las injusticias, y la dependencia de alianzas extranjeras, unidas a la hipocresía religiosa y a la adoración ritualista, encontraron cabida junto a los pecados que denunciaron: Isaías, Miqueas, Amós y Oseas.

A la muerte de Jeroboam II, el reino del Norte fue sacudido por el caos político. Dos reyes fueron asesinados en un solo año y luego, tras una década de gobierno de Menahem, Pekaía fue también asesinado. Durante los gobiernos de Jotam y Acaz, estalló la guerra entre Judá e Israel. En sus días finales, esta última experimentó mortales sacudidas sin darse cuenta de ello. La paz y la prosperidad se habían evaporado dejando al descubierto sólo la decadencia espiritual. Ante enemigos más poderosos, la debilidad política y militar de Israel se hizo evidente; por ello, el dinero se



destinaba ahora para comprar la protección política y militar.

El escritor de Reyes describió al rey Acaz de Judá de esta manera: “No hizo lo recto ante los ojos de Jehová, su Dios, como su padre David, sino que anduvo en el camino de los reyes de Israel, y aun hizo pasar por fuego a su hijo” (2 Reyes 16:2-3). Una gran crisis política tuvo lugar durante el reinado de Acaz; Peka, rey de Israel, y Rezín rey de Aram (más tarde Siria), atacaron a Judá dando muerte a ciento veinte mil soldados judíos y se llevaron a doscientos mil cautivos. El objetivo de estos reyes era dividir a Judá entre ellos e instalar allá al rey que habían escogido previamente. Acaz, rey de Judá, fue un soberano malvado que adoró ídolos y sacrificó a su propio hijo; pese a ello, Dios protegió a Judá. El Señor envió a Isaías para que fuera al rey con la promesa de que sus dos enemigos no iban a tener éxito. Pero Acaz se negó a confiar en la misericordiosa oferta del Señor y en lugar de ello se volvió a Asiria en busca de protección. Más adelante se ofrece una breve sinopsis de todo el período de servicio de Isaías (Para leer una historia más detallada consulte *Reyes* en la serie de La Biblia Popular). Para nuestros propósitos en este comentario, la irrupción de Asiria en el escenario de la historia en estos momentos marcó el final del reino del norte de Israel, así como las dificultades futuras para Judá.

Aproximadamente treinta y cinco años más tarde, tuvo lugar otro significativo suceso: el ejército asirio invadió a Judá y amenazó a Jerusalén. Tanto el rey Ezequías como el profeta Isaías oraron a Dios implorando su protección y liberación; el Señor se los concedió y envió un ángel que mató a ciento ochenta y cinco mil soldados asirios. El reinado de Ezequías fue de reforma y revitalización espiritual, pero después de que murió Ezequías, su hijo Manasés, que derramó mucha sangre inocente (2 Reyes 21:16), se convirtió en rey y durante la primera parte de su gobierno descarrió a Judá. La tradición judía dice que Isaías murió durante la persecución de Manasés. A los comentaristas les gusta señalar Hebreos 11:37: “Fueron... [los creyentes] aserrados por la mitad” (NVI), como una referencia a Isaías, pues la tradición dice

que Manasés ordenó aserrar en dos el árbol en que el profeta se escondía. Sin embargo, ni el escritor de Hebreos ni el Antiguo Testamento indican que esa tradición fuera verdad. Simplemente, no sabemos con certeza cómo ocurrió la muerte del profeta.

### ***¿Cuál es el mensaje de Isaías?***

A través de los siglos, los cristianos del Nuevo Testamento han encontrado el mensaje de Isaías lleno de esperanza y consuelo; en sus palabras han hallado a Jesucristo. Lutero escribe: “El tema principal de todos los profetas es el propósito de que el pueblo persevere en la anhelante expectativa de la llegada del Mesías... De una parte, [Isaías] condena el pecado y de otra alaba la virtud, tal parece que la casi totalidad de la profecía está dirigida al pueblo. Sin embargo, al mismo tiempo, les preparara también el corazón haciéndoles mirar hacia delante, hacia el venidero reino de Cristo” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, pp. 3,4). Cuando estudiamos al profeta, debemos encontrar a Cristo; este es el mensaje central de las Escrituras. Isaías escribió para dirigir la atención de su pueblo hacia la venida del Mesías. Como cristianos del Nuevo Testamento, hemos visto su llegada y volvemos a las palabras del profeta en busca de: alivio, instrucción y fortaleza, pues ellas nos hablan del mensaje del amor de Dios en Cristo para con los pecadores.

Pero podemos encontrar algunos mensajes especiales de este profeta, que escribió durante un período caótico cuando el reino del norte de Israel desaparecía de la historia. Además, durante el ministerio de este vocero de Dios, el reino del Sur pasó de la paz y la prosperidad del reinado de Uzías a la amenaza de aniquilación a manos de los asirios durante el reinado de Ezequías. Los tiempos pusieron a prueba la manera de pensar del pueblo de Dios. Si creían que el Señor los iba a proteger y les iba a garantizar un futuro nacional o político, la desaparición de Israel, parte del pueblo escogido de Dios, les quitó esa ilusión. Anhelaban un

salvador o libertador que los rescatara, pero en lugar de volverse a Jehová, se volvieron a sus aliados políticos y militares poderosos, solamente para pagarles tributo y a final de cuentas sufrir sus ataques e invasiones. Todo terminaría cuando el Imperio Babilónico se convirtiera en la superpotencia del Medio Oriente. Al final, el mensaje de Isaías para el rey Ezequías fue sencillo: “Será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu casa” (39:6).

El mensaje de Isaías durante estos problemáticos tiempos fue que la salvación que viene de Dios no consiste en la preservación de ningún reino o nación física, terrenal. Israel y Judá desaparecieron de la lista de las naciones del mundo. A través de Isaías, Dios le mostró a su pueblo un tipo diferente de libertador y de salvación. La liberación que Dios les prometió era espiritual e iba a venir por medio del Siervo del Señor que sería golpeado y herido por causa de los pecados del pueblo. Políticamente, tanto Israel como Judá fueron consumidos por sus vecinos poderosos y agresivos; pero el Israel y el Judá espirituales, la congregación de los creyentes en el Mesías, no sólo habrían de perdurar sino que iban a triunfar incluso sobre la destrucción de todas las naciones y del propio universo.

En la primera parte de la profecía de Isaías, el profeta anunció el colapso de muchas de las naciones que rodeaban a Jerusalén. Cada juicio era un recordatorio de que la salvación viene de Dios, el Santo de Israel, y que no podía en manera alguna proceder de los esfuerzos de ninguna nación ni de ningún líder terrenal. Tal como fue profetizado, todas las naciones iban a ser vencidas por naciones y ejércitos más fuertes y poderosos. El profeta de Dios le dijo a su pueblo que debía buscar el rescate: del pecado, de la muerte y del infierno; y no de la opresión política ni de la ocupación militar, ni siquiera de las amenazas a su identidad nacional. Su mensaje le pedía al pueblo judío que levantara sus ojos por encima del caos político y social, y que mirara a su Señor para la salvación mejor y más duradera.

La tensión entre la liberación política y la espiritual entra en juego con la aparición de Jesús, el Mesías. Desde este punto de

vista, no resulta sorprendente que los evangelios, que registran la vida del Mesías espiritual, citen con tanta frecuencia a Isaías. Pero, por otra parte, muchos judíos todavía buscaban la liberación política; así que no nos asombre que en el tiempo de Cristo tuvieran tanta dificultad para aceptarlo. Andaban en busca de un libertador que les quitara el yugo romano y restaurara el poder y el prestigio de su nación. Después de que Jesús levantó a Lázaro de los muertos, los judíos expresaron su malentendido en una reunión del Sanedrín: “Si lo dejamos así, todos creerán en él. y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación” (Juan 11:48). Ellos no reconocieron al Santo de Israel porque él no vino a liberarlos de los romanos, sino: del pecado, de la muerte y de Satanás.

Para nosotros el mensaje de Isaías es Cristo. Los santos que nos han precedido han visto la ascensión y la caída de sus propias naciones: Roma, Francia, Gran Bretaña, Alemania y Rusia han tenido su turno entre los poderosos; quizás algunas retornen nuevamente al poder, pero su surgimiento y ocaso no ha modificado la salvación que Dios nos ha dado en Cristo. El que cualquier país se sostenga o caiga no cambiará la liberación que Cristo ha obtenido. La redención divina no es la preservación o el establecimiento de ningún: reino, gobierno u organización terrenal de ningún tipo. No la debemos buscar en lo que pueden ver nuestros ojos en este mundo material. Aquí vemos: pecado, desobediencia, violencia, abuso de poder, hipocresía, todo lo cual condena Isaías. Vemos: cambio, caos, conflicto, y observamos a todas las naciones repetir el ciclo de ascender al poder y declinar; proceso que se repite una y otra vez. Cuando nos enfrentamos a las incertidumbres de carácter personal de la vida, ya sean grandes o pequeñas, o a crisis nacionales de mayor o menor trascendencia, nos aferramos al mensaje que nos dan las Escrituras de que la salvación viene de Dios por medio de la gracia en Cristo. No podemos alcanzar esta redención por medio de nuestros: esfuerzo, poder, inteligencia o habilidades. Isaías encontró consuelo en la liberación más poderosa y Dios lo usó para compartir ese mensaje

con los incontables creyentes que nos han precedido. Aun hoy, este profeta nos consuela y nos exhorta a elevar nuestra mirada al Señor de gracia y a confiar en él, en lugar de confiar en nosotros mismos o en el poder y la ayuda de otros.

En su propia época, el ministerio de Isaías confirmó la incredulidad y el rechazo al Santo de Israel por el pueblo judío. Cuando Dios se apareció a Isaías, dándole el llamamiento (capítulo 6), el Señor le dijo a su profeta: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (versículo 10). La obra de este vocero iba a ser la de endurecer los corazones del impenitente pueblo judío que había rechazado la gracia de Dios, y él envió a Isaías para ratificar la apostasía de ellos. El pueblo había descendido al nivel del faraón de Egipto; la hermosa promesa de Emmanuel, nacido de una virgen, no tuvo efecto alguno sobre Acáz quien fue el primero en oírla. Esta esperanza que atesoramos hizo que el corazón de un rey incrédulo se endureciese aún más, lo cual era parte de la misión de Isaías. Cuando leemos en el capítulo 28 que los sacerdotes y los profetas, que estaban embriagados, se burlaban del mensaje del profeta, nos encontramos otra vez con los resultados de su ministerio. Dios había cegado los ojos de su pueblo de manera que no pudieran ver. Con ello quedaba confirmado el juicio de Dios contra la incredulidad del pueblo escogido.

Afortunadamente para las generaciones de creyentes posteriores a Isaías, el profeta escribió su mensaje. Tenemos y podemos: leer, citar y saborear este rico banquete de gracia que puso Isaías ante nosotros. Esto también es el plan de Dios.

### ***Bosquejo***

El resumen esquemático de la obra de Isaías parece sugerir que la primera parte de su mensaje está constituida solamente por ley con poco de evangelio, en tanto que la segunda parte es evangelio con poco de ley. Sin embargo, incluso una lectura superficial de cualquiera de las dos secciones revela que en ambas Dios proclama

la ley y el evangelio. La división es sólo cuestión de énfasis. Cuando Isaías escribe en el primer capítulo: “aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (versículo 18), es sólo dulce y puro evangelio. También lo son la profecía del nacimiento virginal y otras profecías sobre la venida del Salvador. Isaías comienza la segunda porción de su libro con estas palabras: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios” (40:1). Pero, una y otra vez, la última parte del libro anuncia el terrible juicio divino contra los malvados; un mensaje de la terrible severidad de la ley.

El Dios soberano respalda los dos mensajes. Reiteradamente, y por su inspiración, Isaías señala: “El Señor Jehová de los Ejércitos dice así”. Las profecías son seguras y ciertas porque es Dios quien las dice. Toda la Escritura es dada por inspiración y por lo tanto es confiable. Nuestra reacción es la de tomar las palabras del Señor seriamente y estudiarlas con toda diligencia.

Tema: El Señor Jehová de los Ejércitos dice así:

- I. Lamentos y juicios (1:1–39:8)
  - A. Profecías concernientes a Judá y Jerusalén (1:1–12:6)
    1. Introducción (1:1-31)
    2. Judá y Jerusalén en los últimos días (2:1–4:1)
    3. El renuevo de Jehová (4:2-6)
    4. Lamento y juicio sobre Jerusalén y Judá (5:1-30)
    5. La visión del Señor (6:1-13)
    6. Promesas de liberación ante la amenaza de Peka y Rezín y juicios futuros (7:1-25)
    7. Asiria y un niño (8:1–10:19)
    8. El remanente y la vara de Isaí (10:20–12:6)
  - B. Profecías (cargas) que anuncian el juicio sobre varias naciones (13:1–23:18)
    1. Babilonia y Asiria (13:1–14:27)
    2. Filistea (14:28-32)

3. Moab (15:1–16:14)
4. Damasco y Cus (Etiopía) (17:1–18:7)
5. Egipto (19:1–20:6)
6. El desierto del mar (Babilonia) (21:1-10)
7. Duma (Edom) (21:11,12)
8. Arabia (21:13-17)
9. El valle de la visión (Jerusalén) (22:1-25)
10. Tiro (23:1-18)

C. Profecías del juicio de Dios sobre la tierra (24:1–35:10)

1. El Señor desolará la tierra (24:1-23)
2. Cantos de alabanza por la liberación y el juicio de Dios (25:1–27:13)
3. Lamento sobre Efraín (Israel) (28:1-29)
4. Lamento sobre Ariel (Jerusalén); la promesa del Santo de Israel (29:1–30:33)
5. Lamento y juicio sobre los pecadores; consolación y gozo para los redimidos (31:1–35:10)

D. Transición: Isaías cierra el libro sobre Asiria y presenta a Babilonia (36:1–39:8)

1. Senaquerib invade Judá y amenaza a Jerusalén (36:1-22)
2. Respuesta del Señor a la oración de Ezequías (37:1-38)
3. Enfermedad y liberación de Ezequías (38:1-22)
4. Caída de Ezequías y la futura conquista babilónica (39:1-8)

II. Ánimo y consuelo (40:1–66:24)\*

---

\* La segunda parte se trata en *Isaías 40-60*.

## Sinopsis del mundo político de Isaías

“Visión de Isaías hijo de Amoz, la cual vio acerca de Judá y Jerusalén en días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá” (Isaías 1:1).

Rey de Judá	Reinado	Rey de Israel	Comentarios
<b>Uzías (Azarías)</b> Hecho rey en el año 27 del reinado de Jeroboam II	52 años	<b>Jeroboam II</b> reinó 41 años <b>Zacarías</b> (año 38 de Uzías) reinó 6 meses <b>Salum</b> (año 39 de Uzías) reinó un mes <b>Menahen</b> (año 39 de Uzías) reinó 10 años <b>Pekehyá</b> (año 50 de Uzías) reinó 2 años <b>Peka</b> (año 52 de Uzías) reinó 20 años	Jeroboam expandió las fronteras de Israel hasta el Líbano por el norte, y hasta el mar Muerto por el sur; también recuperó para Israel el territorio al este del Jordán. Los profetas Oseas, Amós y Jonás ejercieron sus ministerios en Israel. Zacarías, Salum y Pekaía son asesinados por sus sucesores. Uzías fortificó a Jerusalén y reorganizó el ejército; pero se convirtió en un leproso en el Templo y Jotam su hijo pasó a ser corregente. La visión de Isaías del trono de Dios ocurrió en el año en que murió Uzías. Isaías, cronista de Uzías (2 Crónicas 26:22).
<b>Jotam</b> Hecho rey en el segundo año del reinado de Peka sobre Israel	16 años	<b>Peka</b> <b>Oseas</b> (año 20 de Jotam y 12 de Acaz <sup>1*</sup> ) reinó 9 años, último rey de Israel.	Dios protegió a Jotam contra ataques de Israel y Aram. Jotam se hizo poderoso y recuperó el control sobre Amón, de quien obtuvo considerable tributo (2 Crónicas 27); reconstruyó la puerta mayor del Templo, fortificó a Jerusalén y erigió posiciones defensivas en los desiertos de Judá. Asiria (Tiglat-Pileser) capturó el reino del norte de Israel y las tierras al este del Jordán, cuyas poblaciones deportó. Peka asesinado por Oseas en el año 20 de Jotam * Miqueas comenzó su ministerio en Judá.



## Introducción

Rey de Judá	Reinado	Rey de Israel	Comentarios
<b>Acaz</b> Hecho rey a la edad de 20 años mientras aún vivía su padre	16 años*	<b>Oseas</b> (año 12 de Acaz)*	Derrotado por Rezín, rey de Aram, y Peka. Acaz tomó oro y plata del Templo para pagarle a Asiria por su ayuda contra estos dos reyes. Acaz construyó el nuevo altar de “Damasco”; quitó el mobiliario del Templo y lo cerró. El profeta Obed advirtió a Israel contra la posesión de esclavos judíos. Isaías: La señal divina de un nacimiento virginal. Asiria invadió a Israel, puso sitio a Samaria durante tres años, la conquistó y deportó a su población (722 a.C.).
<b>Ezequías</b> Hecho rey en el año tercero de Oseas	29 años	<b>Oseas</b> Israel llevado a la cautividad de la cual nunca regresó (las diez tribus perdidas de Israel) en el cuarto año del reinado de Ezequías	Ezequías reabrió el Templo, eliminó los lugares altos, inició un reavivamiento y renovación religiosa, refortificó Jerusalén y construyó el túnel para conducir las aguas a la ciudad. Asiria invadió Judá en el año 14 del reinado de Ezequías. Isaías y Ezequías oraron cuando Senaquerib puso sitio a Jerusalén (2 Crónicas 32). Isaías, cronista de Ezequías (2 Crónicas 32:32)
<b>Manasés</b> Hecho rey a la edad de 12 años	55 años		Durante la primera parte de su reinado, Manasés deshizo la reforma y el reavivamiento religioso de su padre y “Manasés derramó tal cantidad de sangre inocente que llenó a Jerusalén de extremo a extremo.” (2 Reyes 21:16); pero luego se arrepintió.  La tradición judía dice que Isaías fue muerto durante la primera parte del reinado de Manasés.

\* Las fechas han de ser entendidas como idénticas, pero tiene que haber pasado un lapso en el que tanto Jotam como Acaz reinaron simultáneamente como reyes de Judá. Esta coregencia complica el fechado.

## Referencias a Isaías en el Nuevo Testamento

### Los evangelios

Referencia en el Nuevo Testamento	Pasaje de Isaías	Comentario
<b>Mateo</b>		
Mateo 1:23	Isaías 7:14	“el profeta”
Mateo 3:3	Isaías 40:3	“el profeta Isaías”
Mateo 4:14-16	Isaías 9:1,2	“el profeta Isaías”
Mateo 8:17	Isaías 53:4	“el profeta Isaías”
Mateo 12:17-21	Isaías 42:1-4	“Por medio del profeta Isaías”
Mateo 13:13-15	Isaías 6:9,10	“la profecía de Isaías”
Mateo 15: 7-9	Isaías 29:13	“profetizó Isaías”
Mateo 21:13	Isaías 56:7	“Escrito está... casa de oración” (también Jeremías 7:11)
Mateo 24:29	Isaías 13:10; 34:4	Citado sin introducción
<b>Marcos</b>		
Marcos 1:2,3	Isaías 40:3	“escrito en Isaías el profeta”
Marcos 4:12	Isaías 6:9,10	Citado sin introducción
Marcos 7:6	Isaías 29:13	“profetizó Isaías”
Marcos 9:48	Isaías 66:24	Citado sin introducción
Marcos 11.17	Isaías 56:7	“¿no está escrito?”
Marcos 13:24,25	Isaías 13:10; 34:4	Citado sin introducción
Marcos 15:28	Isaías 53:12	Algunos manuscritos: “la Escritura que dice...”
<b>Lucas</b>		
Lucas 3:4-6	Isaías 40:3-5	“en el libro de las palabras del profeta Isaías”
Lucas 4:17-19	Isaías 61:1,2	“el lugar donde estaba escrito”
Lucas 8:10	Isaías 6:9	Citado sin introducción
Lucas 19:46	Isaías 56:7	“Escrito está”
Lucas 22:37	Isaías 53:12	“está escrito”
<b>Juan</b>		
Juan 1:23	Isaías 40:3	“como dijo el profeta Isaías”
Juan 6:45	Isaías 54:13	“Escrito está en los profetas”
Juan 12:38	Isaías 53:1	“la palabra del profeta Isaías”
Juan 12:39-41	Isaías 6:10	“también dijo Isaías”

## Hechos y las epístolas

Referencia en el Nuevo Testamento	Pasaje de Isaías	Comentario
<b>Hechos</b>		
Hechos 7:48-50	Isaías 66:1,2	“como dice el profeta”
Hechos 8:32,33	Isaías 53:7,8	“El pasaje de la Escritura”
Hechos 13:34	Isaías 55:3	“lo dijo así”
Hechos 13:47	Isaías 49:6	“nos ha mandado el Señor”
Hechos 28:25-27	Isaías 6:9,10	“por medio del profeta Isaías
<b>Romanos</b>		
Romanos 2:24	Isaías 52:5	“como está escrito” (también Ezequiel 36:22)
Romanos 3:17	Isaías 59:7,8	“como está escrito” entre una serie de citas
Romanos 9:20	Isaías 29:16; 45:9	Citado sin introducción
Romanos 9:27,28	Isaías 10:22,23	“Isaías clama”
Romanos 9:29	Isaías 1:9	“como antes dijo Isaías”
Romanos 9:33	Isaías 8:14; 28:16	“como está escrito”
Romanos 10:11	Isaías 28:16	“la Escritura dice”
Romanos 10:15	Isaías 52:7	“Como está escrito”
Romanos 10:16	Isaías 53:1	“pues Isaías dice”
Romanos 10:20	Isaías 65:1	“Isaías dice resueltamente”
Romanos 10:21	Isaías 65:2	“dice [Isaías]”
Romanos 11:8	Isaías 29:10	“como está escrito” (también Deuteronomio 29:4)
Romanos 11:26,27	Isaías 59:20,21; 27:9	“como está escrito”
Romanos 11:34	Isaías 40:13	Citado sin introducción; fragmento de doxología (también Jeremías 23:18)
Romanos 14:11	Isaías 49:18; 45:23	“escrito está”
Romanos 15:12	Isaías 11:10	“dice Isaías”
Romanos 15:21	Isaías 52:15	“como está escrito”
<b>Corintios</b>		
1 Corintios 1:19	Isaías 29:14	“está escrito”
1 Corintios 2:9	Isaías 64:4	“como está escrito”
1 Corintios 2:16	Isaías 40:13	Citado sin introducción
1 Corintios 14:21	Isaías 28:11,12	“en la Ley está escrito” (también Deuteronomio 28:49)

Referencia en el Nuevo Testamento	Pasaje de Isaías	Comentario
<b>Corintios</b> ( <i>continuado</i> )		
1 Corintios 15:32	Isaías 22:13	Citado sin introducción
1 Corintios 15:54	Isaías 25:8	“la palabra que está escrita”
2 Corintios 6:2	Isaías 49:8	“porque [Dios] dice”
2 Corintios 6:17	Isaías 52:11	“como Dios dijo” (también Ezequiel 20:34,41)
<b>Gálatas</b>		
Gálatas 4:27	Isaías 54:1	“porque está escrito”
<b>Hebreos</b>		
Hebreos 2:13	Isaías 8:17,18	“diciendo [Jesús]:... Y otra vez... Y de nuevo...”
<b>Pedro</b>		
1 Pedro 1;24,25	Isaías 40:6-8	Citado sin introducción
1 Pedro 2:6	Isaías 28:16	“Por lo cual también dice la Escritura”
1 Pedro 2:8	Isaías 8:14	Citado sin introducción
1 Pedro 2:22	Isaías 53:9	Citado sin introducción
1 Pedro 3:14	Isaías 8:12	Citado sin introducción

# PRIMERA PARTE

## AYES Y JUICIOS

(1:1–39:8)

---

### *Profecías concernientes a Judá y Jerusalén*

#### *Introducción*

**1** **Visión de Isaías hijo de Amoz, la cual vio acerca de Judá y Jerusalén, en días de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá.**

Isaías comienza con la palabra “visión”. Dios se le apareció a Isaías, como se le había aparecido a otros profetas antes de él, con un mensaje para su pueblo; ninguno de los profetas del Señor se imaginó esas visiones, ellas venían de Dios. Aunque Jehová le dio otras revelaciones, Isaías registra los detalles de una de ellas en el capítulo 6. En este versículo inicial, el profeta presenta el conjunto de las visiones. Todas provenían de Dios, que deseaba compartir con su pueblo lo que estaba en su mente y en su corazón. Al comenzar el estudio de Isaías, unos dos mil setecientos años después de que le fuera dado su mensaje, confiamos en que es un mensaje de Dios, tal como Pedro dijo: “Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). Nosotros creemos que es la Palabra inspirada de Dios.

Dios llamó a Isaías en un momento importante de la historia de su pueblo, a mitad de camino entre Moisés y Cristo. En cualquier revisión histórica del pueblo de Dios aparecen un número de fases. La primera fase de su historia había concluido: el Todopoderoso había hecho a Israel su pueblo y le había dado tierra propia. La segunda fase ya estaba en marcha en el momento en que Isaías iniciaba su ministerio: El pueblo de Dios había comenzado a apartarse de él, así es que Jehová comisionó a Isaías y, entre otras cosas, lo envió a que anunciara el juicio sobre su

pueblo y para que los llamara al arrepentimiento. Sin embargo, pese a la obra del profeta, ellos iban a persistir en su rebelión y en su pecado. El hijo de Amoz tenía la difícil tarea de predicar el mensaje severo y durísimo del juicio y verlo caer en oídos sordos, pero tenía además una tarea aún más difícil, anunciar el amor y la misericordia de Dios y ver cómo la gente se negaba a escuchar. Las hermosas promesas de evangelio que Isaías proclamó confirmaron la incredulidad y la rebelión de Israel.

La tercera fase estaba por llegar, ya que el pecado del pueblo la hacía inevitable: Dios iba a traer su juicio sobre ellos al entregarlos a los paganos, ¡pero ése no iba a ser el final! Ya en el huerto de Edén, Dios había prometido un libertador que aún no había venido. La cuarta fase iba a llegar también en un futuro más distante: un remanente perduraría y ese pequeño grupo del pueblo del Señor sería restaurado para recibir al Mesías prometido. Todo eso se ha cumplido.

Desde la época de Isaías ha ocurrido otra etapa. Dios ha reunido a gente de otras naciones como invitados a su banquete de gracia y misericordia en el Mesías. ¡Alabado sea el Señor porque nos encontramos entre ellos! Junto con los creyentes de todas las naciones, incluyendo a los de Judá y Jerusalén, esperamos la gloria de nuestro eterno hogar. Isaías la vio, puesto que Dios se la reveló a través de las visiones que le envió. El producto de todo lo que el Señor compartió con Isaías son sus gloriosas palabras, que son fuente de gran consuelo y fortaleza. ¡Con cuánta frecuencia se han vuelto los hijos de Dios a la profecía de Isaías! Los escritores del Nuevo Testamento se refieren a su visión más que a las de otro profeta del Antiguo Testamento. En todo tiempo, el pueblo de Dios busca en Isaías: instrucción, amonestación, advertencia y consuelo.

Cuando Isaías escribió que esta visión era para Judá y Jerusalén, demostró preocupación por la historia del pueblo de Dios y por la venida del Mesías, el descendiente de ese pueblo. Sus visiones tocaron también el futuro de otras naciones, entre otras: Samaria, Siria, Egipto y Persia. Aun cuando Isaías no parece

haberse aventurado fuera de Jerusalén, las visiones que Dios le dio le abrieron el mundo y el futuro. Lo que alcanzó este profeta resulta extraordinario, Isaías comenzó su tarea al final del reinado de Uzías y la continuó incluso durante el de Ezequías. El primer rey murió en el año 739 a.C. y el segundo en el año 698 a.C., un período de alrededor de 40 años.

Esos resultaron ser años de grandes cambios sobre todo en los reinados de Uzías y de Jotam, su hijo, durante los cuales hubo tiempos de prosperidad externa. Ambos reyes temían a Dios, pero no quitaron los lugares altos de adoración pagana en Judá. Acáz estuvo entre los peores reyes de Judá pues no sólo hizo pasar su hijo por el fuego sacrificándolo, sino que: clausuró el Templo, encargó ídolos para la adoración de Baal y ofreció sacrificios a los dioses de Damasco. Además, este rey le dio comienzo a la tortuosa vinculación con Asiria. Cuando vio un altar en Damasco, construyó una réplica en Jerusalén y ofreció sacrificios sobre él. Este hombre fue instrumento de la caída de Judá y Jerusalén. Su hijo, Ezequías, repudió los errores de su padre y destruyó los lugares altos, purificando y reabriendo el Templo para luego celebrar la Pascua. Su reinado fue una época de reforma espiritual y, aún así, los asirios invadieron Judá, asolaron la campiña y amenazaron a la misma Jerusalén. Dios liberó la ciudad, y en medio de todos estos cambios encontramos a Isaías.

No cabe duda que este hombre de Dios: recopiló, editó y puso en orden la revelación que Dios le dio. Incluso durante ese proceso, Dios el Espíritu Santo obró en él para que las palabras que Isaías registró en un rollo fueran “palabras...que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2:13).

A través de los siglos, cientos de escribas preservaron con mucho cuidado la visión de Isaías, así como las de otros santos escritores. Los rollos del mar Muerto dan fe de su mensaje; entre ellos se encontraron varias copias de su profecía escritas en hebreo y mucho más antiguas que las que habían utilizado previamente los eruditos. Sin embargo, asombrosamente, contienen el mismo texto de Isaías que había sido leído por generaciones de creyentes

antes de este descubrimiento. La visión de Isaías proviene de Dios, la honraremos como mensaje del Señor y le prestaremos cuidadosa atención.

**<sup>2</sup> Oíd, cielos, y escucha tú, tierra,  
porque habla Jehová:  
«Crié hijos y los engrandecí,  
pero ellos se rebelaron contra mí.**

**<sup>3</sup> El buey conoce a su dueño,  
y el asno el pesebre de su señor;  
Israel no entiende,  
mi pueblo no tiene conocimiento.**

**<sup>4</sup> »¡Ay gente pecadora,  
pueblo cargado de maldad,  
generación de malhechores,  
hijos depravados!  
¡Dejaron a Jehová,  
provocaron a ira al Santo de Israel,  
se volvieron atrás!**

Isaías llamó a los cielos y a la tierra, que vinieron a existir por la poderosa palabra de Dios, para que fueran testigos de la queja divina. Las huestes celestiales, las estrellas, el sol y la luna son testigos de toda la historia de la humanidad, que junto con: las colinas, los valles y los mares, la han soportado pacientemente. Si el cielo y la tierra pudieran hablar, nos harían partícipes de la historia de la promesa que Dios le hizo a Abraham de que iba a hacer de él una gran nación. A través del curso de la historia, Dios había hecho de los descendientes del patriarca, asentados en Egipto, una gran nación, y de allí los llevó a la tierra que les prometió. Los montes habían observado en silencio cómo Dios le dio a Israel la victoria sobre sus enemigos, y las estrellas habían estado presentes cuando Salomón erigió el Templo. Dios crió a sus hijos y los prosperó, y con esta solemne y elocuente invocación,



el profeta le recordaba al pueblo todo lo que su Dios había hecho por ellos.

¿Por qué convocar a los cielos y la tierra? La perspectiva humana está limitada por la duración de la vida; por ejemplo, el Salmo 90 nos recuerda que hombres y mujeres son arrebatados en el sueño de la muerte, con lo que el salmista nos hace recordar que, como la hierba, brotamos en la mañana tan sólo para secarnos y marchitarnos al atardecer. Los cielos y la tierra perduran sobre generaciones que se suceden una tras otra y, aunque éstas también tendrán su fin, los cielos y la tierra permanecen como “testigos oculares” de la gracia y la misericordia de Dios para con sus hijos. El universo da fe de la verdad anunciada por Dios, y las Escrituras lo invocan en otras ocasiones como testigo. Moisés clamó a él en el capítulo 32 de Deuteronomio, y el capítulo 6 de Miqueas nos cuenta que Dios apela a los cielos y la tierra. La verdad que Jehová estaba a punto de proclamar no se perdió con el surgimiento y la desaparición de las generaciones. ¡No! Se extiende más allá de ellas.

¡Pero la verdad duele! Primero, le duele al Progenitor celestial, al Padre y Señor de Israel quien habla preocupado por sus amados hijos al quejarse de que los animales conocen a sus dueños y señores, pero Judá y Jerusalén no lo conocen a él. El contraste entre los bueyes e Israel y entre los asnos y “mi pueblo” realza la dolorosa verdad. Las bestias sin inteligencia sabían más que el propio pueblo de Dios. Aquí el Señor aparece como un padre profundamente apesadumbrado; a pesar de todo cuanto ha hecho, sus hijos no lo conocen, no entienden, ni aprecian su amor y misericordia.

La expresión “porque habla Jehová”, nos dice quién es el que habla aquí. Es el Dios del pacto, Jehová, el Dios-Salvador quien, al prometerles el Salvador a Adán y Eva, ha entrado en un convenio solemne de salvación con la raza humana. El Señor lo extendió y se lo confirmó: a Noé, a Abraham e Israel. Como parte del trato, Dios había escogido a la nación israelita como suya, la había sacado de Egipto y le había dado tierra propia. Dios se le

había revelado a Moisés como el gran “YO SOY” (Éxodo 3:14): “misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7). Pero este Señor, que está tan profundamente atribulado por el comportamiento humano, concluye que sus hijos están llenos de: culpa, maldad y corrupción. Él Señor también hizo esta revelación: “Que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:7).

Judá y Jerusalén, el pueblo escogido de Dios del Antiguo Testamento, lo han decepcionado y abandonado, y lo que es peor, lo han rechazado: “Provocaron a ira al Santo de Israel”. No sólo se han olvidado de todo lo que su Padre ha hecho, sino que se han apartado intencionalmente de él. “Ay gente pecadora”, suspira Jehová. Simplemente no lo conocen ni entienden sus esfuerzos para incluirlos en su plan de salvación para la humanidad.

Isaías utiliza la expresión *Santo de Israel*, nombre que tiene especial significado en su profecía, y que aparece un total de 26 veces en su libro. El concepto de santidad implica algo separado y singular. Dios es: santo, sin pecado, poderoso y muy por encima de todo lo humano; es por eso que los humanos nos acercamos a él con reverencia y recogimiento; considere en el capítulo 6 la reacción de Isaías ante su presencia. Pero el Santo de Israel tiene un insondable amor por sus criaturas. Él es toda: bondad, benevolencia y salvación, y todo lo opuesto a la humanidad caída. El Santo de Israel tiende la mano para salvar el abismo que existe entre él y sus caídas criaturas, que no se pueden salvar por ellas mismas. La humanidad pecadora no puede superar esa diferencia por medio de ningún: deseo, pensamiento u obra; pero Dios, el Santo de Israel, actúa para traer todas esas bendiciones a la humanidad impía por medio de su plan de salvación. No hay santidad para ningún humano fuera de la obra de Dios en Cristo.

Isaías invertirá gran parte de su tiempo explicando la venida del Mesías, por lo que no nos sorprende que emplee tan a menudo la expresión *Santo de Israel*.

El Dios santo es absolutamente santo en él mismo, y él hará perfecto a su pueblo que ahora rechaza los misericordiosos esfuerzos de su gracia gratuita y fiel. El Señor que es santo tiene que oponerse y castigar a los que insisten en ser impíos, por su incredulidad. Tristemente, Judá despreció al Santo de Dios, a quien Lutero identifica como Cristo. ¡Habían caído muy abajo los oyentes de Isaías! Incluso los demonios reconocen a Jesús como “el Santo de Dios” (Marcos 1:24) y sin embargo, sus escogidos le habían vuelto la espalda precisamente a ése Dios, al único que los podía santificar.

Oponerse al Creador y rebelarse contra él son siempre cosas muy graves, por eso es el juicio que se anuncia aquí. No nos equivoquemos, Jehová Dios ha hablado, ¿pero quién escucha cuando él habla? Ciertamente no los que renegaron de él. Dios señala el pecado de su pueblo en un esfuerzo por traerlo de nuevo a él, pero la mayoría no escucha; aunque Isaías les hubiera repetido mil veces esta dolorosa verdad, los que habían rechazado a Dios lo habrían desechado esas mil veces. Cuando las consecuencias de su rebelión y su pecado lleguen a caer sobre ellos, le podrían decir a Dios: “¿Por qué no nos advertiste?” Bueno, ¡Dios lo hizo!, pero ellos no escucharon, pues en lugar de cambiar prefirieron seguir en sus rebeliones y en su apostasía.

Pero quienes por gracia conocen a Dios, lo escuchan. En tiempos de Isaías, algunos le prestaron atención, como sucede en cada época. En los días de Jesús algunos escucharon y otros no, por eso él dijo: “El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios” (Juan 8:47). Las ásperas palabras que Isaías registra eran para llamar al pueblo de Judá y Jerusalén a la razón, pero la mayoría no iba a escuchar; por eso el profeta tocó las tristes notas del lamento del Salvador cuando durante la Semana Santa, al concluir su enseñanza en el Templo, dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén...! ¡Cuántas veces quise

juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37).

Haríamos bien en atender cada vez que Dios habla, pues es demasiado fácil pasar por alto su mensaje. Él tiene que llamarnos regularmente al arrepentimiento, no sea que nuestra naturaleza perversa y pecaminosa nos lleve a abandonar y a rechazar todo lo que él ha hecho por nosotros. Siempre su objetivo es guardarnos como suyos, y aunque sus palabras sean ásperas, él nos sigue amando. Como nuestro Padre celestial: él nos ha hecho, nos ha redimido y nos llama para que juntos diseminemos el mensaje de su amor. Mientras que atendamos su palabra, él nos sustentará como hijos suyos incluso en este momento de la historia, y nos dará las fuerzas para llevar a cabo su voluntad.

**<sup>5</sup> ¿Por qué querréis ser castigados aún?**

**¿Todavía os rebelaréis?**

**Toda cabeza está enferma  
y todo corazón doliente.**

**<sup>6</sup> Desde la planta del pie hasta la cabeza  
no hay en él cosa sana, sino herida,  
hinchazón y podrida llaga;  
no están curadas ni vendadas  
ni suavizadas con aceite.**

**<sup>7</sup> Vuestra tierra está destruida,  
vuestras ciudades puestas a fuego,  
vuestra tierra delante de vosotros  
comida por extranjeros  
y asolada como asolamiento de extraños.**

El pueblo israelita había exasperado a su Padre, Jehová el Señor, quien los había disciplinado de la manera que un padre disciplina a un hijo descarriado. Pero en lugar de corregirse se habían empeñado en la misma conducta; se obstinaron aún más en su rebelión. Había una gran diferencia entre la disciplina que Dios estaba usando ahora y la que le administró a su pueblo en la época

de los jueces. En aquel entonces, cuando ellos se apartaban, él les enviaba un enemigo que los castigara; al darse cuenta de su pecado, oraban al Señor para que los librara y él les enviaba la liberación; esa era la norma en el tiempo de los jueces, pero Judá había pasado de esa etapa y ahora simplemente no se volvía al Señor cuando él les enviaba la aflicción.

Al Padre celestial le parece dudosa la efectividad de enviarles dificultades. Él hace la pregunta: “¿Por qué querréis ser castigados aún?” La condición espiritual de sus hijos era repulsiva; estaban llagados y sus putrefactas heridas no habían sido limpiadas ni vendadas. La disciplina que Dios les había enviado no los había humillado ni los había apartado del pecado como él quería. Cuando les enviaba sanidad y consuelo mediante sus profetas, los rechazaban y los mataban, y al mismo tiempo siguieron tercos y en un estado lastimoso, heridos y ulcerados desde la planta de los pies hasta la cabeza.

¿Cómo respondemos nosotros a la disciplina del Señor? Dios la sigue usando como medio para corregirnos y lo hace para nuestro bien. Pero la corrección, en forma de problemas y aflicciones, no es un medio de gracia ni fortalece la fe; en lugar de eso hace que nos detengamos y pensemos. Los creyentes aprenden a no fiarse de otra ayuda que no provenga de Dios a quien se vuelven en oración. Se regocijan en el mensaje de su palabra y luego el Espíritu Santo: los fortalece, los consuela y los sustenta. Él nos habla en su palabra, y nos da en ella salud y consuelo; ese es su plan. Pero la misma disciplina puede producir resultados distintos en los que se niegan a volverse a las promesas del Señor, ya que lo único que el dolor hará será alejarlos de Dios. Se negarán a escuchar sus palabras de consuelo y por el contrario: lo culparán, lo maldecirán y se empecinarán en la incredulidad. Cuando el dolor de la disciplina irrumpa en nuestra vida, recordemos el plan del Señor: “Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?” (Hebreos 12:7). Podemos encontrar fuerza en las palabras de amor y perdón de

Dios, pero si nos apartamos de sus promesas, no encontraremos ni fortaleza ni consuelo.

**8 Y queda la hija de Sión como enramada en viña,  
como cabaña en melonar,  
como ciudad asolada.»**

**9 Si Jehová de los ejércitos  
no nos hubiera dejado un resto pequeño,  
seríamos como Sodoma, semejantes a Gomorra.**

La disciplina de Dios muchas veces se hacía evidente por medio de ejércitos extranjeros que invadían el territorio israelita. Dios les pidió a sus hijos del Antiguo Testamento que miraran los resultados de su disciplina, ya que la situación en Jerusalén alrededor del año 700 a.C. distaba mucho de los días de esplendor de David y Salomón. En la época de Isaías, durante los reinados de Uzías y Jotam, esos tiempos gloriosos volvieron, pero desaparecieron rápidamente. Jerusalén en ocasiones fue testigo del castigo anunciado por Isaías. La primera vez, los ejércitos de Israel y Siria asolaron sus áreas rurales y dejaron a Jerusalén “como cabaña en melonar”. Diez años más tarde, el ejército asirio arrasó a Judá tal y como lo describe aquí el profeta. Senaquerib amenazó a Jerusalén, pero fue incapaz de someterla porque Dios intervino para preservar la ciudad, pero a las áreas rurales no les fue tan bien; ahí sí se sintió la rapiña de los ejércitos asirios. Los habitantes de Jerusalén vieron todo lo que ocurría desde lo alto de los muros de la ciudad que los protegían sin que pudieran hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, esta profecía quedó registrada para recordarles que todo eso vino de parte de Dios por causa de sus pecados y sus rebeliones.

Entonces, ¿por qué continuaba el Señor enviando esa disciplina? Él todavía amaba a sus hijos y aún quería que recibieran las misericordiosas bendiciones que tenía para ellos; y aunque el Señor Todopoderoso podía haber abandonado a su gente

por causa de su obstinada rebelión, él había prometido que el Salvador del mundo iba a venir de entre ellos. El hedor de sus pecados, que subía hasta los mismos cielos, no difería del Sodoma y Gomorra (ver Génesis 18,19); recordemos que en esa ocasión Dios hizo llover fuego del cielo sobre los habitantes de esas ciudades debido a sus maldades y luego los destruyó para siempre. El lugar que ocuparon permanece, incluso hoy, desolado y muerto. Dios iba a traer un juicio similar sobre Judá y Jerusalén.

Isaías inserta la observación de que algunos iban a sobrevivir, pero sólo unos pocos. El Señor tenía poder para destruirlos de la misma manera que aniquiló a las dos ciudades impías, pero él tenía una promesa que cumplir, así es que iba a dejar sobrevivientes de entre los judíos para efectuar lo que les había prometido: a Adán, a Abraham, a David y a otros. El Salvador vendría; Dios se encargaría de ello al preservar un remanente, y no porque ellos fuesen mejores que los ciudadanos de Sodoma y Gomorra; en algunos aspectos eran hasta peores. Por su misericordiosa promesa, Dios los había hecho pueblo suyo pero ellos lo rechazaron. Sodoma y Gomorra no habían tenido esa ventaja para despilfarrarla.

**<sup>10</sup> ¡Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová!  
¡Escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de  
Gomorra!**

**<sup>11</sup> «¿Para qué me sirve, dice Jehová,  
la multitud de vuestros sacrificios?  
Hastiado estoy de holocaustos de carneros  
y de grasa de animales gordos;  
no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos  
cabríos.**

**<sup>12</sup> ¿Quién pide esto de vuestras manos,  
cuando venís a presentaros delante de mí para  
pisotear mis atrios?**

**<sup>13</sup> No me traigáis más vana ofrenda;  
el incienso me es abominación.**

**Luna nueva, sábado y el convocar asambleas,  
no lo puedo sufrir.  
¡Son iniquidad vuestras fiestas solemnes!  
<sup>14</sup> Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas  
y vuestras fiestas solemnes;  
me son gravosas y cansado estoy de soportarlas.  
<sup>15</sup> Cuando extendáis vuestras manos,  
yo esconderé de vosotros mis ojos;  
asimismo cuando multipliquéis la oración,  
yo no oiré;  
llenas están de sangre vuestras manos.  
<sup>16</sup> Lavaos y limpios,  
quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de  
mis ojos,  
dejad de hacer lo malo,  
<sup>17</sup> aprended a hacer el bien,  
buscad el derecho,  
socorred al agraviado,  
haced justicia al huérfano,  
amparad a la viuda.**

Ahora Isaías convoca al pueblo de Judá y de Jerusalén para que atiendan; pero fijémonos en los títulos que les da: “príncipes de Sodoma” y “pueblo de Gomorra”. Estos calificativos eran agudas saetas que herían el orgullo del pueblo de Dios. El Padre celestial dejaba ver la ira hacia sus hijos en esta sección, que es la más severa proclamación de la ley; cada versículo aniquila el orgullo humano. Sus poderosas condenaciones abrasan al pueblo de Dios; las acusaciones de Dios contra su pueblo pecaminoso son terribles e inmisericordes y no hay escapatoria de la ira divina. Así como los habitantes de Sodoma y Gomorra, los de Jerusalén también merecían la destrucción.

Por naturaleza, el corazón humano desea siempre ser eximido de las demandas de Dios. Ante tal cúmulo de culpas, la primera reacción es encontrar refugio; sabiendo esto, Isaías les cerró la



salida cuando dijo: “¡Oíd la palabra de Jehová!” El Dios del pacto, Jehová, lleno de gracia y amor, hablaba aquí. Trágicamente, su tierno ofrecimiento había sido rechazado; su pueblo no podía hallar excusa desechando estas palabras que no eran los simples pronunciamientos de un profeta que tenía visiones sino las propias palabras del Dios viviente, que ha criado a este pueblo como hijos y les ha prometido el Salvador. Isaías hizo énfasis en este punto cuando citó a Dios: “dice Jehová”.

La actividad religiosa es otro aparente consuelo contra las demandas de Dios y la amenaza de su ira y su castigo. Los habitantes de Judá y Jerusalén tenían el Templo dentro de sus fronteras y ofrecían los sacrificios que Dios mismo había prescrito. Así que llegaron a la conclusión de que eran distintos a Sodoma y Gomorra; seguramente creían que Dios estaría complacido con ellos si lo adoraban como Él les había ordenado. Pero esta sección del mensaje del profeta los despojó de esa falsa esperanza; Dios no tenía ninguna necesidad de los sacrificios de ellos ni de nadie; él preguntaba, ¿para qué me sirven?

Esas ofrendas no eran como las que el profeta Malaquías criticó (Malaquías 1). En ese caso el pueblo de Dios ofrecía lo cojo y lo ciego, pero aquí lo que se ofrendaba era de lo mejor y más gordo; y no se ofrecían sólo de vez en cuando sino en grandes cantidades. La gente acudía con regularidad al Templo para adorar, pero Dios dijo: “No me traigáis más vana ofrenda”. En otras partes oímos que el pueblo de Dios ofrecía sacrificios que no estaban de acuerdo con sus estatutos, pero no aquí en donde las ofrendas se ajustaban a lo que el Señor había establecido. El pueblo de Judá observaba las fiestas religiosas estipuladas por Dios; pero él dice: “Me son gravosas”.

La posición corporal que se adoptaba para la oración en el Antiguo Testamento era la de estar de pie con los brazos extendidos hacia el cielo y, la mayoría de las veces, con las palmas de las manos abiertas. Esa postura mostraba que la persona en oración sabía que el Dios del cielo era la fuente de todas las cosas y que estaba dispuesto a otorgar sus bendiciones en las manos del

que oraba. Pero Dios les indicó que ni siquiera las peticiones que le dirigían estaban exentas de sus acusaciones. Dios dijo que las plegarias que ese pueblo ofrecía eran inaceptables, sin importar cuán ferviente o frecuentemente las ofrecieran.

¿Qué era lo que andaba mal? ¿Había cambiado Dios de manera de pensar en relación con las leyes que le dio a Moisés en cuanto a la adoración? De ninguna manera. La perversión que corrompía los oficios de Judá es la misma que corrompe cualquier otra adoración, ya que los seres humanos no tienen nada que ofrecerle a Dios que pueda reconciliarlos con él. Siempre que crean que pueden hacer que Dios los ame por algo que hagan, aunque se trate de una adoración sincera y de oraciones fervientes, Dios les dice: “Esconderé de vosotros mis ojos”.

Destinados a ganar el favor de Dios, los ritos de adoración que practicaban se habían convertido en una obra hipócrita y vana. Tanto los sacrificios, como las asambleas y las oraciones, no se centraban en el inmerecido regalo de: la sanidad, el consuelo y el poder, dados por Dios en el Mesías. En lugar de eso, Judá y Jerusalén hicieron de la devoción religiosa un espectáculo en que se le ofrecía algo al Señor para ganar lo que él daba por gracia. Dios condenó la arrogancia de pensar que algo que cualquier humano pudiese darle podría siquiera eliminar un solo pecado y apaciguarlo. Orar para ganarse la buena voluntad de Dios y sacrificar con el fin de contentarlo son procedimientos vanos e inútiles, que a fin de cuentas afrentan a Aquel que da sus bendiciones por gracia sin ningún esfuerzo humano.

En esta sección, las siguientes palabras hacen que todo el peso de la ley caiga sobre el corazón del hombre: “Lavaos, limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos.” ¿Cómo? Si ni siquiera la adoración más perfecta puede resolver el problema, ¿qué lo hará entonces? La respuesta es sencilla: *no hay nada que el ser humano pueda hacer u ofrecer*. Esta es la conclusión a la que Dios quiere que todos lleguemos a través del mensaje de su ley. Los ciudadanos de Judá y de Jerusalén, ya fuesen gobernantes o gente común, eran declarados culpables.

Aquí debemos tener cuidado para no minimizar las exigencias de Dios. Cuando él pide, “aprended a hacer el bien, buscad el derecho”, no nos está ofreciendo una segunda versión de la ley que nos permita hacer compensación por el pecado; estas demandas parecen estar al alcance del esfuerzo humano. Las campañas políticas, en la búsqueda de votos, idean consignas que contengan estos valores; algunos imaginan que dedicar la atención a corregir la injusticia social, a ayudar: al oprimido, al pobre y al desamparado, superará: los malos pensamientos, la ira, la ambición y la avaricia del corazón humano. Dios exige muchas obras de los seres humanos, pero nada de lo que hagan puede borrar los pecados ni quitar la vista divina de ellos. Cualquier opinión que sugiera que: el esfuerzo, los buenos pensamientos o las buenas intenciones de los humanos puedan hacer que alguien sea aceptable delante de Dios, constituye una perversión que separa al pecador de la única fuente de perdón, el Señor mismo. La severa voz divina enfatiza sus demandas e intenta apartar a Judá y a Jerusalén de esa falsedad, para que quizá puedan comprender que, pese a que no lo merecen, él les ofrece gratuitamente el perdón.

Nuestro corazón también desea escapar de la conclusión a la que Dios quiere que lleguemos. Al leer las palabras de Isaías miles de años después, nuestra alma busca refugio ante las exigencias de Dios, pero debemos ver las palabras del profeta como si también estuvieran dirigidas a nosotros, y no sólo a los que vivieron en la antigüedad. No hay excusas ni circunstancias especiales que nos protejan de las amenazas de la ira de Dios contra el pecado. Los habitantes de Judá y Jerusalén no podían escapar, ni tampoco nosotros. Dios siempre declara culpable a la humanidad. No debemos pensar que le pertenecemos a Dios porque somos piadosos, ni que lo aplacan nuestras obras o méritos, o nuestra adoración; el Señor no necesita ni quiere nuestras obras, si es que pretendemos ganar su favor por medio de ellas.

¿Prohíbe Dios con esto las buenas obras y la adoración? ¡No! Lo que él condena es la falsa idea de que las personas puedan borrar el pecado y encontrar un escape para evadir el juicio. Sólo

él puede borrar la impiedad, ¡y lo ha hecho en Cristo! Él es el Santo de Dios y si alguien cree que: el corazón, la mente y la vida humana se pueden purificar sin Dios, esa persona ha despreciado “al Santo de Israel” (1:4). El profeta continúa para dejarnos constancia de la respuesta del Todopoderoso ante el pecado.

**18»Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta:  
aunque vuestros pecados sean como la grana,  
como la nieve serán emblanquecidos;  
aunque sean rojos como el carmesí,  
vendrán a ser como blanca lana.**

**19 Si queréis y escucháis,  
comeréis de lo mejor de la tierra;**

**20 si no queréis y sois rebeldes,  
seréis consumidos a espada.»**

**La boca de Jehová lo ha dicho.**

En medio de su enojo e ira, Dios seguía siendo el Padre de su pueblo; con su voz severa e indignada los había declarado culpables de pecado. Ellos no le podían ofrecer nada que lo aplacara y lo persuadiera a perdonarlos; ni siquiera sus ofrendas ni sus oraciones podrían quitar el pecado, y hacerlos aceptos delante de Dios. Ante la ley, el diagnóstico resultaba evidente. El veredicto era: la muerte, el castigo y la separación del Creador. Y lo que es más, no había excusa o escapatoria posible para nadie. Ante los mandamientos de Dios también nosotros estamos bajo la misma condenación, pero él nos da lo que necesitamos.

Anteriormente Dios había mandado: “Lavaos y limpios” (1:16). ¡Pero nadie lo podía hacer! La verdadera purificación sólo podía ser obra de Dios. Ahora el Señor les dice: “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos”. Aquí no se trata de una amnistía por la cual se les perdona la transgresión anterior a las personas y se les da una nueva oportunidad. La justicia de Dios exigía un pago, e Isaías, a través de toda su profecía, explica cómo Dios mismo iba a dar el

pago por la maldad mediante el Santo de Israel: el Siervo, que venía a dar su vida por hijos indignos e impíos, por todo el mundo, tanto judíos como gentiles. El Santo de Israel ha derramado su sangre para quitar la mancha: “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Ahora el Padre muestra su amor por estos hijos desobedientes y rebeldes, cuando los invita con estas palabras: “Venid luego”. Las palabras anteriores de acusación y castigo hicieron que los infractores se sobrecogieran y se ocultaran, pero ahora Dios también les hablaba con tiernas palabras de amor y perdón. Este es el evangelio. Sin nada que ofrecer, Judá y Jerusalén comparecieron delante Dios como culpables, pero no recibieron lo que merecían, en lugar de ello, las manchas de sus pecados fueron lavadas. Lo único que los podía limpiar era la sangre de Cristo. ¡Qué hermosa promesa para los transgresores de todos los tiempos! Si en la sección anterior estábamos incluidos en las acusaciones de la ley, entonces también lo estamos ahora en la promesa del lavamiento.

Nótese cómo Dios empleó la ley y el evangelio en este capítulo. Antes de que la gente pueda comprender el evangelio, debe comprender primero la ley. Lutero señala: “Pero este es el proceder de la Escritura: primero aterrar, revelar los pecados, hacer que nos reconozcamos a nosotros mismos para humillar así los corazones; una vez que éstos han sido llevados a la desesperación, la Escritura prosigue con su segunda función, es decir, la de sostener y consolar las conciencias con las promesas. Es así como enseña el Espíritu Santo. Por otra parte, Satanás actúa insidiosamente mediante el hablar dulce y el uso de palabras halagadoras hasta que daña los corazones inocentes; entonces, deja tras sí horrible dolor e inconsolable desesperación” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 6).

Después de la limpieza anunciada, Dios invitó a su pueblo a que creyera: “Si queréis y escucháis...” no es una condición para el perdón. Quitar la mancha carmesí del pecado es un acto de Dios que no está sujeto a condiciones y es independiente de la conducta

humana. Dios perdona por gracia, no porque el ser humano haga obras de: amor, gentileza y bondad, ni siquiera porque haya fe. Dios ha anunciado el lavamiento de los pecados para que su pueblo pueda creerlo y aceptarlo. “Si queréis”, entraña lo mismo que Jesús dijo: “Para que todo aquel que en él cree..., no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Cuando el profeta prosigue diciendo “si no queréis y sois rebeldes...” cita también lo que Jesús dijo: “el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16).

Entonces, ¿dónde pone esto a los esfuerzos humanos tales como: el amor, la justicia, la bondad, la ayuda al oprimido y la adoración? Las personas de la época de Isaías habían pervertido todas estas cosas al pensar que podrían lograr algo de Dios a través de sus propios empeños. Sin importar cuán grande y pura sea, la virtud humana no puede alcanzar tan grandioso objetivo. Incluso: el volverse a Dios, confiar en sus promesas y vivir de acuerdo con su voluntad no quitan el pecado. Los hijos de Dios se arrepienten y muestran: amor, gozo, paz, paciencia, piedad, bondad, fe, gentileza y autocontrol, con el sólo propósito de dar testimonio de su fe en el Salvador. Lo adoran para ser consolados por sus promesas, por su inmerecido amor y para animar a otros a confiar en el perdón que sólo él puede proporcionar. Cualquier idea de que con las buenas obras se pueda lograr algo del Señor, contamina la veneración y el evangelio, porque esto afirma arrogantemente que el esfuerzo humano puede contentar al Dios del universo.

**21 ¿Cómo te has convertido en ramera, tú, la ciudad fiel?**

**Llena estuvo de justicia,**

**en ella habitó la equidad,**

**¡pero ahora la habitan los homicidas!**

**22 Tu plata se ha convertido en escorias,**

**tu vino está mezclado con agua.**

**23 Tus gobernantes son rebeldes**

**y cómplices de ladrones.**

**Todos aman el soborno**

**y van tras las recompensas;**

**no hacen justicia al huérfano  
ni llega a ellos la causa de la viuda.**

¿Quién escuchará las palabras del profeta? Son palabras que vienen de Dios. Lo que es más: ¿quién le prestará atención a Dios? El anuncio del lavamiento por gracia de los pecados es buena noticia para los que están abrumados por la ley, pero a la vez significa muy poco para quienes no sienten la necesidad de ser limpiados de la culpa. Si en la parábola del fariseo y el recolector de impuestos se le hubiera anunciado el perdón de pecados al fariseo, éste, asombrado, se hubiera preguntado para qué lo necesitaba. Después de todo, hubiera pensado que él era justo; sus actos lo confirmaban pues, en su opinión, él era mejor que el recolector de impuestos. Para él, el anuncio del perdón únicamente lo confirmaría en su error. En la misma parábola, el publicano oyó con gozo el anuncio del perdón; para él era el dulce y tranquilizador mensaje que su contrito corazón necesitaba oír, la misericordia que anhelaba.

A través de su profeta, el Padre de Judá y Jerusalén comenzó a lamentarse del estado espiritual de ambas ciudades. Sus habitantes habían sido una vez fieles y justos. ¡Cuán bajo habían caído! Hubo un tiempo en el cual habían conocido la importancia de que Dios los librara de sus pecados, y habían entendido todos los sacrificios como un símbolo que apuntaba al sacrificio del Mesías. En esa época, la justicia moraba entre el pueblo como un amigo que pasa la noche en casa. ¡Pero qué diferente era ahora! Los malvados asesinos habitaban en la que una vez fuera la justa ciudad de Dios. La violencia, la avaricia y el egoísmo dejaban en el desamparo a la viuda y al huérfano.

Judá y Jerusalén constituían la iglesia visible de Dios en el Antiguo Testamento. Tristemente, sus líderes no le prestaron atención a la corrección divina; la iglesia de los tiempos de Isaías había caído en una etapa de apostasía. Muchas de las palabras del profeta eran desatendidas, de la misma manera en que las palabras de Jesús cayeron en oídos sordos en la iglesia visible de su época.

He aquí una lección para la iglesia visible de todos los tiempos. Siempre que el evangelio es pervertido por la idea de que hombres y mujeres pueden aplacar a Dios por medio del esfuerzo humano, la justicia se desvanece y el Señor se lamenta.

- 24 Por tanto, dice el Señor, Jehová de los ejércitos,  
el Fuerte de Israel:  
«¡Basta ya! ¡Tomaré satisfacción de mis enemigos,  
me vengaré de mis adversarios!**
- 25 Volveré mi mano contra ti,  
limpiaré hasta con lejía tus escorias  
y quitaré toda tu impureza.**
- 26 Haré que tus jueces sean como al principio,  
y tus consejeros como eran antes;  
entonces te llamarán “Ciudad de justicia”, “Ciudad  
fiel”.**
- 27 Sión será rescatada con el derecho  
y los convertidos de ella con la justicia.**
- 28 Pero los rebeldes y pecadores serán a una  
quebrantados,  
y los que dejan a Jehová//serán consumidos.**
- 29 Entonces os avergonzarán las encinas que amasteis  
y os sonrojarán los huertos que escogisteis.**
- 30 Porque seréis como encina que pierde la hoja  
y como huerto al que le faltan las aguas.**
- 31 El fuerte será como estopa,  
y lo que hizo, como una chispa;  
ambos serán encendidos juntamente  
y no habrá quien apague el fuego.»**

Una vez más Isaías nos recuerda que estas son palabras del Señor, el Dios del pacto, Jehová. Isaías lo identifica como “el Señor, Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel”. Este versículo menciona más designaciones para Dios que cualquier otro en todo el libro. Los tres nombres ponen el énfasis en el irresistible poder



del Dios de Israel. Por una parte, su omnipotencia llena de gran temor al pecador, pues éste sabe que el Señor puede cumplir sus amenazas de castigo y de juicio. Pero por otra parte, el Dios de Israel también ha prometido sencilla y amorosamente limpiarlos de la escoria del pecado, lo que también puede hacer.

¿Pero qué debería hacer ahora el Padre de este pueblo? Algunos de ellos creían, y otros no. ¿Qué debería hacer Dios para cumplir todas las promesas que les había hecho? ¿Cómo puede el Hijo de David ser el Redentor si todo este pueblo es destruido? ¿Cómo puede el Cordero de Dios quitar los pecados del mundo? Primero, Dios anunció que iba a destruir a sus enemigos. Su santidad sería satisfecha cuando destruyera a todos los que se oponen a sus misericordiosas promesas. A través de los siglos, los creyentes han esperado que el juicio venga en toda su plenitud, y así será en el último día.

Ahora Dios prosiguió con otra estrategia. En el curso de la historia humana, él arrancará a los impíos, lo cual ilustra valiéndose del proceso de la fundición por la cual se purificaban los metales. El método consiste en calentar el mineral y añadirle un álcali para acelerar la fundición; de esta forma se separa el buen metal de las impurezas. En la historia de Judá y Jerusalén, Dios envió aflicciones y problemas para refinar a su pueblo; por ejemplo, después de que fueron llevados al cautiverio por los babilonios, regresó un remanente purificado. La promesa del Señor termina con una maravillosa certeza: “Haré que tus jueces sean como al principio,... entonces te llamarán Ciudad de justicia”.

Dios siguió su plan de refinamiento a través de toda la historia humana. Fue así que refinó a Judá y Jerusalén a fin de traer al Salvador del mundo como lo había prometido. En el proceso, el Señor extirpó: la hipocresía, las falsas enseñanzas y la maldad; así como se añade el álcali para acelerar la refinación, Jehová utilizó algunas veces a gobiernos y ejércitos paganos. Los juicios que se mencionan en el libro de Isaías vinieron a ser parte de ese proceso de refinamiento que no concluyó con la llegada del Mesías. Dios continúa aun purificando su iglesia, purgándola de los que

rechazan su inmerecido amor, a fin de que ella pueda proclamar la verdad del evangelio. El fuego del juicio de Dios consume: la falsa enseñanza, la maldad y el fariseísmo, dejando otro grupo de gente purificado que atesora la gracia de Dios en Cristo. Este proceso continuará hasta el fin. Entonces Dios separará absolutamente y para siempre a los creyentes de los rebeldes; llevará a los redimidos para que vivan en gozo y felicidad completos en la nueva Jerusalén, o Sión; y echará eternamente de su presencia a los impíos y reacios.

Los profetas del Antiguo Testamento utilizaban con frecuencia el término Sión para designar la asamblea de creyentes. El versículo 27 comienza con esta palabra y proclama la maravilla de la redención divina, lo que necesitamos destacar una vez más. El versículo se concentra en Sión, la cual será rescatada. Notamos también la forma pasiva del verbo, *será rescatada*; el Mesías vendría y, al entregarse a él mismo en ofrenda, pagaría el precio necesario de la redención, lo cual es un acto de Dios. Sión no hace nada, los creyentes sólo reciben la acción del Todopoderoso; él los ha redimido con justicia, es decir, por medio de un dictamen con que declara a los creyentes justos y santos. La forma pasiva de esta oración habla de la gracia de Dios. El Señor lo hace todo. Los penitentes, los que han sido quebrantados por la ley divina, serán redimidos por la justificación ya que la perfecta santidad que Dios exige se convierte entonces en posesión personal de ellos. Abraham creyó y “le fue contado por justicia” (Romanos 4:3). Así ocurre con todos los creyentes penitentes.

¿Qué hay de aquellos que rechazan el rescate que les brinda el Señor? Ellos serán quebrantados y perecerán; no sólo han pasado por alto la respuesta de Dios ante el pecado para salvarlos, sino que la ignoraron y por lo tanto la rechazaron. En lugar de volverse a Dios, Judá y Jerusalén habían escogido encinas y huertos sagrados donde adoraban otros dioses y encontraron excusas para la inmoralidad. Pero los lugares que escogieron para sus placeres y deleites los llevarían a la vergüenza y al juicio. Aquellos que confían en otra cosa que no sea la gracia del Señor serán destruidos

en el juicio final y en el fuego refinador; esta es una verdad y los pecadores y rebeldes nada podrán hacer para modificar la sentencia. Isaías les dijo a sus lectores que el hombre fuerte no sería capaz de detener el fuego, incluso las obras de un gran hombre serían solamente la chispa que daría comienzo a la llama que nadie podrá apagar. Dios Todopoderoso ha hablado, y ¡así será!

Miremos nuevamente al primer capítulo de Isaías. ¡Qué introducción! Como todas las buenas oberturas, ésta refleja el resto de la profecía. Primero, el profeta identifica la pecaminosidad de Judá y Jerusalén. Tras las severas notas de la ley, el Señor apela amorosamente a su pueblo, les ofrece hacerlos puros y liberarlos; pero a los que rechacen su misericordiosa invitación les aguarda el juicio ineludible. Y por último, el profeta le asegura al penitente y al redimido que una gran liberación vendrá y que los creyentes se reunirán en la ciudad de justicia, la nueva Sión. En el segundo capítulo comienza el desarrollo de estos temas.

### *Una promesa de paz; una amenaza de juicio*

## **2** Lo que vio Isaías hijo de Amoz, acerca de Judá y de Jerusalén.

El libro de Isaías consiste en una serie de profecías que él compiló en una etapa tardía de su vida. Aquí, el profeta inserta una sección que se extiende hasta el final del capítulo 4. La siguiente introducción ocurre al inicio del capítulo 6; en tanto que el 5 es un intercalado especial que se presenta en la RV 1995 como la “Parábola de la viña”. “Lo que vio Isaías hijo de Amoz” nos recuerda que el libro de profecías es una revelación de Dios que el profeta escribió por inspiración del Espíritu Santo, y nosotros atendemos a sus palabras porque son la palabra de Dios. En esta sección el Señor centra la atención de Isaías, y también la nuestra como sus lectores, en las cosas maravillosas que él reservaba para Judá y Jerusalén.

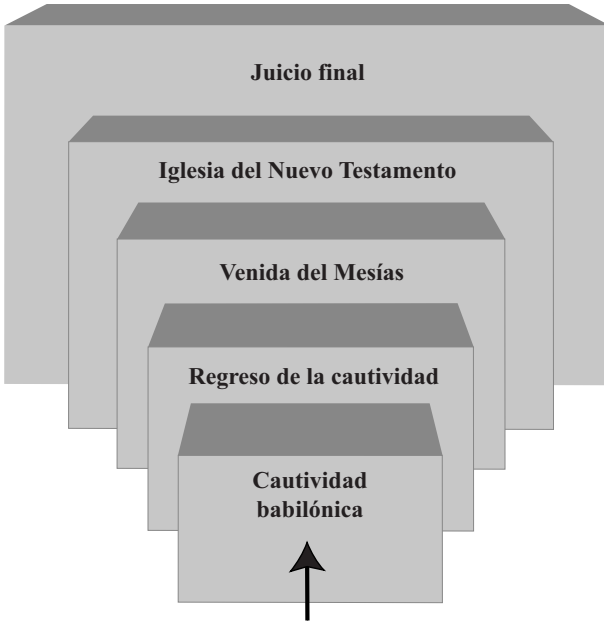
**<sup>2</sup> Acontecerá que al final de los tiempos  
será confirmado el monte de la casa de Jehová  
como cabeza de los montes;  
será exaltado sobre los collados  
y correrán a él todas las naciones.**

**<sup>3</sup> Vendrán muchos pueblos y dirán:  
«Venid, subamos al monte de Jehová,  
a la casa del Dios de Jacob.  
Él nos enseñará sus caminos  
y caminaremos por sus sendas.»  
Porque de Sión saldrá la Ley  
y de Jerusalén la palabra de Jehová.**

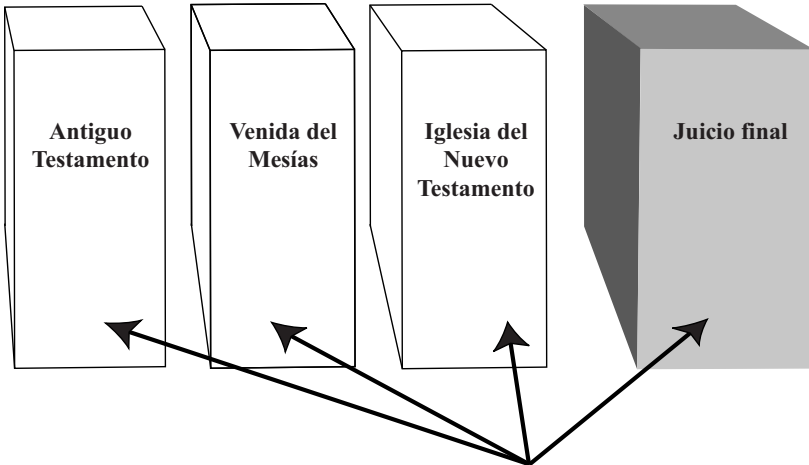
**<sup>4</sup> Él juzgará entre las naciones  
y reprenderá a muchos pueblos.  
Convertirán sus espadas en rejas de arado  
y sus lanzas en hoces;  
no alzará espada nación contra nación  
ni se adiestrarán más para la guerra.**

¡Qué maravilloso comienzo! Estos versículos registran una hermosa promesa de Dios para su pueblo en el futuro. Cuando Isaías escribe que esta esperanza se cumplirá “al final de los tiempos”, lo hace mirando a la era del Nuevo Testamento. “El final de los tiempos”, esos días futuros en el distante horizonte para el profeta, incluían la llegada del Mesías y el juicio final de las naciones. Para nosotros en la era del Nuevo Testamento, los últimos días en el horizonte lejano del futuro incluyen el juicio final y la segunda venida de Cristo. Nosotros vivimos entre los dos acontecimientos que Isaías y los creyentes del Antiguo Testamento vieron como si fuese uno.

La promesa que Isaías registra es virtualmente la misma que registra el profeta Miqueas (Miqueas 4:1-3). Que el autor de estas palabras haya sido Isaías, Miqueas, o incluso otro profeta de nombre desconocido, no es importante, porque estas palabras son revelación de Dios; recordemos que el profeta escribió lo que Dios



*Visión de Isaías del futuro*



*Nuestra visión del futuro*

le reveló. No es inusual que Dios dirija a los escritores de su revelación para que se mencionen mutuamente; los del Nuevo Testamento citan libremente a los del Antiguo Testamento, a veces sin siquiera hacerlo textualmente o sin identificar la fuente original.

¿En qué consiste esta promesa? Sencillamente, en que Dios prometió que él iba a enviar a su Mesías y que la obra del Mesías vendría a ser la más relevante en la historia de Judá y Jerusalén. A raíz de su cumplimiento, el Señor acercaría a él a todas las naciones para venir y aprender de su amor por los pecadores.

Dios les prometió a Judá y a Jerusalén que el Mesías iba a venir al mundo a través de ellos, y debido a esto los hacía suyos de manera muy especial; el Salvador iba a salir de Judá, como lo dijo en Génesis (Génesis 49:10). Más tarde, el templo de Jerusalén fue un símbolo de la presencia divina entre su pueblo y un recordatorio de las promesas que les había hecho de enviarles el Salvador; si no hubiera sido así, Dios: no hubiera llamado a Israel de Egipto, ni le hubiera dado una tierra propia, ni hubiera establecido un centro de adoración para su pueblo en el templo de Jerusalén. Y cuando esa señal se cumpliera por fin en Jesús, Isaías vería su gran significado e importancia.

El monte del templo del Señor sería el más alto; eso no quiere decir que el monte Moriah sería elevado físicamente de algún modo para convertirlo en el más elevado del mundo. Es evidente que aquí tenemos que entender este pasaje y toda la sección en el sentido espiritual; pero cuando miramos al final de la profecía y su voto de paz, entendemos por qué muchos lectores de la Biblia se han visto tentados a aplicarle esas palabras al mundo físico. El cumplimiento de las promesas divinas que fueron dadas desde la antigüedad se ha convertido en el punto más importante y prominente de la historia del mundo.

Isaías sólo expresó aquí otra versión de lo que le dijo Dios a Abraham: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). El pueblo acude al monte de Jehová por la obra divina, por la cual él: congrega, ilumina y llama a su iglesia a

través de las promesas concluidas en Cristo. Siempre que oigan de la obra de Cristo estarán oyendo el evangelio, un registro de cómo Dios llevó a cabo sus promesas de salvar al mundo. Por el poder del Espíritu Santo, el evangelio atrae hacia Dios a todas las naciones, tal como Isaías escribió: “Correrán a él todas las naciones”.

Una vez que la gente oye el evangelio, su reacción natural es la de invitar a otros a que lo conozcan también. Cuando creemos, queremos dar testimonio de esta verdad que fue confirmada por Isaías cuando hace que la gente diga: “Venid...” No hace falta más que pensar en Pentecostés, donde, ante todos los provenientes de todas partes del mundo reunidos en Jerusalén, los discípulos dieron testimonio e invitaron a otros a participar de las riquezas de las promesas de Dios. Cuánto deben haberse maravillado, los primeros seguidores del cumplimiento de las palabras de Isaías. Pero Pentecostés fue sólo una forma del cumplimiento de esta profecía que se continúa realizando por todo el mundo cada vez que los creyentes hablan de Jesús e invitan a otros a conocerlo. Todavía hay en el distante futuro una realización final: cuando Cristo vuelva, todos los creyentes serán reunidos en la nueva Jerusalén.

El pueblo de Dios anhela aprender sus caminos, y él les enseña e instruye por medio de las Escrituras que exponen la historia de su amor. Es interesante notar que los creyentes tienen interés en aprender “la palabra de Jehová”. En toda época, la asamblea del pueblo de Dios, su iglesia, tiene sólo una tarea, la de escuchar su palabra. Una vez que así sea, ellos darán testimonio y caminarán “por sus [de Dios] sendas”. Lutero nos recuerda: “El cristianismo es muy ciertamente el oír o examinar de la Palabra, a fin de que Cristo pueda hablarnos en todo momento” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 31). El cristianismo es una religión práctica que comienza con el oír el mensaje de Dios. No se puede andar por los senderos del Señor sin el poder del evangelio, el cual, según la promesa de Dios, viene solamente por el oír.

La obra del Mesías es una obra de paz, como les dijo Jesús a sus discípulos: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). Así que miramos al final de esta promesa con los ojos espirituales de la fe, no con los ojos físicos de la política. La paz que él promete es con Dios, y se basa en Cristo y en su perdón; su efecto es tan profundo que afecta la vida de los creyentes. Los que conviven en armonía entre ellos y con el mundo que los rodea se convierten en lo que Jesús indicó, en hacedores de paz; y la paz con Dios, que es la respuesta del evangelio, cambia los corazones humanos.

En este mundo cuán diferente es la llamada paz que conocemos. Al cruzar la calle frente al edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, en la plaza que tiene el mismo nombre, un mural cita a Isaías: “Convertirán sus espadas en rejas de arado”. Todos buscan la paz entre las naciones pero, en el mundo pecaminoso, ésta se establece por un equilibrio de poder entre países igualmente poderosos o por la fuerza de las armas entre naciones desiguales. Lo que Isaías quiere decir es lo contrario de eso: Los hijos de Dios no se “adiestrarán más para la guerra”. Isaías vio la paz espiritual basada en el amor del Padre en Cristo, y sólo cuando él regrese los seres humanos pondrán a un lado su naturaleza malvada, y entonces toda hostilidad y todo conflicto cesarán. Los creyentes se concentran en la verdadera calma interior y venidera, no en las promesas de paz política en la tierra.

**<sup>5</sup> Venid, casa de Jacob,  
y caminaremos a la luz de Jehová.**

La preciosa promesa de Dios produce cierta reacción. Cuando Isaías consideró el ofrecimiento de Dios, exhortó a sus contemporáneos a andar en la luz de Jehová, es decir, conocerla y reconocerla, y seguir los caminos que ella nos muestra. El salmista escribió: “Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino” (Salmos 119:105). Por la fe en Jesús, hemos sido



incluidos en la “casa de Jacob”, que es otro nombre que se le ha dado a la iglesia, o sea, la asamblea de creyentes. A nosotros también se nos exhorta a usar la Palabra para que ella nos pueda mostrar el camino y nos pueda dar el poder para conducirnos como Dios manda.

**<sup>6</sup> Ciertamente tú has dejado tu pueblo, la casa de Jacob,  
porque están llenos de costumbres traídas del oriente  
y de agoreros, como los filisteos;  
y pactan con hijos de extranjeros.**

**<sup>7</sup> Su tierra está llena de plata y de oro,  
sus tesoros no tienen fin.**

**También está su tierra llena de caballos  
y sus carros son innumerables.**

**<sup>8</sup> Además, su tierra está llena de ídolos,  
y se han arrodillado ante la obra de sus manos  
y ante lo que fabricaron sus dedos.**

¡Cuán rápidamente pasamos de las alturas de las promesas de Dios a las profundidades del pecado humano y las rebeliones! El profeta sacude a sus lectores con el anuncio de que Dios ha abandonado a su pueblo. Pero ¿por qué? ¿Qué ha cambiado la armonía y el amor de los primeros cuatro versículos al juicio que llena el resto del capítulo? El pueblo ha rechazado las promesas de su Dios y, en lugar de caminar a la luz de su palabra, ha adoptado “costumbres traídas de oriente”; no hay diferencia entre ellos y sus vecinos paganos que consultan adivinos y agoreros. Donde Dios ofrecía luz, la casa de Jacob había optado por la oscuridad; al llamarlos “casa de Jacob”, Isaías les recordó a sus oyentes de entonces las promesas que Dios les había dado, pero muchos no las creyeron ni las quisieron, y ahora Dios los abandonó por su incredulidad.

Tres ilustraciones más demuestran cuánto se había alejado el pueblo de su Dios. Cuando Isaías comenzó su ministerio, la población de Judá era en general rica, parecía que los gloriosos

días de David y Salomón habían vuelto a la ciudad. Los reyes Uzías y Jotam, ampliaron sus fronteras y el pueblo disfrutaba de prosperidad, pero con esta bonanza vino la degeneración religiosa y moral. La tierra rebosaba oro y plata, y el pueblo confiaba en sus bienes en lugar de confiar en las promesas de Dios. Sus caballos representaban el poder militar, y por tener tantos carros de guerra, Isaías exclama airado: “sus carros son innumerables”; por eso confiaban tanto en lo que poseían. Su fe estaba puesta en las riquezas, no en Dios. Y lo peor era su idolatría al apartarse del que los había sustentado durante siglos en el pasado y que tanto les prometía para el futuro. Adoptaron dioses que ellos mismos se habían inventado. ¡Qué perversidad! ¡Qué aterradora es la profundidad del pecado humano!

**<sup>9</sup> Así se ha inclinado el hombre  
y el varón se ha humillado;  
por tanto, no los perdones.**

**<sup>10</sup> ¡Métete en la peña  
y en el polvo escóndete  
de la presencia temible de Jehová  
y del resplandor de su majestad!**

**<sup>11</sup> La altivez de la mirada del hombre será abatida;  
la soberbia humana será humillada.  
Sólo Jehová será exaltado en aquel día.**

Todo lo que Isaías citó en los versículos 6 a 8 ilustró no sólo la rebelión del pueblo de Dios sino también su orgullo y vanagloria. Concluyeron que sabían más que su Creador y se hicieron ídolos porque creyeron que él y su Palabra no eran suficientes. La incredulidad es siempre arrogante. Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Todos los que busquen otra vía de acceso a la familia del Padre están aseverando que saben más que él mismo. La consecuencia de esa incredulidad y ese orgullo es el veredicto condenatorio del Señor anunciado aquí por Isaías, el cual abarca a

toda la humanidad; no se limita a la casa de Jacob. Además de ser ineludible, cae encima de aquellos que están más allá del perdón. Ya es demasiado tarde; el tiempo para el arrepentimiento ya terminó.

Así miró Isaías al distante horizonte del juicio final de Dios sobre todos los incrédulos. Para entonces Dios revelará que las jactanciosas declaraciones acerca de cómo se habían ganado por ellos mismos la liberación no eran más que mucha retórica pietista y expresiones vanidosas. El esplendor de la majestad divina llenará de temor a los incrédulos, que buscarán esconderse de ella. Sólo el Señor será exaltado y es una certeza que él confirmará la verdad de lo que ha revelado en las Escrituras. Los pecadores no pueden cambiar este hecho, incluso cuando a veces parezca que el orgulloso se sale con la suya, mientras que los creyentes parecen demasiado insignificantes como para ser tenidos en cuenta.

**<sup>12</sup> Porque el día de Jehová de los ejércitos  
vendrá sobre todo soberbio y altivo,  
sobre todo lo arrogante,  
y será abatido;**

**<sup>13</sup> sobre todos los cedros del Líbano  
altos y erguidos,  
y sobre todas las encinas de Basán;**

**<sup>14</sup> sobre todos los montes altos  
y sobre todos los collados elevados;**

**<sup>15</sup> sobre toda torre alta  
y sobre todo muro fortificado;**

**<sup>16</sup> sobre todas las naves de Tarsis  
y sobre todos los barcos lujosos.**

**<sup>17</sup> La altivez del hombre será abatida;  
la soberbia humana será humillada.**

**Sólo Jehová será exaltado en aquel día.**

**<sup>18</sup> Y acabará por completo con los ídolos.**

**<sup>19</sup> Se meterán en las cavernas de las peñas  
y en las aberturas de la tierra,**

**a causa de la presencia temible de Jehová  
y del resplandor de su majestad,  
cuando él se levante para castigar la tierra.**

**<sup>20</sup> Aquel día arrojará el hombre  
a los topos y murciélagos  
sus ídolos de plata y sus ídolos de oro,  
que le hicieron para que adorara.**

**<sup>21</sup> Se meterá en las hendiduras de las rocas  
y en las cavernas de las peñas,  
a causa de la presencia formidable de Jehová  
y del resplandor de su majestad,  
cuando se levante para castigar la tierra.**

El día del juicio fue tan cierto para Isaías y para sus contemporáneos como lo es para nosotros que esperamos su llegada, aunque Dios aún lo tiene en reserva; su venida destruirá todo lo que se ha puesto por encima del Señor o en su lugar. Incluso la naturaleza será afectada por el castigo venidero. Isaías dice que: los cedros del Líbano, las encinas de Basán, los montes y los collados también serán juzgados. El pecado humano ha abusado del mundo natural y lo ha pervertido; lamentablemente, éste está unido al hombre y a su pecado. Los árboles y los montes son bellas imágenes del poder y la majestad de Dios (Romanos 1:20); pero los seres humanos ignoran al Dios quien hizo tan maravillosa creación. En lugar de ello, han intentado llenar su vacío espiritual con la hermosura de la naturaleza. Sólo Dios puede llenar el abismo espiritual que hay dentro del corazón humano; a la vez que la naturaleza también será juzgada, porque el hombre ha adorado a la creación y no al Creador.

En los días de Isaías, el rey Uzías construyó torres protectoras (2 Crónicas 26:9,10), obra que continuó su hijo Jotam (2 Crónicas 27:3,4). Aunque ambos reyes se incluyen entre los buenos reyes de Judá, sus fortificaciones poco a poco animaron al pueblo para que dejara de confiar en el Señor. Además, las naves mercantes judías llevaban a Judá artículos de primera necesidad y de lujo, lo

que también hizo que la gente dejara de contar con el Señor. El materialismo siempre ha tenido el mismo resultado: mientras más tiene la gente, menos piensa en el Señor y en sus promesas. Por supuesto, había creyentes ricos y siempre los habrá. Sin embargo, Jesús también advierte sobre las riquezas, y nos dice cuán difícil es para un hombre rico entrar en el reino de Dios (Marcos 10:25). Las torres que los protegían y en las que confiaban, los barcos mercantes que les llevaban la prosperidad y los ídolos a quienes oraban, todos serán destruidos. El día en que el Señor vuelva en juicio no permitirá que nada interfiera con su gloria y majestad. Sólo él será exaltado.

La reacción de los incrédulos ante el día del Señor y frente al “resplandor de su majestad” será de mucho terror. Antes de que él venga, parecerá como si los incrédulos dominaran la situación; así era en tiempos de Isaías y así lo es en los nuestros. Ahora parece que Dios duerme, mientras: el poder, el prestigio, la gloria, el pecado y la inmoralidad parecen no sólo reinar sino triunfar en la vida humana; pero el Señor se levantará “para castigar la tierra”. Su juicio vendrá y los creyentes lo anhelan aunque tengan que soportar por ahora las perversidades de los impíos. Pedro nos aconsejó esperar con paciencia ese día: “...los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pero, amados, no ignoréis que, para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza” (2 Pedro 3:7-9).

Cuando por fin llegue ese momento, los seres humanos echarán a un lado sus ídolos porque se darán cuenta que éstos no son más que basura inútil; Isaías dijo gráficamente que los ídolos serán echados a los topes y a los murciélagos. Cuando los incrédulos se den cuenta de que sus dioses no les sirven para nada, se desharán de ellos, ya que cuando huyan en vano para escapar de Dios éstos sólo serán una carga inútil. Note con cuánta frecuencia repite el profeta el falso intento de los impíos por

escondese debajo de las rocas y en las cavernas. Este es el día del juicio del Señor en el que, puesto los impíos no se pueden volver a él, lo único que pueden hacer es huir de él.

**<sup>22</sup> ¡Dejad al hombre cuyo aliento está en su nariz!  
Porque ¿de qué estima es él digno?**

El corazón humano capta la realidad de Dios; sólo el necio dice que no hay Dios. La exhortación de Isaías les permite a los humanos verse con toda claridad; vivimos porque respiramos el aire que nos rodea, ya que la vida del hombre depende de su aliento. Así lo hizo Dios con Adán, dándole el soplo de vida. ¿Qué valor eterno o espiritual tiene el hombre en comparación con el Creador? Pero aun así, el corazón humano confía en él mismo y en sus propias habilidades. El oro, la plata, la prosperidad y el poder militar tienen su lugar, pero todos están ligados: al espíritu, la inteligencia, la voluntad, las emociones y la imaginación del hombre. Incluso los dioses que la humanidad ha inventado no son más que una proyección del intelecto y el deseo humano; no importa cuán sublimes sean los pensamientos religiosos, fuera de Cristo todas las ideas religiosas no hacen más que rechazar la gracia de Dios y su revelación en las Escrituras; confiar en cualquier cosa fuera del Señor traerá el desastre, “cuando se levante para castigar la tierra”. La amonestación de Isaías es válida para todos los tiempos.

*Un juicio sobre Jerusalén,  
incluyendo a las mujeres de Sión*

**3** Porque el Señor, Jehová de los ejércitos,  
quita de Jerusalén y de Judá  
al sustentador y al fuerte,  
toda provisión de pan y toda provisión de agua;  
<sup>2</sup> al valiente y al hombre de guerra,  
al juez y al profeta,

- al adivino y al anciano;**  
**<sup>3</sup> al capitán de cincuenta y al hombre respetable,**  
**al consejero, al artífice excelente y al hábil orador.**  
**<sup>4</sup> Y les pondré jóvenes por gobernantes:**  
**muchachos serán sus señores.**  
**<sup>5</sup> Entre el pueblo brotará la violencia de unos contra**  
**otros,**  
**cada cual contra su vecino;**  
**el joven se levantará contra el anciano,**  
**y el plebeyo contra el noble.**  
**<sup>6</sup> Cuando alguno tome de la mano a su hermano,**  
**de la familia de su padre, y le diga:**  
**«Tú tienes vestido, tú serás nuestro gobernante»**  
**y «Toma en tus manos esta ruina»,**  
**<sup>7</sup> él jurará aquel día, diciendo:**  
**«¡No tomaré yo ese cuidado,**  
**pues en mi casa no hay pan ni qué vestir!**  
**¡No me hagáis gobernante del pueblo!»**

El capítulo anterior terminó con la exhortación a poner fin a la confianza en los seres humanos cuyas vidas dependen del tenue aire que respiran, y el profeta enseguida explica las razones para esa advertencia. El juicio de Dios revela lo frágil que es cada ser humano y lo pequeñas y débiles que son todas sus esperanzas, su vanagloria y sus obras, cuando no están fundadas en Cristo y su palabra.

Estas devastadoras amenazas debieron haber llamado al arrepentimiento a Judá y a Jerusalén, de la misma manera en que el anuncio de Jonás llevó al arrepentimiento a Nínive y detuvo el castigo con el cual Dios la había amenazado; pero en Jerusalén, las amenazas de Isaías no lograron detener el advenimiento del juicio. En vez de eso, tuvieron el efecto de las advertencias que los padres les dirigen a los adolescentes; como un adolescente, Jerusalén pensó que era inmortal e invencible porque había recibido la promesa de Dios. Los habitantes de Jerusalén pensaban

que podrían sufrir algunas dificultades pero jamás algo peor. Después de todo, razonaban, Dios les había prometido que el reino sería de ellos y que nunca destruiría a los hijos de Abraham, su pueblo escogido. Con base en éstas y otras vanas esperanzas, ignoraron los anuncios del castigo vaticinado por los profetas y continuaron en su pecado y rebelión, confiando vanamente en que todo iba a salir bien. Puede suceder que nada de lo que alguien le diga a un adolescente detenga sus actos irreflexivos e imprudentes, porque en ocasiones los jóvenes aprenden sólo mediante las severas lecciones de la experiencia propia. Así pasó con el ministerio de Isaías, que consistió básicamente en la proclamación de la palabra del Padre celestial a un pueblo que no lo iba a escuchar.

Pero esto no disuade a un padre de continuar advirtiéndolo o preocupándose por sus hijos y tampoco disuadió a Dios de seguir proclamando sus advertencias. De modo que Isaías siguió proclamando en el nombre del Señor Todopoderoso el anuncio del juicio venidero. Dios estaba listo para quitarle todo su apoyo a Judá y a Jerusalén, sin dejar ninguna duda de que su veredicto sobre ambas ciudades involucraría no sólo interrupciones menores de la vida nacional, sino que les sería arrebatado todo aquello que había contribuido a: la vida, la paz, la prosperidad, el orden y la felicidad, incluyendo el alimento y el agua. El castigo iba a ser total.

El juicio de Dios iba a ser la desintegración de todo el orden civil y religioso: los valientes héroes y guerreros iban a desaparecer primero, seguidos por los jueces, los jefes militares de más bajo nivel, los hombres de rango, los consejeros, los ancianos y los artesanos. Los hombres honorables ya no apoyarán al orden interior ni al gobierno civil, tal como Isaías se encarga de delinear más tarde en esta sección; y una nación sin buenos líderes está sentenciada a la confusión y el caos. Los profetas también desaparecerán, creándose así un grave problema: no quedaba nadie que pudiera señalar los caminos de Dios. De esta manera, Jerusalén heredaba una escasez de la palabra divina más



devastadora que la escasez de agua y alimentos.

Lo que nos puede sorprender es que Isaías haya incluido en esta lista al adivino cuya presencia entre el pueblo violaba el mandamiento divino. Sin embargo, tal parece que en esos días el pueblo decidió inmiscuirse en lo oculto, y por eso el profeta les recuerda a sus lectores que Dios los despojará de todo, de lo bueno y de lo malo; la vida como la conocían iba a desaparecer por completo comenzando con sus magos y adivinos.

¿Qué ocurrirá después? Los adolescentes gobernarán en lugar de los hombres adultos, que con su experiencia le habían dado estabilidad y equilibrio en el pasado, y su forma de gobernar será muy diferente a la de esos varones adultos. Sin habilidades ni experiencia, la juventud se caracteriza por: la falta de juicio, los caprichos y la inestabilidad emocional; y Dios permitió que ese tipo de liderazgo gobernara. No sólo iban a mandar los jóvenes, sino que ninguna persona responsable aspiraría a esa posición; por lo tanto, el pueblo estaría tan falto de dirigentes que nadie de entre ellos iba a ser capaz de cambiar la situación. En su vana búsqueda de dirección, el pueblo se volvería a los que no estaban calificados ni deseaban hacerse cargo de “esta ruina”.

Además, la sociedad se volvería en un caos. Los jóvenes desafiarían a los ancianos y todo lo innoble y lo despreciado se ensoberbecería contra lo honorable; una gran diferencia con la época de David y Salomón. El Dios Todopoderoso anunció el juicio mediante su profecía, que se comenzó a cumplir cuando los ejércitos asirios y babilonios invadieron a Palestina, y según su costumbre se llevaron a la cautividad primero a la crema y nata de la sociedad, dejando al resto de la población en la búsqueda de nuevos líderes; y como Dios lo predijo, así sucedió.

**<sup>8</sup> Porque arruinada está Jerusalén  
y Judá ha caído;  
pues la lengua de ellos y sus obras han sido contra  
Jehová  
para desafiar la faz de su gloria.**

**<sup>9</sup> La apariencia de sus rostros testifica contra ellos,  
porque, como Sodoma, publican su pecado. ¡No lo  
disimulan!**

**¡Ay de sus vidas!,  
porque amontonaron mal para sí.**

**<sup>10</sup> Decid al justo que le irá bien,  
porque comerá de los frutos de sus manos.**

**<sup>11</sup> ¡Ay del malvado! Mal le irá,  
porque según las obras de sus manos/ e será pagado.**

**<sup>12</sup> Los opresores de mi pueblo son muchachos,  
y mujeres se enseñorearon de él.**

**¡Pueblo mío, los que te guían te engañan  
y tuercen el curso de tus caminos!**

**<sup>13</sup> Jehová está en pie para litigar  
y para juzgar a su pueblo.**

**<sup>14</sup> Jehová vendrá a juicio  
contra los ancianos de su pueblo y contra sus  
gobernantes.**

**Porque vosotros habéis devorado la viña  
y el despojo del pobre está en vuestras casas.**

**<sup>15</sup> ¿Qué pensáis vosotros que trituráis a mi pueblo  
y moléis las caras de los pobres?  
dice el Señor, Jehová de los ejércitos.**

¿Por qué habría de llevar el Señor ese juicio sobre Jerusalén y Judá? Esta sección responde a la pregunta diciendo simplemente que: “la lengua de ellos y sus obras han sido contra Jehová”. A pesar de todas las grandes promesas que Dios le hizo, su pueblo le dio la espalda. La sentencia del Señor es siempre una respuesta al pecado y a la rebelión, como dice Isaías: Jerusalén y Judá “amontonaron mal para sí”.

Aquí Dios deja constancia de la evidencia contra su pueblo escogido que lo había desafiado; él había visto toda su ignominia, pero a ellos no les importaba. Sin remordimiento alguno: “publican su pecado”, demostrando un avanzado estado de corrupción

espiritual. La conciencia humana responde a las leyes de Dios que están inscritas en el corazón, pero su pueblo había dejado de escuchar a su voz interior tan ciertamente como había dejado de oír la voz de Dios recogida en las Escrituras. Ni siquiera disimulaban mientras se jactaban de sus pecados; incluso las expresiones de sus rostros, en los que no aparecía ni un asomo de vergüenza ni de arrepentimiento, mostraban desprecio por la ley divina. Habían desafiado al Señor con su comportamiento y el juicio les iba a llegar, aunque se pudiera tardar por algún tiempo.

Pero en medio de esta sentencia el profeta pronunció palabras de consuelo para los justos; el juicio de Dios no es indiscriminado, él sabe cómo librar a los suyos, a aquellos cuyos pecados antes rojos como la grana han sido lavados y emblanquecidos hasta ser más blancos que la nieve. Dios los había declarado santos y rectos ante él por medio de la fe en la declaración divina, así que ya no eran parte de la sociedad impía condenada que se menciona en este capítulo. Su fe se evidenciaba en el cambio de las actitudes y de los hechos. “Al justo... le irá bien, porque comerá de los frutos de sus manos”.

Mientras la tierra exista, siempre habrá gente piadosa morando entre los impíos. En preparación para el juicio final, Dios continuará juzgando a los malvados. Mientras los creyentes vivan en sociedades muy similares a las corruptas que describe aquí Isaías, pueden encontrar aliento en todas las promesas de Dios. Una de estas promesas nos asegura que en algún momento él juzgará a todos los incrédulos y llevará a los creyentes a la nueva Jerusalén. Mientras tanto, los fieles no deben dudar de la sentencia que aguarda a los malvados, a quienes se les dará su pago. Aunque parezca que el pecado avanza diariamente y que el mal reemplaza al bien, trastornando al mundo, el juicio de Dios vendrá. ¡Ay de los impíos!

La situación que se describe se debió a que el pueblo se había apartado de Dios; en esto los líderes escogidos tenían una gran culpa. El profeta se lamenta: “Pueblo mío, los que te guían te engañan”. Notamos que cuando el profeta escribió “pueblo *mío*”,

se hallaba en medio de una población pecadora cuyos líderes tenían el deber de señalar el camino a Dios, su verdad y su moralidad, pero no lo hicieron. Con demasiada frecuencia la historia del pueblo israelita del Antiguo Testamento está matizada por líderes que se apartaron del Señor y a su vez descarriaron al pueblo. El liderazgo siempre entraña una grave responsabilidad.

Isaías presenta a Dios de pie ante el tribunal para pronunciar su sentencia contra los ancianos del pueblo a quienes acusa de destruir su viña, una imagen de su nación que el profeta va a explorar con más detalle en el capítulo 5. La acusación se refiere a la insensibilidad de los líderes en sus actos contra los pobres. Cuando el gobierno se debía preocupar por las necesidades del desposeído y el menesteroso, los príncipes los saqueaban. El Señor Todopoderoso, Jehová de los ejércitos, proclamó indignado su acusación contra los ancianos por su: injusticia, avaricia y crueldad. No había escape de la sentencia; ninguna defensa podría detener la ejecución de la justa ira de Dios.

**<sup>16</sup>Asimismo dice Jehová:**

**«Por cuanto las hijas de Sión se ensoberbecen  
y andan con el cuello erguido  
y ojos desvergonzados;  
que caminan como si danzaran, haciendo sonar los  
adornos de sus pies;**

**<sup>17</sup>por eso, el Señor rapará la cabeza de las hijas de Sión,  
y Jehová descubrirá sus vergüenzas.»**

**<sup>18</sup>Aquel día quitará el Señor el adorno del calzado,  
las redecillas, las lunetas,**

**<sup>19</sup>los collares, los pendientes y los brazaletes,**

**<sup>20</sup>los turbantes, los adornos de las piernas,  
los partidores del pelo, los pomitos de olor y los  
zarcillos,**

**<sup>21</sup>los anillos y los joyeles de las narices,**

**<sup>22</sup>las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas,**

**<sup>23</sup>los espejos, el lino fino,**

**los turbantes y los tocados.**

**<sup>24</sup> En lugar de los perfumes aromáticos vendrá hediondez,  
soga en lugar de cinturón,  
y cabeza rapada en lugar de rizos del cabello;  
en lugar de vestidos de gala, ceñimiento de ropas  
ásperas,  
y cicatriz de fuego en vez de hermosura.**

**<sup>25</sup> Tus varones caerán a espada  
y tu fuerza en la guerra.**

**<sup>26</sup> Sus puertas se entristecerán y enlutarán,  
y ella, desamparada, se sentará en tierra.**

La acusación divina continúa en esta sección y se extiende hasta cubrir a las mujeres de Jerusalén. La clave para comprender este pasaje es la expresión  *cuello erguido*. Los esposos habían olvidado sus papeles como tales, y sus mujeres se habían vuelto: soberbias, desvergonzadas, insolentes y egocéntricas; todos esos son sinónimos de altivez. Como las describe aquí Isaías, también se habían tornado: materialistas, vanas y desenfrenadas; quizá deberíamos haber esperado algo mejor de las mujeres de Sión, pero la corrupción también las había afectado. Olvidaron: la humildad, la modestia y la fidelidad para volverse coquetas y embaucadoras; preocupadas principalmente por su apariencia y no por los problemas de sus hogares ni por el deterioro espiritual y moral de la nación.

Isaías menciona más de veinte prendas y artículos de moda que utilizaban las mujeres de Jerusalén. En tanto que el profeta le presta atención al elaborado vestuario, debemos recordar que no estaba preocupado por las ropas y sus modas; su condenación estaba dirigida al corazón de las mujeres, y no a su vestimenta exterior. Ellas eran altivas, y su comportamiento y su vestimenta lo demostraban. Las mujeres cristianas que tienen corazones modestos, humildes y fieles mostrarán lo que hay en su interior por su atavío, que puede incluir: aretes de oro, brazaletes, anillos

y otras de las cosas que aparecen en la lista. Cuando Isaías hizo la lista de los 21 artículos de adorno, estaba dando a entender que se refería al materialismo y a la desenfadada preocupación que tenían las mujeres judías por su apariencia externa en forma de: ropas, perfumes y joyería, pero por dentro no tenían nada bueno. El “incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible” (1 Pedro 3:4) no existía en esas mujeres.

El juicio iba a caer sobre ellas tan ciertamente como sobre aquellos cuya “lengua... y sus obras han sido contra Jehová” (3:8). Si esas mujeres hacían de sus cabellos su don máspreciado, Dios les iba a rapar la cabeza y se las iba a cubrir de llagas. Tras la lista de los adornos, Isaías mencionó cinco juicios que reemplazaron otros cinco aspectos del tipo de vida que llevaban. El hedor de las heridas ulceradas iba a reemplazar las suaves fragancias de los tiempos de despreocupación; en vez de un delicado cinturón, una soga para llevarlas cautivas; en lugar de rizos y las elegantes y complicadas trenzas y cofias, la cabeza rapada; en vez de ropa de gala, ceñimiento de ropas ásperas ; por ropa hermosa, el tosco y burdo costal; y en vez de la belleza, cicatrices de fuego causadas por el hierro candente para marcarlas, quizás como señal de su esclavitud.

Esta relación evoca imágenes de la invasión a Judá por un ejército enemigo sin que nadie se salve, ni siquiera las mujeres. Al recordarles que sus hombres iban a morir a espada, Isaías continúa desarrollando nuevas secuencias de esas imágenes: los valientes esfuerzos de los guerreros por proteger a Judá y sus ciudadanos no iban a ser suficientes para impedir el juicio de Dios. En tiempos de paz y prosperidad, los hombres se congregaban a la puerta de la ciudad para tratar los asuntos de actualidad y negociar; ahora, por la sentencia divina, los hombres ya no están, sólo quedan allí las mujeres sentadas en el suelo llorando y lamentándose.

Durante el gobierno del emperador Vespasiano (70-79 d.C.) los romanos de la antigüedad acuñaron una moneda que representaba a Jerusalén como una mujer abatida, sentada bajo una palmera y con un soldado de pie delante ella. Ella (Jerusalén) mira

al suelo, aparentemente afligida por la derrota que habían sufrido ante los romanos y lamentando la muerte de sus guerreros. Durante la Semana Santa, Jesús predijo este juicio: “Pero cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Pero ¡ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días!, porque habrá gran calamidad en la tierra e ira sobre este pueblo... y Jerusalén será pisoteada por los gentiles” (Lucas 21:20,23,24).

Este juicio, como todos juicios los de Dios, fue terrible. Él destruye a todos los que están en contra de él. En el transcurso del tiempo, Dios ha infligido su castigo sobre individuos y naciones; algunas veces usa las potencias del mundo para infligir su castigo. Por ejemplo, en el año 722 a.C. los asirios destruyeron el reino del norte de Israel y se llevaron cautivos a sus ciudadanos; un siglo después, los babilonios saquearon a Jerusalén y se llevaron al pueblo de Judá como prisionero de guerra. Cuarenta años después de que Jesús predijera la destrucción de Jerusalén, las legiones romanas se encargaron de cumplir su vaticinio y no dejaron allí piedra sobre piedra. Todos estos crueles veredictos son recordatorios de la oposición de Dios al pecado, pronósticos del último día cuando serán enviados todos los incrédulos al infierno. Esto también resulta terrible, pero Dios es severo en cuanto a: la impiedad, la rebelión y el desafío a su amor y a su palabra. Su juicio no es sólo cruel e inflexible, sino también ineludible. Jehová es firme y no será influenciado por la misericordia ante la terrible situación de los condenados. El tiempo de gracia es ahora, y cuando Dios venga en juicio, el tiempo de compasión habrá pasado.

La descripción de esta sentencia continúa en el primer versículo del siguiente capítulo, antes de que comencemos a escuchar las hermosas promesas que Dios les hace a sus fieles.

**4** En aquel tiempo, siete mujeres echarán mano de un hombre, diciendo:  
«Nosotras comeremos de nuestro pan

**y nos vestiremos de nuestras ropas.  
Solamente permítenos llevar tu nombre.  
¡Quita nuestra deshonra!»**

Este versículo completa la idea del capítulo anterior. Isaías registró la sentencia de Dios contra las mujeres de Sión, y la continua aquí con esta breve anécdota. El incidente destaca la decadencia espiritual y moral de Judá cuando llegue el tiempo del juicio. El matrimonio está distorsionado; las mujeres, siete de ellas, buscan un varón sólo para librarse de la desgracia de quedarse solteras y sin hijos. De acuerdo con la ley de Dios, el hombre debía proveer sustento para su esposa, pero estas mujeres, por la magnitud de su desesperación, no se preocupaban por eso pues el juicio divino las ha dejado solas y abandonadas.

*Consuelo para el remanente fiel*

**<sup>2</sup> En aquel tiempo el renuevo de Jehová  
será para hermosura y gloria,  
y el fruto del país para grandeza y honra,  
a los sobrevivientes de Israel.**

**<sup>3</sup> Y acontecerá que el que quede en Sión, el que sea  
dejado en Jerusalén, será llamado santo: todos los que en  
Jerusalén estén registrados entre los vivientes <sup>4</sup> cuando el  
Señor lave la inmundicia de las hijas de Sión y limpie a  
Jerusalén de la sangre derramada en medio de ella, con  
espíritu de juicio y con espíritu de devastación. <sup>5</sup> Y toda la  
creará Jehová sobre morada del monte Sión y sobre los  
lugares de sus asambleas, nube y oscuridad de día, y de  
noche resplandor de llamas de fuego. Y sobre todo, la gloria  
del Señor, como un dosel; <sup>6</sup> y habrá un resguardo de sombra  
contra el calor del día, y un refugio y escondedero contra la  
tempestad y el aguacero.**



Por séptima vez en esta sección encontramos la expresión “en aquel tiempo”. Isaías vio el advenimiento del Mesías al mismo tiempo que vio el juicio sobre los impíos en Jerusalén. Sus palabras describen todo el tejido del futuro en un solo lienzo; la descripción es hermosa para los creyentes y contrasta drásticamente con la terrible imagen que describió para los incrédulos. El dulce evangelio conforta el corazón de los pecadores atribulados por las amenazas de la ley y el castigo de Dios por el pecado y la rebelión. De esa manera, estos versículos finales (4:2-6) constituyen un apropiado desenlace para la sección que comenzó con una maravillosa palabra de consuelo para los creyentes (2:2-4). Dios siempre está más interesado en la piedad que en el juicio, pero no vacila en castigar el pecado y la maldad.

Este pequeño capítulo es una sección en prosa en la que predominan los pares. A menudo, la mente hebrea se valía de pares y de paralelismo. La tabla que aparece a continuación pretende captar esos símiles a la vez que la división de los versículos está indicada por líneas. Los términos equidistantes están en una misma columna. Por ejemplo: el “renuevo de Jehová” y “el fruto del país” son pensamientos iguales y paralelos; “hermosura” y “gloria” son palabras análogas y correlativas, que describen al renuevo de Jehová, mientras que “grandeza” y “honra” también son equivalentes y semejantes pero que explican “el fruto de la tierra”. En el tercer versículo nuestra atención se desplaza hacia el remanente, los fieles de Dios, y lo que él iba a hacer por ellos mediante el Mesías venidero.

---

Renuevo de Jehová

- hermosura
- gloria

Fruto del país

- grandeza
- honra

---

El que... quede en  
todos los... registrados

---

Cuando el Señor lave  
y limpie

- con espíritu de juicio
- con espíritu de devastación

---

Crearé Jehová

- sobre todo el monte de Sión
- sobre los lugares de sus asambleas

- nube de día
- fuego de noche

gloria... un dosel

---

resguardo  
sombra ————— calor del día

refugio  
escondedero

- contra la tempestad
- contra el aguacero

---

Mirado así, este capítulo resulta interesante desde la perspectiva del estilo, aunque hay algo más que meramente estilo en esta sección. El “renuevo de Jehová” apunta hacia la llegada del Mesías quien, como rama tierna, crecerá de la raíz de David. Más adelante en su profecía, Isaías va a hacer referencia a esto mismo pero utilizando una frase diferente (11:10). Jeremías y Zacarías, que profetizaron años después de Isaías, emplearon términos equivalentes (renuevo, retoño) para identificar claramente al Mesías venidero como una rama (Jeremías 23:5; 33:15; Zacarías 3:8; 6:12). El “fruto del país”, el otro nombre en este par, también se refiere al Redentor que habría de venir. Él brotará como un retoño del tronco o de la raíz de David o Isaí (el padre de David). Este Mesías iba a venir de la tierra que Dios le había prometido a Abraham. Sabemos que se trata del Hijo de David, que nació en Belén y fue criado en Nazaret, cuyo ministerio se desarrolló en la tierra de Israel y Judá. Sabemos que fue a Jerusalén a sufrir y a morir y que resucitó antes de ascender a los cielos.

El Mesías es hermoso y glorioso. Él es el orgullo y la corona de los sobrevivientes de Israel, es decir, de aquellos que no han sido consumidos por los juicios del Señor y cuya venida se anunció a través de toda la historia del pueblo escogido del Antiguo Testamento. Después de entregar Isaías la promesa del Salvador venidero, se concentró en el tema de los creyentes en medio del castigo de Dios.

Tras el juicio, quedarán sobrevivientes que serán el pueblo espiritual de Dios, su Judá y Jerusalén verdaderas. Sus nombres están “registrados entre los vivientes” y el que quede en ellas será “llamado santo”. Estos son los escogidos de Dios (Efesios 1), los creyentes, que son declarados justos y santos por la obra del Mesías y justificados por la gracia de Dios para recibir la vida eterna. La razón es clara: Jehová ha lavado sus impurezas y sus pecados, por causa de la obra de Dios en Cristo Jesús. Ninguna obra humana puede lograr estas bendiciones, que son regalo del Padre amoroso y misericordioso. Estos creyentes son santos e

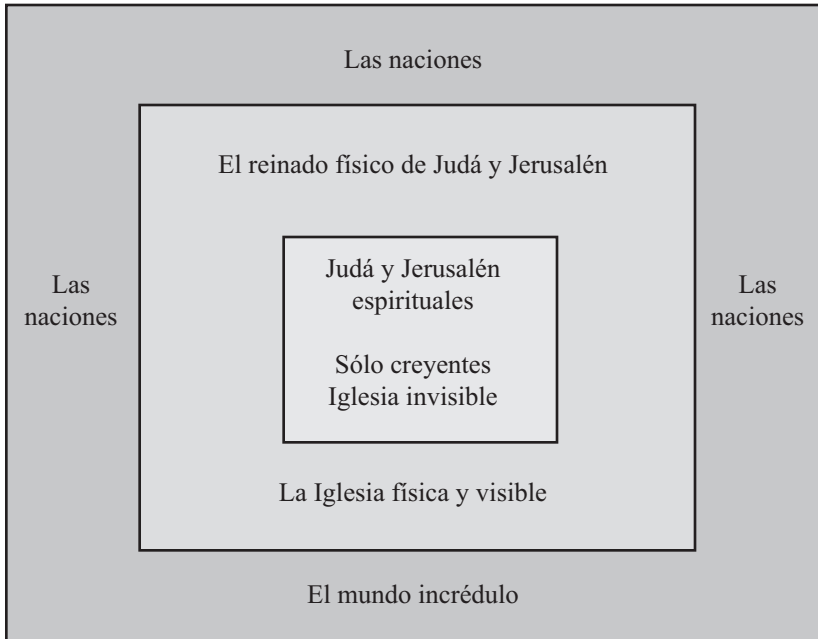
inmaculados; su Creador los ha apartado para él, que es otro concepto que está relacionado con la palabra hebrea para “santo”. En otras palabras, Dios los ha reclamado como pueblo suyo.

Uno de los rasgos culminantes del futuro que vio Isaías fue la aparición final del Mesías en el día del juicio. Entonces, después del juicio final, cuando los impíos sean juzgados, Dios llevará a los creyentes que hayan quedado para que vivan eternamente en la nueva Jerusalén. Los incrédulos serán echados de la presencia del Señor y serán lanzados al infierno, donde será el lloro y crujir de dientes por la eternidad; en cambio, los fieles tendrán todas las seguridades del amor y el cuidado misericordioso de Dios que: los guiará día y noche, los resguardará y les dará refugio contra todo peligro.

Pero Isaías vio otro juicio, o una serie de juicios, en un futuro más inmediato. Dios le permitió ver la invasión de Babilonia que llevó algunos de los castigos que se registran en los capítulos anteriores. De ese juicio también iba a quedar un remanente que iba a regresar finalmente a Jerusalén. Por medio del castigo que envió bajo la forma de esa invasión, Dios refinó a su pueblo haciendo arder la escoria, es decir, algunos de los hombres y mujeres malvados que rodeaban a sus creyentes en Judá. Estos últimos iban a experimentar también algunas de las dificultades propias del cautiverio, pero eso les servirá para concentrarse más en las promesas del Mesías venidero. Dios no abandonó ni iba a abandonar a sus hijos. Cuando Isaías escribió: “y sobre todo, la gloria del Señor, como un dosel”, el profeta evocaba imágenes de la gloria del Señor que había protegido a Israel durante el éxodo y la peregrinación por el desierto. En medio de este juicio Dios guió a los creyentes, aquellos cuyos nombres están escritos entre los vivientes. Así como actuó en el desierto, el Todopoderoso promete aquí también que los va a guiar día y noche y los va a resguardar de las tormentas de la vida.

Cuando Cristo vino, comenzó una nueva era. En tanto que Isaías todavía se refiere a la iglesia como “Judá” y “Jerusalén”, ahora incluye a los creyentes de todas las naciones del mundo que

han oído el evangelio, y con fe en Cristo acuden al templo del Señor (2:2). Esta asamblea de fieles, por quienes Dios se sigue ocupando de manera especial, existe entre las naciones de todo el mundo. Ellos son la iglesia de Dios, como lo fueron los fieles del Antiguo Testamento, porque él los declaró santos y justos y han recibido del Señor el don gratuito de la vida. Todos se regocijan en la promesa que escribe aquí Isaías. El Señor: los ha lavado, los ha purificado y ha escrito sus nombres en la nueva Jerusalén celestial. Pero en esta tierra, la iglesia de Dios sigue siendo asediada por diarios afanes y fatigas. De vez en cuando, él permite los problemas y las catástrofes en el mundo; a veces la iglesia visible es perseguida, o la sobrecogen otras dificultades. Mientras estén en el mundo, es frecuente que los creyentes sientan el impacto de las tribulaciones con las que Dios aflige a los impíos, pero él promete, no sólo que va a estar con sus fieles durante esas tormentas, sino que siempre los va a guiar y a cuidar.



*Los creyentes de Dios en el mundo*

De esta manera podemos leer y releer estas promesas de Isaías y encontrar en ellas abundante consuelo. En primer lugar, Dios efectivamente cuidó a los creyentes del Antiguo Testamento y lo hizo durante los juicios que envió sobre Judá y Jerusalén cuando purificó a su pueblo por medio del juicio y del fuego. En segundo lugar, Dios envió al Salvador quien después ascendió a los cielos y guió y guardó a sus fieles a través de la historia, pese a los problemas que experimentaron el mundo y la iglesia visible. Este proceso de refinamiento continuará sucediendo hasta el juicio final. En tercer lugar, cuando Cristo regrese, todos los incrédulos serán quitados como la escoria, y quedarán sólo los creyentes como sobrevivientes que heredarán la vida eterna.

### *Parábola de la Viña*

**Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña.**

**5** Tenía mi amado una viña  
en una ladera fértil.

**2** La había cercado y despedregado  
y plantado de vides escogidas;  
había edificado en medio de ella una torre  
y había hecho también en ella un lagar;  
y esperaba que diera uvas buenas,  
pero dio uvas silvestres.

**3** Ahora, pues, vecinos de Jerusalén  
y varones de Judá,  
juzgad entre mí y mi viña.

**4** ¿Qué más se podía hacer a mi viña,  
que yo no haya hecho en ella?  
¿Cómo, esperando yo que diera uvas buenas,  
ha dado uvas silvestres?

**5** Os mostraré, pues, ahora  
lo que haré yo a mi viña:

**Le quitaré su vallado  
y será consumida;  
derribaré su cerca y será pisoteada.  
6 Haré que quede desierta;  
no será podada ni cavada,  
y crecerán el cardo y los espinos;  
y aun a las nubes mandaré  
que no derramen lluvia sobre ella.  
7 Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos  
es la casa de Israel,  
y los hombres de Judá,  
planta deliciosa suya.  
Esperaba juicio,  
y hubo vileza;  
justicia,  
y hubo clamor.**

Después de las amenazas de los capítulos 2 y 3, Dios pronunció palabras de consuelo para los fieles. Sí, el castigo iba a venir, pero los creyentes que quedaron entre las naciones infieles encontraron consuelo en la hermosa promesa de purificación y protección. Esta forma de alternar las amenazas con el consuelo no es más que la proclamación de la ley y el evangelio de Dios. La ley es una advertencia tanto para el impío como para la carne pecaminosa del creyente. El malvado ignora la amenaza y continúa sin prestarle atención; no importa cuánto amenace el Señor al impío, él no temerá. El creyente oye las mismas advertencias y reconoce la voz de Dios que condena la carne pecaminosa y luego tiembla ante su pecado y sus consecuencias. Pero Dios no deja a ningún fiel en ese estado; él le habla palabras: de perdón, de amor y de esperanza. Así el capítulo 4 sigue a los capítulos 2 y 3.

En el capítulo 5 comienza la respuesta del creyente a las promesas de Dios. Éste no es un apéndice ni una reflexión postrera sobre la sección que le antecede, ni presenta un asunto totalmente nuevo o distinto. Aquí el profeta prorrumpe en un canto a su

amado, quien no es otro que Jehová de los ejércitos. Este canto constituye una de las más valiosas y bellas imágenes que se encuentran en la profecía de Isaías, aunque la traducción no puede reproducir su hermosura y riqueza de estilo. El himno y los pensamientos conectados a él son una especie de estribillo musical que da conclusión a esta sección de la profecía en la cual la idea de la viña ya había sido introducida (3:14); en ella, el profeta canta acerca de la vid e incluye los lamentos que sobrevendrán a la nación por su impenitencia.

Si miramos hacia el Nuevo Testamento, pensaríamos que Jesús está usando esta parábola como tema para las suyas; las parábolas de Jesús también hacen uso de la imagen poética de la vid (Mateo 21:33-44; Marcos 12:1-11; y Lucas 20:9-18; otras referencias incluyen: Mateo 20:1-16; Lucas 13:6-9; y Juan 15:1-8). También Jeremías usa la imagen de la viña, y a través de él Dios alude a uno de los interrogantes de la profecía de Isaías cuando se pregunta ¿cómo es que una vid escogida se podía convertir en una vid extraña ? (vea Jeremías 2:21; y también Jeremías 12:10).

En el segundo versículo, el profeta canta sobre el esfuerzo del Señor para crear un viñedo. Dios lo hizo todo: escogió el lugar ideal, preparó el terreno, sembró las mejores plantas, edificó una torre y un lagar. Si alguna duda quedaba acerca del esfuerzo divino, basta con pensar en lo pedregosa que es Palestina; en esa parte del mundo, limpiar el terreno exigía mucho trabajo y sudor por parte de cualquier labriego. Cortar la piedra para hacer un lagar y edificar una torre eran también arduas tareas para quien estuviese preparando un viñedo. El himno es una parábola que destaca la gracia de Dios. Dios comienza, Dios y solamente él obra y trabaja. Cuando él obra, los resultados aparecen. El viñedo es plantado sobre una ladera fértil donde va a recibir lluvia y sol; todo está dispuesto para una abundante cosecha, pero ¿qué sucede? La cosecha no es abundante sino mala, porque el viñedo, en lugar de dar uvas buenas, dio uvas silvestres.

Aquí es donde Dios habla y plantea las dos importantes preguntas de la parábola / himno. La primera es: ¿Qué más se



podía haber hecho a mi viña? Y la segunda: ¿Cómo, esperando yo que diese uvas buenas, ha dado uvas silvestres? Ambas preguntas les fueron dirigidas a Jerusalén y a Judá, pero el pueblo no contestó porque sabía que Dios lo estaba acusando. Simplemente no habían producido buenos frutos, y a pesar de todo lo que la misericordia divina había hecho por ellos, se apartaron de él en busca de los placeres y del mal. Cuando Dios esperaba frutos de fe como: amor, mansedumbre, humildad, fe y reverencia, la gente dio una cosecha perversa de: glotonería, arrogancia, ambición y burla.

¿Cómo responderá Dios? Aunque él invirtió un gran esfuerzo en plantar esa viña, la va a destruir. El viñedo no podía mejorar mediante la poda y el azadón; era insalvable. El tiempo del juicio de Dios había llegado, así que la viña se iba a convertir en un terreno baldío donde crecerán el cardo y los espinos. El juicio será tan completo, que el Señor ordenará que la lluvia no caiga. No debemos olvidar las implicaciones de este comentario, pues es Dios quien controla todas las cosas, incluso las fuerzas de la naturaleza que usará para cumplir sus propósitos.

Esta parábola constituye una breve y amarga lección histórica. Tal como Isaías escribió, la viña era la casa de Israel y los hombres de Judá. Esta narración resume toda la historia del Antiguo Testamento hasta los días de este profeta. Dios había creado al pueblo de Israel y Judá, había escogido a Abraham y había sacado a sus descendientes de Egipto bajo la dirección de Moisés, y los había hecho una nación poderosa. Los había protegido mientras conquistaban la tierra y establecían una monarquía bajo David y Salomón, pero las cosas habían cambiado. El pueblo había abandonado a su Señor de quien sólo habían recibido misericordia. Él se encargaría de los que se habían burlado: de su gracia, de su paciencia y de su bondad. El capítulo continúa con seis acusaciones contra estas “uvas silvestres”.

*Seis ayes*

**<sup>8</sup> ¡Ay de los que juntan casa a casa  
y añaden hacienda a hacienda  
hasta ocuparlo todo!**

**¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?**

**<sup>9</sup> De parte de Jehová de los ejércitos ha llegado a mis  
oídos  
que las muchas casas han de quedar asoladas,  
sin morador las grandes y hermosas.**

**<sup>10</sup> Y diez yugadas de viña  
producirán un bato,  
y un homer de semilla  
producirá un efa.**

**<sup>11</sup> ¡Ay de los que se levantan de mañana  
para correr tras el licor,  
y así siguen hasta la noche,  
hasta que el vino los enciende!**

**<sup>12</sup> En sus banquetes hay arpas,  
vihuelas, tamboriles,  
flautas y vino,  
pero no miran la obra de Jehová,  
ni consideran la obra de sus manos.**

Las condenaciones que hace Dios son: claras, precisas, sin ninguna ambigüedad y no dejan lugar para alguna interpretación diferente. Cuando Dios se revela a él mismo, como hace con Isaías, no hay error posible. El versículo 9 da la certeza de que el mensaje de Isaías es un mensaje que procede del Señor. En tiempos del hijo de Amoz, algunos se burlaron de este aviso e incluso hoy día algunos lo distorsionan. No obstante, lo que Isaías transmite proviene de Dios. En este caso, el Señor hizo públicas seis condenas y todas comienzan con la palabra “¡Ay!” Estos lamentos identifican los malos frutos que habían crecido en lugar de los buenos frutos que Dios esperaba de su pueblo.

El primer lamento condena la codicia, o la ambición, que es un ídolo opuesto a la fe. Podemos adquirir casas y tierras, pero cuánto más se tiene más se quiere y nunca se está satisfecho. Los ricos procuran constantemente construir grandes mansiones, expandir sus viñedos y cultivos. Quizás no sería exagerar si concluimos que el rico se aprovechó del pobre para adquirir la tierra y las casas. El deseo por las posesiones materiales es insaciable; los ambiciosos y los codiciosos estarían dispuestos, si pudieran, hasta a quitarles la luz del sol a los pobres.

El Señor Todopoderoso les prescribió un juicio apropiado: en lugar de grandes mansiones y terrenos fértiles, los amenazó: con la desolación, con casas vacías y cosechas excepcionalmente pobres. El producto de un viñedo de cuatro hectáreas sería solamente entre 27 y 45 litros de vino, cantidad insuficiente para producir alguna ganancia. Una cosecha así será un desastre, y la de granos será igualmente mala. Después de todo el trabajo de labrar la tierra y plantar la semilla, la recogida de los frutos producirá solamente la décima parte de lo sembrado. El granjero que plante cerca de 350 litros de semilla recogerá sólo 35 litros (un homer es alrededor de 220 litros, y una efa es alrededor de 22 litros), cantidad insuficiente para la supervivencia de una persona durante el invierno.

El segundo ay condena la lujuria y se centra en: la bebida, la música y la diversión. Los sentenciados eran gente parrandera. Por supuesto, no es la bebida, ni la música, ni la diversión lo que aquí se condena sino el abuso y el exceso. El profeta dice que esas personas se “levantan de mañana para correr tras el licor...hasta que el vino los enciende”. Isaías no dejó duda acerca de lo que estaba mal: ellos “no miran la obra de Jehová, ni consideran la obra de sus manos”. La obra de Jehová y la obra de sus manos son todo lo que él ha hecho por la redención de su pueblo. A esta gente: no le interesa su gracia, ni su perdón, ni su amor. En respuesta a todo cuanto Dios ha hecho, dirían: “Denos un trago” o “toquen para nosotros”. Su afán por divertirse les impedía ver y considerar la gracia divina; no tenían tiempo para nada espiritual.

- 13 Por tanto, mi pueblo es llevado cautivo,  
porque no tiene conocimiento,  
sus nobles se mueren de hambre  
y la multitud está seca de sed.**
- 14 Por eso ensanchó su interior el seol  
y sin medida extendió su boca;  
y allá descenderá  
la gloria de ellos y su multitud,  
su fausto y el que en él se regocijaba.**
- 15 El hombre será humillado,  
el varón será abatido,  
y humillados serán los ojos de los altivos.**
- 16 Pero Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio;  
el Dios Santo será santificado con justicia.**
- 17 Los corderos serán apacentados según su costumbre,  
y los extranjeros devorarán los campos desolados de  
los ricos.**

Isaías se sirve de la expresión “por tanto” para introducir el castigo de Dios. Ya que no tienen tiempo para el Señor, van al destierro en donde morirán. Todos serán sometidos a juicio, tanto los “nobles” como la “multitud”. Isaías hablaba del exilio después de la invasión babilónica que ocurrió cien años más tarde, la que desterró a los pobladores de Judá y Jerusalén a mil seiscientos kilómetros de su patria en contra de su voluntad.

Nadie puede detener el juicio divino; sólo parece como si él retardara su venida. Dios había determinado el día del juicio para Judá y Jerusalén, tan cierto como que también ha fijado el día para el juicio final del mundo. Cuando escribió sobre el día del juicio final, Pedro dijo: “Para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza” (2 Pedro 3:8,9).

La segunda mitad del versículo 13 revela la otra parte de juicio: la muerte alcanzará a los que andan tras la bebida y la vida licenciosa. Para quienes no han tenido tiempo para Dios, la muerte

y la sepultura no son más que la puerta que conduce al tormento eterno del infierno. Han vivido como insensatos tras: placeres, fiestas y borracheras, y cuando llegue la sentencia, morirán de hambre y sed. No entenderán al Señor, ni sus juicios, ni nada espiritual. La muerte barre parejo con todos; frente a ella todos los humanos son cual hierba que brota en la mañana y a la tarde es cortada y se seca (Salmo 90:5,6). Esa era la realidad que no entendieron: los pendencieros, los disolutos, los nobles y la gente común.

Pero el hecho de que no la comprendieran no cambió la realidad. Mediante su divino juicio, el Señor se vindicó a él mismo e hizo válida la amenaza que había hecho. Todo el arrogante y provocador desafío de hombres y mujeres sólo fue y es vana palabrería. Imaginemos lo que pensará el codicioso cuando la muerte lo ponga a la par con cualquier otro ser humano; en el día del juicio de Dios, todo lo que adquirió con tanto empeño de pronto perderá su valor. Jesús lo dijo claramente al preguntar: “¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?” (Mateo 16:26). Jesús también contestó la filosofía del “descansa, come, bebe y diviértete” cuando contó la parábola del rico insensato que amontonó cosas para sí, pero que no era rico para con Dios (Lucas 12:13-21).

El cuadro final del juicio venidero en estos versículos muestra la desolación que vendrá después de su ejecución. Isaías describió la escena de ruina y destrucción de aquéllos que en su día vivieron entre las fiestas y actividades, que una vez les ocuparon todo su tiempo y atención. En lugar de lo que una vez había sido la atareada y hermosa capital de la nación judía, él vio corderos paciendo entre las ruinas; una vívida imagen que cualquier turista puede comprender. A menudo viajamos a lugares distantes para ver las monumentales ruinas que dejaron civilizaciones pasadas como las: griega, romana, inglesa, azteca, china, india y egipcia. Éstas son ahora silenciosos museos o sitios abandonados a los animales. Las ruinas de Judá y de Jerusalén serán lugares en donde

los pastores nómadas se detendrán con sus rebaños antes de desplazarse a otros pastizales.

- 18 ¡Ay de los que traen la iniquidad  
con cuerdas de vanidad  
y el pecado  
como con coyundas de carreta!,  
19 los cuales dicen: «¡Venga ya,  
apresúrese su obra y veamos!  
¡Acérquese y venga  
el consejo del Santo de Israel,  
para que lo sepamos!»  
20 ¡Ay de los que a lo malo dicen bueno  
y a lo bueno malo;  
que hacen de la luz tinieblas  
y de las tinieblas luz;  
que ponen lo amargo por dulce  
y lo dulce por amargo!  
21 ¡Ay de los que son sabios ante sus propios ojos,  
de los que son prudentes delante de sí mismos!  
22 ¡Ay de los que son valientes para beber vino  
y hombres fuertes para mezclar bebidas;  
23 los que por soborno declaran justo al culpable,  
y al justo le quitan su derecho!**

Los ayes continúan, y en otra vívida imagen Isaías condenó a los incrédulos que se burlan de la idea del juicio de Dios, los cuales son como animales atados a carretas; la carga que arrastran es la del pecado y la maldad. Esos cínicos incrédulos son los responsables de llevar el pecado a otros sitios y distribuirlo, como el mercader de antaño que llevaba en carretas los productos al mercado para venderlos, o como el marinero que amarra su carga en el barco para que llegue segura a su destino.

Ésos incrédulos se mofaban desvergonzadamente de Dios y de sus profetas. Como el juicio de Dios parecía demorar, creyeron

que nunca iba a llegar; se reían burlonamente diciendo: “Que traiga Dios su gran calamidad; entonces creeremos”. Se habían convertido en ateos prácticos que no iban a creer sin ver primero. Evidentemente habían oído a Isaías hablando del plan de Dios para la redención y para el juicio, pues lo llamaban “el consejo del Santo de Israel”. Así que conocían las Escrituras y habían oído a los profetas, pero ridiculizaban el mensaje que el propio Dios les había entregado a sus mensajeros para que hablaran y escribieran, así desafiaban al Señor y se burlaban de sus emisarios.

Los ayes o lamentos: cuarto, quinto y sexto son un poco más cortos pero igualmente certeros. Isaías condenó: a los que corrompían la verdad, a los que se creían sabios, a los que corrompían la justicia por placer y por dinero. Los que pervertían la verdad presentaban el pecado como algo inofensivo, lo hacían parecer como bueno y divertido. Hoy hacen lo mismo; el mismo proceso ha continuado desde que Satanás, en el jardín del Edén, logró que la desobediencia a Dios pareciera atractiva. Los que son sabios e inteligentes en su propia opinión podrían ser los sabios del mundo que tienen una respuesta para todo. Se vanagloriaban de su inteligencia, de su sabiduría y experiencia, pero se olvidaban de lo que realmente tenía valor, la gracia de Dios en el Mesías. El tercer grupo es presentado aquí con un poco de ironía; Isaías utilizó las palabras “valientes” y “hombres fuertes”. ¿En qué se distinguían esos hombres? Sólo en beber en exceso. La sociedad de esos días apreciaba a los que podían beber y festejar sin interrupción; era la misma clase de gente que les permitía a los jueces pervertir la justicia por medio del soborno.

Toda sociedad tiene a los que hacen las mismas cosas que Isaías condenó. Aunque el profeta se centra en su propia sociedad y en su propia época, mucho de lo que él dice describe a nuestra sociedad o a cualquiera otra en toda época. El pecado y la maldad no han desaparecido del mundo en el que vivimos ni van a desaparecer del mundo que nuestros hijos heredarán de nosotros. Dios nos ha dado estas palabras para instruirnos y no son sólo una estéril lección de historia que corresponda a una civilización

antigua. Las imágenes que Isaías dibujó en estos lamentos tienen sus aplicaciones contemporáneas en nuestro mundo. Aunque el profeta anunció el castigo divino sobre Judá, ese castigo vendrá sobre todos los que rechazan: a Dios, a su palabra y a sus mensajeros.

**24 Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo  
y la llama devora la paja,  
así será su raíz como podredumbre  
y su flor se desvanecerá como polvo,  
porque desecharon la ley de Jehová de los ejércitos  
y abominaron la palabra del Santo de Israel.**

Vemos el juicio de Dios descrito en un lenguaje gráfico. Si alguna vez alguien ha visto al fuego consumir la hierba seca o la paja, puede apreciar la imagen que describe Isaías. Ante el calor, la hojarasca se torna rápidamente gris, pierde la capacidad de mantenerse rígida, se hunde en la llama roja y se ennegrece. Esta clara, intensa e impactante descripción de la destrucción final de los incrédulos y los burladores también genera reverencia entre los que temen al Señor; pero los que no, lo ven solo como una táctica de intimidación que nunca se llevará a cabo. Pero la destrucción va a venir.

Isaías no dejó duda sobre la razón para este juicio o para cualquier otro castigo de Dios: “desecharon...y abominaron”. El pueblo había oído y leído la ley escrita de Moisés, con todas sus promesas y amenazas, pero la rechazaron. Cada vez que Dios les envió profetas, los ignoraron y desdeñaron sus palabras. Pero lo que está escrito en la Torá (o ley) y las palabras de los profetas no son de origen humano, sino que son las palabras del Señor. Los que las rechazan son personas arrogantes porque sostienen que sus pensamientos y sus ideas son mejores que los de Dios. ¿Qué otra alternativa tiene Dios sino el juicio?

El juicio que vendrá va a ser catastrófico y terrible, pero el creyente encuentra: seguridad, esperanza y regocijo en la palabra



de Dios. En esa Palabra, Dios promete: victoria, perdón, amor y vida por medio del Salvador. El juicio conduce al nuevo mundo de paz y júbilo para los creyentes, y tristemente al infierno de tormento eterno para los enemigos del mensaje de amor y perdón que Dios nos da.

- 25 Por esta causa se encendió  
el furor de Jehová contra su pueblo,  
y extendió contra él su mano y lo hirió;  
y se estremecieron los montes  
y sus cadáveres fueron arrojados  
en medio de las calles.  
Con todo esto no ha cesado su furor,  
sino que todavía su mano está extendida.**
- 26 Alzará pendón a naciones lejanas  
y silbará al que está en el extremo de la tierra;  
y he aquí que vendrá pronto, a toda prisa.**
- 27 No habrá entre ellos nadie cansado,  
ni quien tropiece;  
ninguno se dormirá ni dormitará;  
a ninguno se le desatará el cinturón de su cintura,  
ni se le romperá la correa de sus sandalias.**
- 28 Sus saetas estarán afiladas  
y todos sus arcos entesados;  
los cascos de sus caballos serán como de pedernal,  
y las ruedas de sus carros, como un torbellino.**
- 29 Su rugido será como de león;  
rugirá a manera de leoncillo,  
crujirá los dientes y arrebatará la presa;  
se la llevará con seguridad  
y nadie se la quitará.**
- 30 Y bramará sobre él en aquel día  
como bramido del mar;  
entonces mirará hacia la tierra,  
y he aquí tinieblas de tribulación,  
y en sus cielos se oscurecerá la luz.**

El Señor extendió su mano para el juicio porque su cólera se encendió contra los enemigos. El juicio iba a venir, e Isaías tenía la triste tarea de anunciarlo. Las metáforas son sorprendentes. La condenación iba a dejar cadáveres en las calles como si fuera basura que está a la espera de ser recogida. ¿Cómo sucederá eso? Dios, con un silbido, como haríamos con nuestro perro, llamará a naciones distantes para que le declaren la guerra a su pueblo. Durante la vida de Isaías los asirios acudieron al llamado de Dios para que llevaran a Israel al cautiverio, saquearan los campos de Judea y sitiaron a Jerusalén. Las diez tribus del norte nunca retornaron. Más de un siglo después, los babilonios invadieron Palestina y se llevaron a Judá al cautiverio. Finalmente, después de que el Mesías vino y el pueblo de Dios lo rechazó y le dio muerte, los romanos arrasaron Jerusalén sin dejar piedra sobre piedra.

Aunque: ni los asirios, ni los babilonios, ni los romanos comprendieron: a Dios, ni su plan, ni el juicio divino que estaban infligiendo, ellos ejecutaron el plan de Dios. El Señor controla la historia y dirige a las potencias mundiales para que hagan su voluntad. Así como las políticas del gobierno romano llevaron a María y a José a Belén, también las agresivas ambiciones militares de: Asiria, Babilonia y Roma sirvieron al propósito de Dios.

Es imposible la resistencia ante el juicio que Dios envía. Los ejércitos enviados por Dios toman en serio su misión y se dedican a cumplirla estrictamente. Isaías les recuerda a sus lectores que esta fuerza, sin importar desde que tan lejos hubiera venido, estaba lista y poderosamente armada para el combate, y que tampoco se iba a cansar. La imagen del león que cae sobre su presa da una idea del estado de impotencia de la víctima. Si las gentes piensan que alguien vendrá a rescatarlas del juicio de Dios, se equivocan, porque nadie lo hará. No queda ninguna esperanza, sólo angustia y oscuridad.

Estas palabras que Dios transmite por medio de Isaías constituyen un llamado al arrepentimiento puesto que fueron escritas antes de que los hechos tuvieran lugar. La gracia de Dios

reitera sus advertencias una y otra vez hasta que el plazo para el arrepentimiento expire y el juicio sea inevitable e incontenible; con gran paciencia Dios ha llamado a su pueblo a la contrición. Los profetas que les envió fueron rechazados. Les envió a los asirios para infligir su sentencia sobre el reino del Norte y para castigar al del Sur, pero persistieron: el pecado, la maldad y la incredulidad; envió más profetas, pero tampoco fueron aceptados. Finalmente, el Señor trajo a los babilonios para que se llevaran del país a Judá y a Jerusalén. Todos estos acontecimientos de la historia antigua sirven para que pensemos en el juicio final, cuyo advenimiento nos ha advertido Dios y del cual nos hablaron Cristo y los apóstoles. Este es el momento de volvernos del pecado al Salvador. Quienes rechazan la gracia de Dios y se mofan de los que creen en la Palabra están sujetos a juicio, no importa cuán ricos, poderosos o inteligentes sean o de cuántas fiestas disfruten. Sin embargo, hay oportunidad para arrepentirse hasta el día del juicio. Una vez que éste llegue, no habrá nadie quien rescate a los apóstatas que han rechazado al único que puede hacerlo, quien es: el Camino, la Verdad y la Vida.

### *El llamamiento y la misión de Isaías*

**6** El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo. <sup>2</sup> Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. <sup>3</sup> Y el uno al otro daba voces diciendo:

«¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!  
¡Toda la tierra está llena de su gloria!»

<sup>4</sup> Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.

El Segundo libro de Crónicas, en 26:22, nos dice que Isaías fue el cronista de los sucesos que ocurrieron durante el reinado de

Uzías. Isaías fechó cuidadosamente este capítulo y la visión que tuvo “en el año en que murió el rey Uzías”, fecha importante puesto que marca el comienzo del fin para Judá. Durante el reinado de Uzías (también llamado Azarías; ver 2 Reyes 14:21) y de su hijo Jotam, Judá expandió sus fronteras hasta los antiguos límites. El comercio y la agricultura florecieron en esos tiempos de paz y prosperidad, todo lo cual creó un sentido de orgullo nacional.

Israel, que era el vecino de Judá en el norte, también experimentó un período de independencia nacional y de poderío. Bajo Jeroboam II, el pueblo se consolidó y alcanzó la supremacía militar en el área. A la muerte de su rey, ocurrida varios años antes de la de Uzías, Israel, el reino del Norte, se precipitó en una era de caos. Cuatro de sus últimos seis reyes fueron asesinados; Zacarías reinó sólo seis meses, al cabo de los cuales fue asesinado por Salum, quien le sucedió en el trono. Salum reinó sólo un mes y fue asesinado por Menahem, que gobernó durante diez años; durante su monarquía, Asiria invadió a Israel y le exigió tributo. El fin se acercaba. A Menahem le sucedió Pekaía, pero dos años después Peka, uno de los principales oficiales, lo asesinó y se coronó rey de Israel. Todo esto era ya historia cuando Uzías murió durante el reinado de Peka en el reino del Norte.

Así como la muerte de Jeroboam II significó el ocaso para el reino del Norte, la de Uzías marcó el comienzo del fin para Judá. Asiria había comenzado a dominar la región, exigiéndole tributo a Israel; Judá y Jerusalén cayeron bajo la sombra de las superpotencias situadas al noreste del país: Asiria primero, y más tarde Babilonia. En pocas palabras, la paz y la prosperidad pronto iban a desaparecer.

Todo eso tenía sus implicaciones espirituales. Dios había enviado profetas para advertir de los juicios que iba a enviar sobre Israel, la nación que se había apartado de él. Cual gigantesca rueda de molino, el juicio que llegó menos de cincuenta años después de la muerte de Uzías, había comenzado a avanzar. El Señor lo había puesto en marcha y de antemano anunciaba su llegada; su ímpetu no podría ser detenido excepto por el propio Dios. Si él no

lo hacía, la máquina de guerra asiria iba a moler a Israel hasta pulverizarla. Israel se negaba a escuchar el llamado de Dios al arrepentimiento, y la sentencia continuaba paso a paso hacia él. Pese a las advertencias divinas, el pueblo seguía ignorando el alcance del desastre, y lo que es todavía peor, eran desafiantes, creían que iban a ser capaces de resistir las fuerzas asirias. Samaria cayó ante los invasores asirios en el año 722 a.C.

A la muerte de Uzías, también Judá quedó en el camino del juicio de Dios, ciertamente un juicio diferente, pero tan real como el de Israel. El Todopoderoso había comenzado a mover otra roca. Babilonia habría de ocupar el lugar que hasta entonces había ostentado Asiria como potencia militar dominante en la región. El juicio sobre Judá y Jerusalén vino porque también allí su pueblo lo había abandonado. El ejército asirio que destruyó en el año 722 a.C. al reino del Norte, y arrasó la tierra de Judea, no pudo conquistar Jerusalén, pero más de un siglo después, en el año 586 a.C., los babilonios destruyeron a Judá y llevaron al cautiverio al reino del Sur. Durante los años que transcurrieron entre el fin de Israel y la cautividad de Judá, Dios le envió profetas a ésta última para que se arrepintiera, pero el pueblo persistió en oponerse a él y a sus promesas. La muerte de Uzías fue la señal del comienzo de otra era para Judá; la paz y la prosperidad iban a desaparecer y el juicio estaba en marcha. Una rara ironía de la historia señaló el juicio futuro de Judá y Jerusalén: alrededor del año del fallecimiento de Uzías, ocurría la fundación de Roma.

Como tantos de los capítulos de Isaías, éste está cargado de importantes verdades. En primer lugar, es un registro del llamamiento de Isaías como profeta. En los anteriores capítulos, este hombre de Dios comenzó con una breve introducción a su profecía, pero ahora deja constancia de su llamado al oficio como tal. Los estudiosos de la Biblia se han preguntado por qué el escritor incluye su llamado aquí en el capítulo 6 y no al comienzo. Una de las respuestas sugiere que Isaías introdujo primeramente la esencia de su mensaje y luego lo enfatizó con su llamado. Isaías presentó de una manera visualmente perceptible la frase que

vemos con tanta frecuencia: “Jehová el Señor dice así”. La visión anunciada por Isaías con su triple repetición: “Santo, santo, santo”, le imprime a la totalidad de la promesa la santidad del Señor Todopoderoso, el Santo de Israel, quien la enviaba.

Cualquiera sea la razón, Isaías ve primeramente a Dios sentado en su trono. ¡Qué impresionante escena! El profeta lo identifica como el Señor, usando un nombre que hace énfasis: en su autoridad, en su poder y en su superioridad. Desde el trono en que se sienta, la orla de su manto llena el Templo. El templo (de Jerusalén) no tenía trono, pero Isaías vio a Dios allí en un trono. No se trata de un rey cualquiera, sino del Señor de la iglesia que gobierna todas las cosas para su beneficio. Este Templo era más que el templo de Jerusalén. Isaías vio el interior del santuario celestial, donde los santos ángeles podían ver a Dios, y tuvo el raro privilegio de estar en la presencia del Señor.

Luego Isaías hace mención de los serafines que volaban por el aire cerca del Señor. Este es el único texto de las Escrituras en el que se menciona a estos seres espirituales. Basados en que tienen seis alas, pudiéramos especular que son los mismos que se describen en el capítulo 4 de Apocalipsis, pero no lo sabemos con certeza. La visión de Ezequiel está llena de referencias a querubines, y el primer capítulo de su libro tiene algunas similitudes con esta visión, pero los seres celestiales que se mencionan en el primer capítulo de Ezequiel no son identificados por su tipo. Los serafines que vio Isaías son distintos de los querubines que más tarde describe Ezequiel en su profecía, y distintos también de los que estaban encima del Arca del pacto sobre la tapa, que era llamada el propiciatorio (Éxodo 25:17-22). Quizás todo cuanto podemos asumir respecto a los serafines que vio Isaías es que son los de más alta jerarquía entre los ángeles de Dios.

La actividad de esos seres celestiales es de mayor importancia que cualquier especulación acerca de su posición especial entre los ángeles. Por ser indignos de estar en la presencia del Señor, se cubrían el rostro y los pies con sus alas. Esa acción denotaba gran

reverencia hacia Jehová y gran humildad en su presencia. Estas poderosas y santas criaturas se consideraban indignas de permanecer con el rostro y los pies descubiertos ante su Creador, ¡tan grande es la santidad de Jehová! Isaías los vio volando alrededor del trono y dándose de voces unos a otros alabando al Dios Todopoderoso. Ellos se ocupan de alabar y adorar; y aquí ofrecen un himno antifonal: “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!; ¡Toda la tierra está llena de su gloria!”. La verdadera adoración a Dios consiste en alabarlo y confesarlo. El sonido de este himno angelical estremecía los quicios de las puertas.

El que estaba sentado en el trono es triplemente santo. Él está infinitamente aparte y por encima de todo lo creado; él es absolutamente perfecto en todo y exaltado por encima de todas las cosas, incluyendo a los ángeles del cielo. Dios es perfecto en: poder, majestad y pureza; esto último significa que no sólo está separado sino opuesto a todo pecado. Jehová odia la maldad, y su santidad tiene que destruirla como el antiséptico destruye las bacterias. Si no se opusiera a la impenitencia y sus consecuencias, dejaría de ser perfecto. Los juicios que aparecen tan prominentemente en el libro de Isaías provienen de la santidad divina.

Pero la santidad de Dios también obra de una forma positiva. En virtud de su santidad, Dios encontró la forma de destruir el pecado y santificar a la humanidad impía. En esta visión, Dios se hace responsable de purificar a Isaías y, en las Escrituras, Dios limpió a toda la humanidad mediante el sufrimiento y la muerte de Jesús. La perfección de Dios ha acabado con: la pecaminosidad, la impureza y la oscuridad. La proclamación de que el mundo es santo y justo a causa de Cristo es obra de este santo Dios. Los que creen son llamados *santos*, es decir, están cubiertos con la justicia de Cristo y separados: del mundo, de la muerte y del pecado. Son reservados para el Dios Santo de quien reciben todas sus bendiciones. Dios ha provisto la única respuesta: al pecado, a la rebelión y a la perversión, que plagan a la humanidad. En Jesús son lavados todos los pecados. Dios incluyó a cada uno de los seres

humanos cuando declaró al mundo justo por causa de su Hijo, y todos están invitados a creerlo y a recibir estos beneficios. Los incrédulos son los que rechazan la solución que Dios les da. Se le oponen, escogen y proponen su propia salida al pecado y a la muerte, y sólo pueden esperar que la santidad de Dios ejecute en ellos el juicio.

La antífona de los ángeles también nos revela que quien está en el trono es Jehová, el Dios del pacto, el que llamó a Moisés de en medio de la zarza ardiente y es el eterno YO SOY (Éxodo 3:14,15). Los ángeles se explayan más sobre su identidad al llamarlo “Jehová de los ejércitos”. Él es el Señor de todas las huestes celestiales, el que reina con poder absoluto. Hay una cosa más por decir acerca del que está sentado en el trono: él es Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad. Después de haber citado este capítulo, el apóstol Juan nos dice que Isaías “vio su gloria [la de Jesús], y habló acerca de él” (Juan 12:41).

La visión es una revelación profunda de Dios y nos debe inspirar temor reverente. La edificación se estremeció por el estruendo de las voces angelicales y los serafines se cubrieron con sus alas en señal de gran respeto. ¡Cuán insensato es que los incrédulos ridiculicen a Dios! Isaías ha dejado constancia de la amenaza divina para los que se mofaban diciendo: “¡Venga ya, apresúrese su obra y veamos! ¡Acérquese y venga el consejo del Santo de Israel, para que lo sepamos!” (5:19). Los impotentes e impíos seres humanos se burlan de las cosas que no pueden comprender o ver. A la luz de esta visión marcada por la reverencia de los ángeles y el estremecimiento del templo, el término *insensatez* parece inadecuado para describir la insolencia de la incredulidad. La inclinación de los humanos por ridiculizar al Señor y sus caminos nace de la arrogancia y la ignorancia. La incredulidad no sólo se opone, sino que ignora la superioridad y la omnipotencia del Dios verdadero y se burla de los que conocen la verdad.

Sin embargo, lo más maravilloso de todo es que Dios no destruyó ni destruye a los vanagloriosos incrédulos de inmediato,



sino que les permite continuar para ver si quizá se vuelvan de sus pecados o si persisten y confirman así el juicio con que los amenaza. Mientras insisten en ello, Dios les envía profetas, llamándolos como Jesús lo hizo con Judas en el huerto de Getsemaní con aquel amoroso apelativo: “Amigo...” (Mateo 26:50). Cuando el Salvador fue insultado y vituperado por sus enemigos, no descendió de la cruz y los castigó; él permaneció en la cruz para llevar a cabo el perdón para los que se burlaban de él y para todo el mundo. El juicio iba a venir, pero eso ocurrirá después de que la copa de la incredulidad y la arrogancia esté llena. La realidad se hace claramente visible cuando comprendemos, que mientras los quicios de las puertas del Templo se estremecen los pecadores se burlan. Pero hay otra reacción ante esta visión.

**<sup>5</sup> Entonces dije:**

**«¡Ay de mí que soy muerto!,  
porque siendo hombre inmundo de labios  
y habitando en medio de pueblo que tiene labios  
inmundos,  
han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.»**

**<sup>6</sup> Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. <sup>7</sup>Tocando con él sobre mi boca, dijo:**

**—He aquí que esto tocó tus labios,  
y es quitada tu culpa  
y limpio tu pecado.**

Un profundo sentimiento de su propia indignidad sobrecogió a Isaías. Si incluso los serafines se tenían que cubrir el rostro y los pies, ¿quién era él para que tuviera esa visión? El profeta estaba tan lejos de la santidad de Dios que sólo podía llegar a una conclusión: ¡Ay de mí que soy muerto!”. La perfección separa a Dios de los pecadores; su omnipotencia los amenaza con la separación y el castigo eterno. Isaías comparecía ante Dios con las

manos vacías y sin nada que pudiera ofrecer para salvar tan grande diferencia. Los mejores esfuerzos del profeta eran nada en presencia de la absoluta santidad y poder de Dios. Hubiera sido presuntuoso de su parte sugerir que él había tratado de vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. Las obras de servicio del profeta, tan valiosas como eran, aquí de nada servían; él era impuro y vivía en medio de pecadores.

El profeta estaba atemorizado porque sus ojos habían visto a Dios, y sabía que nadie puede ver a Dios y vivir (Éxodo 33:20). Pero el Todopoderoso había dispuesto revelarse en una visión para beneficio: del hijo de Amoz, de su ministerio y de nosotros. Dios le da la revelación a este hombre pecador por su amor inmerecido. Él no iba a morir, sino que iba a seguir con vida.

Jehová mismo salvó las diferencias entre su santidad y la pecaminosidad de Isaías. En un acto simbólico borró la culpa del profeta; uno de los serafines tomó del altar del Templo celestial un carbón encendido y tocó con él la boca de Isaías. El carbón provenía del altar, del lugar del sacrificio; el mensaje de absolución es muy claro: “Es quitada tu culpa y limpio tu pecado”. Los pecadores arrepentidos no son abandonados; Dios santificó a Isaías, un humano santo, mediante la expiación y el perdón. Sabemos que sólo el sufrimiento y la muerte de Jesús lo hicieron posible. Más adelante, en el capítulo 53, el profeta escribirá elocuentemente acerca de la obra de Jesús. Este hombre de Dios recibió aquí la certeza de que al haber sido purificado podía permanecer ante el Señor. Su condición había sido cambiada por obra de Dios, no en virtud de algún esfuerzo o deseo humano. Siempre es por gracia y no por obras.

Este fue el llamamiento divino a Isaías para entrar en el ministerio. Sirve de recordatorio a todos los siervos llamados de Dios. Ante él, todo el mundo, incluyendo los pastores y los maestros, confiesen con Isaías: “¡Ay de mí que estoy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios...” El ministerio comienza con el conocimiento del pecado y las limitaciones humanas. Así como Isaías era indigno para el ministerio, también

lo es todo aquel que ha sido llamado al ministerio público de Dios. Todos los estudios y las oraciones no hacen a nadie mejor que Isaías. Por causa de nuestra maldad, estamos descalificados para servir a Dios y somos indignos para enseñar. El no comprender la realidad de esta visión sólo puede hacer que los siervos de Dios se vuelvan presuntuosos y arrogantes.

**<sup>8</sup> Después oí la voz del Señor, que decía:**

**—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?**

**Entonces respondí yo:**

**—Heme aquí, envíame a mí.**

Fijémonos en dos verdades sobresalientes. La primera, que el Señor quiere enviar a alguien para que sea su vocero. La pregunta que hace aquí Jehová es para beneficio de Isaías. Dios, que podía haber enviado a los serafines que cantaban en el Templo celestial, no desea hacerlo así. En vez de eso, quiere enviar a un ser humano como su mensajero. El Señor desea enviar una criatura limitada no sólo por su carne y sangre sino también por el pecado. El hombre que está aquí ante él acaba de confesar su pecaminosidad y aun así Dios quiere enviarlo.

La segunda de estas verdades sobresalientes es la disposición de Isaías que responde sin vacilar: “Heme aquí, envíame a mí.” El mismo hombre que un momento antes estuvo lleno de temor y abrumado por el sentimiento de sus impías limitaciones muestra ahora valor al aceptar el llamamiento de ir por el Santo de Israel. ¿Cuál ha sido la causa de esa transformación? La respuesta de Isaías está en el perdón y en el hecho de que comprendió que Dios quería usarlo. El perdón ha obrado un milagro en el profeta al reemplazar el miedo por el valor. La disposición a actuar voluntariamente ocupó el lugar del sentimiento de indignidad. Dios ha obrado este milagro que es “el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). E Isaías se ofreció, sin saber nada acerca de su llamamiento, expresando su disposición a ir sin que le importaran las tareas que Dios le tenía reservadas.

La visión del Todopoderoso y Santo Dios causó profunda impresión en Isaías, quien para referirse a Dios con un nombre especial adopta la expresión “el Santo de Israel”. Este nombre claramente vinculado a esta visión se convierte en un elemento característico de su profecía. Este nombre aparece tres veces en los Salmos y dos en Jeremías; pero ocurre 29 veces en la profecía de Isaías, de ellas, doce en los capítulos 1 al 39 y 17 veces en los capítulos 40 al 66.

**<sup>9</sup> Y dijo:**

**—Anda, y dile a este pueblo:**

**“Oíd bien, y no entendáis;**

**ved por cierto, pero no comprendáis.”**

**<sup>10</sup> Embota el corazón de este pueblo,**

**endurece sus oídos y ciega sus ojos,**

**para que no vea con sus ojos**

**ni oiga con sus oídos**

**ni su corazón entienda,**

**ni se convierta y haya para él sanidad.**

La misión del profeta puede parecer extraña a primera vista. Isaías debe endurecer los corazones de “este pueblo”. Fijémonos que Dios no llama a los que van a oír el mensaje de su profeta “mi pueblo”, son “este pueblo” porque lo han rechazado a él, a Jehová. El juicio se avecinaba e Isaías era parte del mismo. Dios lo había comisionado para predicar su palabra, pero el mensaje que le dio iba a encontrar corazones incrédulos que se endurecerán ante sus hermosas promesas. Los creyentes han aprendido a atesorar los preciosos ofrecimientos de Dios, que les son dados mediante este profeta, pero los incrédulos los oirán sin comprender ni percibir nada. Sus corazones no serán tocados por el mensaje del profeta, lo cual sólo confirmará su rechazo al Señor. El evangelio se convertirá en alimento que no nutre sus almas. El pueblo de Judá y Jerusalén estará en tinieblas, no porque Dios retiró su palabra, sino porque la puso claramente delante de ellos. Verían tanta luz que la rechazarían.

Los versículos 9 y 10 de este capítulo son citados seis veces en el Nuevo Testamento. Cuando el Salvador comenzó su ministerio en Jerusalén la luz brilló; su mensaje de amor y perdón ganó los corazones de muchos miles pero los líderes judíos lo rechazaron. Vieron y oyeron, pero no percibieron ni escucharon el mensaje de Dios; sus corazones fueron endurecidos por las misericordiosas palabras de Jesús, de la misma manera como los del tiempo de Isaías se endurecieron ante el mensaje del profeta. El capítulo 7 de Isaías nos brindará una ilustración de lo que Dios quiso decir aquí. Las parábolas de Jesús tuvieron el mismo propósito.

Dios no es responsable aquí por el pecado de la incredulidad. No fue él quien puso la necia arrogancia y la incredulidad en los corazones del pueblo de Judá y Jerusalén; en vez de ello, les había mostrado inmerecidamente su amor y su misericordia. Recordemos la parábola de la viña. Sin embargo, Dios encalleció el corazón de aquellos que no iban a escuchar. Jesús le advirtió a Jerusalén de su inminente destrucción a manos de los romanos y cuando lloró por ella expresó el deseo de que se arrepintieran, pero tristemente concluyó que ellos no querían la gracia ni la misericordia que él les ofrecía. “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste! Vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:37,38).

Al considerar el ministerio de este profeta del Antiguo Testamento, tenemos que admirar su disposición a acometer esta misión de Dios. Isaías sabía que sus esfuerzos iban a ser rechazados y que no experimentaría ningún resultado mensurable, excepto ver a su propio pueblo burlándose de su mensaje y acercándose más al mismo juicio que les predijo. Dios envió al hijo de Amoz a predicar la Palabra sin tomar en consideración la respuesta que ésta iba a encontrar. La tarea de todos los mensajeros de Dios es la misma; en la era del Nuevo Testamento también tenemos la comisión que les dio Jesús cuando dijo: “id y haced

discípulos” por medio de la predicación de la Palabra (Mateo 28:19,20). Sin embargo, cada pastor y cada maestro de la verdad de Dios deben comprender que la proclamación del evangelio endurecerá a algunas almas. Incluso, si el mensaje es elocuente y bellamente presentado, puede que resulte más bien en el adormecimiento que en la conversión de los corazones incrédulos. No tenemos manera de saber si el mensaje producirá fe o si sólo confirma la incredulidad, eso está en las manos de Dios y cada mensajero sencillamente debe ser fiel a la proclamación de la verdad de Dios.

Con esta visión, Dios le dio valor al profeta Isaías, quien durante el curso de su ministerio y sin que ningún poder terrenal lo pudiera intimidar, fue enviado por Dios a reyes y nobles que rechazaban al Señor. La opinión pública no podía hacerlo vacilar, ni hizo que él modificara el mensaje divino para acarrearle el favor de sus contemporáneos. Isaías tenía una tarea dura e ingrata; él iba a insultar a su generación y a inflamar en ellos un mayor adormecimiento de corazón, pero él iba a permanecer fiel porque le servía al Santo de Israel.

**<sup>11</sup> Yo dije:**

**—¿Hasta cuándo, Señor?**

**Y respondió él:**

**—Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador,  
no haya hombre en las casas,**

**y la tierra esté hecha un desierto;**

**<sup>12</sup> hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres**

**y multiplicado los lugares abandonados en medio del  
país.**

**<sup>13</sup> Y si queda aún en ella la décima parte,**

**ésta volverá a ser destruida;**

**pero como el roble y la encina,**

**que al ser cortados aún queda el tronco,**

**así será el tronco, la simiente santa.**

Nadie sabe por qué Isaías preguntó: “¿Hasta cuándo, Señor?” Quizás estaba apesadumbrado y horrorizado por la tarea que Dios le había encomendado; quizás estaba preocupado por sus contemporáneos e hizo la pregunta motivado por el amor que les profesaba a ellos; o quizás tenía curiosidad por saber qué iba a pasar. El estudio de las Escrituras no responde a cada una de las preguntas que tenemos respecto de este texto; lo que sí está claro es que Isaías preguntó y Dios le respondió.

Sea cual fuere el motivo de la pregunta, la respuesta de Dios entraña el inexorable juicio sobre la incredulidad y, sin embargo, lleva en sí una palabra de esperanza para el futuro. El veredicto de Dios iba a dejar assolados y desiertos: los campos, las casas y las ciudades. La campiña de Judá fue sucesivamente arrasada por: los asirios, los babilonios y los romanos, con los mismos resultados devastadores. Si uno piensa que las palabras anteriores apuntan al juicio final de la tierra, entonces la venida de Dios en el juicio final traerá una devastación permanente y mayor. El Señor siempre juzga severamente la apostasía; él no suspende el juicio aunque sólo quede una décima parte de la población impenitente; entretanto éstos persistan en su camino, el juicio debe proseguir.

Sin embargo, en medio de la desolación y la devastación, en el distante horizonte se vislumbra un lejano rayo de esperanza. Dios va a juzgar toda la incredulidad pero después de hacerlo, de lo que haya quedado, surgirá nueva vida. Isaías nos dará más detalles acerca de la sagrada simiente que germinará.

En medio de todos los impíos y del castigo que experimentan, todavía Dios tiene sus fieles. El roble del linaje real de David debe ser cortado por el hacha del juicio de Dios, pero de su tronco brotará una preciosa vara (Isaías 11:1). Sí, quedará un remanente. Nunca más conocería Judá algo que se comparara a los gloriosos días del rey David y de Salomón, ni siquiera un retorno temporal a la situación que se vivió durante los reinados de Uzías y de Jotam. Pero lo que quedaba de esta nación después del juicio, un tocón pequeño y aparentemente muerto, iba a ser la fuente de esperanza. El Salvador vendrá, e Isaías va a escribir más acerca

de este remanente y más del Salvador venidero. Las promesas serán claras pero los contemporáneos del profeta las rechazarán en su rebeldía. Los ofrecimientos continúan siendo claros y ojalá que con fe y humildad las atesoremos. Al igual que Isaías, servimos al todopoderoso Santo de Israel.

**7** Aconteció en los días de Acáz hijo de Jotam hijo de Uzías, rey de Judá, que Rezín, rey de Siria, y Peka hijo de Remalías, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla; pero no la pudieron tomar.

**<sup>2</sup> Y llegó la noticia a la casa de David, diciendo:**

**—Siria se ha confederado con Efraín.**

**Y se le estremeció el corazón y el corazón de su pueblo, como se estremecen los árboles del monte a causa del viento.**

Después de que Uzías murió leproso (2 Crónicas 26:21), su hijo Joram se convirtió en rey de Judá y reinó durante 16 años; conquistó a los amonitas y “se hizo fuerte, porque preparó sus caminos delante de Jehová su Dios” (2 Crónicas 27:6). Pero esta fue la cúspide de la gloria de Judá. Al final de su reinado dos reyes del norte, Rezín y Peka, iniciaron una campaña contra Judá.

A la muerte de Joram, su hijo Acáz se convirtió en rey. Pero éste no fue como su padre ni como su abuelo, sino que: se hizo ídolos para la adoración de los baales, ofreció sacrificios, quemó incienso “debajo de todo árbol frondoso” (2 Crónicas 28:4) y ofreció a sus hijos en sacrificio. Además, hizo una copia de un altar que vio en Damasco y lo instaló en el Templo. Posteriormente cerró las puertas de la casa de Jehová y “se hizo altares en todos los rincones de Jerusalén” (2 Crónicas 28:24). Acáz se convirtió en uno de los peores y más impíos de los reyes de Judá.

La campaña de Rezín y Peka, iniciada en el reinado de Joram, continuó con cierto éxito durante la primera parte del gobierno de Acáz. Rezín recuperó Ela, un puerto en el mar Rojo, en tanto que Peka le infligió severas pérdidas al ejército de Acáz. En un solo día las fuerzas de Peka dieron muerte a 120,000 soldados judíos y



tomaron 200,000 cautivos junto con un cuantioso botín. Finalmente, los cautivos y los despojos fueron devueltos, pero todo esto ocurrió “por cuanto habían abandonado a Jehová, el Dios de sus padres” (2 Crónicas 28:6). En medio de esta crisis, Acaz había enviado emisarios a Tiglat-Pileser, rey de Asiria, pidiéndole su ayuda contra Peka y Rezín.

El segundo libro de Reyes capítulo 16 y el segundo libro de Crónicas capítulo 28 registran la guerra siro-efratea y el reinado de Acaz. No sabemos con exactitud cuándo tuvieron lugar los eventos que se registran aquí; resulta muy difícil ordenar de alguna manera cronológica confiable los acontecimientos de dicha campaña. Lo que sí sabemos es que eso sucedió temprano en el reinado de Acaz y que él y su pueblo se llenaron de temor por causa de las acciones bélicas conjuntas de Peka y Rezín.

Hay que tomar en cuenta que Isaías se refiere al rey judío con la expresión “casa de David”, lo cual nos recuerda que Dios le había dado algunas promesas especiales a ese linaje y que había prometido establecerlo mediante uno de los descendientes de David: “...levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino...yo confirmaré su trono eternamente” (1 Crónicas 17:11,12). Peka y Rezín diseñaron su campaña para destruir la heredad de David, y por tanto se opusieron a la promesa de Dios. A pesar de la fidelidad de Jehová a sus promesas, la casa de David no tenía en aquellos momentos ni interés ni fe en ellas, y por lo tanto, el rey y su corte se sobrecogieron de miedo.

### **<sup>3</sup> Entonces dijo Jehová a Isaías:**

**—Sal ahora al encuentro de Acaz, tú y Sear-jasub, tu hijo, al extremo del acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Acaz, <sup>4</sup> y dile: “Cuidate y ten calma; no temas ni se turbe tu corazón a causa de estos dos cabos de tizón que humean, por el ardor de la ira de Rezín y de Siria, y del hijo de Remalías. <sup>5</sup> Ha concertado un maligno plan contra ti el sirio, con Efraín y con el hijo de Remalías, diciendo: <sup>6</sup> ‘Vayamos contra Judá y aterricémosla; repartámosla entre nosotros y pongamos en medio de ella por rey al hijo de Tabeel.**

Al parecer, Acaz se estaba cerciorando de que el suministro de agua para Jerusalén no estuviera amenazado durante el sitio. El Señor dirigió a Isaías a que tomara consigo a su hijo y fuera a donde este rey temeroso estaba haciendo preparativos contra los ejércitos invasores. El hijo de Isaías tenía el nombre de Sear-jasub, que significa “un remanente regresará”. ¿Por qué le ordenó Dios al profeta que tomara a su hijo consigo? Parecería que la presencia del hijo de Isaías iba a servir para destacar el futuro por la edad del niño y por el término “remanente” que va incluido en su nombre. La misión de Isaías era decirle a Acaz que la campaña de Peka y Rezín no iba a tener éxito, lo que constituye también una promesa para el presente. Sin embargo, el profeta proclamaría algunas promesas y juicio para el futuro, lo que involucraba a la casa de David y al remanente. Todo esto parece estar subrayado por la presencia de Sear-jasub junto a Isaías, aun cuando éste no dijo ni hizo nada distinto de observar y escuchar.

Isaías hizo tal como Dios le ordenó, y se encontró con Acaz “al extremo del acueducto del estanque de arriba”, que resultó ser el mismo lugar en el cual acampó más tarde el comandante en jefe de los ejércitos asirios cuando pronunció sus amenazas contra Jerusalén (ver Isaías 36:2; 2 Reyes 18:17). Ese terreno era un lugar donde los bataneros lavaban las ropas y las blanqueaban, secándolas en los campos a lo largo del camino que pasaba cerca del estanque de más arriba. Por supuesto, el lugar resultaba importante porque era parte del sistema de suministro de agua para Jerusalén. Posteriormente Ezequías hizo llegar el agua a Jerusalén a través de un túnel.

El discurso del profeta fue una maravillosa promesa de consuelo para el rey atribulado. Enfrentado a los ejércitos invasores, Acaz le escuchó decir: “Cuídate y ten calma; no temas ni se turbe tu corazón”. Estos cuatro mandatos debieron haber tranquilizado el corazón del monarca. Pensemos en lo que habrían significado esas palabras para cualquier creyente que enfrenta dificultades. Son palabras de Dios, y no meramente los piadosos deseos de un profeta optimista. Isaías se refirió a los dos reyes

como “cabos de tizón que humean”. No podrían hacerle ningún daño más a Acaz. El profeta también indicó que Dios conocía los planes de Rezín y de Peka, el hijo de Remalías. A Peka ni siquiera se le menciona por nombre aquí, lo que indica que el rey de Israel no debería de preocuparle a Acaz.

**” 7 Por tanto, Jehová, el Señor dice:**

**“No sucederá eso; no será así.**

**8 Porque la cabeza de Siria es Damasco  
y la cabeza de Damasco, Rezín;  
y dentro de sesenta y cinco años**

**Efraín será quebrantado hasta dejar de ser pueblo.**

**9 Y la cabeza de Efraín es Samaria**

**y la cabeza de Samaria, el hijo de Remalías.**

**Si vosotros no creéis, de cierto no permaneceréis.”**

Dios estableció dos promesas adicionales ante Acaz: “No sucederá eso; no será así”. ¿Iban a tener éxito los planes de esos dos reyes? Lo que Dios dice es: ¡No! y ¡no! Estas palabras son como rayos lanzados desde el cielo contra Peka y Rezín. La descarga resultante iba a aniquilar a ambos reyes, en tanto que para Acaz estas expresiones hicieron brillar la luz de la promesa divina de proteger a la casa de David.

El profeta prosiguió con el anuncio de una promesa específica con respecto al futuro de Israel, reino que iba a desaparecer como tal dentro de 65 años. Cuando Esar-hadón era rey de Asiria (Esdras 4:2), colonizó la tierra que había sido dejada vacante por los israelitas con gente de otras partes de su imperio (2 Reyes 17:24). La fecha fue probablemente el año 675 a.C.; de modo que alrededor de 60 años a partir del momento en que Isaías le habló al rey Acaz, el reino del norte de Israel no fue solamente conquistado y su población deportada, sino que el poder imperial de Asiria repobló el territorio con personas muy diferentes a los israelitas.

El profeta concluyó su anuncio con una invitación para que Acaz creyera y confiara en Jehová. La invitación contenía, tal como lo hace el Nuevo Testamento, las consecuencias de la apostasía: “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). ¿Cuál fue la respuesta de Acaz? Sólo silencio.

Podemos apreciar el significado de ese silencio contrastándolo con Ezequías, quien años después enfrentó la amenaza mucho más seria de la invasión de los ejércitos asirios. Este rey acudió al Templo y le envió sus consejeros a Isaías, y cuando recibió una amenaza escrita del monarca asirio Senaquerib, llevó la carta al Templo, la extendió delante del Señor y oró (2 Reyes 19). Luego Dios le envió al profeta Isaías con la promesa de la liberación.

Aquí Acaz hizo exactamente lo contrario. En lugar de enviar mensajeros al profeta y presentarse delante del Señor, le envió un mensajero a Tiglat-Pileser, rey de Asiria, pidiéndole ayuda militar. El rey de Judá tomó el oro y la plata del Templo y los tesoros del palacio real, y los envió como regalo a los asirios para persuadirlos de que eliminaran la amenaza de Rezín y Peka (2 Reyes 16:7,8). Aun cuando Acaz no oró a Dios para pedir ayuda ni envió por su profeta, Jehová le envió a Isaías con sus preciosas promesas de liberación. Pero Acaz no respondió. Los ofrecimientos de Dios cayeron en un corazón de piedra, y el rey permaneció impasible y mudo, incluso ante estas maravillosas promesas de liberación.

Cuando Dios envió a Isaías y su hijo a Acaz con palabras de consuelo, el Señor estaba benigna y amorosamente procurando llegar al rey incrédulo y malvado y a su pueblo. Pero la misión de Isaías no llevó arrepentimiento ni consuelo, ni al uno ni al otro. Tristemente, sólo sirvió para endurecerlos aún más en su incredulidad. Ocurrió tal como Dios le había dicho a Isaías cuando el profeta estuvo delante del trono del Santo de Israel: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:10).

**<sup>10</sup> Habló también Jehová a Acaz, diciendo:**

**<sup>11</sup> —Pide para ti una señal de parte de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo o de arriba en lo alto.**

**<sup>12</sup> Y respondió Acaz:**

**—No pediré ni tentaré a Jehová.**

Ante el mudo rechazo de Acaz, Dios no se quedó callado; por medio de su profeta, el Señor le ofreció al rey una nueva oportunidad para que se arrepintiera y confiara en él. Isaías le dio una orden al rey judío: “Pide... señal”. Notemos que el profeta indica que el Señor todavía deseaba ser el Dios de Acaz: “Pide para ti una señal de parte de Jehová tu Dios...” Estas palabras nos recuerdan las que en una última y tierna invitación le dirigió el Salvador a Judas en el jardín de Getsemaní: “Amigo, ¿a qué vienes?” (Mateo 26:50). Dios le dijo a Acaz que solicitara cualquier cosa, incluso una señal, un milagro. El rey podría probar la confiabilidad de la palabra de Dios pidiendo absolutamente cualquier cosa.

¡Este fue un momento decisivo! Lo que sucedió marcó el destino de Judá y de la casa de David por siglos. Acaz persistió en su incredulidad y dijo: “No pediré.” Incluso cuando Dios le invitaba a que pidiera, respondió: “No lo haré.” Resulta evidente que Acaz no tenía ninguna consideración: por el Señor, ni por su profeta, ni por las promesas de protección que le fueron hechas ahí en el camino de la heredad del Lavador. Pero lo que hace tan vil la respuesta de Acaz es que pretendió aparecer como temeroso de Dios. Cuando Dios le ofrecía esa señal, era un insulto que la rechazara, o lo que es peor, era arrogancia del rey decirle al Señor que no necesitaba o no quería sus promesas. Este monarca, en lugar de aceptar la señal que Dios le ofrecía, buscó la ayuda de Asiria. El rechazo de Acaz era síntoma de la incredulidad que existía en todo el reino de Judá, la cual sólo podía tener un resultado, el juicio de Jehová.

**13 Dijo entonces Isaías:**

**—Oíd ahora, casa de David:**

**¿No os basta con ser molestos a los hombres,  
sino que también lo seáis a mi Dios?**

**14 Por tanto, el Señor mismo os dará señal:**

**La virgen concebirá**

**y dará a luz un hijo,**

**y le pondrá por nombre Emanuel,**

**15 Comerá mantequilla y miel,**

**hasta que sepa desechar lo malo**

**y escoger lo bueno.**

**16 Porque antes que el niño**

**sepa desechar lo malo**

**y escoger lo bueno,**

**la tierra de los dos reyes que tú temes**

**será abandonada.**

**17 »Jehová hará venir sobre ti,**

**sobre la casa de tu padre y sobre tu pueblo**

**días cuales nunca vinieron**

**desde el día en que Efraín se apartó de Judá**

**(esto es, al rey de Asiria).**

El Señor amorosamente había prometido librar a Acaz y al pueblo de las amenazas de los dos reyes del norte. La liberación iba a venir y Dios no iba a anular ninguna de sus promesas, pero algo mucho más significativo que una victoria sobre Peka o Rezín resalta ante los ojos del profeta y ahora ante los nuestros como lectores de sus palabras. La casa de David había rechazado a Jehová y sus promesas, Acaz permaneció impassible e incrédulo a pesar de los ofrecimientos y de la invitación que Dios le hizo. Cuando el rey reaccionó negativamente ante la misericordiosa oferta de un milagro, Dios en efecto respondió: “Tendrás una señal, ya sea que la quieras o no.” Pero la señal que Dios le dio a Acaz no fue la promesa de salvarlo de las amenazas de los dos reyes; al

contrario, fue una señal de juicio para el rey y para la endurecida nación de Judá. Dios mismo les daría la señal, el nacimiento de un niño.

La versión Reina Valera Revisión de 1977 trae al comienzo de esta profecía la expresión: “*He aquí*”, que equivale a una palabra del hebreo original y que se utiliza para anunciar algo de importancia o significado poco usual. Este vocablo también sugiere visión o contemplación y sirve de introducción a un acontecimiento venidero. Isaías, quien por medio del poder de Dios contempla el futuro embarazo de la madre y el nacimiento de un hijo, lo anuncia ahora ante Acaz y sus asistentes.

Mucho se ha escrito sobre la palabra hebrea que se traduce como “virgen”, *almah*. Algunos comentaristas sostienen que puede significar mujer joven y otros insisten que debe significar virgen. Resulta evidente que la señal anunciada por Isaías es especial y fuera de lo común. El nacimiento de un niño no sería nada extraordinario a menos que fuera el resultado de una concepción imprevisible y excepcional. De modo que esta mujer debe ser una virgen.

Las Escrituras nunca utilizan la palabra *almah* para referirse a una mujer casada. Se pueden citar dos ejemplos: cuando el siervo de Abraham fue a buscar esposa para Isaac (Génesis 24:43), el texto hebreo del relato se refiere a Rebeca como una *almah*, palabra que se traduce por “muchacha”. Obviamente en ese momento la joven era soltera y no había sido tocada por ningún hombre; a nadie le podía pasar por la cabeza que estuviera embarazada. El segundo ejemplo es la hermana de Moisés; cuando la hija del faraón lo sacó del río, Miriam se ofreció para hallar una mujer hebrea que cuidara al niño. A Miriam se le llama una *almah* (Éxodo 2:8), que se traduce por “joven”. Miriam también era una joven soltera, y tampoco había sido tocada por hombre alguno; por lo mismo, nadie pensaría que estuviera embarazada.

Si estos ejemplos no son suficientes, Mateo resuelve el asunto identificando a María como una virgen, y citando la profecía

(Mateo 1:18-25). Este apóstol no deja dudas acerca de que María era virgen, pues escribe: “Antes que vivieran juntos [María y José] se halló que había concebido (versículo 18)..., pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo” (versículo 25). Siguiendo el sencillo principio de permitir que las Escrituras nos digan lo que ellas quieren, debemos concluir que Isaías vio con anticipación a María, una virgen, llevando en su vientre a Jesús. Tampoco nadie podía esperar que María estuviera encinta; José sabía que él no era el padre, y Dios le puso fin a sus temores con respecto a su mujer mediante el anuncio del ángel.

Dios mismo iba a entrar en la historia de la humanidad mediante este milagroso nacimiento. Isaías llama al niño *Emmanuel*, que significa “Dios con nosotros”. Ningún otro en todo el Antiguo Testamento tiene ese nombre excepto este niño. ¿En qué sentido está el Todopoderoso con nosotros a través de este niño? Por lo regular entendemos que Dios está con nosotros para protegernos. El Salmo 46 afirma: “¡Jehová de los ejércitos está con nosotros!” (versículos 7, 11). Otros salmos hacen la misma confesión, pero este niño es el mismo Dios con nosotros; él se hace carne y sangre y entra en la historia humana. Así lo ve Isaías. El niño es el Dios-hombre, verdadero Dios, engendrado del Padre desde la eternidad, y también verdadero hombre, nacido de la virgen María (Segundo Artículo del Credo Apostólico). ¡Qué milagrosa señal! El que vino a vivir entre nosotros, Jesús, también prometió hacerlo incluso después de su ascensión: “ Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

Miremos esta señal desde dos perspectivas opuestas. Primero, los creyentes siempre la han atesorado como promesa del advenimiento del Salvador. Isaías confió en esa esperanza y en las otras que Dios le mandó proclamar. Algunos en Judá también las creyeron y las apreciaron, pero hay otra perspectiva que no podemos olvidar: Acáz había rechazado al Señor; para él y para los judíos incrédulos, ésta era una señal del juicio venidero y no una señal de misericordia.



Esta señal no garantizaba la liberación de los dos reyes invasores; eso ya se había decidido. Esta indicación es para mucho más adelante en el futuro y para Acaz constituía un anticipo del juicio. Pensemos en lo que significaba para la casa de Judá. Con el nacimiento del niño, todo el prestigio y el poder de la casa real de David iban a desaparecer. La mayor de todas las liberaciones no vendría de un rey poderoso o de nobles y príncipes judíos; vendría de una mujer, y lo que es más, de una virgen. Qué vergüenza para un orgulloso y poderoso rey judío el que le dijeran que la liberación iba a venir de esta manera.

Isaías continuó con la descripción de la manera de vivir de este niño: comerá mantequilla y miel, la comida de los pobres. Emmanuel, Dios con nosotros, se va a alimentar de la misma manera que todos los otros humanos, viviendo en la pobreza como el resto del pueblo de Dios. Aunque este niño era el Hijo de David, Dios iba a enviar su juicio sobre la incredulidad de la casa de David, a la que le quitará todos sus: riquezas, poder y prestigio. El Mesías nació en un establo, no en un palacio. La incredulidad del pueblo de Dios había derrochado todos los tesoros que Dios les había dado, al haberlos usado como pago en forma de tributo a los ejércitos conquistadores o fueron llevados como botín por los vencedores.

A diferencia de Ezequías, quien lo sucedió, Acaz había estado demasiado ocupado para volverse a Jehová y pedir su ayuda. Isaías lo encontró haciendo preparativos para el sitio que se avecinaba y asegurando el suministro de agua para Jerusalén. Además, el rey había despachado mensajeros a Asiria al norte para pedirle ayuda a Tiglat-Pileser. Acaz no puso su confianza en Dios, sino en su habilidad para negociar la liberación por medio de los asirios.

Tal como Isaías describe más adelante en este capítulo, Acaz iba a recibir más de lo que esperaba de su trato con los asirios. Este fue el castigo para el incrédulo rey judío por no confiar en Dios. Él nunca escuchó la dulce promesa del Mesías de que habló Isaías; esas promesas pasaron por su cabeza sin hacer mella. Sólo quedaron “días cuales nunca vinieron desde el día que Efraín se

apartó de Judá”. Esa etapa de pobreza y de dominación extranjera iba a continuar durante la llegada de Emmanuel, el hijo de la virgen.

- 18** »Acontecerá que aquel día  
silbará Jehová  
al tábano que está en el fin  
de los ríos de Egipto  
y a la abeja que está en la tierra de Asiria.
- 19** Ellos vendrán y acamparán todos  
en los valles desiertos,  
en las cavernas de las piedras,  
en todos los zarzales  
y en todas las matas.
- 20** Aquel día rapará el Señor  
con navaja alquilada,  
con los que habitan al otro lado del río  
(esto es, con el rey de Asiria),  
cabeza y pelo de los pies,  
y aun la barba afeitará también.
- 21** »Acontecerá en aquel tiempo  
que criará un hombre una vaca y dos ovejas,
- 22** y a causa de la abundancia de leche que darán,  
comerá mantequilla;  
ciertamente mantequilla y miel comerá  
el que quede en medio del país.
- 23** »Acontecerá también en aquel tiempo  
que el lugar donde había mil vides,  
que valían mil siclos de plata,  
será para espinos y cardos.
- 24** Con saetas y arco irán allá,  
porque toda la tierra será espinos y cardos.
- 25** Y a ninguno de los montes  
que se cavaban con azada

**se atreverán ya a ir,  
por el temor de los espinos y los cardos.  
Quedarán para pasto de los bueyes  
y para ser pisoteados por las ovejas.**

Cuando Jesús nació, tomó su lugar en una tierra empobrecida y dominada por una potencia extranjera, Roma. Mirando atrás, se puede apreciar que la raíz de esa situación se encuentra en la incredulidad de Acáz. Jesús nació en Belén, la ciudad de David. No hubo ningún marcador histórico que conmemorase allí el nacimiento de tan gran rey. María y José no pudieron encontrar lugar donde alojarse, no porque fuera un sitio turístico sino porque un decreto imperial romano los había obligado a viajar al sur.

Una revisión de la historia del pueblo de Dios durante los años que median revela el juicio de Dios sobre la incredulidad de Judá. Jehová efectivamente llamó a fuerzas extranjeras para que vinieran y colonizaran la tierra; los ejércitos: asirios, babilonios, persas, griegos y romanos se asentaron en Judá. El rey de Asiria, invitado por el rey Acáz, fue sólo el principio. Aunque ahora los asirios iban a aliviar la presión e iban a salvar a Judá de Rezín y Peka, al final se esparcirían sobre Judá y devastarían sus campos.

Isaías describe al rey de Asiria como una navaja alquilada que iba a humillar a Judá. Tener afeitadas: la cabeza, las piernas e incluso la barba constituía una gran afrenta. Consideremos el insulto que Hanún le infligió a David cuando rapó a sus emisarios. Los hombres de David estaban “en extremo avergonzados” (2 Samuel 10:5). Dios iba a humillar a su pueblo por su arrogancia y apostasía.

Y hay más, con la llegada de los asirios, el aspecto de la tierra iba a cambiar pues dejaría de ser tierra de cultivo. No iba a quedar nadie para cuidar los campos y las cosechas; los espinos y las zarzas reemplazarán las buenas cosechas, como las de la vid y los olivos. Los moradores serán tan pocos que no podrán labrar la tierra; los que queden tendrán abundancia de leche de las vacas y ovejas que cuidaban. También recogerán miel, pero la tierra será

un desierto en comparación con lo que había sido antes. Acáz había inaugurado un nuevo orden de vida: desolación, espinos y pobreza. El esplendor de su realeza iba a desaparecer ante el juicio de Dios. A este mundo de penurias llegaría Emmanuel.

### *El juicio contra los enemigos de Judá es verificado*

**8** Me dijo Jehová:  
—Toma una tabla grande y escribe en ella con caracteres legibles tocante a Maher-salal-hasbaz.

**<sup>2</sup>Y junté conmigo por testigos fieles al sacerdote Urías y a Zacarías hijo de Jeberequías. <sup>3</sup>Me llegué a la profetisa, la cual concibió y dio a luz un hijo. Y me dijo Jehová: «Ponle por nombre Maher-salal-hasbaz. <sup>4</sup>Porque antes que el niño sepa decir “padre mío” y “madre mía”, será quitada la riqueza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de Asiria.»**

No mucho después de la entrevista de Isaías con Acáz, en el extremo del acueducto de arriba, el Señor le indicó otra vez al profeta que había llegado la hora de actuar. Esta vez Dios le dijo que hiciera una especie de cartelera de avisos; Isaías debía escribir un mensaje en un gran rollo o tabla. El mensaje era: “Maher-salal-hasbaz”, que significa “rápido para el botín; pronto para el saqueo”. Isaías escribió este mensaje en tamaño lo bastante grande como para que la gente lo pudiera ver a distancia, y con letras fáciles de leer, cuyo probable significado nuestra versión traduce como “caracteres legibles”.

Una vez mostrado al público, el mensaje resultó ser un acertijo en Jerusalén. ¿Significaba que Peka y Rezín iban a tener éxito y que iban a saquear la ciudad? ¿Sería que Dios iba a desatar la destrucción sobre su pueblo? ¿O quería decir que: Asiria, Egipto, o quizás otro ejército extranjero vendría? Isaías, por supuesto, le dijo a Acáz que Damasco y Efraín iban a ser destruidas y que el rey de Asiria llegaría. La última parte del capítulo 7 advirtió sobre

la destrucción que iba a venir a manos de los asirios. Pero para la gente común de Jerusalén, el mensaje escrito por Isaías a grandes letras era un enigma.

El profeta invocó la participación de dos testigos imparciales. Puede ser que Urías haya sido el sacerdote que más tarde le ayudó a Acaz a construir una copia del altar de Damasco (2 Reyes 16:10-16). El Zacarías que aquí se menciona no era el profeta que vivió durante el reinado de Darío, después de que Judá fue desterrado a Babilonia, pero esto es todo lo que sabemos con certeza. El propósito de tener estos testigos era para dar fe de que Isaías había escrito estas palabras mucho antes de su cumplimiento; lo cual le daba credibilidad al profeta y a su mensaje. Nadie podía negar que este hombre de Dios había escrito la verdad.

¿Qué significaban esas palabras? Cerca de un año más tarde, Dios le reveló el significado a Isaías para que lo pudiera compartir con el pueblo. El profeta y su esposa, aquí llamada “la profetisa”, tuvieron un hijo. No sabemos nada respecto de la esposa de Isaías; puede que aquí se le llame profetisa porque ella en cierta forma también tuviera el don de profecía, o simplemente la llamaban así porque era la esposa de Isaías el profeta. El Señor le dijo a Isaías que le diera a su hijo el nombre de “Maher-salal-hasbazaz”, que eran las mismas palabras del acertijo que escribió para que todo Jerusalén viera. El significado está claro: El rey de Asiria va a venir, se apresurará a saquear Damasco y Samaria y estará listo para hacer lo mismo con los enemigos de Judá.

¿Y cuándo iba a ocurrir eso? Pues antes de que el niño pudiera decir “padre mío” y “madre mía”, palabras que nuestros propios hijos usarían hoy día; y así sucedió. Podemos asumir que el profeta se presentó ante Acaz en el extremo del acueducto de arriba en el año 734 a.C. y que escribió con grandes caracteres su mensaje, Maher-Salal-Has-Baz, en Jerusalén ese mismo año. Tiglat-Pileser, el rey asirio, atacó Damasco en el año 733 y la saqueó, matando de paso a Rezín. La campaña del rey asirio continuó contra Israel, tomando Galaad y Galilea y deportando su población a Asiria (2 Reyes 15:29). En medio de todo este disturbio político y militar,

Oseas asesinó a Peka y se convirtió en rey en el año 732. En esos días, el hijo de Isaías no tenía todavía dos años de edad, apenas comenzaba a decir “mamá” y “papá”.

**<sup>5</sup> Otra vez volvió Jehová a hablarme, diciendo:**

**<sup>6</sup> «Por cuanto desechó este pueblo**

**las aguas de Siloé, que corren mansamente,  
y se regocijó con Rezín y con el hijo de Remalías,**

**<sup>7</sup> he aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos  
aguas de ríos, impetuosas y abundantes:  
al rey de Asiria con todo su poder.**

**Él rebasará todos sus ríos**

**y desbordará sobre todas sus riberas;**

**<sup>8</sup> y, pasando por Judá, inundará y seguirá creciendo  
hasta llegar a la garganta.**

**Luego, extendiendo sus alas,**

**llenará la anchura de tu tierra, Emanuel.**

**<sup>9</sup> »Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados.**

**Oíd, todos los que sois de lejanas tierras:**

**ceñíos, y seréis quebrantados;  
preparaos, y seréis quebrantados.**

**<sup>10</sup> Haced planes, y serán anulados;  
proferid palabra, y no será firme,  
porque Dios está con nosotros.»**

Acaz se debió haber sentido vindicado cuando los asirios atacaron Damasco y Samaria. Su plan, así parecía, había salido tal como lo había querido cuando les había pedido ayuda a los asirios. En el momento en que Acaz escuchó el mensaje de Isaías, quizás todo lo que alcanzó a oír fue de la destrucción de Rezín y del hijo de Remalías, nombre despectivo que el profeta usó para referirse a Peka. Eso era suficiente para Acaz, quien políticamente se sentía a salvo. Había evadido por el momento la amenaza de esos dos reinos al norte de él.

Pero, en todas estas dificultades, el rey judío no se había vuelto a Jehová en busca de ayuda. En lugar de eso había acudido a un poderoso aliado político, y aunque de momento se encontraba seguro, la historia aún no terminaba. Fue entonces cuando Dios envió a su mensajero para anunciar el próximo capítulo. En una vívida imagen verbal, el profeta describe lo que habría de acontecer. Por el momento los ciudadanos de Jerusalén se regocijaban con la destrucción de Rezín y Peka; estaban a salvo, pero su regocijo iba a ser pasajero. La ayuda que iban a recibir de Asiria se convertiría en un problema. Cuando los asirios aparecieron ante las puertas de Judá tras exitosas campañas contra los enemigos de ésta, no hubo nada que les impidiera destruirla. Acáz tomó parte de los tesoros del palacio real y del Templo y se los entregó, lo que los satisfizo sólo de momento (2 Crónicas 28:19-21).

Las palabras de Isaías constituyen una perfecta descripción de todos estos acontecimientos. El profeta hace un contraste entre dos corrientes de agua: Siloé, el riachuelo que proveía de agua fresca y clara a Jerusalén y las “otras aguas de ríos, impetuosas y abundantes”, lo que es una referencia al río Éufrates en Asiria; éste es un río poderoso y caudaloso, especialmente en la época en que la nieve se derrite en las montañas. Toda la nación de Judá había rechazado la pequeña corriente, es decir, al Señor. No querían su ayuda, ni sus promesas, ni su profeta. Habían despreciado a Dios, que les parecía: pequeño, insignificante e incapaz de ayudarles. En lugar de ello habían escogido la poderosa y dominante fuerza militar de Asiria para que les ayudara.

El río poderoso en el que depositaron su confianza se iba a volver contra Judá y no iban a ser capaces de controlarlo. Asiria no iba a estar satisfecha con detenerse en la frontera de Judá; en vez de eso, la poderosa y bélica nación pagana desbordará “todos sus ríos”, y Judá se hundirá hasta el cuello en problemas. Como sucedió en la historia, los asirios asolaron la campiña judía y durante el reinado de Ezequías le pusieron sitio a la propia Jerusalén. Pero Dios sí vino en ayuda de Ezequías al diezmar los

ejércitos asirios, los cuales perdieron 185,000 soldados a las puertas mismas de Jerusalén, teniendo que abandonar el asedio y regresar a sus casas en Nínive.

Isaías sugiere aquí otro contraste; dos grupos de oyentes escucharon su profecía. Por un lado, Acaz y la nación impía oyeron la sentencia, pero las palabras del profeta también fueron oídas por los fieles, que las comprendieron y no tuvieron dudas de su aterrador cumplimiento. Dos audiencias opuestas recibieron estas palabras. Siempre ha sido igual, los elegidos de Dios viven en medio de un mundo incrédulo y se quedan pasmados ante el juicio de Dios sobre el pecado y la maldad del mundo que los rodea, pero saben hacia dónde volverse, y eso fue lo que hizo Isaías. Él oró diciendo: “Oh, Emmanuel”. Isaías se acordó de la profecía del capítulo anterior y se convirtió en el vocero de los creyentes que confiaron “porque Dios está con nosotros”.

Los incrédulos siempre despreciarán al Señor y a su palabra; para ellos, él parece inefectivo e impotente. Pablo les recordó a los corintios que el mensaje de Dios, el evangelio, es considerado como “locura” por los que se están perdiendo (1 Corintios 1:18). Incluso en un mundo dominado por los poderes: político, militar y económico, hasta los creyentes están tentados a no tomar en cuenta al Señor y su palabra. El mundo honra y valora esas cosas. Cuando Dios viene en la sencillez de las palabras y en los humildes elementos: del agua, el pan y el vino, el mundo prefiere el ir y venir de la actividad humana. Pero se evaporan todas: la riqueza, el prestigio, la gloria, la prosperidad y la fuerza del mundo. Todos los imperios han desaparecido de la escena; todas las futuras potencias mundiales con el paso del tiempo también desaparecerán. Y por último, todo lo que ha existido será arrasado en el juicio final. ¿Y entonces qué?

De la misma manera como hizo Isaías cuando sus contemporáneos fueron deportados o asesinados, el creyente clama: “¡Oh, Emmanuel!”; la promesa durará y permanecerá. Los creyentes que la escucharon creyeron y confiaron en ella. Cada generación de fieles se afianza a la misma esperanza. Suceda lo



que suceda, Dios está con nosotros. El Mesías prometido ha llegado y nos ha dado el perdón y la vida eterna; este consuelo nos da el valor para enfrentar el mundo y su furia contra Dios. Isaías nos mostró el camino. Una vez que el profeta se había vuelto a Emmanuel, podía desafiar el poderío de los ejércitos extranjeros y decir: “Haced planes, y serán anulados”. La sencilla razón es que “Dios está con nosotros”.

A partir de este punto, podemos precisar dos pensamientos que se entrelazan. Uno de ellos está dirigido a los creyentes y el otro a los incrédulos. La tabla que aparece a continuación nos puede ayudar a identificar las dos audiencias. Los mensajes están escritos juntos, puesto que los creyentes también necesitan escuchar del juicio de Dios sobre el pecado. Mientras los fieles de Dios vivan en este mundo, retienen su naturaleza pecaminosa, son simultáneamente santos y pecadores, y necesitan tanto la ley como el evangelio. También los incrédulos escucharán los dos mensajes pero rechazarán la ley puesto que los condena por sus pecados, y cuando oigan el evangelio, se endurecerán en su incredulidad. Esa fue la misión de Isaías en Judá.

<i>Palabras de consuelo y esperanza</i>	<i>Palabras de juicio sobre la incredulidad</i>
Emmanuel.	<p><sup>6</sup> Por cuanto desechó este pueblo las aguas de Siloé, que corren mansamente, y se regocijó con Rezín y con el hijo de Remalías;</p> <p><sup>7</sup> he aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas y abundantes: al rey de Asiria con todo su poder. Él rebotará todos sus ríos y desbordará sobre todas sus riberas;</p> <p><sup>8</sup> y, pasando por Judá, inundará y seguirá creciendo, hasta llegar a la garganta. Luego, extendiendo sus alas, llenará la anchura de tu tierra,</p> <p><sup>9</sup> Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados. Oíd, todos los que sois de lejanas tierras; ceñíos, y seréis quebrantados; preparaos y seréis quebrantados. <sup>10</sup> Haced planes, y serán anulados; proferid palabra.</p>

<i>Palabras de consuelo y esperanza (continúa)</i>	<i>Palabras de juicio sobre la incredulidad (continúa)</i>
<p>y [el plan de los enemigos] no será firme, porque Dios está con nosotros.</p> <p><sup>11</sup> Porque Jehová me habló de esta manera con mano fuerte y me advirtió que no caminara por el camino de este pueblo, diciendo:</p> <p><sup>12</sup> “No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo.</p> <p><sup>13</sup> A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo.</p> <p><sup>14</sup> Entonces él será por santuario;</p> <p><sup>16</sup> Ata el testimonio, sella la instrucción entre mis discípulos.</p> <p><sup>17</sup> Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob. En él confiaré</p> <p><sup>18</sup> He aquí que yo y los hijos que me dio Jehová somos por señales y presagios en Israel, de parte de Jehová de los ejércitos, que mora en el monte Sión.</p> <p><sup>20</sup> ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.</p> <p><b>9</b> Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez la tierra de Zabulón y la tierra de Nefalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles.</p>	<p>pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén.</p> <p><sup>15</sup> Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.</p> <p><sup>19</sup> Si os dicen: “Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando”, responded: “¿No consultará el pueblo a su Dios ¿Consultará a los muertos por los vivos?”</p> <p><sup>21</sup> Pasarán por la tierra fatigados y hambrientos, y acontecerá que a causa del hambre, se enojarán y maldecirán a su rey y a su Dios, levantando el rostro con altivez.</p> <p><sup>22</sup> Y mirarán la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, oscuridad y angustia; y quedarán sumidos en las tinieblas.</p>

### ***Jehová les da ánimo a sus fieles***

**<sup>11</sup> Porque Jehová me habló de esta manera con mano fuerte y me advirtió que no caminara por el camino de este pueblo, diciendo: <sup>12</sup> «No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración, ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. <sup>13</sup> A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo. <sup>14</sup> Entonces él será por santuario; pero a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, por tropezadero para caer y por lazo y red al morador de Jerusalén. <sup>15</sup> Muchos de entre ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados.**

Isaías introduce esta sección anunciando que las palabras que escribe son de Dios, las cuales son expresiones de aliento para el profeta que vivía en medio de una nación que se dirigía al juicio. La poderosa mano divina fortaleció y advirtió al profeta.

La exhortación tenía el propósito de que Isaías adoptara una actitud diferente a la del pueblo de Judá; la visión del profeta debía ser diferente. Si ellos sospechan una conspiración política, el profeta no debería preocuparse; si el pueblo temía la opresión y la destrucción, el profeta no debería secundarlo. Tengamos en cuenta lo que significaba para Jerusalén y para Judá, en este momento, la amenaza de los ejércitos de Peka y Rezín. La alianza de las fuerzas de estos reyes infundía temor en el corazón de todos los judíos que habían visto caer en un solo día a 120,000 de sus soldados. Con este peligro tocando a las puertas de la ciudad, Acáz y todo Judá temían el futuro. Ese temor fue el que llevó a Acáz a pactar una alianza con los asirios. El rey no se volvió a Jehová, que había cuidado de su pueblo durante siglos; en lugar de ello, se volvió hacia el poder militar de Tiglat-Pileser a fin de que éste lo salvara y lo librara.

El Señor anima al profeta para que no se preocupe por las cosas terrenales. ¿Cómo se podría librar del miedo que le atenazaba el corazón? Dios era más grande que los ejércitos del

norte. El Señor alienta a su vocero a que recuerde el cántico de los serafines en el Templo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (6:3), alabanza que hizo que las mismas puertas del Templo se estremecieran. Este Señor de los ejércitos le sería por santuario en medio de los momentos más: caóticos, desesperados y aterradores. Dios podía cuidar al profeta y a todos los creyentes que aún adoraban al Señor y apreciaban sus promesas.

Al oír estas palabras que le fueron dichas a Isaías, también nosotros podemos hallar consuelo en ellas porque fueron escritas para fortalecer a los creyentes de todas las épocas. Jesús le hace eco a estos versículos cuando dice: “No temáis a los que matan el cuerpo pero el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). No importa cuán difíciles sean las circunstancias que los creyentes tengan que enfrentar, deben dirigir su vista al Dios Todopoderoso; sólo de él viene la ayuda. Esto es muy distinto de los pensamientos y los temores de los incrédulos que en todas las épocas han rodeado a los elegidos de Dios.

Mientras que el Dios Todopoderoso siempre será un santuario para sus fieles y creyentes, no les da consuelo a quienes lo rechazan; al contrario, se convierte para ellos en motivo de tropiezo. En estos versículos Isaías se refiere a Cristo; tanto Pedro como Pablo (1 Pedro 2:8 y Romanos 9:33) citan este pasaje indicando que se refiere al Salvador. Dios juzgará la incredulidad, de ello no deja duda alguna ya que los apóstatas “tropezarán, caerán y serán quebrantados; se enredarán y serán apresados”; el uso de cinco verbos destaca este punto. Resulta claro que las dos clases de oyentes tendrán reacciones decididamente diferentes hacia Dios. Los creyentes lo verán como su santuario; los rebeldes como trampa y lazo. La resurrección de Lázaro ilustra este principio; para los fieles, ver resucitar maravillosamente a este amigo de Jesús fue causa de consuelo y después del milagro muchos pusieron su fe en él. Por otra parte, ese mismo hecho llevó a los profanos líderes judíos a planear la muerte de Jesús (Juan 11:45-53).

- <sup>16</sup>»Ata el testimonio,  
sella la instrucción entre mis discípulos.**
- <sup>17</sup>»Esperaré, pues, a Jehová,  
el cual escondió su rostro de la casa de Jacob.  
En él confiaré.**
- <sup>18</sup>He aquí que yo y los hijos  
que me dio Jehová  
somos por señales y presagios en Israel,  
de parte de Jehová de los ejércitos,  
que mora en el monte Sión.**

La diferencia entre quienes tropezarán y los que encontrarán refugio queda clara con el empleo de la palabra “discípulos”. Incluso en medio de la apostasía generalizada de Judá, Dios había preservado a su iglesia y seguirá guardando a la comunidad de creyentes a través de los juicios venideros. Siempre han existido personas que creen, muchas veces en épocas de extrema impiedad e incredulidad. Jehová le dijo a Elías que aunque la mayoría de los israelitas habían rechazado el pacto, siete mil habían permanecido fieles (1 Reyes 19:9-18). Isaías se refiere aquí a esos pocos fieles.

El Dios del pacto guardó a esos creyentes por medio de la Palabra. Mientras los judíos incrédulos rechazaron al profeta y su mensaje, los fieles se habían vuelto a la revelación que Dios les había dado en la ley y el testimonio. Esta Palabra les era vida, fortaleza y consuelo; pero para los apóstatas, las Escrituras eran un libro cerrado; sus corazones endurecidos estaban más interesados en los asuntos del mundo que en Dios y la vida eterna. Los discípulos, por otra parte, vivían para ese lejano día y encontraban consuelo y esperanza en las promesas de Dios; así que esperarían con paciencia a que Jehová cumpliera lo prometido. Mientras aguardaban esto, eran sostenidos por la ley y por el testimonio, es decir, por la palabra de Dios.

La propia existencia de los discípulos se debe a la palabra de Dios que produce la fe, reúne a los creyentes para escuchar el

mensaje y los consuela, los fortalece mientras viven en el mundo, enemigo de Dios y de ellos mismos.

Los comentaristas difieren en cuanto a quien es el que habla aquí. La Nueva Versión Internacional cierra la cita del Señor, que comenzó en el versículo 12 hasta el final del versículo 15. La pregunta es si las palabras de los versículos 16 a 18 son la respuesta del profeta o la continuación de la exhortación de Dios. El versículo 18, que se cita en Hebreos 2:13, lo identifica como palabras de Jesús, el Mesías. Eso le pone fin al debate para nosotros, pero crea algunas dificultades al principio. ¿Se nos aplican de alguna manera estas expresiones a nosotros?

Esta complicación desaparece si recordamos que Jesús es plenamente humano y que es el sustituto de toda la humanidad. Somos sus hermanos y hermanas, sus discípulos. Lo que aquí se dice lo puede decir cada creyente, porque Cristo vive en cada uno de ellos y es ejemplo para todos (1 Pedro 2:21). Isaías fue representante de Cristo y se encontró entre hermanos en la fe. El profeta aguardaba la llegada del Señor; y lo mismo hacía la asamblea de creyentes. Cada uno se convirtió en representante de Cristo y, como santos, siendo de carne y hueso como lo fue Jesús, también aguardaban el cumplimiento de las promesas de Dios. Los creyentes de hoy en día confían en Jehová, como confiaron todos los del Antiguo Testamento e incluso Cristo, quien fue plenamente humano. Cuando Jesús estuvo en el huerto de Getsemaní, acudió en oración a su Padre celestial, confió en él, y soportó con paciencia el dolor de su pasión. Nosotros somos hermanos y hermanas de Jesús y seguimos su ejemplo.

Los creyentes viven ahora en un ambiente de apostasía como el que vivieron los discípulos en los días de Judá. Isaías escribió que estos fieles son “por señales y presagios”, signos visibles de que Dios obra todavía en el mundo impío. Porque se aferran a las promesas del Salvador, y miran hacia el futuro, constituyen un recordatorio de que Dios tiene bendiciones y juicios que aguardan su cumplimiento venidero. Cual si fuesen pendones, los fieles anuncian la gracia de Dios. El mundo no le prestará atención al

testimonio de los discípulos de Dios, pero en todas las épocas ellos: se han vuelto hacia su Palabra, han resistido los abusos del mundo y dejan que brille la luz de Dios.

**<sup>19</sup> Si os dicen:**

**“Preguntad a los encantadores  
y a los adivinos,  
que susurran hablando”,  
responded:**

**“¿No consultará el pueblo a su Dios?**

**¿Consultará a los muertos por los vivos?”**

**<sup>20</sup> ¡A la ley y al testimonio!**

**Si no dicen conforme a esto,  
es porque no les ha amanecido.**

**<sup>21</sup> »Pasarán por la tierra fatigados y hambrientos,  
y acontecerá que, a causa del hambre,  
se enojarán y maldecirán a su rey y a su Dios,  
levantando el rostro con altivez.**

**<sup>22</sup> Y mirarán a la tierra,  
y he aquí tribulación y tinieblas,  
oscuridad y angustia;  
y quedarán sumidos en las tinieblas.»**

Aquí nos encontramos con otro contraste. Todo el mundo quiere conocer el futuro. Los creyentes buscan en Dios el cumplimiento de sus promesas en cuanto al porvenir; los impíos se esfuerzan por saber lo que pasará a través de otros medios. Por desgracia, éstos ni siquiera consultan a los creyentes que son las “señales y presagios” en el mundo. Abandonando la clara palabra de Dios y a quienes en ella creen, buscan a los que proclaman que hablan con los espíritus de los muertos. La pregunta resulta pertinente: “¿Consultará [el pueblo] a los muertos por los vivos?” ¡Qué insensatez! Los rebeldes ratifican su antagonismo contra Dios al asumir que él no sabe nada, y por tanto van en busca de respuestas a los que ellos creen que las tienen.

¡No! La respuesta no se encuentra consultando a un espíritu de entre los muertos, ni en una visión a través de una bola de cristal o cualquiera otra vía o médium. “¡A la ley y al testimonio!” dice Isaías. En otras palabras: “A la Biblia”. Para los creyentes está claro que Dios tiene la solución y solamente oyen la voz de su Palabra. Esta afirmación del profeta es un claro recordatorio de que la única fuente confiable para la luz y la verdad es la palabra de Dios, que está escrita en la Biblia; fuera de ella sólo reina la oscuridad.

El contraste entre creyentes e impenitentes continúa. Cuando los incrédulos abandonan a Dios, se quedan sin esperanza y no la pueden encontrar. Con esta gráfica descripción, Isaías incluye a todos los impíos y describe su condición como resultado del juicio de Dios. Tampoco les hace entrar en razón, y en lugar de ello los endurece y los afirma en su desesperanza. Han optado por buscar en todos los lugares equivocados y por lo mismo no encuentran la gracia divina. Han desestimado la Palabra y se niegan a escucharla, por eso Dios se las ha quitado. Todo lo que les queda es el juicio final de la oscuridad eterna.

**9 Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo en que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles.**

El Señor todavía tiene promesas por cumplir. El segundo hijo de Isaías no era Emmanuel, tampoco lo era Ezequías, quien tendría unos nueve años para cuando Isaías se presentó ante Acáz. El hijo de la virgen, Emmanuel, iba a venir en un futuro aún distante. En este pasaje, Dios dirige la mirada de los fieles a Galilea, el área identificada por el profeta y habitada por las tribus de Zabulón y Neftalí, que viene a ser la Galilea de los tiempos del Nuevo Testamento. Ese territorio fue la ruta que usaron los ejércitos



invasores a través de la historia; Israel y Siria combatieron entre sí para poseerlo; los ejércitos extranjeros venidos del norte, incluyendo los de Asiria y Babilonia, hollaron el lugar. A menudo Galilea fue humillada por la lucha entre naciones.

El contraste se vuelve a repetir. El mismo territorio donde los pies de los soldados invasores habían pisoteado toda esperanza y habían dejado únicamente tristeza y dolor, iba a ser escenario de un brillante futuro; Dios lo había escogido para un honor especial. Durante siglos, los creyentes habían albergado la esperanza de que Dios iba a distinguir en especial a las regiones del norte de Palestina. Es interesante que los rabíes enseñaran que la redención habría de aparecer en Galilea, y así fue. Los pies del Mesías caminaron por ella llevando: esperanza, alegría y paz. Cuando Jesús regresó de luchar contra las tentaciones en el desierto, comenzó su ministerio en Galilea. Después de que Mateo identificó el lugar como “la región de Zabulón y de Neftalí” (Mateo 4:13), citó este pasaje.

Isaías introdujo en el capítulo 7 de su libro a Emmanuel, y volvió a él para ser consolado en medio de los juicios sobre la incredulidad. Ahora nos hablará de él con más detalle.

### ***Jehová le enviará un niño a su pueblo***

- <sup>2</sup> El pueblo que andaba en tinieblas  
vio gran luz;  
a los que moraban en tierra de sombra de muerte,  
luz resplandeció sobre ellos.**
- <sup>3</sup> Multiplicaste la gente  
y aumentaste la alegría.  
Se alegrarán delante de ti  
como se alegran en la siega,  
como se gozan  
al repartirse un botín.**
- <sup>4</sup> Porque tú quebraste su pesado yugo,  
la vara de su hombro**

**y el cetro de su opresor,  
como en el día de Madián.  
5 Porque todo calzado que lleva el guerrero  
en el tumulto de la batalla  
y todo manto revolcado en sangre,  
serán quemados,  
serán pasto del fuego.**

El gozo acompaña a la luz del amanecer, pero la luz no iba a alumbrar sobre la generación de la época de Isaías sino en el futuro. Antes de que la luz brillase, tanto Israel como Judá habrían de experimentar el juicio de Dios por causa de su apostasía y su rebelión. Asiria iba a devorar y asimilar a Israel; Babilonia iba a llevar cautiva a Judá como trofeo de guerra.

El pueblo de Dios iba a ser devastado, pero un remanente sobrevivirá y regresará. En comparación con la nación de la época de Isaías, este remanente iba a ser pequeño; pero el plan de Dios lo agrandará. Cuando amanezca la luz, los escogidos serán no sólo los de ascendencia y cultura judía, sino creyentes de todas las naciones. Por ejemplo, la obra de Pablo entre los gentiles engrandeció a la nación; eso fue sólo el comienzo. Cuando él y Bernabé reportaron la conversión de los gentiles, el escritor de los Hechos anota que esas noticias “causaban gran gozo a todos los hermanos” (15:3). La expansión del pueblo de Dios ha continuado a través de los siglos e incluye razas que Isaías nunca pudo haber concebido excepto por el milagro de la inspiración.

El profeta usó dos comparaciones para ilustrar el regocijo del pueblo de Dios por el crecimiento del número de conversos: La primera fue el gozo de la cosecha; la segunda, la alegría al final de la batalla cuando el enemigo ha sido totalmente derrotado. En ambos casos, un prolongado y difícil esfuerzo ha llegado a su culminación. La cosecha ha concluido y los frutos se han recolectado, la batalla terminó, el enemigo está derrotado, y ha llegado el momento de repartir el botín y de celebrar. Ambas imágenes resultan pertinentes para una nación agrícola que ha

soportado su cuota de invasiones.

Las dos comparaciones también hacen énfasis en la gracia de Dios. Aunque los obreros pasan por arduos trabajos para recoger la cosecha, no han hecho nada para que los frutos crezcan y maduren. Eso lo puede hacer únicamente Dios, que envía la lluvia y el sol. En la otra comparación, Isaías cita el día de la derrota de Madián, en el que con trescientos hombres Gedeón derrotó el ejército de los madianitas y sus aliados, de los cuales el escritor del libro de Jueces dice que eran como “una plaga de langostas , y sus camellos eran innumerables como la arena que se acumula a la orilla del mar” (7:12). Dios había reducido selectivamente la fuerza armada israelita, disminuyéndola de 32,000 hombres a 300, de modo que fuera evidente que fue Dios quien le dio la victoria a su pueblo. Era un don de su gracia y no el resultado del propio poder o de la estrategia de la nación.

La victoria resultaría total y el júbilo que produciría sería extraordinario. Dios haría añicos el poder del opresor. Sin embargo, aquí no se refiere a una victoria militar alcanzada con ejércitos y armas de guerra. La paz resultante no es el fin de la actividad bélica sobre la faz de la tierra. Aún si llegáramos a destruir todo el armamento de guerra, no cambiaríamos el corazón humano que es la causa de las contiendas y de la discordia entre la humanidad. Esta gráfica descripción de la victoria constituye una imagen simbólica del triunfo espiritual que Dios le iba a dar a su pueblo por medio del Mesías, a través del niño que Isaías nos va a describir un poco más adelante. El pecado, la muerte y Satanás oprimen a toda la humanidad, pero en su misericordia Dios destrozará su poderío y los derrotará por completo. La raíz del mal será eliminada. Esa victoria es imposible para cualquier esfuerzo humano y sólo puede ser alcanzada como regalo del Dios de gracia. En los siguientes versículos el Señor nos describe cómo sucederá esto.

**<sup>6</sup> Porque un niño nos ha nacido,  
hijo nos ha sido dado,**

**y el principado sobre su hombro.  
Se llamará su nombre  
«Admirable consejero», «Dios fuerte»,  
«Padre eterno», «Príncipe de paz».  
7 Lo dilatado de su imperio  
y la paz no tendrán límite  
sobre el trono de David  
y sobre su reino,  
disponiéndolo y confirmándolo  
en juicio y en justicia  
desde ahora y para siempre.**

**El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.**

Aquí tenemos la razón para todo este gozo, el nuevo y grandioso Rey. Mediante el milagro de la profecía, Isaías describe a Emmanuel con más detalles. Es un niño que hace eco al anuncio anterior que hizo Isaías sobre el hijo de la virgen. Dios le da a su pueblo (“nos ha nacido”) un niño, que es la razón fundamental del regocijo. Pero, ¿cómo puede un niño traer tan grande gozo? Este no es simplemente un niño cualquiera que nació en la tierra, sino alguien especial y fuera de lo común. Su llegada está vinculada a todas las profecías de su obra. La profecía de Isaías nos proporciona un cuadro claro y completo del Salvador y de su obra, acompañado de vívidos detalles que siguen siendo atesorados por el pueblo de Dios. Isaías escribió 700 años antes de Cristo, y 2000 años después, al celebrar su nacimiento en Belén, aún seguimos leyendo las palabras que Dios le comunicó al profeta.

Muchos comentaristas han evadido el significado de este pasaje; no pueden creer que Isaías haya podido dar pormenores tan claros de la encarnación de Cristo. Sin embargo, aunque intenten despojarlo de su valor, no pueden cambiar las palabras de este pasaje; si permitimos que las palabras de este pasaje hablen por ellas mismas, los creyentes encontrarán consuelo en la misericordia del Dios que nos envió a su Hijo para que creamos en él y tengamos vida eterna.



*Porque un niño nos ha nacido*

Primero, el niño tendrá el principado sobre su hombro. Tendrá todo el poder en el cielo y en la tierra con el fin de: gobernar, proteger, sostener y controlar todas las cosas. Jesús afirma que toda esta autoridad y todo este poder le han sido conferidos (Mateo 28:18), y el Nuevo Testamento lo asevera una y otra vez. Pero, ¿será todopoderoso el hijo de un carpintero? Aquí no se está haciendo referencia a un poderío terrenal como el que podríamos encontrar en el Imperio Romano durante la época de Cristo. Jesús mismo lo dijo ante Pilato: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36). Sin embargo, la descripción que hace aquí Isaías establece la deidad del niño, como lo ratifican los nombres que se le dan. Recordemos la visión del profeta en el capítulo 6 donde vio al Dios Todopoderoso en el trono del Templo. Estas palabras amplían un poco más esa visión.

El niño será también: admirable, extraordinario, una maravilla, un milagro que sobrepasa todo lo que un ser humano pueda pensar o imaginar. Él excederá lo que es posible para cualquier ser humano. Este infante es Dios y hombre en una persona especial y extraordinaria, ¡una maravilla y un milagro a la vez! No podemos comprender el misterio de este niño que es Dios Todopoderoso y al mismo tiempo un bebé nacido de una virgen. Lo único que podemos hacer es contemplar con reverencia y asombro el milagro de Dios encarnado con nosotros y entre nosotros.

Algunos unen las palabras *admirable* y *consejero* haciendo de ellas un solo concepto “Admirable consejero”; otros las separan con una coma, de modo que vienen así a tener dos significados independientes: Consejero y Admirable. La primera alternativa es la que se usa en la versión de la Reina Valera 1995, pero la última es la que usa la versión Reina Valera 1960 y aparece como nota al pie de la página en la Nueva Versión Internacional en inglés. La variación no altera el consuelo que encontramos en este pasaje. En ambos casos, el niño es un consejero que no necesita rodearse de asesores, como hacen todos los gobernantes humanos, pues él conoce todas las cosas. Su consejo es la gracia de Dios, el plan mediante el cual nuestro Padre celestial rescatará a la humanidad

caída en: el pecado, la muerte y el mal. Su inspiración, bien lo dijo Lutero, es su Palabra. Mediante ella, el Mesías ha guiado a los creyentes a través de los siglos.

Si existiera alguna duda acerca de si este niño es Dios o no, el siguiente de sus títulos: “Dios fuerte”, se encarga de eliminarla por completo. Otros comentaristas ponen en tela de juicio la deidad del Mesías, pero las palabras que Isaías escogió nos dicen claramente que se trata del verdadero Dios. Los vocablos que se traducen como “Dios fuerte” son los mismos que se emplean en el siguiente capítulo cuando el profeta nos dice que: “Un resto ... volverá al Dios fuerte” (10:21). Este último pasaje se refiere obviamente al supremo Dios de Israel, al Santo de Israel, cuyo título se atribuye solamente a Jehová, al verdadero Dios, el cual afirma con toda certeza que el Mesías habría de ser no sólo hombre, un niño, sino también Dios fuerte.

Pero el hijo que nos es dado también es “Padre eterno”, lo cual significa su obra y oficio de Rey, y no su persona. Cristo continúa engendrando hijos al guiar cada vez a más personas a la fe en él. Como Pablo les escribió a los cristianos de Roma, tanto judíos como gentiles, la fe convierte a los seres humanos en hijos de Dios (Romanos 4:16). Y lo que es más, este niño tuvo siempre el corazón de un padre hacia su propio pueblo al cuidarlo con: ternura, fidelidad y sabiduría.

Y por último, el niño es el “Príncipe de paz”. ¡Cuánto ha anhelado la paz la humanidad de todas las épocas! En términos humanos, la paz siempre será inalcanzable. Mientras el mundo exista, siempre habrá: guerras, rumores de guerras, discordia y contiendas (Mateo 24:4-7). El Mesías vino a dar un sosiego distinto; Jesús dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). Su paz está vinculada a su obra redentora, la obra satisfizo la justicia divina que demandaba el pago por el pecado. Él se ofreció a él mismo en sacrificio expiatorio por el pecado.

Mediante Cristo estamos reconciliados con Dios, lo cual “sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7). Nos equivocamos si la paz que buscamos es sólo el deseo de que cesen las guerras con su destrucción y muerte. Jesús, el Príncipe de paz, ha restaurado el pacto con Dios quitando el pecado que es la raíz: de toda discordia, de toda contienda y de toda guerra. Su paz sobrepasa lo que cualquiera pudiese imaginar y va más allá de lo que cualquier persona pudiese alcanzar. Esa paz se hizo realidad cuando él apareció, pero no es perfecta donde el pecado está aún presente. Para disfrutar la perfecta armonía tendremos que esperar hasta que él regrese y limpie nuestra naturaleza pecaminosa. Sin embargo, eso no disminuye el hecho de que él es ahora el Príncipe de paz.

El Rey que Isaías nos describió aquí es un rey cuyo reinado no tendrá fin. La llegada de este niño cumple la promesa que le fue dada a David, de que el Mesías habría de venir y reinar por siempre (1 Crónicas 17:11-14). Jesús ha venido, y mediante su sufrimiento, muerte y resurrección, ha declarado a todo el mundo justo y reconciliado con Dios. Ha justificado al mundo porque su sangre nos limpia de todo pecado y para los que vivimos en la era del Nuevo Testamento esto ya ha ocurrido, no esperamos que se haga realidad en el futuro. Se distorsiona el pasaje si hacemos de este reino un reino terrenal de justicia que está todavía por venir. La esperanza de un milenio es infundada, pues no se apoya ni en las palabras de Isaías ni en ninguna parte de las Escrituras. Al contrario, el Mesías dio su vida para establecer su reino, y en él regirá como Rey en el trono de David “desde ahora y para siempre”.

Este profeta les asegura a sus contemporáneos que todo lo que ha descrito se hará realidad. Jehová de los ejércitos respalda estas profecías y su celo no fluctuará. Antes de que lo anunciado ocurriera, los lectores de Isaías debieron haberse preguntado: ¿si esto alguna vez llegaría a suceder?, ¿si sus hogares iban a ser destruidos?, ¿si sus hombres, mujeres y niños iban a morir a manos



de los ejércitos invasores?, y ¿si los sobrevivientes iban a ser llevados cautivos a Babilonia? Sin embargo, lo predicho iba a ocurrir. Dios lo dijo y él respaldó sus palabras.

***La ira de Jehová no se aparta***

**<sup>8</sup> El Señor lanzó una palabra contra Jacob,  
y ella ha caído en Israel.**

**<sup>9</sup> La conocerá todo el pueblo,  
Efraín y los moradores de Samaria,  
que dicen con soberbia y con altivez de corazón:**

**<sup>10</sup> «Los ladrillos cayeron,  
pero edificaremos de cantería;  
cortaron los sicómoros,  
pero en su lugar pondremos cedros.»**

**<sup>11</sup> Pero Jehová levantará a los enemigos  
de Rezín contra él.**

**Juntará a sus enemigos:**

**<sup>12</sup> del oriente, a los sirios, y del poniente a los filisteos,  
y a boca llena devorarán a Israel.**

**Ni con todo eso ha cesado su furor,  
sino que todavía su mano está extendida.**

La hermosa promesa de Isaías cayó en oídos rebeldes y sordos. El profeta tenía la difícil tarea de anunciar la gracia de Dios con toda claridad, y luego observar que la mayoría de sus contemporáneos se resistía al evangelio y tampoco comprendía lo que él escribía y decía. En respuesta a ese rechazo a volverse al Señor y aceptar su gracia prometida, Dios envió a Isaías para que les hiciera llegar su mensaje de juicio, que era tan aterrador como había sido consoladora la profecía acerca del niño. Cuando alguien desprecia el evangelio y sus misericordiosas bendiciones, le quedan únicamente la ley y sus terribles castigos. Así ocurrió para la generación de Isaías y así es para cada generación. Quienes rechazan el mensaje del amor de Dios acarrearán sobre ellos su justa ira.

Este mensaje no era el frustrado clamor de un profeta menospreciado; fue Dios quien lo envió y lo iba a hacer realidad tan ciertamente como la promesa del Mesías. Esta sección, dividida en cuatro secciones menores, se extiende hasta el capítulo 10 versículo 4, y todas concluyen con las palabras: “Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida”. Ese refrán es casi una respuesta litúrgica en una letanía de juicio que no sólo sirve como división entre las partes de la profecía, sino para hacer énfasis en la certeza del venidero veredicto de Dios.

Dentro de pocos y cortos años, el reino del Norte y el reino del Sur, o sea la nación israelita, iba a ser invadida y asolada. Los enemigos van a derribar edificaciones y a talar árboles, una costumbre común de las fuerzas invasoras. Aunque Dios les iba a enviar el juicio para llamarlos al arrepentimiento, el pueblo lo iba a rechazar; no iban a reconocer que él les había enviado las dificultades, y seguirían siendo arrogantes y autosuficientes. Sus palabras evidencian el rechazo a volverse humildemente al Señor. Lo que decían se puede parafrasear de la siguiente manera: “Bien, si lo de ladrillos se derrumbaron, no importa; simplemente lo construiremos mejor con piedra. Si ya no tenemos sicómoros, ¡olvidémoslo!, sigamos adelante, que al fin y al cabo que eran sólo higueras y no valían gran cosa. Se verá todo mejor si plantamos hermosos cedros; eso no es un problema para nosotros, lo podemos hacer.” En cuanto al Señor, ni siquiera dijeron una palabra y menos elevaron una pequeña oración pidiendo su ayuda.

No es de asombrar que Dios tenga aún extendida su mano en juicio y que su ira no se haya aplacado.

**<sup>13</sup> Pero el pueblo no se convirtió al que lo castigaba  
ni buscó a Jehová de los ejércitos.**

**<sup>14</sup> Y Jehová, en un mismo día, cortará de Israel  
cabeza y cola, rama y caña.**

**<sup>15</sup> El anciano y venerable de rostro es la cabeza;  
el profeta que enseña mentira es la cola.**

**<sup>16</sup> Porque los gobernadores de este pueblo son**

**engañadores  
y sus gobernados se pierden.**  
**17 Por tanto, el Señor no tomará contentamiento en sus  
jóvenes,  
ni de sus huérfanos y viudas tendrá misericordia;  
porque todos son falsos y malignos,  
y toda boca habla despropósitos.**  
**Ni con todo esto ha cesado su furor,  
sino que todavía su mano está extendida.**

Pese al castigo que Dios les infligió, la rebelión y el pecado persistieron obstinadamente. Cuando el Señor manda aflicción, siempre lo hace con el propósito de sanar; pero este pueblo no se iba a arrepentir ni lo iba a buscar. El juicio tendría que venir, e Isaías menciona aquí cuán minucioso iba a ser: cabeza y cola, rama y caña, todo habrá de ser cortado en un mismo día. Las palmeras se refieren a los líderes y gobernantes, los juncos representan al común de la población. Pero Isaías revela claramente la identidad de la cabeza y de la cola. Los ancianos y los hombres prominentes son la cabeza, y los profetas son la cola.

La identificación de los profetas de Israel como la cola constituye una grave acusación del fracaso de esos profetas que no guiaron al pueblo de Dios. Se esperaría que los líderes religiosos aconsejen y que estén al frente dirigiendo a los ancianos y a los hombres prominentes a que actúen de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero en lugar de eso, los profetas no son más que la cola que sigue a los demás; no guían, sólo se agitan como una cola afirmando y aprobando el liderazgo de los otros. Han dejado de escuchar la voluntad de Dios para responder a las opiniones de los hombres. En vez de ser voceros de la verdad, se han convertido en heraldos de la opinión popular. Como consecuencia, el pueblo de Dios, carente de un líder espiritual, es conducido al error por aquellos de quienes depende para orientarse. Cuando la luz de la Palabra de Dios es quitada, tristemente la gente se ciega y se pervierte.

Al mirar detenidamente a este pueblo rebelde, el Señor no encontró fe y no se complació en ellos. Todos eran impíos, lo mejor de ellos estaba podrido; Dios no se agradó en los jóvenes, que en lugar de estar rebosantes de vitalidad y de fortaleza destilaban perversión e incredulidad. Por tradición, Dios habría tenido piedad de las viudas y de los huérfanos, es decir, de los desvalidos, pero la incredulidad había llegado a un estado en el que tampoco de ellos se compadeció.

Así sucede con el juicio de Dios. Cuando los hombres y las mujeres siguen contumaces y no se arrepienten, entonces Dios tampoco tiene compasión de ellos. La severidad del juicio final no será mitigada por súplicas de misericordia ni por patéticas historias de desvalimiento: “Ni con todo esto ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.”

**18 Porque la maldad, encendida como un fuego,  
cardos y espinos devorará.**

**Se encenderá en lo espeso del bosque,  
y serán alzados como remolinos de humo.**

**19 Por la ira de Jehová de los ejércitos  
se oscurece la tierra,  
y el pueblo es como pasto del fuego.**

**El hombre no tiene piedad de su hermano.**

**20 Cada uno devora a la derecha  
y tiene hambre;  
come a la izquierda  
y no se sacia.**

**Cada cual come la carne de su prójimo:**

**21 Manasés devora a Efraín y Efraín a Manasés,  
y ambos se levantan contra Judá.**

**Pero ni con todo esto ha cesado su furor,  
sino que todavía su mano está extendida.**

En primer lugar la arrogancia, y después la falta de dirección espiritual daban evidencia de la profunda maldad del pueblo de

Dios. Se habían negado a escuchar la palabra del Señor y habían aceptado en su lugar las mentiras que enseñaban los falsos profetas; no se habían corregido ni con las aflicciones que Dios les envió. Sin enmendarse, siguieron desobedientes y desafiantes. En el capítulo inicial de Isaías, el Señor pregunta: “¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis?” (1:5). La impenitencia no responde, más bien ignora las preguntas y consume a los que persisten en ella.

El cuadro es muy descriptivo. Como un incendio, la maldad consume los cardos, los espinos y hasta bosques enteros que levantan una cortina de humo. Cuando Dios permite que el mal se apodere de algún pueblo, éste acaba primero con los individuos y finalmente con la población entera. No pasa mucho tiempo sin que sean vencidos por la perversión, y la sentencia tiene que venir. Ni siquiera los lazos familiares limitan al mal; el amor se ha enfriado y los sentimientos hacia los demás desaparecen, incluyendo el amor entre parientes, pues se traicionarán unos a otros y se odiarán entre sí. El ejemplo está en la guerra siro-efratea. Israel se había rebajado hasta el grado de procurar la destrucción de su nación hermana, la destrucción de Judá.

¿Cómo iba a responder el Señor ante esa impenitencia? La respuesta está en el refrán.

**10** ¡Ay de los que dictan leyes injustas  
y prescriben tiranía,  
<sup>2</sup> para apartar del juicio a los pobres  
y para privar de su derecho a los afligidos de mi pueblo;  
para despojar a las viudas  
y robar a los huérfanos!  
<sup>3</sup> ¿Y qué haréis en el día del castigo?  
¿A quién os acogeréis para que os ayude  
cuando llegue de lejos el desastre?  
¿En dónde dejaréis vuestras riquezas?  
<sup>4</sup> Sin mí se inclinarán entre los presos  
y caerán entre los muertos.

**Pero ni con todo esto ha cesado su furor,  
sino que todavía su mano está extendida.**

Estamos ahora en la cuarta sección de esta oda (composición poética en tono de lamento fúnebre) de juicio. La primera sección señaló el orgullo y la arrogancia del pueblo al confiar en su propia capacidad para reconstruir o volver a plantar después del juicio de Dios (9:8-12). En sus dificultades fallaron al no reconocer “al que [los] castigaba” (9:13), y no se volvieron al Señor. La segunda sección (9:13-17) anunció el siguiente juicio de Dios que consiste en enviarle al pueblo líderes que lo iban a desviar; por haber rechazado la verdad divina ahora iban a aceptar la mentira. En la tercera parte de este lamento (9:18-21), el progreso del juicio continúa a medida que la maldad misma se convierte en un fuego consumidor. Como un veredicto sobre su pueblo rebelde, el Señor permite que el mal persista. Abandonados a su propia iniquidad no encuentran nada que satisfaga sus deseos y se aniquilan entre ellos mismos.

Finalmente, con esta sección (10:1-4) concluye esta oda del juicio. El contumaz pueblo de Dios había caído al nivel de depredadores codiciosos. La palabra de Dios no significaba nada para ellos; la habían rechazado desde hacía tiempo y habían hecho caso omiso a sus esfuerzos por llamarlos al arrepentimiento. En su estado de rebeldía, se habían degradado al nivel de fieras al asecho de sus presas débiles e indefensas. Los poderosos estaban victimizando a las viudas y los huérfanos.

Cuesta trabajo imaginar una condición espiritual más vil que ésta. El amor no sólo se había enfriado sino que había muerto. Sin ningún remordimiento de conciencia, los poderosos encubrían el robo con el manto de la legalidad y los tribunales se convirtieron en salas de saqueo. Por la codicia, la compasión por los desafortunados e indefensos había sido echada a un lado. La ley natural de Dios, que está inscrita en el corazón de cada ser humano, era impotente para poner fin a su depravación espiritual. En realidad, la Ley escrita de Dios revelada en los Diez

Mandamientos también había sido desechada. Donde Dios había ordenado el amor y la compasión, su pueblo rebelde los había sustituido por un insaciable apetito de riquezas.

¿Había una opción diferente al castigo? Tres preguntas preceden al anuncio del juicio. La primera se refiere a la amenaza de que vendrá un día de ajuste de cuentas. La segunda sugiere que los codiciosos de entre el pueblo de Dios iban a ser a su vez víctimas a manos de otros depredadores todavía peores que ellos. Como no han querido ayudar a los débiles e indefensos, tampoco ellos encontrarán socorro en el día del juicio. La tercera pregunta es un reto al valor de las riquezas que esta gente impía había procurado adquirir con tanto ahínco. Ni siquiera pueden darle a alguien sus tesoros para que se los cuiden. El juicio de Dios en sí es terrible. Los ladrones de las viudas y los huérfanos se arrastran entre los cadáveres, víctimas de depredadores más rapaces y más fuertes que ellos. Es una sentencia que se repite sobre los arrogantes que no prestarán atención ni se arrepentirán.

¿Es este juicio demasiado: severo, terrible e inmisericorde para los lectores modernos? La violencia y el derramamiento de sangre que se describen nos sobrecogen. Sin embargo aquí la palabra de Dios es clara, pues no es más que la severa proclamación de la ley de Dios. Su voluntad castiga el pecado; él no lo excusará. Hombres y mujeres tienden a minimizar la falta y excusar al pecador. Si somos culpables de alguna falta, nuestra primera reacción es negarla, y casi simultáneamente buscamos a otra persona a quien culpar; recordemos el caso de Adán y Eva en el paraíso. El corazón impío del ser humano no quiere oír que la ley de Dios lo condena y lo castiga por sus pecados. Los lectores de hoy, tan ciertamente como hicieron los de antaño, pensarán que el castigo es demasiado severo.

Pero no olvidemos quien es el autor de estos juicios y contra quienes van dirigidos. El autor es Jehová, el Señor, el Dios de la gracia y la misericordia, y por eso dispuso el sacrificio: perfecto, único y suficiente por los pecados del pueblo. Como tan elocuentemente escribe Isaías, Dios prometió enviar al hijo de la

virgen para cargar sobre él “el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). En efecto, Dios castigó a su propio Hijo en lugar de castigarnos a nosotros, lo que no era un secreto para los lectores de Isaías. Todos los sacrificios de la ley ceremonial señalaban hacia ese gran sacrificio. Comenzando con Moisés, el primer escritor de las Escrituras, Dios le reiteró la promesa a su pueblo, pero rechazaron su misericordia y el sacrificio por el pecado, que él proveyó para ellos.

Si Dios, de su libre y propia voluntad, castigó a su propio Hijo por los pecados del mundo, ¿qué hará con aquellos que rechazan su gratuita oferta de misericordia? Rechazar al Hijo ofende al Padre, quien con tanto amor nos dio el perdón y la vida eterna por medio de este Hijo. No aceptar este regalo de Dios es mostrar una actitud arrogante e ingrata. El castigo no es muy severo, es el preludio del juicio final, cuando todos los que han despreciado la muerte del Hijo de Dios como si fuera algo sin importancia e irrelevante se llevarán de pavor entre los condenados. Esta letanía del juicio anticipa el juicio final. La mano del Señor aún está extendida.

### *El juicio contra la arrogante Asiria*

**<sup>5</sup> ¡Ay de Asiria! Vara y bastón de mi furor,  
en su mano he puesto mi ira.**

**<sup>6</sup> La mandaré contra una nación pérfida;  
contra el pueblo de mi ira la enviaré,  
para que quite los despojos y arrebathe la presa,  
y lo ponga para ser pisoteado como lodo de las calles;**

**<sup>7</sup> pero él no lo pensará así,  
ni su corazón lo imaginará de esta manera,  
sino que su pensamiento será desarraigar  
y arrasar una nación tras otra.**

**<sup>8</sup> Porque él dice: «Mis príncipes, ¿no son todos reyes?**

**<sup>9</sup> ¿No es Calno como Carquemis,  
Hamat como Arfad,**



**y Samaria como Damasco?**

**<sup>10</sup> Como mi mano alcanzó los reinos de los ídolos,  
cuyas imágenes eran más que las de Jerusalén y de  
Samaria;**

**<sup>11</sup> como hice a Samaria y a sus ídolos,  
¿no haré también así a Jerusalén y a sus ídolos?»**

**<sup>12</sup> Pero acontecerá que después que el Señor haya  
acabado toda su obra en el  
monte Sión y en Jerusalén, castigará el fruto de la  
soberbia del corazón del rey  
de Asiria y la arrogante altivez de sus ojos.**

**<sup>13</sup> Porque dijo:**

**«Lo he hecho con el poder de mi mano  
y con mi sabiduría, porque he sido inteligente.  
Quitó los territorios de los pueblos,  
saqué sus tesoros  
y derribé como un valiente  
a los que estaban sentados.**

**<sup>14</sup> Mi mano halló, como si fueran un nido,  
las riquezas de los pueblos.  
Como se recogen los huevos abandonados,  
así me apoderé yo de toda la tierra,  
y no hubo quien moviera un ala  
ni abriera el pico para graznar.»**

El oráculo divino que anuncia el juicio prosigue, excepto que ahora lo hace sobre Asiria, el poderoso enemigo que traerá el juicio de Dios sobre su pueblo. Pese a que el Todopoderoso usó a esta nación como báculo de su furor y como vara de su ira contra Israel y Judá, ahora castigará también a los asirios por su arrogancia. El “Ay” con que se inició el versículo 5 anunció la ira divina sobre este país.

Antes de describir el castigo, Dios da las razones para hacerlo. En su sabiduría, él decidió que era el momento: de disciplinar a

su pueblo, de probarlo y de purificarlo. Asiria iba a ser su instrumento; Dios es claramente quien controla la historia, incluyendo la subida y caída de los poderes mundiales. Esa nación, al igual que cualquier otra, iba a servir para los propósitos de Dios. Es claro que, por naturaleza, Asiria no pensaba lo mismo que Dios; a medida que sus triunfos aumentaban, que su influencia crecía y también su territorio, todo esto sólo servía para hacerla más arrogante y más orgullosa. Y por eso esta nación desafiante y poderosa también debía ser disciplinada.

A través de Isaías podemos oír al rey asirio que desafía a sus enemigos e incluso a Dios. El arrogante rey recita la retahíla de sus victorias, obtenidas en sitios cada vez más cercanos a Jerusalén. El desafío alcanzó un tono casi febril cuando igualó sus victorias con la superioridad de sus dioses. Él creía que incluso las deidades de las naciones conquistadas eran impotentes para oponerse a sus ejércitos. En la mente pagana del rey no había diferencia entre el Dios de Jerusalén y los ídolos de las naciones que había derrotado, y se vanagloriaba de que por su propia mano se había apoderado de reinos cuyos ídolos eran aparentemente mejores que el Dios de los judíos. Para el asirio, el mundo era para hacer con él lo que le diera la gana. Pero había ido demasiado lejos; su orgullo se había convertido en una blasfemia y una ofensa contra Dios (véanse en los capítulos 36 y 37 las insultantes palabras que el comandante de las tropas asirias pronunció ante Jerusalén).

**<sup>15</sup> ¿Se gloriará el hacha contra el que con ella corta?  
¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?  
¿Como si el bastón levantara al que lo levanta!  
¿Como si levantara la vara al que no es un leño!**

**<sup>16</sup> Por esto el Señor, Jehová de los ejércitos,  
enviará debilidad sobre sus robustos,  
y debajo de su gloria encenderá una hoguera  
como ardor de fuego.**

**17 Y la luz de Israel será por fuego,  
y su Santo por llama  
que abrase y consuma en un día  
sus cardos y sus espinos.**

**18 La gloria de su bosque y de su campo fértil  
consumirá por completo, en cuerpo y alma,  
y vendrá a ser como abanderado en derrota.**

**19 Y los árboles que queden en su bosque  
serán en número tan escaso  
que hasta un niño los pueda contar.**

Las cuestiones que se exponen aquí revelan las limitaciones de la capacidad y del poder del ser humano. Un hacha no puede actuar por ella misma; sabemos que no se mueve sola ni se puede hacer mayor que quien la usa; por el contrario, permanece inmóvil e inútil hasta que alguien la tome y le dé movimiento, su poder viene de otro. Y así como ocurre: con un bastón, con una sierra o con una vara, también pasará con Asiria, que es instrumento en la mano de Dios. Sin el poder divino, esa nación: no tendría ejército ni conquistaría a sus enemigos, como tampoco tendría botín para llevarse. De la misma manera que el hacha, la poderosa Asiria no podía actuar en interés propio a menos que Dios se lo permitiese.

La ilustración enseña la proverbial verdad de los límites humanos. Cuando las cosas salen bien, a las personas les encanta atribuirse el crédito por lo que les parece que son recompensas muy merecidas. La prosperidad y el éxito conducen más a menudo a la vanagloria que a reconocer humildemente la bendición de Dios. En materia espiritual, el orgullo humano con frecuencia deja de reconocer la verdad que nos brinda Isaías en este pasaje bíblico. Pablo nos dice que estamos muertos en nuestros pecados; mediante el poder de su evangelio, Dios nos despierta y nos convierte en sus instrumentos. A medida que los creyentes hacen la voluntad de Dios y experimentan las bendiciones del Señor en sus esfuerzos, se pueden sentir fácilmente tentados a engrandecerse por sus: logros, sufrimientos y perseverancia. Pero Dios es el quien obra

en nosotros no sólo el querer hacer su voluntad sino también la capacidad para llevarla a cabo (Filipenses 2:13).

Si hasta los creyentes están tentados a atribuirse el crédito que le corresponde a Dios, quizás no deba sorprendernos la actitud de Asiria. El rey de Asiria alardeaba de su poder. Un corazón arrogante no puede ser corregido excepto mediante una dosis de infortunio o desastre. Por causa de su jactancia, “el Señor, Jehová de los ejércitos”, despojará a Asiria de ese poder del que se siente tan confiado. Al emplear estos nombres para Dios, Isaías no deja duda alguna acerca del origen de ese desastre. Dios es el Gobernante supremo, el Todopoderoso, que tiene bajo sus órdenes a las huestes celestiales. Es también Jehová, el Dios del pacto, que sacó a la nación israelita de Egipto y la sustentó a través de toda su larga historia. Dios, a quien los asirios habían desafiado, les iba a enviar el desastre.

Isaías se valió de dos imágenes para describir la calamidad. La primera es una enfermedad que mina la vitalidad y que afectará a los guerreros asirios. El ejército de Asiria era una fuerza bien entrenada y equipada, temible y poderosa en el campo de batalla. Pero ni el equipo ni el entrenamiento impedirán que Dios los juzgue. Languidecerán súbitamente.

La segunda de las imágenes es la de la hoguera que por una parte brinda la luz y el calor que alegran el ánimo en la noche fría, pero que por otra parte es un violento poder destructivo. Dios mismo se va a convertir en un fuego consumidor que quemará al ejército asirio cual si se tratase de cardos y espinos; este fuego del juicio alcanzará incluso al esplendor de Asiria. Cuando el ejército asirio amenazaba a Jerusalén y parecía que no había ninguna esperanza de salvación, Dios envió a su ángel, y él aniquiló a 185,000 soldados asirios. Jehová de los ejércitos respondió a la insolente Asiria, pero no lo hizo sino hasta después de que los ejércitos de esa nación habían llevado a cabo el juicio que él había dispuesto sobre Judá e Israel.

Nos podríamos preguntar: ¿por qué Dios usó un instrumento tan arrogante como los asirios para ejecutar su juicio? Porque él

emplea todas las cosas de este mundo imperfecto para hacer su voluntad. Vendrá el día en que el Señor quitará: cada lágrima, dolor e imperfección; por ahora, sin embargo, Dios no siempre elimina: el peligro, ni el dolor ni la maldad del sendero de sus hijos. Él envió a Asiria para que irrumpiera directamente en la historia de su pueblo; no siempre sabemos por qué Dios envía en cada caso esas cosas a su pueblo. En esta oportunidad la razón es evidente: Israel y Judá se habían apartado del Dios de gracia. Los soldados invasores marchaban ufanos y desafiantes sobre Samaria y Jerusalén, sin tener otra cosa en mente que la conquista y el saqueo. Sin embargo, las tropas asirias estaban cumpliendo la voluntad de Dios, que disciplinaba a su pueblo y llevaba su juicio sobre miles que habían rechazado sus benditas promesas. Al final, mediante este juicio, Dios obró para el bien de su pueblo. Fue, y es, tal como él promete: “A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien,” (Romanos 8:28).

Isaías registró su profecía con respecto a Asiria durante el reinado del rey Acáz, pero algunas de estas cosas aún no habían sucedido en el tiempo en que Isaías comenzó a escribir acerca de ellas. Como profecías que eran, iban a suceder en el futuro. Muchos inteligentes eruditos bíblicos han discutido esta sencilla verdad; a ellos les parece imposible que este mensajero escribiera acerca de acontecimientos futuros de los cuales no tenía manera de conocer. Y partiendo de ahí concluyen que estas secciones del vaticinio han de haber sido añadidas después de que los acontecimientos tuvieron lugar, pero el profeta apunta a sus lectores hacia el futuro. Todos los acontecimientos que registra yacen en el mañana profético, no en el ayer de la historia. Isaías podía saber de antemano esos eventos sólo mediante la revelación de Dios. La fe como de un niño no tropieza ante el poder de Dios para realizar lo imposible, sino que confía en que las cosas son como él dice.

## ***Un remanente de Israel volverá***

**<sup>20</sup> Acontecerá en aquel tiempo,  
que los que hayan quedado de Israel  
y los que hayan quedado de la casa de Jacob,  
nunca más se apoyarán en el que los hirió,  
sino que se apoyarán con verdad  
en Jehová, el Santo de Israel.**

**<sup>21</sup> Un resto volverá, el resto de Jacob  
volverá al Dios fuerte.**

**<sup>22</sup> Porque aunque tu pueblo, Israel,  
sea como las arenas del mar,  
el resto de él volverá;  
la destrucción acordada  
rebosará justicia.**

**<sup>23</sup> Pues el Señor, Jehová de los ejércitos,  
consumará el exterminio ya determinado  
en medio de la tierra.**

Ahora nos apartamos del juicio. ¿Qué bien ha salido de él? Isaías enfoca nuestra vista en: los fieles, el remanente de los creyentes, en los sobrevivientes que confían en el Señor y no en su propio poder o en alianzas con fuerzas extranjeras. Recordemos que el rey Acaz había escogido deliberadamente hacer un trato con el rey de Asiria para protegerse de Peka y Rezín. Isaías, acompañado de su hijo, estuvo ante el rey al extremo del acueducto en el camino de la heredad del Lavador. Allí el profeta invitó a Acaz a que confiara en el Señor y comprobara sus promesas, pero el rey no lo hizo; en lugar de eso puso su confianza en Asiria, pero la alianza resultó ser más un problema que una ayuda. La decisión del rey fue el principio del tiempo del juicio.

Pese a lo difícil que pudieran ser esos días, Dios ofreció maravillosas palabras de consuelo. Un remanente sobrevivirá y así él iba a cumplir la promesa que el nombre del hijo mayor de Isaías encerraba. *Sear-jasub* significa “un remanente regresará”. Después

de los juicios sobre: Israel, Jerusalén y Asiria, un resto iba a regresar. En los capítulos siguientes se desarrollará otra parte del juicio: Babilonia llevará a Judá al cautiverio, unos pocos regresarán y Dios los usará para cumplir su gran promesa del Mesías.

Isaías no atenúa el juicio que tendrá lugar y en el que Israel será reducido a un remanente. El Señor, Jehová de los ejércitos (notemos aquí nuevamente el nombre), llevará a cabo la sentencia que había decretado. ¡Pero hay esperanza! El Santo de Israel no abandonará a su pueblo ni se olvidará de los votos que ha hecho, porque lo que él ofrece siempre se cumple. La esperanza para el pueblo fiel de Dios está en que a pesar de sus rebeliones e impiedad las promesas divinas se realizarán.

**<sup>24</sup> Por tanto el Señor, Jehová de los ejércitos, dice así:**

**«Pueblo mío, morador de Sión,  
no temas de Asiria.**

**Con vara te herirá  
y contra ti alzaré su bastón,  
a la manera de Egipto;**

**<sup>25</sup> mas de aquí a muy poco tiempo  
se acabará mi furor y mi enojo,  
para destrucción de ellos.**

**<sup>26</sup> Y Jehová de los ejércitos  
levantará el látigo contra él,  
como en la matanza de Madián  
en la peña de Oreb,  
y alzaré su vara sobre el mar  
como lo hizo en el camino de Egipto.**

**<sup>27</sup> Acontecerá en aquel tiempo  
que su carga será quitada de tu hombro  
y su yugo de tu cerviz,  
y el yugo se pudrirá  
por cuanto tú eres mi ungido.»**

El Señor habló para confirmar todo eso y llamó a ese pueblo “pueblo mío”; no los había abandonado. El nombre que se da Dios en esta sección es el mismo que empleó en los versículos 16 y 23, cuando se anunció el castigo. En esos versículos Dios ardía como fuego consumidor contra sus enemigos; ahora, cual fogata acogedora, conforta cálidamente a su pueblo con promesas.

“No temas.” Las Escrituras están llenas de esta exhortación que fue compartida por los ángeles en los campos de Belén y repetida en la fría y húmeda tumba vacía. Cuando el pueblo de Dios confía en él, no tiene nada que temer aunque la tierra se sacuda y las montañas caigan al mar. “No temas de Asiria”, decía Dios para alentar a su pueblo amedrentado. La opresión de ellos terminará porque la ira divina pronto se concentrará en la orgullosa Asiria. Jehová se levantará de nuevo para defender a su pueblo.

Como prueba del cuidado divino, Isaías citó dos importantes victorias del pasado. La primera fue el triunfo sobre los madianitas. Durante la época de los jueces, Oreb fue príncipe de Madián y fue capturado junto con Zeeb y asesinado después de que Dios le dio la victoria a Gedeón (Jueces 7). Ambos hombres fueron muertos: el primero sobre la roca que lleva su nombre hasta hoy y el segundo en el lagar conocido por el nombre de Zeeb. Su muerte marcó el final del período de la esclavitud israelita; la victoria que obtuvieron fue claramente dada por Dios. El segundo de los triunfos había ocurrido durante el éxodo de Egipto (Éxodo 14). Cuando el ejército del faraón perseguía al pueblo de judío, el Señor le ordenó a Moisés que extendiera su mano sobre el mar Rojo. Cuando lo hizo, el mar se cerró sobre los carros del monarca egipcio y destruyó a su ejército. De la misma manera que la victoria sobre los madianitas, ésta también fue totalmente un don y una obra de Dios. En ninguno de estos casos podía el pueblo atribuirse el crédito por el logro.

Pero esa era historia antigua; esta vez la amenaza venía de los asirios. Por un momento, Isaías dirige nuestra atención a la aproximación de los ejércitos enemigos.



**28** Vino hasta Ajat,  
pasó hasta Migrón  
y en Micmas contará su ejército.

**29** Pasaron el vado,  
se alojaron en Geba,  
Ramá tembló  
y Gabaa de Saúl huyó.

**30** ¡Grita en alta voz, hija de Galim;  
haz que se oiga hacia Lais,  
pobrecita Anatot!

**31** Madmena se alborotó  
y los moradores de Gebim huyen.  
**32** Aún vendrá día cuando reposará en Nob  
y alzaré su mano  
al monte de la hija de Sión,  
al collado de Jerusalén.

**33** He aquí el Señor, Jehová de los ejércitos,  
desgajará el ramaje con violencia;  
los árboles de gran altura serán cortados,  
los altos serán derribados.

**34** Cortará con hierro la espesura del bosque  
y el Líbano caerá con estruendo.

Imaginemos a Isaías escuchando los informes de los mensajeros que rápidamente anunciaban el avance de la fuerza invasora. El ejército asirio marchaba sobre Jerusalén; cada uno de los sitios que se mencionan en estos versículos lo acercaban más a la ciudad. Ajat está a unos 16 km de Jerusalén; Micmas, a 9 km de los muros de Jerusalén, se convierte en el lugar donde se almacenan los suministros y se hacen los preparativos para la guerra. Durante la noche, el enemigo acampó en Geba, a sólo 8 km de distancia. No hay que asombrarse del temor que se había apoderado de las ciudades que yacían en el camino por el cual el enemigo marchaba hacia Jerusalén. Cuando los ejércitos asirios

se detuvieron en Nob, se encontraron suficientemente cerca de Jerusalén como para amenazar a los habitantes con sus puños en el aire. La situación parecía desesperada para los que vivían en Jerusalén.

Pero cuando parecía que no había ninguna esperanza, Isaías dijo: “He aquí el Señor, Jehová de los ejércitos”. El pueblo de Dios no debe mirar a las fuerzas invasoras, sino fijar su vista en el Dios Todopoderoso que finalmente los librará como los libró del faraón y de los madianitas.

Cuando Asiria invadió a Judá durante el reinado de Ezequías, Senaquerib envió un mensajero desde Laquis. Las fuerzas asirias estaban aproximadamente a 60 km de distancia al suroeste de Jerusalén y no acampadas en Geba, a 8 km al norte. Efectivamente, el Señor libró a Jerusalén aniquilando a 185,000 soldados de Senaquerib, pero Isaías vio esa liberación como símbolo de la salvación final del pueblo de Dios.

Para los fieles, este relato es un recordatorio de su victoria y de la definitiva liberación. Los personajes han cambiado a menudo en el curso de la historia, pero en toda época el pueblo de Dios ha enfrentado oposición y persecución; sólo los nombres de las personas cambian. El mundo blandirá el puño contra el reino de Dios y amenazará con destruirlo, pero Dios no lo permitirá. Jesús dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia, es decir, contra los que creen en él. ¡Cobrad ánimo! No temáis. El Señor Todopoderoso, Jehová de los ejércitos llama a los creyentes de todos los tiempos a que: pongan su mirada en él, confíen y encuentren consuelo en él y en su poder para defenderlos y librarlos de todo mal; sí, librarlos finalmente: del pecado, de la corrupción y de la muerte del mundo mismo.

### *Saldrá una vara del tronco de Isai*

**11** Saldrá una vara del tronco de Isai;  
un vástago retoñará de sus raíces  
<sup>2</sup> y reposará sobre él el espíritu de Jehová:

**espíritu de sabiduría y de inteligencia,  
espíritu de consejo y de poder,  
espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.**

**<sup>3</sup>Y le hará entender diligente en el temor de Jehová.**

**No juzgará según la vista de sus ojos  
ni resolverá por lo que oigan sus oídos,**

**<sup>4</sup>sino que juzgará con justicia a los pobres  
y resolverá con equidad a favor de los mansos de la  
tierra.**

**Herirá la tierra con la vara de su boca  
y con el espíritu de sus labios matará al impío.**

**<sup>5</sup>Y será la justicia cinto de sus caderas,  
y la fidelidad ceñirá su cintura.**

El hacha del juicio de Dios talará también el orgulloso árbol de Judá. Isaías profetiza sobre la vara de lo que una vez había sido la gloriosa y poderosa Judá. El linaje real de David permanecerá; tenía que ser así porque Dios había prometido que el Mesías vendría de la casa de David y que iba a reinar para siempre (2 Samuel 7:13; Isaías 9:7). Sin embargo, la desobediencia y la rebelión de muchos de los descendientes de este rey hicieron que viniera el juicio de Dios. Cuando Isaías se encontró con Acáz al extremo del acueducto del estanque, en el camino de la heredad del Lavador (capítulo 7), el profeta predijo en parte el juicio venidero. La liberación para el pueblo de Dios, según lo que Isaías le dijo al rey de Judá, procedería de una virgen, y no de una poderosa e influyente casa real.

Nuevamente aparece aquí el tema de esa profecía. El hacha del juicio de Dios reducirá el linaje real de David a una vara. De su majestuosidad quedará únicamente un vago recuerdo, y de su poderío sólo unas cuantas historias de pasados triunfos. Sus riquezas serán saqueadas, su fama y gloria desconocidas para todos, a excepción de los lectores de las Escrituras.

Prestemos atención al contexto de este pasaje. En el versículo que antecede a este texto, el profeta predijo que Dios iba a talar

los árboles más prominentes de entre los que habían amenazados con el puño a su pueblo. Por medio de Isaías, Dios prometió que iba a librar a su pueblo de todos sus enemigos. Sin embargo, el Señor había llamado a Asiria para que viniera a ejecutar el juicio sobre su pueblo; y lo que es más, él iba a convocar a otros ejércitos extranjeros para que viniesen también contra su pueblo. Durante siglos, el pueblo judío sería talado y reducido prácticamente a nada. De momento, la victoria que Dios le iba a dar a su pueblo pasa a un segundo plano, y sólo vemos el juicio divino sobre la rebelión y el pecado de ellos. Desde la perspectiva de las apariencias externas, el final de Asiria y de todos los enemigos del pueblo escogido no es diferente al final de Judá e Israel; de ambos no quedan más que recuerdos de sus pasadas grandezas.

Pero había una diferencia que Isaías identificó. De los demás árboles talados no quedaría nada, pero no así de esta vara. Del tronco de Isaí brotaría una vara, y la casa de David quedaría reducida a sus humildes orígenes en Belén. Isaías enfatizó que este era el tronco de Isaí, el padre de David, un morador como cualquier otro cuyo hijo pastoreaba sus ovejas. La ayuda y la esperanza vendrían de una fuente inesperada.

Así como Emmanuel vendría de una virgen, también brotaría una vara del tronco muerto del padre de David. Ambas referencias a la venida de Cristo hacen énfasis en el poder de Dios para hacer un milagro, la humilde entrada de Cristo en el mundo. Sería un niño, un retoño, que vendría mediante el milagro de un nacimiento virginal y del tronco muerto del linaje real de David. El pequeño y verde Retoño, brotará y crecerá porque Dios había dado su promesa. La aparición de este renuevo, o vara, es un milagro de la gracia y el poder de Dios.

Cuán bellamente nos dibuja Isaías el cuadro del Mesías venidero. Incluso el *Targum* (un antiguo comentario judío de las Escrituras) le aplica este pasaje al Mesías. El Vástago apareció en el momento oportuno, cuando nació en Belén, en la aldea de David e Isaí. Aunque tanto José como María eran del linaje de rey David, Jesús no nació en un palacio sino en un establo. En aquella época,

los romanos ocupaban Palestina y ningún descendiente de David regía el país, sólo Herodes, que era mitad árabe. María era una humilde mujer de Nazaret comprometida con un carpintero llamado José. La pequeña Nazaret no era tenida en alta estima en Judea, donde la gran Jerusalén era la ciudad importante. Cuando Felipe le dijo a Natanael que el Mesías era de Nazaret, la reacción del futuro apóstol fue preguntar: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Juan 1:46). El linaje real de David era indudablemente una vara: sin vida, sin poder, sin influencia y sin riquezas.

Sin embargo, de tan insignificante y despreciado comienzo iban a venir grandes y maravillosas bendiciones. Sin duda, este es el Rey que triunfa donde todos los demás líderes y soberanos han fracasado. Los gobernantes terrenales, ya sean poderosos líderes mundiales o reyes del propio pueblo de Dios, terminan fallando. Pero este Retoño triunfará. Él es gobernante y juez perfecto porque el mismo Espíritu de Dios reposa sobre él y le da todo cuanto necesita para gobernar.

¿Qué le da el Espíritu de Dios al Renuevo de Isaí? Isaías identifica tres pares de dones. El primero es sabiduría e inteligencia. Sabiduría es la capacidad de ver la verdadera esencia de las cosas. Inteligencia es saber distinguir y percibir las diferencias. Este tipo de bendiciones espirituales le da al Vástago la perspicacia de comprender todas las cosas que su pueblo necesitará conocer y entender, incluyendo las profundidades de la naturaleza de Dios y su gracia.

El segundo par es el consejo y el poder. Estos dos dones hacen eco a dos de los nombres que Isaías le da al niño en el capítulo 9. Allí el profeta escribió que sería llamado “Admirable consejero” y “Dios fuerte” (versículo 6). El profeta señala que la Vara que se describe aquí recibe el “espíritu de consejo”, lo que significa que él sabe lo que su pueblo necesita y les da consejo. Su Palabra es el consejo con que guía a su pueblo, y en ella comparte el plan que Dios ha formulado para redimirlo. También tiene espíritu de poder, en otras palabras, tiene la fuerza para defender a su pueblo y llevar a cabo su plan formulado.

El tercer par es conocimiento y temor de Jehová. Estos dos atributos van juntos. El conocimiento de Dios implica una relación con Jehová, el Dios de la libre y gratuita misericordia, y con el pacto de gracia que él ha hecho con la raza humana. Este conocimiento significa un interés por lo que Dios quiere, en tanto que el temor de Jehová es el respeto reverente hacia el que se somete a su voluntad. De manera que el Vástago está íntimamente relacionado con Jehová e interesado en lo que él desea, incluyendo someterse a su voluntad con todo respeto y reverencia.

El Espíritu Santo descendió sobre Jesús identificándolo como el Mesías (Mateo 3:13-17). Su ministerio está marcado por todos los dones que Isaías nos bosqueja. A manera de comentario final, el profeta nos dice del Vástago que “le hará entender diligente en el temor de Jehová”. Jesús vino a hacer la voluntad de su Padre celestial. Hay un lugar en que dice: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Juan 4:34) y en otra parte encontramos que dijo: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Cuando el Mesías oró a su Padre celestial, le dijo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). ¿Qué podría expresar mejor la idea de que “le hará entender diligente en el temor de Jehová”?

Este futuro Rey contrasta con todos los demás reyes de la tierra, incluyendo a los de Israel y Judá; la diferencia se hace más pronunciada cuando miramos la forma en que él juzga y decide. El capítulo 10 muestra a líderes judíos robando por igual a viudas y huérfanos, en tanto que vemos aquí que este gran Rey vendrá a socorrer a los pobres y a los necesitados. Al hacer sus decisiones él irá más allá de lo que pueda el ser humano ver y oír. Pese a todo lo cuidadoso que un juez o gobernante pueda ser, las apariencias y la retórica pueden distorsionar la verdad y frustrar el ejercicio de la justicia. Pero este Juez ejercerá una justicia total basada en un conocimiento absoluto. Ciertamente esto es consuelo para todos los pobres pecadores necesitados del amor y el perdón de Dios.

Dos cinturones, el uno de la justicia y el otro de la fidelidad, ciñen al Rey que describe Isaías. Ambos conceptos se centran en la obra que él ha venido a cumplir. Él es justo y santo ante Dios y ha venido a hacer que todo el mundo lo sea (Romanos 3). El cinturón de la justicia es el equipamiento espiritual, y también lo es el cinturón de la fidelidad. Esta última es aquí la estabilidad y la confiabilidad. El Mesías no cambia de pensar ni de curso. Este Rey sigue firmemente la política que se ha trazado, que él revela y promete se hará. Él es fiel a todo cuanto dice.

Por supuesto, esto significa que amará y perdonará, pero también que destruirá al malvado. El Señor ya ha dicho que cuidará de aquellos que se aferran a él con fe. Sin embargo, serán solamente unos cuantos. El resto será abatido y destruido. Él es fiel y justo (1 Juan 1:9). Tan ciertamente como amará y cuidará de su apreciado pueblo, herirá la tierra y les dará muerte a los malvados.

**<sup>6</sup> Morará el lobo con el cordero,  
y el leopardo con el cabrito se acostará;  
el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos,  
y un niño los pastoreará.**

**<sup>7</sup> La vaca pacerá junto a la osa,  
sus crías se recostarán juntas;  
y el león, como el buey, comerá paja.**

**<sup>8</sup> El niño de pecho jugará  
sobre la cueva de la cobra;  
el recién destetado extenderá su mano  
sobre la caverna de la víbora.**

**<sup>9</sup> No harán mal ni dañarán  
en todo mi santo monte,  
porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová,  
como las aguas cubren el mar.**

Todos los reyes ejercen dominio y este Rey no es la excepción. Pero el suyo es un dominio distinto al de cualquier otro reinado

terrenal que el mundo haya conocido. Este bello pasaje anuncia un mundo de paz. En el mundo del pecado, el lobo hace presa de la oveja indefensa, el leopardo acecha a la cabra; y el león, aprendiendo a rugir y cazar, le da muerte al becerro solitario para alimentarse. Pero en el reinado el Hijo de David, cesará toda hostilidad. Incluso ni un niño pequeño e indefenso, aún sin destetar, tendrá nada que temer. Isaías nos pinta el cuadro idílico de cómo debió haber sido la tierra antes de que cayera en el pecado; en el mundo dominado por el mal, la visión de este lugar perfecto ofrece gran alivio.

¿Pero cómo debemos entender este relato? Algunos comentaristas creen que se trata de un hermoso deseo y de un sueño piadoso que, aunque no se pueda alcanzar, sirve para llenarnos de esperanza y darnos una meta hacia por la que debemos trabajar. Otros creen que se trata de un cuadro del mundo futuro después del regreso de Cristo; otros más sugieren que el reino del Mesías será un reino terrenal en el cual prevalecerán estas condiciones. Con ello se adhieren a algún tipo de milenio que el Señor establecerá ya sea antes o después de que regrese a la tierra. Pero cuando nos encontremos con estas ideas, tenemos que recordar la definición que Cristo le dio de su reino a Pilato: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36).

La correcta interpretación de este pasaje debe provenir del versículo 9; allí Isaías nos dice que los ciudadanos de este reino no harán mal ni dañarán en el santo monte del Señor. Esta es una imagen del misericordioso reinado de Cristo sobre los suyos, la asamblea de creyentes que pertenece al Príncipe de Paz. Ellos conocen al Señor, y el conocimiento divino los cubre como las aguas cubren el mar; viven en paz y en armonía entre sí. La naturaleza pecaminosa bulle dentro del corazón humano y conduce a: odios, pleitos, celos, explosiones de ira, contiendas, divisiones, sectarismos y envidias (Gálatas 5:20,21), pero el evangelio cambia los corazones de los hombres y los llena de: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gálatas 5:22,23). Pablo exhortó a los cristianos a vivir con



cordialidad y a amar (ver 1 Corintios 13 y Romanos 12).

Algunos pueden objetar que los cristianos no viven en armonía unos con otros bajo el reinado de Cristo. Es cierto que en la tierra ellos continúan plagados por su naturaleza pecaminosa que los conduce a: problemas, discordias y discusiones. Pese a ello, la predicación del evangelio hace que haya armonía entre los creyentes y motiva a que enemigos se comprendan y perdonen como ellos han sido perdonados. La paz con Dios mediante Cristo produce tranquilidad entre sus seguidores. Incluso si la paz se ve afectada por pecados de: celos, prejuicios, orgullo y odio, puede existir y existe entre quienes siguen al Príncipe de Paz.

**<sup>10</sup> Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa.**

**<sup>11</sup> Asimismo, acontecerá en aquel tiempo que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el resto de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto, Patros, Etiopía, Elam, Sinar y Hamat, y en las costas del mar.**

**<sup>12</sup> Levantará pendón a las naciones, juntará los desterrados de Israel y desde los cuatro confines de la tierra reunirá a los esparcidos de Judá.**

**<sup>13</sup> Se disipará la envidia de Efraín y los enemigos de Judá serán destruidos. Efraín no tendrá envidia de Judá, ni Judá afligirá a Efraín,**

**<sup>14</sup> sino que se lanzarán contra los filisteos al occidente, y saquearán también a los de oriente. Edom y Moab los servirán, y los hijos de Amón los obedecerán.**

**15 Secará Jehová la lengua del mar de Egipto  
y con el poder de su aliento levantará su mano  
sobre el río;  
lo herirá en sus siete brazos  
y hará que pasen por él con sandalias.  
16 Y habrá camino para el resto de su pueblo,  
el que quedó de Asiria,  
de la manera que lo hubo para Israel  
el día que subió de la tierra de Egipto.**

¿Quién disfrutará de las bendiciones del reinado de paz de Cristo? Isaías nos dice que todas las naciones y el remanente de Judá. La raíz de Isaí atraerá a él a todos los pueblos de la tierra y al resto de su pueblo fiel. Esto señala maravillosamente al Pentecostés y a la obra de Pablo, el apóstol a los gentiles. En ese día, judíos de todo el mundo fueron motivados a escuchar el evangelio. Hechos 2:9-11 registra los lugares extranjeros de donde procedían, y después de su primer viaje misionero, Pablo y Bernabé reportaron que los gentiles habían sido convertidos, lo que regocijó en gran manera a los creyentes (Hechos 15:3).

¡Cuánto ha crecido el pequeño renuevo del principio del capítulo! Era un insignificante brote del tronco de Isaí, pero ahora la Raíz de esa vara será el pendón para todas las gentes y las naciones de la tierra. Isaías habla muy elocuentemente de la reunión del pueblo de Dios, quienes vendrían de los cuatro puntos cardinales de la tierra. Y así ha ocurrido. La iglesia es la asamblea de los que han sido llamados del mundo por el evangelio y que creen en Jesús. Los creyentes de todos los pueblos y de todas las razas se congregan en un pueblo unido. El Salvador dijo: “Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo” (Juan 12:32, NVI). Su cruz ha sido la bandera que atrajo a él a todas las naciones.

Bajo el gobierno de la raíz de Isaí sobre judíos y gentiles, las viejas hostilidades desaparecerán. Cuando Roboam, el hijo de Salomón, se convirtió en rey, el reino unido se dividió en dos,

Israel y Judá. Tal como sucede en este pasaje, Israel a menudo era llamado Efraín, una de las tribus del norte que vino a ser parte de Israel. La división del pueblo de Dios del Antiguo Testamento en Israel y Judá fue un escándalo que los atormentó a ambos a través de toda su historia dividida. Los capítulos iniciales de Isaías comenzaron con la guerra entre Judá e Israel. Peka, rey de Israel, y Rezín, rey de Aram, o Siria, atacaron a Judá y amenazaron con destruirla. En el nuevo reino fundado por la raíz de Isaí, la división será removida y todo el pueblo de Dios se unificará en una nación, tal como el profeta lo describió antes. Aquí él enfatiza la paz al asegurarnos que las viejas tensiones entre Judá e Israel desaparecerán.

Y el pueblo unido de Dios saldrá victorioso sobre todos sus enemigos. Cuando se presenta al pueblo de Dios cayendo sobre sus enemigos o apoderándose de ellos, es para recordarnos la difusión del evangelio. El evangelio: conquistará corazones, los cambiará y los someterá a la raíz de Isaí. Comentando sobre la frase “saquearán también a los de oriente”, Lutero escribió: “Esta es una expresión del avance y éxito del evangelio” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 126).

Isaías describe esta asamblea como un segundo éxodo que saca al pueblo de Dios de Egipto y del norte. En ambos casos, Dios les dará un camino al secar el río Éufrates y hacer posible que su pueblo camine a través de él en sandalias. Recordemos que Dios le mandó a Moisés que extendiera su bastón, y cuando lo hizo, las aguas del mar Rojo se separaron. Luego el Señor envió un cálido viento que secó el lecho del mar para que su pueblo lo pudiera atravesar caminando y sin mojarse. En este segundo éxodo Dios también quitará los obstáculos del camino y traerá a sí a su pueblo sin peligro.

Cuando en el primer éxodo los israelitas vieron que el gran poder divino los había salvado, confiaron en Dios al ver que había usado su omnipotencia en beneficio de ellos para liberarlos de la esclavitud y protegerlos de sus enemigos. Dios hará también lo mismo en la nueva salida; él secará el mar de Egipto, esa lengua

de agua que separa a ese país del Sinaí, y dividirá el río Éufrates en pequeñas corrientes para que su pueblo pueda atravesarlo sin peligro. Jehová usa su gran poder para ayudar a sus fieles. Los creyentes están todavía bajo su cuidado y protección, como lo estuvo Israel en el mar Rojo; por tanto él siempre vendrá a su rescate para librarlos y protegerlos de sus enemigos.

En la época de Isaías el pueblo no estaba aún exiliado y disperso entre las naciones, y por eso algunos comentaristas plantean que este profeta no pudo haber escrito estas palabras, y también por eso concluyen que alguien debió haberlas añadido después de que los judíos regresaron de la cautividad en Babilonia; ese es el viejo argumento de que ningún profeta puede predecir con precisión el porvenir. Es nuestra convicción que Dios el Espíritu Santo describió el velo que oculta el futuro para que los escritores de su Palabra pudieran adelantarse a sus propios tiempos y lugares en la historia.

### *Un salmo de alabanza*

**12** En aquel día dirás:  
«Cantaré a ti, Jehová;  
pues aunque te enojaste contra mí,  
tu indignación se apartó  
y me has consolado.  
<sup>2</sup> He aquí, Dios es mi salvación;  
me aseguraré y no temeré;  
porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová,  
quien ha sido salvación para mí.»  
<sup>3</sup> Sacaréis con gozo aguas  
de las fuentes de la salvación.

Los creyentes del Antiguo Testamento festejaron su salida de Egipto, cuando el Señor les demostró su gran poder al salvarlos de la esclavitud y guiarlos milagrosamente a través del mar Rojo, cuyo lecho seco atravesaron. El capítulo 15 de Éxodo recoge el

canto de alabanza que Moisés y los israelitas entonaron a Dios cuando estuvieron seguros en la ribera opuesta del mar.

El segundo éxodo que Isaías describió no es menos glorioso. Mediante la cruz de Cristo, los creyentes son sacados del yugo del pecado y de la muerte. Este éxodo neotestamentario continúa diariamente en la medida en que Dios llama a los fieles por medio del evangelio. Creyentes de todas las naciones dejan atrás el pecado y la muerte para volverse al Dios de su salvación.

De la misma manera que hicieron Moisés y los israelitas a orillas del mar Rojo, los creyentes prorrumpen en alabanzas. Dios los ha redimido misericordiosamente: de la muerte, del pecado y del infierno, y les ha dado la gloria del cielo. Lo que Isaías registra aquí es nada menos que el salterio con que la iglesia alaba a su Dios por su redención.

Este cántico comienza con el reconocimiento de la ira de Dios contra el pecado. Cada ser humano merece ser castigado y los creyentes no están exentos de ello. Cuando acuden a la casa de Dios para adorarlo, reconocen sus pecados al decir: “Confieso en tu presencia que he pecado gravemente contra Ti de muchísimas maneras...que ahora me pesan...” (*Culto Cristiano*, página 3). Pero el furor de Dios se apartó de ellos cuando lo descargó contra su Hijo y lo castigó en nuestro lugar. El capítulo 53 de Isaías nos habla más claramente del tema. Los creyentes comprenden el gran sacrificio que Dios ha hecho y alaban su misericordia. Pese a sus impiedades, Dios ha consolado y acercado a él mismo a sus hijos mediante el pendón de la raíz de Isaí.

Este cántico es propiamente un salmo de júbilo y alabanza, que se basa en el canto de alabanza que entonaron Moisés y los israelitas durante el primer éxodo después de que fueron liberados de Egipto. Isaías incluye aquí una parte del salmo de alabanza que cantaron Moisés y los israelitas: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico. Ha sido mi salvación” (Éxodo 15:2). Isaías repite el nombre de Dios usando primero la contracción JAH en letras mayúsculas para el apelativo de quien es claramente: el SEÑOR, Jehová, el Dios del pacto. Ya sea que la salvación ocurriera en el

pasado o que vaya a suceder en el futuro, viene de la misma fuente. Isaías pone el énfasis en la liberación en el mar Rojo, pero dirige su mirada hacia la nueva liberación, y al recalcar el nombre del Señor, les indica a los creyentes el origen de la misma. No hay salvación o fortaleza posible sin Jehová. Sin él no hay ningún canto.

La primera parte del salmo concluye con las palabras del profeta: “Sacaréis con gozo agua de las fuentes de la salvación.” La segunda parte cambia del muy personal “cantaré a ti” en su comienzo, a una exhortación a dar gracias y alabanza.

Este salmo de loor será cantado por el pueblo de Dios “en aquel día”, del cual ha hablado Isaías a través de toda la profecía; este acontecimiento no es una predicción vaga y general, sino que tiene su cumplimiento definido a su debido tiempo. Los sucesos que Isaías vio mediante el poder de Dios, y que registró empleando un lenguaje figurado, tendrán lugar. En muchos de estos versículos el profeta ve la era del Nuevo Testamento y este salmo de elogio no es una excepción.

**<sup>4</sup> Y diréis en aquel día:**

**«Cantad a Jehová, aclamad su nombre,  
haced célebres en los pueblos sus obras,  
recordad que su nombre es engrandecido.**

**<sup>5</sup> Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas  
magníficas;**

**sea sabido esto por toda la tierra.**

**<sup>6</sup> Regocíjate y canta, moradora de Sión;  
porque grande es en medio de ti  
el Santo de Israel.»**

No se debe ensalzar a Dios en secreto. Cada creyente debe compartir lo que sabe: alabar a Dios, invocarlo y proclamar su nombre públicamente, de manera que otros oigan esta gran verdad. Los otros verbos que aquí vemos encaminan a los creyentes a ser buenos testigos. Este es evangelismo al estilo del Antiguo

Testamento. Todo el mundo necesita conocer lo que cada creyente atesora. El propósito de Dios al salvar: a Israel, a Judá y a cada pecador es traer la salvación a otros por el testimonio de estos últimos.

¿Qué les darán a conocer los creyentes a las naciones? ¡Proclamarán las cosas que Jehová ha hecho! Las poderosas obras divinas son el contenido de cada declaración. La tarea de la iglesia no es compartir las opiniones de los eruditos; la iglesia enseña doctrinas, formulaciones específicas de lo que Dios ha hecho, que provienen de lo que él ha revelado en su Palabra. Su sola tarea es dirigir las almas a Jehová y al milagro que ha hecho por los pecadores. El nombre del Señor es exaltado y no la iglesia a expensas de su bendito Nombre. Siempre el enfoque debe estar en los hechos gloriosos y misericordiosos de Dios.

Este salmo es una conclusión apropiada para esta sección de la profecía de Isaías. Con sus últimas palabras: “grande es en medio de ti el Santo de Israel”, el profeta nos dirige de nuevo a la visión del Santo Dios en el Templo, y a Emanuel, Dios con nosotros. Él nos une aquí como un recordatorio: del amor, el perdón y la gracia de Dios. La siguiente sección tratará acerca del juicio divino sobre las naciones.

Antes de pasar a esa sección, permítanos detenernos por un momento para apreciar el precioso tapiz que Isaías ha tejido para nosotros; varios de los hilos que lo componen merecen ser destacados.

- Isaías se refiere al “Santo de Israel”, término que utilizó por primera vez en 1:4 y con el que concluye esta sección.
- El profeta ha dicho que Dios controla la historia. Dios silba a las naciones para que hagan su voluntad tal como nosotros podríamos llamar a nuestro perro para que venga. Sea que las naciones le reconozcan o no, tienen que hacer lo que Dios quiere.
- El Señor enviará su juicio sobre su pueblo y sobre las otras naciones del mundo, como un último llamado

a que abandonen sus pecados y rebeliones, y para ver si arrepentidos vuelven a su Palabra. Como el Padre amoroso que es, Dios los disciplinará, pero por desgracia eso no surtirá efecto y los impenitentes serán castigados completa y definitivamente.

- Pero Isaías introduce la idea del remanente que regresará una vez que Dios haya purificado a su pueblo.

- El Señor atraerá a él a todas las naciones del mundo para hacerlas su pueblo y darles las mismas bendiciones que ha preparado para Israel.

- Isaías introduce el término “renuevo de Jehová”. Esta expresión aparece por primera vez en el capítulo 4:2 y reaparece en el capítulo 11 como “un vástago”. Tanto Zacarías como Jeremías, quienes escribieron después de Isaías, basan sus escritos en esta profecía.

- No podemos dejar esta sección de Isaías sin de nuevo fijar nuestra atención en la promesa del niño, en Emmanuel. Dios vendrá a la tierra y habitará entre su pueblo. Él compartirá su verdad con toda la humanidad y la redimirá. El profeta prosigue para describir lo que hará este niño, cómo sufrirá y cómo triunfará.

El tapiz es de tal riqueza y belleza que la lista que acabamos de leer es sólo el principio. La profecía merece nuestra constante atención. Cada vez que la leemos encontramos algo nuevo y hermoso.

### *Profecías anunciando el juicio sobre varias naciones*

*La primera profecía: Babilonia y Asiria*

## **13** Profecía sobre Babilonia, revelada a Isaías hijo de Amoz.



Esta introducción anuncia el comienzo de otra sección del libro de Isaías. El Señor revela nueve profecías del juicio sobre las naciones que rodean a Judá y una sobre la propia Jerusalén. Cada una de ellas es introducida por el profeta con un vocablo que en la New International Version está escrito como “oracle (oráculo)”. A continuación aparecen las diez profecías:

- Sobre Babilonia y Asiria (13:1–14:27)
- Sobre Filistea (14:28-32)
- Sobre Moab (15:1–16:14)
- Sobre Damasco y Etiopía (17:1–18:7)
- Sobre Egipto (19:1–20:6)
- Sobre el desierto del mar (Babilonia) (21:1-10)
- Sobre Duma (Edom) (21:11,12)
- Sobre Arabia (21:13-17)
- Sobre el valle de la visión (Jerusalén) (22:1-25)
- Sobre Tiro (23:1-18)

No podemos olvidar que lo que escribió Isaías procede de Dios; en este sentido es una profecía o revelación, no procedió de la imaginación del profeta, ni emanó de sus propias experiencias, sino que vino de lo alto. Dios reveló cosas que Isaías no pudo haber conocido por ningún otro medio, lo cual adquiere una importancia especial cuando leemos que algunos comentaristas bíblicos se preguntan si el profeta pudo haber profetizado acerca de Babilonia. Durante la vida del hijo de Amoz, Babilonia todavía no era una potencia política ni militar; la nación dominante en el Medio Oriente de esa época era Asiria. Con el correr de la historia, Babilonia ocupó el lugar de Asiria, lo que ocurrió bastante después de la época de Isaías. Algunos críticos han afirmado que varias porciones de estos capítulos debieron haber sido añadidas mucho después de que el vocero de Dios había muerto porque estos “oráculos” anuncian sucesos que este enviado de Dios no pudo haber conocido estando en vida. Sin embargo, cuando creemos que las profecías registradas por Isaías son revelaciones de Dios, adoptamos un enfoque sencillo pero fundamental, que dirige nuestro entendimiento e interpretación. Dios le dio a Isaías

información que estaba más allá: de su experiencia, de su conocimiento y de su intuición.

El Señor lo escogió para recibir esta profecía , que no fue producto de su imaginación. Las palabras que tenemos ante nosotros no son un experimento de literatura creativa sino es la palabra de Dios. Isaías tenía la inmensa responsabilidad de llevar y entregar al pueblo de Judá y al mundo,el mensaje que el Señor le dio.

La palabra que en nuestra Biblia sirve de base a este comentario y que aparece traducida como “oráculo” en la New International Version, Lutero la tradujo como “carga”, lo cual hace también la antigua versión en inglés conocida como *King James*. De acuerdo con la manera en que se emplea en otros pasajes del Antiguo Testamento, la palabra da la idea de cargar algo. Por ejemplo, cuando en el monte Sinaí Dios dio disposiciones para los levitas, una de las tareas que les encomendó fue la de transportar el Tabernáculo de reunión (Números 4). La palabra que se usó para “transportar” es la misma que Isaías emplea aquí (ver Isaías 22:25; 46:1,2). Desde el punto de vista del profeta, la revelación de Dios era una carga que tenía que llevar sobre él mismo, de la misma manera que los levitas cargaban de un lugar a otro el Tabernáculo.

¡Cuán pesada era la carga de estas profecías! Cuando la palabra *profecía* se usa para introducir una revelación de Dios, con mucha frecuencia anuncia un juicio severo, es la proclamación de un duro castigo. Estas revelaciones le informan a Isaías que todos los enemigos de Dios y de su pueblo serán borrados de la faz de la tierra. Isaías agrupó esos juicios de la misma forma en que lo hicieron Jeremías y Ezequiel (Jeremías 46–51; Ezequiel 25–32).

Al leer esos juicios, recordemos que estas palabras fueron dadas para beneficio de todo el pueblo de Dios y para asegurarnos que serán juzgados todos los enemigos de Dios que afligen a su pueblo. Dios tiene el control de todo; cuanto sucede en este mundo sirve a sus propósitos. Puede ser difícil el cuadro que Dios le describe a Isaías y a todos los que leen estas palabras. Es una

visión desnuda del juicio en toda su dureza e inclemencia; Dios no toma a la ligera la rebelión y el pecado: él destruirá a todos sus adversarios. Su ley es absoluta, nadie que esté fuera de su gracia escapa. Sin embargo, la compasión del Todopoderoso por su pueblo permanece inalterable; la gracia, el perdón y el triunfo eterno aguardan siempre a los suyos, en tanto que: el oprobio, la derrota y la desilusión esperan a los descreídos enemigos de Dios.

**<sup>2</sup> Levantad bandera sobre un alto monte.**

**Alzad la voz a ellos, alzad la mano,  
para que entren por puertas de jefes.**

**<sup>3</sup> Yo mandé a mis consagrados  
y asimismo llamé a los valientes de mi ira,  
a los que se alegran con mi gloria.**

**<sup>4</sup> Estruendo de multitud en los montes,  
como de mucho pueblo;  
estruendo de ruido de reinos,  
de naciones reunidas:**

**¡Jehová de los ejércitos pasa revista  
a las tropas para la batalla!**

**<sup>5</sup> Vienen de lejana tierra,  
del extremo de los cielos,  
Jehová y los instrumentos de su ira,  
para destruir toda la tierra.**

La primera de las profecías predice el juicio de Dios sobre Babilonia. Aproximadamente un siglo después de Isaías, Babilonia se convirtió en instrumento de Dios para ejecutar su sentencia sobre Judá y Jerusalén por causa de sus infidelidades. Nabucodonosor y los babilonios marcharon contra Jerusalén, la destruyeron y llevaron a los judíos a la esclavitud. Esos acontecimientos estaban todavía en el futuro. Jerusalén cayó alrededor del año 587 a.C.

Isaías vivió antes del Imperio Babilónico en una época en que los asirios amenazaban a Israel y a Judá. En vida, el profeta fue

testigo de la destrucción de Samaria por las fuerzas asirias (722 a.C.). Sin embargo, en estas palabras Dios le revela al profeta la destrucción de Babilonia que estaba casi doscientos años en el futuro. Después de Babilonia, los medos y los persas se convirtieron en la superpotencia del antiguo Medio Oriente, pero en tiempos de Isaías no eran aún un pueblo de temer. Sin embargo, el profeta anunció que iban a ser ellos los que llevarán a cabo el juicio de Dios sobre Babilonia. Después de destruir a esa nación, fue Ciro quien emitió el decreto que les permitió a los judíos desterrados regresar a Jerusalén en el año 538 a.C.

Jehová describió el juicio que iba a caer sobre Babilonia como una gran guerra. En los tiempos antiguos, los reyes convocaban a sus tropas mandando señales desde montes o lugares prominentes fáciles de ver. Así ocurrió al reunir Dios a sus tropas, levantando su bandera en lo alto de un monte desnudo, escogido específicamente para que nada obstaculizara la señal de guerra contra Babilonia. El Señor concentró un gran ejército para ejecutar su juicio. Esa fuerza armada será identificada más tarde como los medos, pero por el momento no se le da ese nombre.

Al leer este relato, debemos tratar de comprenderlo asumiendo el punto de vista del profeta. En un vasto panorama, Isaías contempló la futura destrucción de Babilonia y el juicio final; en sus palabras se entremezclan los dos sucesos. Para nosotros, la destrucción de la antigua Babilonia es cosa del pasado, y aguardamos la venida del juicio final sobre la tierra en el futuro. Puesto que el tiempo y la historia nos han dado una perspectiva que el profeta no tuvo, vemos ambos acontecimientos como sucesos separados (ver el diagrama de la página 46). Para Isaías, los dos juicios estaban fundidos en uno solo; a eso se le llama *perspectiva profética*.

En las Escrituras, Babilonia se convirtió en símbolo de todos los enemigos de Dios y de su pueblo. Basta con leer en el libro de Apocalipsis el capítulo 18; allí Dios reveló su juicio sobre otra Babilonia cuando el ángel anunció: “Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada” (v.

21). Ya en tiempos de Juan, el escritor de Apocalipsis, la Babilonia terrenal no era más que ruinas. La destrucción de esa ciudad por parte de los medos y los persas se convirtió en una imagen del juicio final de Dios sobre el mundo incrédulo. Jehová hablaba en serio cuando llevó a cabo el juicio profetizado por Isaías, y tan ciertamente como que destruyó a la antigua Babilonia, llevará a cabo la sentencia final sobre todos sus enemigos.

**<sup>6</sup> ¡Aullad, porque cerca está el día de Jehová!  
¡Vendrá como devastación del Todopoderoso!**

**<sup>7</sup> Por tanto, toda mano se debilitará  
y desfallecerá todo corazón humano.**

**<sup>8</sup> Se llenarán de terror;  
angustias y dolores se apoderarán de ellos;  
tendrán dolores como de mujer de parto;  
se asombrará cada cual al mirar a su compañero;  
sus rostros son como llamaradas.**

**<sup>9</sup> He aquí el día de Jehová viene:  
día terrible, de indignación y ardor de ira,  
para convertir la tierra en soledad  
y raer de ella a sus pecadores.**

**<sup>10</sup> Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros  
no darán su luz;  
el sol se oscurecerá al nacer  
y la luna no dará su resplandor.**

**<sup>11</sup> Castigaré al mundo por su maldad  
y a los impíos por su iniquidad;  
haré que cese la arrogancia de los soberbios  
y humillaré la altivez de los tiranos.**

**<sup>12</sup> Haré más precioso que el oro fino al varón  
y más que el oro de Ofir al ser humano.**

**<sup>13</sup> Porque haré estremecer los cielos  
y la tierra se moverá de su lugar  
por la indignación de Jehová de los ejércitos,  
en el día del ardor de su ira.**

El juicio de Dios infunde terror en el corazón de cada pecador, pues nadie puede estar exento o escapar de su juicio. Él castigará al mundo por su maldad e impiedad. El día del Señor se acerca, como lo anunció Isaías, un día “terrible, de indignación y ardor de ira”. La antigua Babilonia no iba a escapar de su castigo.

Jesús citó el versículo 10 de este capítulo de Isaías cuando les enseñó a sus discípulos acerca del fin del mundo. El Salvador vinculó la visión del profeta con su segunda venida, al tiempo que les aclaraba su significado: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor... Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra harán lamentación cuando vean al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:29,30).

El versículo 13 de la visión profética de Isaías con respecto al juicio sobre Babilonia anticipó el juicio final que escribe Pedro: “Pero el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10).

**<sup>14</sup> Como gacela perseguida,  
como oveja sin pastor,  
cada cual mirará hacia su pueblo,  
cada uno huirá a su tierra.**

**<sup>15</sup> Cualquiera que sea hallado será atravesado,  
y cualquiera que por ellos sea tomado  
caerá a espada.**

**<sup>16</sup> Sus niños serán estrellados ante ellos mismos;  
sus casas serán saqueadas  
y violadas sus mujeres.**

¡Qué terrible y sangrienta resulta esta visión del juicio! Algunas veces minimizamos la barbarie y crueldad de las guerras, pero todas ellas, tanto las antiguas como las modernas, son

violentas campañas para destruir al enemigo junto con todos los recursos que éste disponga para resistir. Los veteranos de guerra lo saben: la guerra es brutal y también lo es el juicio de Dios sobre sus enemigos.

Nuestros corazones se sobrecogen porque nuestros pecados también nos hacen enemigos de Dios. Estas palabras de Isaías predicán la severa ley de Dios que nos declara culpables por causa de nuestros pecados. En el cielo, Dios no es como un abuelo olvidadizo que excusa el pecado humano; al contrario, él es el Dios justo y santo que ejercerá su omnipotencia para llevar a cabo su juicio sobre todos los pecadores. El propio Isaías temía al santo Señor Dios, y cuando se le apareció en el Templo sintió tal terror que declaró: “¡Ay de mí que estoy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios...han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (6:5). Nosotros, como pecadores que somos, no podemos esperar nada diferente.

Mientras que temblamos ante la ardiente ira de Dios contra el pecado, también sabemos que él ha castigado a su propio Hijo por nuestras culpas. Todo este terrible juicio fue concentrado sobre Jesús a fin de que nosotros pudiéramos ser perdonados y aparecer ante el Todopoderoso, Señor de los cielos: justos, perdonados y santos. Únicamente por medio de Jesús el ser humano podrá escapar del castigo divino. ¡Qué gran tesoro nos ha dado Dios mismo! Pero para todos los que insisten en hacer el mal y no se aferran al regalo del perdón que Dios nos dio mediante su Hijo, el juicio será eterno y total.

**<sup>17</sup> He aquí que yo despierto contra ellos a los medos,  
que no se ocuparán de la plata  
ni codiciarán oro.**

**<sup>18</sup> Con sus arcos derribarán a los jóvenes;  
no tendrán compasión del fruto del vientre  
ni su ojo perdonará a los hijos.**

**<sup>19</sup> Y Babilonia, hermosura de reinos,  
gloria y orgullo de los caldeos,**

**será como Sodoma y Gomorra,  
a las que trastornó Dios.**

**<sup>20</sup> Nunca más será habitada,  
ni se morará en ella de generación en generación;  
no levantará allí su tienda el árabe  
ni los pastores tendrán allí su majada,**

**<sup>21</sup> sino que dormirán allí las fieras del desierto  
y sus casas se llenarán de hurones;  
allí habitarán los avestruces  
y allí saltarán las cabras salvajes.**

**<sup>22</sup> En sus palacios aullarán las hienas  
y los chacales en sus casas de deleite.  
Su tiempo está a punto de llegar;  
no se prolongarán sus días.**

En la época de Isaías, los medos eran aliados de los babilonios en su lucha contra Asiria. Aquí Isaías anuncia que el juicio contra Babilonia será administrado por los medos, y cuando el juicio se efectúe no quedará nada de la futura gloria y belleza de Babilonia. Ésta última crecerá hasta convertirse en una urbe espléndida e imponente en su grandeza, pero nada habrá de quedar de sus tesoros y sus grandes riquezas. El juicio que Isaías anunció se cumplió, no de una vez sino durante el transcurso del tiempo. Cuando Alejandro Magno decidió reconstruir Babilonia, empleó a diez mil obreros para quitar los escombros de la base de uno de sus templos, pero sus esfuerzos nunca tuvieron éxito. Dios había reducido a ruinas a la que una vez fue una gran ciudad poderosa y orgullosa.

Tan cierto como el juicio que cayó sobre Babilonia, será el juicio que vendrá sobre toda la tierra.

**14** **Porque Jehová tendrá piedad de Jacob, de nuevo escogerá a Israel y lo hará reposar en su tierra. A ellos se unirán extranjeros, que se agregarán a la familia de Jacob. <sup>2</sup> Los pueblos los**



**tomarán y los llevarán a su lugar, y la casa de Israel los poseerá como siervos y criadas en la tierra de Jehová. Cautivarán así a los que los cautivaron y señorearán sobre los que los oprimieron.**

Dios les habla ley y evangelio a los seres humanos. La primera, con sus estrictas exigencias de absoluta perfección, anuncia su justo castigo sobre el pecado y el pecador. El segundo anuncia el amor de Dios por los impíos y el perdón que él mismo les da mediante los sufrimientos y la muerte de su propio Hijo. Tan: severa, terrible e inmisericorde, como la ley había sido en el capítulo anterior, así de: tierno, amoroso y misericordioso es el evangelio en estos versículos. Lo que se registra en estas palabras es un prelude del mensaje de la segunda parte de la profecía de Isaías, capítulos 40 a 66. El pasaje que examinamos es una parte de la revelación que Dios le dio a Isaías y tan cierta como las severas predicciones del capítulo anterior. Sobre estos versículos Lutero comentó lo siguiente: “Todas las cosas están dispuestas para la consolación de los piadosos. No hay aflicción en que pueda haber consuelo suficiente para el corazón humano, porque aunque las obras de Dios son grandes nosotros somos débiles. Así es que el profeta nos anima por medio de sus amenazas exhortatorias contra nuestros enemigos y mediante promesas y ejemplos no sea que caigamos en el desespero” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 138).

En tanto que los castigos que se anuncian en los capítulos anteriores procedían de Dios como respuesta al pecado, estas reconfortantes palabras vinieron de él debido a sus promesas. Después de la desobediencia de Adán y Eva, el Señor decidió hacerles un ofrecimiento de reconciliación, aunque antes les había advertido que merecían morir. No había nada en nuestros primeros padres que lo motivara a él a emitir esta primera esperanza del Mesías, pero por su inmerecido amor Dios decidió no aniquilarlos. En lugar de eso, prometió que la Simiente de la mujer aplastaría

la cabeza de la serpiente, hecho que en tiempos de Isaías aún no se había cumplido.

Desde la época de Adán y Eva, Dios fue cada vez más específico acerca del advenimiento del Mesías. Entre otras promesas, el Señor predijo que vendría de la tribu de Judá y específicamente de la casa de David. Pero la virgen todavía no había dado a luz a Emmanuel, como Isaías había predicho. Todos estos ofrecimientos fueron hechos, porque Dios quiso hacerlos y no porque el pueblo los mereciera. En lugar de asirse a ellos, Israel y Judá se habían apartado de su misericordioso Señor. Merecían el castigo y el juicio que iban a venir sobre ellos.

El camino que culminó con el nacimiento del Mesías fue largo y tortuoso; sin embargo, las promesas de Dios se iban a cumplir y él tendría compasión de su pueblo, pese a sus rebeliones e infidelidades. Tras el cautiverio en Babilonia, y después de la destrucción de la ciudad, el pueblo de Dios iba a regresar a Jerusalén para prepararse para la llegada del Salvador. Todo lo que Dios dijo que habría de suceder ciertamente iba a ocurrir. El regreso de Babilonia fue una de las últimas señales antes de la llegada del Mesías. Malaquías anunció la última de esas señales, que sería el mensajero (Malaquías 3:1) o el profeta Elías (4:5). Finalmente, Juan el Bautista iba a estar en la ribera del río Jordán y anunciaría: “He ahí el Cordero de Dios”.

Isaías, el vocero de Dios, le añadió una característica interesante a estas promesas: “A ellos se unirán extranjeros, y se agregarán a la familia de Jacob.” Dios trajo al Redentor al mundo a través del pueblo judío, pero no era su intención que sólo ellos fueran salvados. Mediante el Redentor, Dios planeaba extender su amor a todo el mundo. Cuando la promesa de Dios en Cristo obra la conversión de las naciones del mundo, éstas se unen a la casa de Jacob como Dios le había prometido a Abraham: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3). Esta profecía se estaba cumpliendo cuando Pablo y Bernabé fueron a Jerusalén y narraron que el Espíritu Santo estaba obrando entre los

gentiles (Hechos 15). De igual manera se cumple dondequiera que los gentiles o no judíos creen en Cristo Jesús. Todos los pueblos se hacen hijos de Dios: “por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26).

**<sup>3</sup> En el día en que Jehová te dé reposo de tu trabajo, de tus temores y de la dura servidumbre en que te hicieron servir, <sup>4</sup> pronunciarás este proverbio contra el rey de Babilonia y dirás:**

**«¡Cómo acabó el opresor!**

**¡Cómo ha acabado la ciudad codiciosa de oro!**

**<sup>5</sup> Quebrantó Jehová el bastón de los impíos,  
el cetro de los señores:**

**<sup>6</sup> el que hería a los pueblos con furor,  
con llaga permanente,  
el que se enseñoreaba de las naciones con ira  
y las perseguía con crueldad.**

**<sup>7</sup> Toda la tierra está en reposo y en paz.  
Se cantaron alabanzas.**

**<sup>8</sup> Aun los cipreses se regocijaron a causa de ti,  
y los cedros del Líbano,  
diciendo: “Desde que tú percaste,  
no ha subido cortador contra nosotros.”**

**<sup>9</sup> El seol abajo  
se espantó de ti;  
despertó a los muertos  
para que en tu venida salieran a recibirte;  
hizo levantar de sus sillas a todos los grandes de la tierra,  
a todos los reyes de las naciones.**

**<sup>10</sup> Todos ellos darán voces y te dirán:  
“¿Tú también te debilitaste como nosotros  
y llegaste a ser como nosotros?”**

**<sup>11</sup> Descendió al seol tu soberbia  
y el sonido de tus arpas;  
gusanos serán tu cama**

y gusanos te cubrirán.

<sup>12</sup> ¡Cómo caíste del cielo,  
Lucero, hijo de la mañana!  
Derribado fuiste a tierra,  
tú que debilitabas a las naciones.

<sup>13</sup> Tú que decías en tu corazón:  
“Subiré al cielo.  
En lo alto, junto a las estrellas de Dios,  
levantaré mi trono  
y en el monte del testimonio me sentaré,  
en los extremos del norte;

<sup>14</sup> sobre las alturas de las nubes subiré  
y seré semejante al Altísimo.”

<sup>15</sup> Mas tú derribado eres hasta el seol,  
a lo profundo de la fosa.

<sup>16</sup> Se inclinarán hacia ti los que te vean;  
te contemplarán, diciendo:

“¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra,  
que trastornaba los reinos,

<sup>17</sup> que puso el mundo como un desierto,  
que asoló sus ciudades,  
que a sus presos nunca les abrió la cárcel?”

<sup>18</sup> Todos los reyes de la tierra, todos ellos,  
yacen con honra  
cada uno en su última morada.

<sup>19</sup> Pero tú echado eres de tu sepulcro  
como un vástago abominable,  
como un vestido de muertos  
pasados a espada,  
que descendieron al fondo de la fosa,  
como un cadáver pisoteado.

<sup>20</sup> No serás contado con ellos en la sepultura,  
porque tú destruiste tu tierra,  
mataste a tu pueblo.

**No será nombrada por siempre  
la descendencia de los malignos.**

**<sup>21</sup> Preparad a sus hijos para el matadero  
por la maldad de sus padres;  
que no se levanten ni posean la tierra  
ni llenen de ciudades la faz del mundo.»**

**<sup>22</sup> «Porque yo me levantaré contra ellos»,  
dice Jehová de los ejércitos,  
«y raeré de Babilonia  
el nombre y el sobreviviente, hijo y nieto»,  
dice Jehová.**

**<sup>23</sup> «Y la convertiré en posesión de erizos  
y en tierra cenagosa.  
La barreré con escobas de destrucción»,  
dice Jehová.**

Isaías pone este canto en boca del pueblo rescatado de Dios, ellos ridiculizan a la que antes fuera la gran Babilonia. Es una manera impresionante de expresar el rescate total del pueblo de Dios. De acuerdo con la percepción divina del tiempo, Babilonia, la enemiga de Dios y de su pueblo, tuvo sólo un triunfo pasajero, e incluso éste le fue concedido por el Señor para sus propios fines. El Todopoderoso es Señor de las naciones y controla toda la historia. La gloria de Babilonia, las riquezas de su imperio, el orgullo y la arrogancia generados por su poder, todo esto y más, Isaías lo contrastó con el juicio de Dios. Él reducirá al rey de Babilonia, al representante de su imperio, a un cadáver: pisoteado, despedazado y amontonado. Así sucede con todos los enemigos del Todopoderoso. Que no se equivoque nadie, el Señor Todopoderoso respalda sus palabras. Isaías recalca tres veces esta profecía con la certeza del punto y aparte: “dice Jehová de los ejércitos”.

Entre las muchas características interesantes de este canto hay una que merece ser destacada. En el versículo 8, hasta los árboles

participan del regocijo que este canto expresa. Los cedros del Líbano constituían un valioso trofeo para los ejércitos invasores; tras cada conquista eran talados y exportados. Nabucodonosor llegó incluso a construir un camino para trasladarlos a su capital. Es una característica de Isaías incluir a los árboles regocijándose también (44:23; 55:12), y es una prueba más que apoya la posición de que lo escribió un solo autor, Isaías.

**24 Jehová de los ejércitos juró diciendo:**

**«Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado;  
se confirmará como lo he determinado:**

**25 quebrantaré al asirio en mi tierra  
y en mis montes lo pisotearé;  
su yugo será apartado de ellos  
y su carga será quitada de su hombro.**

**26 Éste es el plan acordado  
contra toda la tierra,  
y ésta es la mano extendida  
contra todas las naciones.»**

**27 Jehová de los ejércitos lo ha determinado,  
¿y quién lo impedirá?  
Y su mano extendida,  
¿quién la hará retroceder?**

Aquí nos encontramos con un pequeño apunte histórico sobre esta primera profecía . Estos versículos están relacionados con el futuro de Asiria, y no con el de Babilonia. ¿Por qué incluirlos aquí cuando esta profecía tiene que ver con Babilonia? En vida de Isaías, Asiria invadirá a Judá rodeándola con un gran ejército (ver capítulos 36–38); pero toda Jerusalén y Judá serán testigos de la humillante retirada del ejército asirio tras perder 185,000 soldados en una sola noche. La verdad de estas palabras proféticas acerca de Asiria subraya la misma certeza de las palabras que Dios le dio a Isaías acerca de Babilonia. Él había dicho que ambos oráculos

se iban a cumplir y que los habitantes de la ciudad podrían constatar la ejecución de la profecía hecha en cuanto a Asiria, para confirmar que el vaticinio acerca de Babilonia también se iba a cumplir. De hecho, aquí el Señor jura para disipar cualquier duda acerca de esos acontecimientos.

Una reflexión más nos debe reconfortar grandemente. La destrucción de Asiria y Babilonia verifican la veracidad de las otras palabras de Isaías, especialmente sus profecías acerca de la venida del Mesías, que también se cumplieron. Cristo nació tal como el profeta lo predijo. El cumplimiento de las profecías de Isaías acerca de Asiria y Babilonia es prueba para sus compatriotas de que todas sus profecías se cumplirán. Éstas, a su vez, son una afirmación de que Jesús vendrá por segunda vez a destruir para siempre a todos sus enemigos que no sólo se han opuesto a él sino que han afligido a su pueblo. En ese día del juicio final, el remanente fiel se regocijará por siempre en la liberación de Dios.

*La segunda profecía : Filistea*

**<sup>28</sup> El año en que murió el rey Acaz, vino esta profecía:**

**<sup>29</sup> No te alegres tú, toda Filistea,  
por haberse quebrado la vara del que te hería;  
porque de la raíz de la culebra//saldrá una víbora,  
y su fruto será una serpiente voladora.**

**<sup>30</sup> Los primogénitos de los pobres serán apacentados  
y los necesitados se acostarán confiados;  
mas yo haré morir de hambre tu raíz  
y destruiré lo que quede de ti.**

**<sup>31</sup> ¡Aúlla, puerta! ¡Clama, ciudad!  
¡Disuelta estás por entero, Filistea!,  
porque como un humo viene del norte,  
y ni uno solo faltará de sus filas.**

**<sup>32</sup> ¿Y qué se responderá a los mensajeros de las naciones?  
Que Jehová fundó a Sión  
y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo.**

Isaías fechó esta revelación de Dios en el año del fallecimiento de Acaz, siendo ésta la única de las profecías de esta sección que está fechado, lo cual es importante. El profeta acababa de predecir la destrucción de Asiria. Catorce años después de la muerte de Acaz, el ejército asirio marchará al sur y rodeará a Jerusalén, pero ante las puertas mismas de la ciudad sufrirá tremendas pérdidas a manos del Todopoderoso. A causa de ello los filisteos se regocijarán por el infortunio de Asiria pero Dios les advierte que no lo hagan porque un juicio todavía mayor vendrá sobre ellos.

Durante siglos Filistea fue constante enemiga de Israel y ocupaba cinco ciudades: Gaza, Ascalón, Asdod, Ecrón y Gat. Los filisteos, que se establecieron en la franja costera a lo largo del Mediterráneo y al suroeste de Jerusalén, fueron desde el principio un azote para el pueblo judío. Dios llamó a Sansón para librarlos de ellos y David mató a Goliat, el campeón del ejército filisteo. Aunque hubo ocasiones en las que estuvieron sujetos a Israel, nunca dejaron de ser vecinos agresivos y siempre que les era posible reafirmaban su independencia. Adoraban a: Dagón, Astarté y Belcebú. El pueblo de Dios mismo cayó víctima de algunas de sus prácticas idólatras. El Señor anunciaba aquí el juicio sobre los enemigos de su pueblo.

El capítulo concluye con la certeza de que el Señor respalda a Sión y que el pueblo de Dios estará seguro en ella. Dios la ha fundado y le ha dado maravillosas y misericordiosas promesas, cuyo cumplimiento nada podría impedir. Aunque estuviera rodeado y amenazado por el enemigo, puede encontrar refugio y consuelo en Sión. Por supuesto, esta promesa no habla de una ciudad geográfica a la que los escogidos de Dios se retiran buscando protección de los ejércitos del mundo. Sión es la iglesia donde el creyente encuentra refugio en la esperanza del Padre misericordioso y donde está seguro en su poderosa protección. Ni el mismo infierno prevalecerá contra ella (Mateo 16:18). El Salvador nos ha dado su palabra al respecto.



## 15 Profecía sobre Moab.

Isaías dirigió la primera de sus profecías contra Babilonia, situada al norte; la segunda, contra Filistea al oeste, y esta tercera contra Moab, situada al este. Cuando esta serie se finalice, Isaías habrá revelado el juicio contra los enemigos de Dios de los cuatro puntos cardenales. Esta profecía menciona varias de las ciudades de Moab y se concentra en los gritos de los moabitas gimiendo y llorando a causa del inesperado juicio que ocurre “de noche” (15:1).

La tierra de Moab está situada al este del mar Muerto y el origen de sus ciudadanos se remonta al hijo de Lot y la mayor de sus hijas (Génesis 19:30-38). Este pueblo adoraba a Quemós, aparentemente sobre los lugares altos, y su adoración pudo haber involucrado el sacrificio de niños a manera de ofrendas quemadas (2 Reyes 3:26,27). Sin embargo, Ruth era moabita. Por mandato de Dios, los israelitas no atacaron a este pueblo cuando se aproximaron a la Tierra Prometida luego de 40 años de vagar por el desierto. Dios no le iba a dar a Israel la tierra de Moab porque se la había dado por posesión a los descendientes de Lot (Deuteronomio 2:9). Pero sus habitantes se opusieron a los israelitas y contrataron a Balaam para que los maldijera (Números 22-24). Así mismo, se opusieron al pueblo de Dios en época de los jueces hasta que David los subyugó; y con todo eso, cada vez que tenían la oportunidad, se volvían contra el pueblo de Dios.

**Ciertamente, de noche fue destruida Ar de Moab,  
puesta en silencio.**

**Ciertamente, de noche fue destruida Kir de Moab,  
reducida a silencio.**

**<sup>2</sup>Subió a Bayit y a Dibón,  
lugares altos, a llorar;**

sobre Nebo y sobre Medeba  
aullará Moab;  
toda cabeza de ella será rapada  
y toda barba rasurada.

<sup>3</sup> Se vestirán de ropas ásperas en sus calles;  
en sus terrados y en sus plazas  
aullarán todos,  
deshechos en llanto.

<sup>4</sup> Hesbón y Eleale gritarán,  
hasta Jahaza se oirá su voz;  
por lo que aullarán los guerreros de Moab,  
se lamentará el alma de cada uno dentro de él.

<sup>5</sup> Mi corazón dará gritos por Moab;  
sus fugitivos huirán hasta Zoar,  
como novilla de tres años.

Por la cuesta de Luhit  
subirán llorando  
y por el camino de Horonaim  
darán gritos de quebranto.

<sup>6</sup> Las aguas de Nimrim  
serán consumidas  
y se secará la hierba,  
se marchitarán los retoños  
y todo verdor perecerá.

<sup>7</sup> Por tanto, las riquezas que hayan adquirido  
y las que hayan reservado,  
serán llevadas al torrente de los sauces.

<sup>8</sup> Porque el llanto rodeó  
los límites de Moab;  
hasta Eglaim llegó su alarido  
y hasta Beer-elim su clamor.

<sup>9</sup> Las aguas de Dimón se llenarán de sangre,  
porque yo traeré sobre Dimón males mayores:  
leones para los que escapen de Moab  
y para los sobrevivientes de la tierra.

La escena, gráficamente descrita por Isaías, resultaba espeluznante. Los moabitas, tratando de huir del repentino desastre, se dieron a la fuga. Cuando el juicio de Dios los golpeó, incluso los soldados armados daban gritos de dolor. Otros recogían lo que podían y huían despavoridos del peligro que avanzaba sobre ellos. Además de esto, la sequía marchitaba todo lo verde y con la matanza de Moab las aguas se convertían en sangre. Si alguien quedaba, el león atacaba a los que corrían. Lo único que se oía en la ciudad eran gemidos y lamentos.

**16** Enviad cordero al señor de la tierra,  
desde Sela del desierto  
al monte de la hija de Sión.  
**<sup>2</sup>** Y cual ave espantada  
que huye de su nido,  
así serán las hijas de Moab  
en los vados del Arnón.

Estas palabras parecen ser un consejo para los refugiados que quedaron en Moab. Durante su larga historia, este pueblo les había dado ovejas y cabras a Judá e Israel como tributo. Enviar corderos a la hija de Sión significa someterse una vez más y depender de Judá. ¿Por qué habría de ser esto un beneficio para los moabitas después de tan terrible juicio? El consejero parece decir que se vuelvan y sean subyugados a Judá; que se arrepientan y crean en el Señor. Si regresaban, podrían compartir la esperanza que se encuentra en todas las promesas de Dios respecto a esa nación y al Mesías venidero. Estarían bajo la protección del Dios de la gracia libre y fiel. Esta es una invitación a la fe y al arrepentimiento; y más aún para aquellos que son descritos como aves que van huyendo de su perseguidor.

**<sup>3</sup>** Prepara un plan,  
toma una decisión;  
extiende tu sombra como noche

**en medio del día;  
esconde a los desterrados,  
no entregues a los que andan errantes.  
4 Moren contigo  
mis desterrados, Moab;  
sé para ellos un escondedero  
de la presencia del devastador;  
porque el atormentador fenecerá,  
el devastador tendrá fin,  
el pisoteador desaparecerá del país.**

Una manera de comprender este capítulo es considerarlo como una conversación entre varias personas. Así que los primeros versículos (1 y 2) fueron dichos por el mismo Dios mediante el profeta o por éste último solamente. Una vez que Isaías aconsejó que se volvieran al Dios de Judá y que dependieran de él, los moabitas respondieron. Las palabras de esta sección son las que ellos pronunciaron en su fuga y van dirigidas al profeta o al pueblo de Judá. Los moabitas piden consejo, anhelando un alivio que se describe como una sombra; la imagen resulta vívida. Cuando el ardiente sol agobia a hombres y animales, la sombra es un gran alivio; si sólo a mediodía esta sombra fuese tan refrescante como la noche misma, todo estaría bien.

Es como si el consejo que el Señor les dio a través de su profeta fuese ignorado por completo. Los moabitas buscaron abrigo y refugio temporal, pero no mostraron interés en el arrepentimiento ni en la fe. Con el tiempo, el opresor desaparecería y quizás entonces ellos podían regresar a sus tierras y reasumir su vida. No parecía que desearan ayuda y salvación permanentes, sólo el alivio temporal de sus dificultades. El consejo que les fue dado en el primer versículo por Isaías acerca de refugiarse en Judá y poner sus esperanzas en las promesas del Señor parecía ser demasiado para Moab. Este consejo implicaba una conversión espiritual que Moab rechazó.

**<sup>5</sup> Se dispondrá el trono en misericordia  
y sobre él se sentará firmemente,  
en el tabernáculo de David,  
quien juzgue y busque el juicio  
y apresure la justicia.**

El quinto versículo proviene de nuevo de la boca del profeta, que respondió a la solicitud de consejo que hicieron los moabitas, y clarifica las implicaciones del primer versículo. Isaías les da su testimonio a los refugiados; sus palabras constituyen una hermosa confesión de fe en los ofrecimientos de Dios. El versículo es como una roca segura en medio del embravecido mar del juicio justo de Dios. El profeta y todos los creyentes están seguros en sus palabras e invitan a otros para que alcancen igual refugio y esperanza. Aparte de esta Roca no hay más que caos y castigo.

Este pequeño versículo combina cinco ideas muy importantes que son de especial interés para los creyentes. Estos pensamientos ofrecen en sí una rica promesa de esperanza y amor a todos los que son asediados por los problemas de la vida y amenazados por el castigo divino sobre el pecado.

- *Misericordia.* Dios prometió misericordia y benignidad hacia su pueblo, comprometiéndose mediante un pacto, o convenio, con ellos. Este es un trato del amor de Dios hacia su pueblo. Aunque el amor del pueblo hacia su Dios se puede enfriar, el juramento del Señor perdura y siempre es el mismo.
- *Fidelidad.* Dios es confiable e inalterable. Cuando él promete, es absolutamente fiel a lo prometido; su ofrecimiento es verdadero porque Jehová Dios es verdadero. Fuera de él no hay verdad. En el tumulto de la historia humana, el pueblo de Dios se ha aferrado con fe a sus promesas y se ha mantenido firme incluso cuando todos a su alrededor se agitan ante la incertidumbre.
- *La dinastía de David.* Dios había prometido que el

Mesías sería hijo de David. Allí donde la versión bíblica que se emplea originalmente en estos comentarios (la NVI) tiene la expresión “dinastía de David”, los textos hebreos originales emplean “[del] tabernáculo de David”. Dios se había ligado a él mucho antes de que este rey tuviera palacio o gloria. Recordemos que Dios lo escogió cuando David no era más que un simple pastor en Judá.

- *Juicio y justicia.* Estas palabras identifican la actividad del Mesías, quien llevaría a cabo todas las funciones de su reino. Para nosotros, “juicio” y “justicia” implican sólo una rama gubernamental; para los judíos, estos términos representaban todas las funciones del gobierno: el judicial, el legislativo y el ejecutivo. Este líder, el Mesías, gobernaría cada aspecto de su reino.

- *Rectitud.* La voluntad divina determina lo que es correcto y recto, es decir, lo que es justo. Dios es la norma absoluta. Jamás ningún ser humano puede ser justo de acuerdo a los mandamientos de Dios por sus esfuerzos de: pensamiento, palabra u obra, o por un registro acumulativo de todas estas cosas. Dios es el único justo. Sin embargo, en virtud de la obra de Aquel que vino de la casa de David, él declara a todos los humanos moralmente justos y rectos. Nuestro propio Padre celestial preparó la justificación para los pecadores. Él es quien justifica.

Fue así que el Señor, a través de su profeta, le aconsejó a Moab que se aferrara a sus maravillosos ofrecimientos de salvación. Estas promesas, que iban más allá del simple alivio de la opresión del momento, tenían como meta la liberación aún mayor del pecado y de la muerte que sólo Aquel que se iba a sentar en el trono de David podía ofrecer. Nosotros sabemos quién es: Cristo.

**6 Hemos oído de la soberbia de Moab;  
muy grandes son su soberbia,  
su arrogancia y su altivez;  
pero sus mentiras no serán firmes.**

**7 Por tanto, aullará Moab,  
todo Moab aullará.**

**En gran manera, abatidos, gemiréis  
por las tortas de uvas de Kir-hareset.**

**8 Porque los campos de Hesbón fueron talados,  
y las vides de Sibma.**

**Señores de naciones**

**pisotearon sus generosos sarmientos,  
que habían llegado hasta Jazer**

**y se habían extendido por el desierto.**

**Se extendieron sus plantas**

**hasta más allá del mar.**

Otro interlocutor inserta aquí un nuevo pensamiento. Pese a lo claro que había sido el testimonio de los primeros versículos, el Moab de los tiempos de Isaías iba a rechazar el consejo y el testimonio. El que habla repitió esta idea para enfatizar el orgullo de la ciudad que carecería de una fe humilde en el Señor de Israel y en sus promesas. En vez de eso: resistirían a Dios, lo rechazarían y persistirían tercamente en su incredulidad. ¿Qué alternativa le queda al Todopoderoso sino llevar a cabo el juicio con que los amenazó? Regresamos para encontrar a Moab lamentándose del castigo que Dios descargó sobre ella por su falta de arrepentimiento.

**9 Por lo cual lamentaré con el lloro de Jazer  
por la viña de Sibma;  
te regaré con mis lágrimas,  
Hesbón y Eleale,  
porque sobre tus cosechas y sobre tu vendimia  
caerá el grito de guerra.**

**<sup>10</sup> Quitado es el gozo y la alegría  
del campo fértil;  
en las viñas no cantarán  
ni se regocijarán;  
no pisará vino en los lagares el pisador;  
he hecho cesar el grito del lagarero.  
<sup>11</sup> Por tanto, mis entrañas  
vibrarán como un arpa por Moab,  
y mi corazón por Kir-hareset.**

Ahora es Isaías, el mensajero de Dios, quien habla. Haríamos bien en meditar en estos versículos donde quiera que leamos acerca del gran juicio de Dios sobre el mundo rebelde. El mensaje del profeta vino de Jehová quien no se complacía en la muerte y la destrucción que le infligía a Moab, así como nunca se complace en juzgar a los malvados. Al igual que Isaías, el profeta compasivo que lloró por Moab, Dios aquí lo secundaba. Su corazón se lamentaba por los moabitas y lloraba por el castigo que se acarreaban sobre ellos mismos. En Jesús tenemos un ejemplo de su compasión por aquellos que serán juzgados: él, mientras contemplaba el destino que le aguardaba a Jerusalén, dijo: “¡Jerusalén... ¡ Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (Lucas 13:34). ¡Cuánta ternura vive en el corazón del Salvador, pero a su vez cuánta exasperación ante la obstinada apostasía!

El corazón de Isaías se lamentaba por el juicio que tenía que anunciar aquí, y lo mismo hacía el corazón de Dios. Moab y Judá no eran sólo naciones vecinas, sino que también estaban emparentadas. Los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham. Dado que estaban unidos por este vínculo de sangre, Dios los había protegido cuando los israelitas salieron de Egipto para tomar posesión de la herencia que el Señor les había prometido (Deuteronomio 2:9). Posteriormente, Dios escogió a Rut, una moabita, para que fuese uno de los ancestros de David y, por lo tanto, de Cristo (Rut 4:13-22). Siempre hubo mucha tensión



entre las dos naciones. Ni Dios ni su profeta se complacían en el juicio que iba a caer sobre la reacia Moab.

**<sup>12</sup> Y cuando aparezca Moab  
cansado sobre los lugares altos,  
cuando venga a su santuario a orar,  
de nada le valdrá.**

Aquí aparece el motivo del juicio de Dios. Moab se había apartado de él y de sus promesas; había vuelto a la idolatría en los lugares altos. El comentario es triste; al igual que la Jerusalén de los tiempos de Cristo, Moab se negó a arrepentirse y volverse al Dios de gracia. El resultado fue el castigo, que es siempre la consecuencia de no querer aferrarse a Dios.

Este versículo es una advertencia para todos los que no se vuelven a Cristo. Isaías había apuntado claramente al Mesías, pero Moab había rechazado el evangelio y seguía atada a sus falsas prácticas religiosas. Todas las oraciones y las peregrinaciones a los lugares altos no le sirvieron para nada. El esfuerzo religioso de esa nación sirvió únicamente para agotarlos; habían fracasado en comprender al Dios de la gracia que nunca se siente motivado a amar a los seres humanos en virtud del fervor religioso que exhiban, sin importar lo sinceros o diligentes que sean. Dios ama a los humanos porque él es amor, nadie gana su amor porque sí; Dios le da voluntariamente y por pura gracia su amor al mundo, demostrándolo en Cristo. Fuera de él, todas las religiones son una pérdida de tiempo y de energía.

Lo triste de esta sentencia es lo cerca que estaba Moab de Judá, de quien era vecino y pariente. No obstante, el castigo fue severo y terrible; la cercanía no contó para nada. Como creyentes en Cristo, estamos cerca a muchos que no lo conocen; a personas maravillosas, familiares queridos, gente inteligente, amable y encantadora. Sin embargo, sin Cristo, también el juicio los espera a ellos. Nuestro corazón se duele por los que se resisten al mensaje de Dios y a nuestro testimonio. Bien hacemos en continuar sobre

la roca que es Cristo y asirnos a sus promesas, persistiendo en compartirlo por igual con conocidos y extraños. Esto es todo lo que podemos hacer; el resto está en las manos de Dios y su Espíritu.

**<sup>13</sup>Ésta es la palabra que pronunció Jehová sobre Moab desde aquel tiempo; <sup>14</sup>pero ahora Jehová ha hablado, diciendo:**

**«Dentro de tres años,  
como los años de un jornalero,  
será abatida la gloria de Moab,  
con toda su gran multitud.  
Y los sobrevivientes serán pocos,  
pequeños y débiles.»**

El Señor puntualiza esta profecía con una nota de absoluta certeza. Su juicio se iba a hacer realidad en tres años. Un siervo ligado por un contrato cuenta los días hasta que esté libre de las obligaciones que se estipulan en ese contrato; así también el juicio de Dios es seguro, aunque sobreviven dos notas de esperanza: primero, los tres años daban tiempo para el arrepentimiento antes de que el castigo divino cayera; y segundo, algunos iban a sobrevivir.

Hay quienes sugieren que antes de conquistar a Israel, los asirios llevaron a cabo una campaña contra los moabitas. Puede que no sepamos con exactitud cómo se cumplieron estas palabras; basta saber que son palabras de Dios y que él las cumplió incluso si no podemos probarlo con certeza.

## **17** Profecía sobre Damasco:

Ahora el Señor dirigió la atención de Isaías hacia el norte, hacia Damasco, la capital de Aram (actualmente Siria). Pero el juicio no es exclusivamente para los arameos sino que también incluye a Israel, o Efraín, que se había convertido en enemigo de Judá (vea 2 Reyes 16). En esta profecía vemos que el juicio divino comienza con Damasco al norte y se extiende hacia el sur para incluir a Israel. Al estudiar los próximos capítulos, veremos que el juicio es tan amenazante que Etiopía, una nación africana vecina, situada muy al sur, más allá de Egipto, envió embajadores a Jerusalén con la esperanza de que ésta pudiera detener el avance de la destrucción. A esos embajadores el profeta les ofrece una palabra de consuelo y los manda de regreso a casa con la seguridad de que Jehová controla todos estos sucesos. El capítulo que ahora examinamos mira hacia el norte.

**«He aquí que Damasco dejará de ser ciudad;  
será montón de ruinas.**

**<sup>2</sup> Las ciudades de Aroer están desamparadas;  
se convertirán en majadas  
y allí dormirán los rebaños sin que nadie los espante.**

**<sup>3</sup> Cesará la fortificación de Efraín  
y el reino de Damasco;  
y lo que quede de Siria  
será como la gloria de los hijos de Israel»,  
dice Jehová de los ejércitos.**

**<sup>4</sup> «En aquel tiempo menguará la gloria de Jacob  
y se enflaquecerá la gordura de su carne.**

**<sup>5</sup> Será como cuando el segador recoge la mies  
y con su brazo siega las espigas;  
será también como el que recoge espigas  
en el valle de Refaim.**

**6 Y quedarán en él rebuscos,  
como cuando sacuden el olivo;  
dos o tres frutos en la punta de la rama,  
cuatro o cinco//en sus ramas más fructíferas»,  
dice Jehová, Dios de Israel.**

Los asirios tomaron Damasco en el año 732 a.C., pero seguimos sabiendo de Damasco en nuestro mundo actual. La ciudad nunca fue destruida por completo pero sí cayó de la prominente posición que ostentaba en el mundo antiguo. Cuando las fuerzas del rey asirio Tiglat-Pileser tomaron la ciudad, deportaron a sus habitantes y le dieron muerte al rey arameo que la gobernaba.

El castigo que comenzó con Damasco se extendió al sur. Es muy probable que las ciudades de Aroer, al sur de Damasco y al este del Jordán, fueran enclaves arameas, lo cual ayudó a que la campaña asiria se desplazara hacia el sur y finalmente amenazara a Israel y a Samaria. En el año 722 a.C., diez años después de la caída de Damasco, Samaria fue subyugada e Israel fue hecho cautivo. Al avanzar, los asirios vencían toda oposición y de cada nación derrotada deportaban a lo más selecto de la población a distintas partes de su imperio; tal parecía que nadie era capaz de resistirles. Las cosas eran como las describió Isaías: los segadores cosechando lo mejor y dejando atrás sólo unos pocos.

**7 Aquel día mirará el hombre a su Hacedor;  
sus ojos contemplarán al Santo de Israel.**

**8 Ya no mirará a los altares  
que hicieron sus manos,  
ni mirará a lo que hicieron sus dedos,  
ni a los símbolos de Asera  
ni a las imágenes del sol.**

Precisamente antes de la sujeción de Samaria, ocurrió un interesante acontecimiento. Ezequías, rey de Judá, envió

mensajeros al pueblo de Israel invitándolos a volverse al Señor y a celebrar la Pascua en Jerusalén (2 Crónicas 30). La mayoría del pueblo del reino del Norte se burló de la invitación y ridiculizó a los emisarios, pero “algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron, y vinieron a Jerusalén” (versículo 11). En los días finales, antes de que las fuerzas asirias ejecutaran el juicio que Dios mismo había preparado para la rebelde Israel, una vez más el Señor demostró su amor.

Algunos, enfrentándose a tiempos difíciles, “mirará[n]... a su Hacedor; sus ojos contemplarán al Santo de Israel”. Eso todavía ocurre en nuestros días; cuando la tragedia nos golpea, algunos se arrepienten al comprender que es imposible escapar por ellos mismos del juicio de Dios ante el cual nada se puede hacer. Incluso las ideas religiosas de que dependieron se evaporan ante el castigo. Únicamente el Salvador perdura y a él se vuelven los arrepentidos.

Sin embargo, la reacción más frecuente ante el juicio de Dios es continuar obstinados en la incredulidad. El impío persiste en su rebeldía y se queja, diciendo: “¿Cómo puede Dios hacerme esto? Nunca podría creer en el Dios que hace cosas tan terribles y malvadas.” El incrédulo no logra entender la invitación divina que está implícita en el problema. Así fue y así será siempre. Recordemos que la misión de Isaías fue la de anunciar el juicio que Dios y también hablar maravillosas palabras de consuelo, pero Dios usó esas palabras para endurecer el corazón de su pueblo incrédulo y rebelde. Según las palabras de Dios, la misión de Isaías era sencilla: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:10).

**<sup>9</sup> Aquel día sus ciudades fortificadas  
serán como los frutos que quedan en los renuevos y en las  
ramas,**

**los cuales fueron dejados a causa de los hijos de Israel;  
y habrá desolación.**

**<sup>10</sup> Porque te olvidaste del Dios de tu salvación  
y no te acordaste de la roca de tu refugio.**

**Por eso, tu plantarás plantas hermosas,  
plantarás sarmiento extraño.**

**<sup>11</sup> El día que las plantes, las harás crecer,  
y harás que su simiente brote de mañana;  
pero la cosecha será arrebatada en el día de la angustia  
y del dolor desesperado.**

Isaías no dejó duda alguna sobre la razón del juicio que anunciaba. Sería la desolación total porque el mismo pueblo que Dios había apartado para él había olvidado todo lo que había hecho por él y le había vuelto la espalda.

El pueblo no percibía la determinación del juicio que había en la mente de Dios y por eso ellos continuaron con su rutina cotidiana, sin percatarse de la sentencia que se avecinaba y sin preocuparse por las advertencias que les hacía el profeta de Dios. En su sermón tocante a los últimos días, Jesús destacó el mismo fenómeno: “Pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre” (Mateo 24:38,39).

**<sup>12</sup> ¡Ay, esa multitud de pueblos  
que harán ruido como el estruendo del mar!  
¡Ay, ese bramar de naciones,  
que será como el bramido de muchas aguas!**

**<sup>13</sup> Los pueblos harán estrépito  
como el ruido de muchas aguas;  
pero Dios los reprenderá, y huirán lejos;  
delante del viento serán ahuyentados como el tamo de los  
montes,  
como el polvo delante del torbellino.**

**<sup>14</sup> Al tiempo de la tarde, he aquí el terror;  
pero antes de la mañana el enemigo ya no existe.  
Ésta es la parte de los que nos aplastan,  
la suerte de los que nos saquean.**

Ahora Isaías cambió su enfoque y describió la destrucción venidera. El profeta vio y escuchó un numeroso ejército que se acercaba con un ruido ensordecedor. El cuadro que nos dibuja se puede apreciar mejor si uno ha oído alguna vez desde lejos el estrépito que hace una multitud. El bullicio de un estadio lleno de personas que vitorean a su equipo se parece al bramido de las olas en el mar; pero aquí no hay nada que celebrar. Este fragor emana del ejército del juicio que está en marcha. Isaías lo identificó claramente y expresó su pesar: “¡Ay,...que...estruendo...!”

El castigo de Dios iba a venir sobre Damasco e Israel, pero todavía había esperanzas. El Señor Dios Todopoderoso continúa controlando estos sucesos. También los cielos se oscurecerán para Judá y para Jerusalén, y Asiria llegará incluso a sitiar a esta última, pero Dios librará a su pueblo en una sola noche. Al romper el alba, 185,000 soldados asirios van a estar muertos y Judá y Jerusalén estarán a salvo. “Al tiempo de la tarde, he aquí el terror; pero antes de la mañana el enemigo ya no existe. Ésta es la parte de los que nos aplastan, la suerte de los que nos saquean.” Este último versículo del capítulo nos ayuda a comprender el próximo episodio de esta profecía .

**18** ¡Ay de la tierra del zumbido de alas,  
la que está tras los ríos de Etiopía,  
<sup>2</sup> la que envía mensajeros por el mar,  
en naves de junco sobre las aguas!

El ruido que hacía el ejército asirio provocó tal temor que se extendió hasta el país de Cus, que estaba localizado al sur de Egipto; muchas veces se identifica esa área como Etiopía, aunque esa designación no es totalmente exacta. Isaías lo llamaba “la tierra del zumbido de alas”, lo que probable hacía pensando en el sonido que hacían las alas de las langostas que de vez en vez infestaban los campos. Esta nación africana del sur envió embajadores a Jerusalén en busca de aliados contra los asirios. Parece que acudían a Jerusalén pidiendo ayuda contra el avance enemigo.

**Id, mensajeros veloces,  
a la nación de elevada estatura y piel brillante,  
al pueblo siempre temible,  
de gente fuerte y conquistadora,  
cuya tierra es surcada por ríos.  
³ Vosotros, todos los moradores del mundo  
y habitantes de la tierra,  
cuando se levante bandera en los montes,  
mirad;  
y cuando se toque trompeta,  
escuchad,**

Aunque los eruditos disienten con respecto a los detalles de este capítulo, sí coinciden acerca de su propósito. El acuerdo general es que el capítulo les asegura a los etíopes que van a ser liberados por Dios. Pero una de las preguntas es: ¿quién dice esas palabras aquí? El autor de este comentario piensa que es Isaías, que ha escuchado el ruego de los embajadores africanos que han venido en busca de ayuda contra lo que consideran una implacable y poderosa destrucción a manos de los asirios. La respuesta del profeta es que regresen a su país. Les ordena: “Id, mensajeros veloces, a la nación de elevada estatura y piel brillante, decidle que Jehová libraré al mundo de los asirios y que todos verán la liberación,”

Casi cada lector hace una pausa al leer la descripción de este pueblo: altos, de piel brillante y muy poderoso. Herodoto, el historiador griego, describió a los etíopes de su época como “los más altos y hermosos del género humano”. Estos hombres eran muy diferentes de los judíos, y aún más de los asirios, una cultura separada por: raza, distancia y ambiente. Sin embargo ellos se iban a beneficiar de la liberación traída por Jehová.

**⁴ porque Jehová me dijo así:  
«Me estaré quieto y los miraré desde mi morada,  
como el sol claro después de la lluvia,**



**como la nube de rocío en el calor de la siega.**

**<sup>5</sup> Porque antes de la siega,  
cuando el fruto sea perfecto y pasada  
la flor, se maduren los frutos,  
entonces podará con podaderas las ramitas,  
y cortará y quitará las ramas.**

**<sup>6</sup> Y serán dejados  
todos para las aves de los montes  
y para las bestias de la tierra;  
sobre ellos tendrán el verano las aves,  
e invernarán todas las bestias de la tierra.»**

Isaías relató las razones del consejo que les dio a los embajadores visitantes. El profeta dependía de la palabra de Dios; con la promesa tan segura de Jehová, ni Etiopía (Cus) ni Jerusalén deberían temer. Sí, los asirios estaban concentrando sus fuerzas al norte e iban a destruir a Damasco e Israel, y ciertamente iban a rodear a Jerusalén y la iban a amenazar. Sin embargo, Dios promete: “Me estaré quieto y los miraré desde mi morada.” El Señor no actuó de inmediato, pero tampoco estaba ocioso e ignorante de la situación; simplemente ese no era el momento para actuar. Las tranquilas y poderosas palabras de Dios contrastan con el temor que había en los corazones del pueblo Etíope (Cus). Estos versículos expanden la idea del último versículo del capítulo anterior: “Al tiempo de la tarde, he aquí el terror; pero antes de la mañana el enemigo ya no existe.”

Aquí tenemos otra lección para el pueblo de Dios de todos los tiempos, que él siempre tiene el control de todo; la subida y caída de las naciones están en sus manos. Los ojos de los hombres a menudo se entristecen al contemplar el triunfo del mal, quizá hasta nos preguntemos dónde está Dios, pero el Todopoderoso está tranquilo y también permite que el mal sea un instrumento para sus propósitos divinos. Aunque la adversidad se arremoline alrededor de sus fieles, no puede pasar los límites por él establecidos. Cuando sea el tiempo de actuar, Dios lo hará con un

poder decisivo y hasta brutal. Siempre él protegerá a su pueblo y por eso no hay que temer, no importa cuál sea el peligro que percibamos con nuestros ojos físicos. Dios a todos nos sostiene en sus manos amorosas y todopoderosas. Todas las cosas obrarán para el bien de su pueblo. Él lo promete.

**<sup>7</sup> En aquel tiempo será traída ofrenda  
a Jehová de los ejércitos,  
de parte del pueblo de elevada estatura y piel brillante,  
del pueblo siempre temible,  
de gente fuerte y conquistadora,  
cuya tierra es surcada por ríos.  
Será traída al lugar del nombre de Jehová  
de los ejércitos, al monte Sión.**

Cuando finalmente Dios libró al mundo de amenaza de la agresión asiria, el pueblo de esta nación africana habría de estar entre los que traerían sus ofrendas al Señor Todopoderoso. Isaías dijo que los traerían al propio monte de Sión en Jerusalén. En 2 Crónicas leemos lo que sucedió cuando Dios libró a Jerusalén de Asiria: “Muchos trajeron entonces a Jerusalén ofrenda a Jehová, y ricos presentes a Ezequías, rey de Judá; el cual fue muy engrandecido delante de todas las naciones después de esto” (32:23).

*La quinta profecía : Egipto*

## **19** Profecía sobre Egipto.

Isaías había descrito el avance de los asirios desde el norte hacia el sur, lo que provocó miedo en sitios tan lejanos como Etiopía (Cus), vecino al sur de Egipto. Esa nación africana había enviado sus embajadores a Jerusalén, pero el profeta les aseguró que el Señor los iba a librar. En esta profecía , Isaías centró su

atención en Egipto. A medida que el vaticinio se desenvuelve, descubrimos una sorprendente promesa en relación con Egipto y Asiria: ambos iban a adorar al Señor junto con Israel, su pueblo escogido. Cuán portentosa resulta esta profecía en la que Isaías describe a los anteriores enemigos de su pueblo, ocupando un sitio junto a Israel y siendo contados entre los fieles de Dios.

**«He aquí que Jehová monta sobre una ligera nube  
y entrará en Egipto.  
Los ídolos de Egipto temblarán delante de él,  
y desfallecerá el corazón de los egipcios dentro de ellos.**

En este versículo, Isaías menciona varias veces a Egipto; ninguna otra nación estuvo tan entrelazada con la historia del pueblo de Dios. Abraham había ido a ese país por causa de una hambruna (Génesis 12:10-20). José fue vendido por sus hermanos a mercaderes que lo llevaron allí. Finalmente, Jacob y toda su familia fueron a vivir a Egipto, en donde se convirtieron en una gran nación, tal como Dios había prometido. Cuando los israelitas salieron de Egipto, el ejército del faraón los persiguió, pero el Señor destruyó a los perseguidores, protegiendo así a su pueblo. Egipto vuelve a entrar en la historia de Israel durante el reinado de Salomón, que hizo una alianza con el faraón al casarse con su hija, a la que además le construyó un palacio (1 Reyes 3:1; 9:24). Después de eso, con frecuencia Israel y Judá estuvieron combatiendo contra Egipto o buscando aliarse con él en contra de enemigos comunes. En el transcurso de este proceso, el pueblo de Dios desarrolló el hábito de depender de otras naciones, entre ellas Egipto, para su protección en lugar de volverse al Señor.

En el capítulo anterior, el Señor dijo: “Me estaré quieto y los miraré desde mi morada” (18:4). Ahora, por el contrario, está activo. Viene en una nube veloz para traer su juicio contra Egipto, lo que hace que ocurran dos cosas. Primero, hace que los ídolos, que nada son, oscilen en sus pedestales. Un fuerte viento proveniente de Jehová sacude: las piedras, el barro, el oro y la

madera que emplearon los forjadores para crearlos y hace que se tambaleen porque nada son. Segundo, los egipcios sienten temor. Al igual que muchos otros idólatras que se vuelven a sus dioses cuando el peligro les amenaza, ahora ven que sus estatuillas se tambalean ante el poder divino. Dios había sacudido el fundamento mismo de toda su confianza, y al despojarlos de sus creencias supersticiosas, los adoradores se quedaban sin nada que los pudiera fortalecer y proteger.

**<sup>2</sup> Levantaré a egipcios contra egipcios  
y cada uno peleará contra su hermano,  
cada uno contra su prójimo;  
ciudad contra ciudad  
y reino contra reino.**

**<sup>3</sup> El espíritu de Egipto se desvanecerá en medio de él,  
y destruiré sus planes.  
Entonces consultarán a sus imágenes, a sus hechiceros,  
a sus evocadores y a sus adivinos.**

**<sup>4</sup> Entregaré a Egipto  
en manos de un amo duro,  
y un rey violento se enseñoreará de ellos»,  
dice el Señor, Jehová de los ejércitos.**

El temor que apretaba el corazón de los egipcios los dividió en una guerra civil que los iba a enfrentar entre ellos. Algunos han sugerido que esto describe la guerra civil que tuvo lugar en Egipto alrededor del año 695 a.C., pero debemos tener cuidado y no tratar de buscar incidentes históricos precisos que parezcan cumplir estas profecías. La intención de Isaías es mostrar la obra de Dios al traer el juicio sobre ese país. Cuando volvemos la atención a la historia del mundo, perdemos de vista al Señor y su obra. Con frecuencia es difícil limitar estos juicios a un incidente en particular. Mejor es considerarlos como un cuadro general de inestabilidad política que se produjo por la intervención del juicio del Dios Todopoderoso.

Sin embargo, los egipcios persistieron en depender de lo oculto y de sus ídolos para obtener ayuda espiritual. Aunque nada puede detener el juicio divino que se aproxima, la incredulidad no suelta su dominio sobre el corazón, sino que constriñe con más fuerza, apretándolos aún más. El Señor extiende su sentencia entregando a los egipcios a “un amo duro” que “se enseñoreará de ellos”. En este castigo, él sigue la misma norma que usó cuando Israel se apartó de él en tiempos de los jueces. Allí leemos repetidamente: “Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, por lo cual Jehová fortaleció [a una nación extranjera] contra Israel” (Jueces 3:12). Este juicio es veraz porque así lo ha declarado *el Señor; Jehová de los ejércitos*. Los nombres que se emplean aquí para Dios puntualizan la finalidad y certeza de la profecía. El Dios de la gracia fiel y libre es también el Señor, Amo soberano del universo.

**<sup>5</sup> Las aguas del mar faltarán,  
y el río se agotará y se secará.**

**<sup>6</sup> Se alejarán los ríos,  
se agotarán y secarán las zanjas;  
la caña y el junco serán cortados.**

**<sup>7</sup> Las praderas junto al río,  
junto a las riberas del río,  
y toda sementera del río se secarán,  
se perderán y no serán más.**

**<sup>8</sup> Los pescadores también se entristecerán;  
harán duelo todos los que al río arrojan el anzuelo,  
y desfallecerán los que lanzan la red sobre las aguas.**

**<sup>9</sup> Los que trabajan el lino fino  
y los que tejen redes serán confundidos,**

**<sup>10</sup> porque todas sus redes serán rotas,  
y se afligirán todos los que hacen viveros para peces.**

El río Nilo es vital para la economía egipcia; cuando algo sucede en él, todos los habitantes del país sufren. Isaías describió

la reacción en cadena de esa penuria económica: el Nilo se seca, las cañas se marchitan, las tierras irrigadas a lo largo de sus riberas se secan y se vuelven campos yermos; los pescadores ya no pueden ganarse la vida en sus aguas y los tejedores que dependen del lino y del algodón se quedan sin materia prima para trabajar. Una vez desaparecida la prosperidad, el Señor doblegará la economía egipcia, lo cual nos hace recordar que estos asuntos también están bajo su control. Él no es solamente Jehová de los ejércitos y de la historia, sino también el que según sus propósitos reparte tanto prosperidad como pobreza a la gente.

**<sup>11</sup> Ciertamente son necios los príncipes de Zoán;  
los planes de los prudentes consejeros del faraón  
se han desvanecido.**

**¿Cómo diréis al faraón: «Yo soy hijo de los sabios  
e hijo de los reyes antiguos»?**

**<sup>12</sup> ¿Dónde están ahora tus sabios?**

**Que te digan ahora, que te hagan saber  
qué es lo que Jehová de los ejércitos  
ha determinado sobre Egipto.**

**<sup>13</sup> Se han desvanecido los príncipes de Zoán,  
se han engañado los príncipes de Menfis;  
engañaron a Egipto  
los que son la piedra angular de sus familias.**

**<sup>14</sup> Jehová mezcló un espíritu de vértigo  
en medio de él,  
y extraviaron a Egipto en toda su obra,  
como tambalea el ebrio cuando vomita.**

**<sup>15</sup> Y no aprovechará a Egipto  
cosa que haga la cabeza o la cola,  
la rama o el junco.**

¡Hasta qué grado llega la incredulidad! Los necios se niegan a creer que el juicio de Dios sucederá, y cuando así pasa, buscan ayuda en sus propios ardides y planes. Aquí vemos a los egipcios

volviéndose a sus funcionarios en busca de alguna estrategia o de algún programa que pueda cambiar la situación. Zoán y Menfis eran dos de las principales ciudades de Egipto en donde residían los más destacados consejeros sacerdotales. Estos guías del faraón podrían haber tenido una larga historia de sabia asesoría, pero nada sale nunca bien a menos que Dios así lo determine. En el juicio anunciado por Isaías, el Todopoderoso había retirado su bendición de Egipto y todo lo que sus sabios y más competentes consejeros sugerían no podría ser más que necesidad.

Cuando Isaías dice que “engañaron a Egipto los que son la piedra angular de sus familias”, está diciendo que los cimientos mismos de su sociedad son incapaces de ayudar al país. El caos que resulta del castigo divino afecta a todos los componentes de la vida egipcia. Ni cabeza, ni cola, ni palmera, ni junco aportan ayuda alguna. Egipto es impotente ante el Señor, el Dios del pacto de Israel. No podemos olvidar la fuente de todos los problemas es el Dios del pacto de Israel; los acontecimientos de este mundo no son cosas que ocurran porque sí; todo sucede porque el Señor lo ha decretado.

**<sup>16</sup> En aquel día los egipcios serán como mujeres, porque temblarán llenos de miedo ante la presencia de la mano amenazante de Jehová de los ejércitos, que él levantará contra ellos. <sup>17</sup> Y la tierra de Judá será un espanto para Egipto; todo hombre que de ella se acuerde, temerá por causa del plan que Jehová de los ejércitos preparó contra él.**

La poesía de esta profecía se detiene al concluir el versículo 15, quizás porque estos dos versículos nos preparan para la siguiente bendición profética. Isaías se refiere al juicio del Señor quien aún tenía su mano extendida contra Egipto, pero ahora parece que los egipcios se dan cuenta del origen de sus dificultades. La simple mención de Judá les causa terror; algo parecido al terror que los judíos les produjeron en tiempos del éxodo cuando las plagas devastaron al país hasta el punto que “los

egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra” (Éxodo 12:33).

**<sup>18</sup> En aquel tiempo habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablen la lengua de Canaán y que juren por Jehová de los ejércitos; una será llamada la ciudad de Herez.**

**<sup>19</sup> En aquel tiempo habrá un altar para Jehová en medio de la tierra de Egipto y un monumento a Jehová junto a su frontera. <sup>20</sup> Será por señal y por testimonio a Jehová de los ejércitos en la tierra de Egipto, porque clamarán a Jehová a causa de sus opresores, y él les enviará un salvador y defensor que los libre. <sup>21</sup> Jehová se dará a conocer a Egipto, y los de Egipto conocerán a Jehová en aquel día. Harán sacrificio y oblación; harán votos a Jehová y los cumplirán. <sup>22</sup> Y herirá Jehová a Egipto: lo herirá y lo sanará. Ellos se convertirán a Jehová y él les será clemente y los sanará.**

Algunos eruditos con su crítica negativa han puesto en duda si fue Isaías quien escribió los versículos finales de este capítulo. Es evidente que estos pasajes bíblicos se apartan dramáticamente de la primera parte del capítulo en cuestión, pero el cambio de idea no resulta difícil de seguir. Isaías anunció el juicio de Dios sobre la incredulidad de los egipcios; ese juicio haría que algunos se volvieran al Señor, mientras que otros iban a permanecer impenitentes. Habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que “juren por Jehová de los ejércitos”. ¿Por qué cinco? En comparación con todas las ciudades de Egipto, este es un número que representa sólo una pequeña parte de todo el país. Inspirado por el Espíritu Santo, Isaías vio la conversión de algunos de sus habitantes y vuelve su atención a ellos, los reconforta y los consuela, demostrando así el poder de Dios y su Palabra.

Intrigados, nos podríamos preguntar por qué una de esas ciudades es llamada “ciudad de destrucción” [ciudad de Herez, en nuestra versión]. Pese a las muchas interpretaciones que existen, no tenemos una respuesta clara a esta pregunta. El manuscrito de



Isaías que se encontró entre los rollos del mar Muerto dice “ciudad del sol”, que pudiera ser Heliópolis, una de las destacadas ciudades antiguas de Egipto. Quizás la inclusión de este nombre nos indica que la ciudad que estuvo una vez dedicada a Ra, el dios egipcio del sol, cambiará y será dedicada a Jehová. Esto ilustraría la conversión de algunos egipcios. Por otra parte, si la ciudad fuera llamada “ciudad de destrucción”, podría implicar que todos los ídolos y todos sus adoradores serían destruidos. En cualquiera de los casos, el pasaje nos lleva a enfocarnos en la conversión al Señor de algunos egipcios.

Esta conversión será sincera y auténtica; la fe de ellos se demostrará en acciones. Isaías nos dice que en Egipto se dedicará un altar al Dios de la Biblia, a Jehová, nombre reservado al Dios de la gracia fiel y gratuita, al Dios del pacto, al YO SOY de Éxodo capítulo 3. Además, una columna dedicada al Señor ilustra la presencia de conversos del Dios verdadero. El monumento atestigua el hecho de que Jehová ha extendido su gracia más allá de las fronteras de Israel y ha demarcado a Egipto como su nuevo territorio.

Según el historiador judío Josefo, el sumo sacerdote judío Onías IV huyó de Jerusalén y fue ante el faraón solicitándole que construyera en Egipto un templo similar al de Jerusalén. Lo construyó, aunque muy diferente al de Jerusalén. Éste era más parecido a un castillo y permaneció en pie por unos doscientos años, desde el año 160 a.C. al año 71 d.C. Aunque esta nota histórica es muy interesante, más lo es el hecho de que incluso antes de la época de Cristo ya Egipto tenía una sustancial minoría judía. Quizás en fecha tan temprana como el año 250 a.C. la comunidad judía de Alejandría en Egipto hizo la traducción del Antiguo Testamento al griego, traducción que conocemos como la Septuaginta. Después de Cristo, el cristianismo se diseminó a Egipto y al norte de África, donde posteriormente la difusión del Islam borró mucha de esa historia del cristianismo occidental, aunque los creyentes de esas regiones contribuyeron en gran manera a la iglesia cristiana de los primeros tiempos. La

persistencia de la iglesia copta, una iglesia cristiana en Egipto, constituye un monumento tanto al poder del evangelio como a la certeza y confiabilidad de la profecía de Isaías.

Aunque estos pormenores son muy interesantes no nos vamos a distraer por ellos. Isaías nos dice que los egipcios se convertirán y adorarán al Dios de Israel. En virtud de que estos creyentes egipcios han venido al Señor, serán tratados de igual manera que el mismo pueblo escogido de Dios. Aquí notamos tres cosas. La primera es que cuando estos creyentes sean oprimidos, el Señor los libraré, tal como envió la liberación a su pueblo en la época de los jueces y después. La segunda es que estos creyentes adorarán al Señor de la misma manera que los demás fieles. Él se revelará en su Palabra y el Espíritu Santo creará y alentará en ellos la fe que se mostrará en la adoración y en las ofrendas que le traerán al Señor. La tercera es que así como todos los creyentes necesitarán la disciplina divina, Isaías profetiza que Dios los herirá al enviar dificultades para corregirlos y entrenarlos. Cuando se arrepientan, él los sanará.

Estas tres cosas caracterizan la vida de todos los que se vuelven a Dios en busca de ayuda en sus desgracias y dificultades; los fieles adoran al Señor y reciben la disciplina del Padre celestial. Tal como ha tratado a su pueblo escogido así tratará Jehová a los conversos de Egipto. Como ha hecho con nosotros, y con todos los creyentes de hoy, lo hará también con los que vendrán después de nosotros.

**<sup>23</sup> En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto hasta Asiria, y entrarán asirios en Egipto y egipcios en Asiria; y los egipcios y los asirios servirán juntos a Jehová.**

**<sup>24</sup> En aquel tiempo, Israel será tercero con Egipto y con Asiria, para bendición en medio de la tierra, <sup>25</sup> porque Jehová de los ejércitos los bendecirá diciendo: «Bendito sea Egipto, pueblo mío; y Asiria, obra de mis manos; e Israel, mi heredad».**

Isaías escribe aquí acerca de un camino futuro. Teniendo en cuenta que Egipto y Asiria eran las civilizaciones predominantes del Medio Oriente, podríamos esperar que una vía las conectara. Ambos países eran rivales, enfrascados en una desesperada lucha por el control y por sobrevivir. En la antigüedad, cada vez que Egipto o Asiria se acercaban, era por razón bélica. Sus ejércitos iban y venían en una dirección u otra y la existencia de una carretera sólo habría acelerado el conflicto. Pero la vía que Isaías ve y escribe no es para la guerra sino para la adoración. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo puede ser que tan insólito camino exista? La respuesta resulta también increíble. Ambas naciones se convertirán al Señor; se acercarán una a la otra en paz y adorarán unidas en Asiria y en Egipto.

No debemos esperar que equipos modernos de construcción vial construyan ahora o en el futuro una carretera física; ni debemos pretender que la misma aparezca como resultado de los esfuerzos arqueológicos en el Medio Oriente. Recordemos que este camino existe para la *adoración* y no fue construida para facilitar el intercambio comercial y ni siquiera para beneficiar algún plan de paz. En lugar de ello, lo que hacen estas palabras es pintarnos un cuadro espiritual del triunfo del evangelio. Las dos naciones representan a todos los gentiles. Más allá de las fronteras de Palestina, del sur y del norte, los creyentes de otras naciones se volverán al Dios Todopoderoso y creerán en él.

Estos tres versículos centellean con la promesa de la iglesia del Nuevo Testamento. Pensemos en Pentecostés, cuando “partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes” oyeron el evangelio (Hechos 2:9-11).

El brillo de estos tres versículos aumenta cuando nos damos cuenta de que estas naciones están a la par con Israel. Dios mismo las bendecirá y llama a Egipto “pueblo mío”, término que con tanta frecuencia tiene un significado especial para Israel y que ahora se

aplica a Egipto, su enemigo de muchos años. El Señor dijo que Asiria era “obra de mis manos”, otra designación muy especial que se aplica muchas veces a Israel, a quien también llamó cariñosamente “mi heredad”. Estamos tan acostumbrados a ver estos apelativos aplicados a Israel que nos asombra se usen para los enemigos tradicionales de la nación judía.

Algo ha cambiado. El evangelio ha obrado en otros aparte del pueblo escogido. Personas de todas las naciones se han hecho discípulos, e independientemente de la raza, han venido a ser “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9). Lutero comenta: “Este es...un pasaje muy claro, prueba de que los judíos serán iguales a los gentiles y viceversa. Por lo tanto, abolida la ley, el evangelio concerniente a la gracia de Cristo será predicado al corazón tanto de gentiles como de judíos, ‘y habrá un rebaño, y un pastor’” (Juan 10:16). (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 167).

**20** En el año en que vino el jefe de los ejércitos a Asdod, cuando lo envió Sargón, rey de Asiria, y peleó contra Asdod y la tomó, <sup>2</sup> en aquel tiempo habló Jehová por medio de Isaías hijo de Amoz, diciendo: «Ve, quita la ropa áspera de tus caderas y descalza las sandalias de tus pies.» Y lo hizo así, andando desnudo y descalzo.

Las primeras palabras de este capítulo nos remontan al mundo real del pecado y de la muerte. La gloriosa promesa que se da al final del último capítulo habría de cumplirse en el futuro, cosa que Isaías ha señalado en cuatro ocasiones mediante la frase “en aquel tiempo” (19:18,19,23,24) y dos veces “en aquel día” (19:16,21). Aunque el futuro iba a traer grandes bendiciones, el mundo en el que vivió Isaías no fue el tiempo en que Asiria hubiera marchado pacíficamente a Egipto para adorar allí al Señor. El primer versículo de este capítulo proclama la realidad de que “el jefe de los ejércitos [comandante en jefe según la NVI]... peleó contra

Asdod y la tomó”. En la época de Isaías, el camino entre Egipto y Asiria servía sólo para la guerra.

Asdod estaba en tierra filisteas, en la planicie costera al sur de Jerusalén y a unos 56 km de esa ciudad. Era en aquellos momentos, junto con otras ciudades filisteas, el centro de una revuelta contra Asiria por el año 713 a.C. Egipto apoyaba la rebelión de las ciudades filisteas, porque esas ciudades constituían una barrera ante Asiria. Pero el rey asirio Sargón envió al comandante en jefe de su ejército para que sofocara la insurrección y fortaleciera la invasión asiria. Eliminada Asdod, ya nada se interponía entre Asiria y Egipto. El mundo conocido estaba lleno: de miedo, de sangre, de vergüenza y de dolor.

En medio de este mundo de problemas, Jehová le dio a su profeta instrucciones poco comunes: que su profeta se quitara el manto que lo cubría y las sandalias, y que durante tres años llevara a cabo sus actividades cotidianas sin ellos. Esto no significa que Isaías estuviese totalmente desnudo durante tres años; al quitarse el manto de cilicio, se quedaba en ropa interior que podía ser una túnica o quizás un taparrabo. Nadie podría aparecer en público vestido de esa manera ya que era vergonzoso; ese atuendo podría ser el de un hombre asaltado o caído en la desgracia. Isaías pudo haber tenido la apariencia de un limosnero o de un prisionero de guerra. La impresión que el profeta causó entre el pueblo se pudiera comparar a la que causaría cualquiera de nosotros que fuese en ropa interior al trabajo o de compras.

El profeta Isaías obedeció al Señor, no cuestionó al Señor a quien nunca es vergonzoso obedecer. Dios tenía un propósito para la extraña apariencia del profeta, que sencillamente se sometió a la voluntad divina; él no consideró tan importante la reacción de sus conciudadanos como el someterse al Santo de Israel. Con ello, el hijo de Amoz nos está dando una lección a todos. Siempre es mejor acatar al Señor que someterse a las presiones de la sociedad. No importa lo que pueda pensar el mundo de nosotros como cristianos, el ejemplo de este hombre de Dios nos enseña que debemos dejar que nuestra luz brille de tal manera que se sepa que

le pertenecemos al Señor y que queremos hacer su voluntad sin importar lo que cueste.

**<sup>3</sup> Y dijo Jehová: «De la manera que anduvo mi siervo Isaías desnudo y descalzo tres años, como señal y pronóstico sobre Egipto y sobre Etiopía, <sup>4</sup> así llevará el rey de Asiria a los cautivos de Egipto y a los deportados de Etiopía; a jóvenes y a ancianos, desnudos, descalzos y descubiertas las nalgas para vergüenza de Egipto. <sup>5</sup> Y se turbarán y avergonzarán de Etiopía, su esperanza, y de Egipto, su gloria. <sup>6</sup> Y dirá en aquel día el morador de esta costa: “¡Mirad qué fue de nuestra esperanza, a la que nos acogimos buscando socorro para librarnos de la presencia del rey de Asiria! Y ahora, ¿cómo escaparemos nosotros?”»**

Dios se aseguró que todos cuantos vieran a Isaías comprendieran la lección que proclamó durante los tres años que anduvo semidesnudo; y para que no hubiera malos entendidos, añadió palabras a las acciones visibles. Al vestirse como un prisionero de guerra, el profeta constituía una señal de la caída venidera de Egipto y un augurio contra los dos: Etiopía (Cus) y Egipto mismo. Un presagio es una señal de un suceso futuro, el cual en este caso ya estaba en marcha y que Dios iba a cumplir. Los asirios vendrán y terminarán lo que habían comenzado en Asdod. Las naciones africanas antes mencionadas serán hechas prisioneras y deportadas. Nadie escapará, ni joven ni viejo.

¿Qué tiene esto que ver con Jerusalén y con aquellos que durante tres años vieron a Isaías “desnudo y descalzo”? Hubo muchos en esa ciudad que pensaron que Egipto los iba a salvar siempre y cuando Asiria invadiera con sus ejércitos a Judá (hay más referencias a la alianza de Judá con Egipto en la primera parte de los capítulos 30 y 31). Ellos confiaban en el poder de Egipto para protegerlos. El Señor ya le había advertido a su pueblo que los iba a despojar de esa vana esperanza. En los planes de Dios, Egipto era absolutamente nulo; sus esfuerzos políticos y militares

no iban a proteger a Jerusalén. Únicamente el Señor podía hacerlo, pero su pueblo lo había abandonado y no confiaba en él. El Señor les hacía aquí un amoroso llamado para que se apoyaran en su poder y su gracia, y para que desecharan la idea de que otros podrían protegerlos y ayudarlos.

Cuando Asiria invadió a Judá, el jefe de sus tropas desafió a Jerusalén echando por tierra la esperanza que tenía Judá de recibir ayuda al decir: “He aquí que confías en ese bastón de caña astillada, en Egipto, en el cual si alguien se apoya, se le clavará en la mano y se la atravesará. Tal es faraón, rey de Egipto, para con todos los que en él confían” (36:6). Incluso cuando los asirios oyeron que el faraón marchaba contra ellos, no les importó. Los egipcios no constituían ninguna amenaza. ¿Si Egipto no podía auxiliar a Judá, quién podría hacerlo? El Señor tenía la respuesta. En una noche, y a las puertas mismas de Jerusalén, destruyó al ejército enemigo. Bastante antes de que estos hechos tuvieran lugar, con las palabras y las acciones de Isaías Dios llamó a su pueblo al arrepentimiento.

¿Tuvo éxito el llamado que le hizo Dios a su pueblo? Los sucesos posteriores indican que los esfuerzos por conducir al pueblo a la contrición no sirvieron de nada. Las palabras de la gente, que se registran en el último versículo de este capítulo, revelan una falta total de fe en Dios. Isaías anunciaba otra vez un “aquel día”, pero éste día era diferente del día de las promesas anunciado al final del capítulo anterior. El de ahora es un día de vergüenza para Egipto. Lo dicho por el profeta revela que el pueblo judío pensaba sólo en términos: del mundo de la política, del poderío militar y de la diplomacia. Las palabras del pueblo dejan al descubierto una gran incredulidad: en ellas no se distingue ningún deseo de: oración, ni de arrepentimiento o de esperanza en el Señor.

El capítulo concluye con una pregunta vacía y abrupta. A ninguno de los pobladores siquiera se le ocurre volverse al Señor en busca de ayuda. Para ellos, Jehová se había vuelto incapaz e inútil, quizás no fuera más que un concepto insustancial reservado para sus sábados. Sus alianzas políticas parecían ofrecerles ayuda

práctica y real en sus temores y problemas; no veían nada que fuese más allá del mundo en el que vivían. En muchos sentidos, esa gente era como Acáz, que no podía concebir que alguna ayuda pudiera provenir del Dios del pacto. Cuando Isaías lo exhortó para que pidiera una señal, Acáz lo rechazó (7:10-12).

Pero en otro aspecto, la misión de tres años de Isaías tuvo éxito. Mediante ella, Dios alertó a su pueblo, pero por desgracia no escucharon. En vez de prestarle atención al mensaje, la gente se hizo más indiferente y endurecida hacia el Señor y su profeta; el juicio venidero se hizo más real a medida que el pueblo se volvía incapaz de arrepentirse. Esta era la misión que Dios le había encomendado al profeta cuando dijo: “Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:10). Mientras anduvo vestido como un preso de guerra por cerca de tres años, Isaías predicó un mensaje de admonición a la vez que llamaba al pueblo al arrepentimiento. Cuando se negaron a escuchar, confirmaron la apostasía y el endurecimiento de sus corazones ante el mensaje de Dios. El juicio se hizo ineludible.

Aquellos que dependían de la ayuda de Egipto descubrieron demasiado tarde cuan vanas eran sus esperanzas. Este país demostró que no era de ninguna ayuda, ni para Filistea ni para Judá. La última pregunta de este capítulo expresa la desilusión que embargaba a dichos países. Los incrédulos no pueden ver más allá de esta abrupta expresión de desesperanza. En cambio los creyentes dan un paso vital más allá y buscan la ayuda del Señor, ya sea para un problema: personal, local, nacional o internacional. El Señor es el Dios de la gracia, dispuesto a ayudar en todas nuestras dificultades. Cuando confiamos en él nunca terminamos con las palabras que tuvieron que decir aquellos incrédulos: “¿Cómo escaparemos nosotros?” Como creyentes, sabemos que nuestro gran Dios tiene maneras de ayudarnos que sobrepasan nuestra imaginación.



## **21** Profecía sobre el desierto del mar:

**Como un torbellino del Neguev,  
así viene del desierto,  
de la tierra horrenda.**

Isaías dijo que esta profecía era “sobre el desierto del mar”. Comparada con las profecías anteriores, este título resulta diferente. El profeta vinculó esas profecías con las naciones que rodeaban a Judá y a Israel: Babilonia (13:1), Filistea (14:28,29), Moab (15:1), Damasco (17:1) y Egipto (19:1). Esta sección comienza de manera diferente, pero al avanzar en la lectura, nos damos cuenta de que la predicción del versículo 9 anuncia la caída de la gran ciudad: “¡Cayó, cayó Babilonia...!”), lo cual Isaías no dice claramente en el encabezado. En vez de eso, ocultó en un lenguaje vago y enigmático no sólo el tema de su visión sino mucho de lo revelado.

Por medio de estas descripciones e introducciones poco comunes, Isaías unificó esta profecía con las tres que siguen. Aunque las profecías son difíciles de entender y el hebreo en que se expresan también es difícil, en el lenguaje original de estas secciones hay gran belleza y maestría. Es lamentable que resulte imposible traducir a otro idioma muchos de estos atributos, y por lo tanto, los lectores de habla hispana se ven privados de apreciar sus significados precisos.

Dado el carácter de esta sección de la profecía, no todos los comentaristas concuerdan en cuanto a su interpretación. La profecía es de por sí difícil, pero cada lector debe comprender que tan ciertamente como Dios mismo le dio a Isaías estas palabras también le dio los pasajes más fáciles. El profeta deja eso en claro en esta profecía como ya lo ha hecho y continuará haciéndolo a través de todas sus predicciones. Porque éstas son ni más ni menos

las palabras de Dios, también en ellas nosotros podemos encontrar consuelo e instrucción.

Al usar el encabezado “desierto del mar”, Isaías indica que estas cuatro profecías están unidas y nos alienta a mirar con cuidado a sus aspectos específicos con el entendimiento de que habrá alguna ambigüedad. Cuando dejamos de ver los detalles para centrarnos en el cuadro total como una profecía, y no como una realidad histórica o narrativa, el mensaje de Isaías se nos hace claro. En su profecía, Isaías dibuja el cuadro de la historia de su pueblo; el profeta no sólo vio el pasado, también vio el futuro. Evidentemente, él sabía que en el pasado Dios ya había liberado a su pueblo de Egipto, pero también vio la destrucción de Jerusalén a manos de los babilonios y la posterior caída de la ciudad antes de que esos hechos ocurrieran. A menudo el inspirado pincel de Isaías nos pinta más de un evento dentro de un mismo cuadro (ver el diagrama en la parte superior de la página 46).

Uno de los temas de Isaías es la gloria venidera de la redención y la liberación. Las escenas que nos dibujó describen la actividad de Dios en la historia de la humanidad cuando salvó y libertó a su pueblo de todos sus enemigos. Él los había defendido de Egipto y los iba a regresar a Jerusalén tras el cautiverio en Babilonia; pero Isaías nos da la imagen de otra redención aún mayor. Dios liberó a su pueblo: de la esclavitud del pecado, de la tiranía de Satanás y del mal, y de la opresión de la muerte y del infierno. La liberación en la historia de Judá fue señal para el profeta de la redención aún mayor y más importante, la salvación en Cristo Jesús. Isaías describió: el rescate de Jerusalén de los ejércitos asirios, la caída de Asiria, la destrucción de Jerusalén por los babilonios, la caída de Babilonia a manos de los persas, el regreso de los judíos para reconstruir Jerusalén, la llegada del Mesías a Jerusalén y su obra, y el glorioso triunfo de Jerusalén como la iglesia futura de Dios. No todo está en este capítulo, pero ciertas partes sí lo están. Apartémonos un poco de este inmenso lienzo y hallemos consuelo en la gran obra de Jehová de los ejércitos que cuida a su pueblo a través de toda la historia del mundo. Cuando así lo hagamos,

encontraremos aliento para seguir adelante, sabiendo que el Todopoderoso se encarga del futuro tan acertadamente como lo hizo con el pasado.

Cuando Isaías nos dice que esta es una imagen del “desierto del mar”, nos introduce a su cuadro profético. Debemos preguntarnos: ¿cómo es que Babilonia es “el desierto del mar”? La respuesta más lógica es que esta ciudad estaba asentada sobre un desierto o sobre una llanura seca regada por el gran río Éufrates, que le suministraba el agua a los canales de irrigación que eran tan necesarios en el árido clima de la región. En cierto sentido, debió parecer que Babilonia flotaba sobre el río y sus canales cual si fuese un barco en el mar.

Dios iba a enviar un invasor para llevar juicio sobre Babilonia, al cual Isaías describió como una tormenta procedente del sur. Los residentes de Jerusalén en la época del profeta comprendían lo que esa tempestad podría significar. Esas tempestades provenían del sur del desierto con una fuerza devastadora; incluso en los tiempos modernos esos vendavales pueden ser muy destructivos. El juicio que se cernía sobre la gran ciudad procedería de una fuente inesperada y traería desolación y caos.

**<sup>2</sup> Dura visión me ha sido mostrada:**

**El traidor traiciona  
y el destructor destruye.**

**Sube, Elam;  
sitia, Media.**

**Todo su gemido hice cesar.**

**<sup>3</sup> Por tanto, mis espaldas  
se han llenado de dolor;  
angustias se apoderaron de mí,  
como angustias de mujer de parto.**

**Me siento agobiado al oírlo  
y al verlo me lleno de espanto.**

**<sup>4</sup> Se pasma mi corazón,  
el horror me ha intimidado;**

**la noche de mi deseo  
se me ha vuelto en espanto.**

**<sup>5</sup> Ponen la mesa,  
extienden tapices;  
comen, beben.  
¡Levantaos, príncipes,  
engrasad el escudo!**

Aquí la visión del profeta resulta difícil y perturbadora. Isaías vio a Ciro conduciendo los ejércitos medos y persas contra la ciudad de Babilonia. Su llegada al lugar acompañado de los ejércitos significaba el fin de la ciudad. Bajo el rey Nabucodonosor, Babilonia había ascendido al poder y había dominado esa parte del mundo. Sus hombres habían destruido Jerusalén en el año 587 a.C. y habían llevado al pueblo de Dios al cautiverio. La Ciudad Santa fue quemada y el Templo fue despojado de sus vasos, que fueron llevados a Babilonia, mientras que la población fue deportada o asesinada. Babilonia le infligió grandes sufrimientos al pueblo de Dios e hizo que gimiera en gran manera junto con las otras naciones conquistadas por ella. El hijo de Amoz vivió antes de que todo eso ocurriera y sin embargo lo predijo. Ahora Isaías previó la destrucción de la misma Babilonia a quien Dios había usado para castigar a sus hijos, aunque el plan de salvación divino no había sido llevado a cabo por completo. Como enemigo del pueblo de Dios, Babilonia tendría que dejar libre el camino para que Dios pudiera continuar con su plan.

Las escrituras presentan a Babilonia como el archienemigo del pueblo de Dios; incluso mucho después de haber desaparecido de la historia, ésta sirvió como símbolo de los adversarios de Dios y de su pueblo. El libro de Apocalipsis describe el juicio que vendrá sobre los oponentes de Dios al final de los tiempos y los compara con ella: “La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira” (16:19). Si Isaías se adentró hasta tal punto en el futuro y vio lo mismo que vio Juan, entonces podemos entender su reacción. El profeta contempló el

fin del mundo y vio la destrucción de todos los adversarios de Dios, así como la destrucción del antiguo imperio babilónico. Juan estaba enormemente asombrado (Apocalipsis 17:6); mientras que la visión le causó a Isaías malestar físico y emocional. Literalmente el profeta se dobló de dolor por causa de lo que vio.

En el año 539 a.C., Ciro conquistó la antigua ciudad de Babilonia cuyo fin describió Isaías en esta visión con precisión absoluta. El río Éufrates corría a través de la ciudad que estaba fortificada con gruesas murallas. Pero un historiador de la antigüedad escribió que los persas, bajo las órdenes de Ciro, desviaron el curso del río y entraron en la ciudad caminando sobre su viejo cauce, mientras los babilonios festejaban confiados tras la seguridad de sus gruesos muros. El versículo 5 nos da una versión de esos acontecimientos. Los babilonios pusieron mesas, comieron y bebieron. Sus capitanes deberían haber estado preparándose para la batalla pero no fue así. El fin vino súbita e inesperadamente, lo cual también provocó espanto en Isaías.

**<sup>6</sup> Porque el Señor me dijo así:**

**«Ve, pon centinela  
que haga saber lo que vea.»**

**<sup>7</sup> Y vio hombres montados,**

**jinetes de dos en dos,  
montados sobre asnos,  
montados sobre camellos.**

**Miró entonces más atentamente,**

**<sup>8</sup> y gritó como un león:**

**«¡Señor, sobre la atalaya  
estoy yo continuamente de día,  
y las noches enteras  
sobre mi guardia!**

**<sup>9</sup> ¡He aquí que vienen hombres montados,  
jinetes de dos en dos!»**

**Después habló y dijo:**

**«¡Cayó, cayó Babilonia,**

**y los ídolos de sus dioses  
quebrantó en tierra!»**

**<sup>10</sup> Pueblo mío, trillado y aventado,  
os he dicho lo que oí  
de parte de Jehová de los ejércitos,  
el Dios de Israel.**

Con este nuevo episodio de la visión, Isaías puso el énfasis en las palabras que justamente acababa de escribir. Notemos que Dios le ordenó que actuara, y eso fue lo que el profeta hizo porque el Dios Soberano de las naciones lo había mandado. Por tanto, Isaías puso un centinela que observara el desierto. Este vigía iba a ver un ejército en marcha y jinetes montando asnos y camellos. Pero esto es sólo parte de la visión, la escena de apertura. Una vez que eso sucediera, el centinela debía redoblar la vigilancia y mirar “más atentamente”.

El informe del centinela indicaba que había estado en su puesto por mucho tiempo después de contemplar el paso del ejército en marcha. ¿A dónde iba? ¿Cuál era su objetivo? Día tras día el guarda escrutaba el horizonte y esperaba, hasta que por fin alguien llegó con las noticias que le habían dicho que iban a venir. El ejército había marchado contra Babilonia y la había conquistado. Al fin comprendió la razón de tan inmensa fuerza armada. El anuncio era simple: “¡Cayó, cayó Babilonia...!”. Juan y Apocalipsis (14:8; 18:2) hacen el mismo anuncio. Ahora el pueblo de Dios iba a ser liberado de la esclavitud y se le permitiría regresar a Jerusalén.

La única razón por la que Dios iba a hacer regresar a su pueblo del cautiverio era para completar su plan de salvación. La virgen deberá dar a luz a un niño, a Emmanuel. Miqueas les dijo a los que esperaban al Mesías que lo buscaran en Belén. Babilonia debía ser derrotada para marcar el comienzo del cumplimiento de esas promesas. Isaías indicó que no habría ninguna duda acerca de estos eventos porque el Señor todopoderoso le dio esta visión. Era una certeza.

*La séptima profecía: Edom*

**<sup>11</sup> Profecía sobre Duma:**

**Me dan voces de Seir:**

**«Guarda, ¿qué de la noche?**

**Guarda, ¿qué de la noche?»**

**<sup>12</sup> El guarda respondió:**

**«La mañana viene y después la noche:**

**preguntad, si queréis preguntar. Volved a venir».**

Este es una breve profecía sobre Edom, el vecino inmediato al sur de Judá. Al presentarlo Isaías se vale de la similitud que guardan en el hebreo el nombre *Edom* y la palabra *Duma* que significa “silencio”; basta un ligero cambio en el idioma original y la primera palabra se convierte en la segunda. Tras leer esta lacónica profecía, la mayoría de los lectores se podría preguntar, ¿qué significa? Con frecuencia el lenguaje de la profecía es misterioso y así es aquí. Isaías guardó un extraño silencio en cuanto a Edom; excepto por el enigma, el profeta se quedó callado.

La profecía comenzó con la pregunta que alguien hace desde Seir, otro nombre para la región de Edom. Para ayudarnos a comprender estos pocos versículos, necesitamos poner esa pregunta en el contexto de todas las diez profecías, las cuales anuncian el juicio de Dios sobre varias naciones de la antigüedad. El sexto, el séptimo, el octavo y el noveno de estas profecías tienen algunas características en común: poseen títulos poco corrientes, a menudo son vagos y difíciles de interpretar, y el invasor proviene del desierto, el cual fue descrito como un torbellino en el capítulo 1.

El guarda había visto al ejército invasor marchar hacia Babilonia, y poco después de haberlo visto pasar, oyó el anuncio de la caída de la gran ciudad. El ejército en cuestión era el persa; pero un invasor, quizás hasta distinto, marchó a través de Edom y

Arabia trayendo también sobre esas tierras el juicio divino. La pregunta que se hace desde Seir es un urgente pedido, repetido dos veces, lo que revela una angustiada ansiedad y atribulada impaciencia. En otras palabras, quien busca respuesta está preguntando: “¿Cuánto tiempo nos afligirá el invasor? ¿No ha pasado aún la larga noche de este problema?”

La respuesta es intencionalmente difícil. La esperanza de la llegada del amanecer no ofrecía en realidad ninguna esperanza. La mañana iba a venir, pero no sería mañana sino noche. Edom no iba a salir de la aflicción, aunque a veces parecería que había esperanzas de salvación. Uno de los propósitos de la congoja impuesta por Dios es que las personas lo busquen y se vuelvan a él y a su gracia. ¿Quién hizo esta pregunta? Fue alguien que estaba preocupado sólo por sacudirse la pena física, pero desprovisto por completo de interés y entendimiento espiritual. Una persona así irá de una aflicción a otra sin esperanza alguna de la liberación verdadera. Cada día concluirá en frustración y así sería también para Edom.

Cuando el vigía invitó al que hacía la pregunta a que la repitiera, les extendió una verdadera esperanza a quienes en realidad la buscaban. Los que no tienen fe no regresarán a preguntar, se adentrarán en la noche sin esperanzas. Para ellos, el guarda les ofrece sólo acertijos mientras calla acerca de la verdad de Dios. Pero el Señor y su profeta están listos a compartir las maravillas de su amor con todo aquel que lo busque. En cierto sentido, esto nos recuerda la forma en que Jesús hacía uso de las parábolas; cuando las decía, quienes no tenían fe y no estaban interesados en las cuestiones espirituales se marchaban perplejos rascándose la cabeza sin comprender. Nunca podían captar el significado de sus palabras y no tenían fe que los estimulara a regresar y preguntar ¿qué era lo que el Señor quería decir? Sin embargo, los discípulos sí volvían y solicitaban explicaciones que él gustosamente les daba. Los edomitas, interesados solamente en defenderse del invasor, no encontraron la liberación y no miraron



más allá a las eternas bendiciones espirituales que Dios tenía preparadas para ellos.

Cuán a menudo vemos que se repite este proceso con nuestros contemporáneos. Cuando las personas sufren: desastres, dolor y miseria, entonces buscan a Dios; y cuando la calamidad los golpea, llenan las iglesias, pero pronto se olvidan del Señor para continuar haciendo su vida de siempre. Para ellos la Biblia es un libro de acertijos demasiado difícil de entender; la palabra de Dios les guarda silencio, porque para ellos el Libro sigue cerrado; no se arrepienten ante Dios, pese a las grandes bendiciones que él ha ofrecido para todos. En vez de eso, usan a Dios como una especie de amuleto de la buena suerte para tener otro día de vida libre de problemas, dedicados a la búsqueda de: la riqueza, la salud y la felicidad. Pero pierden lo más importante, los dones espirituales eternos del Dios de la gracia fiel y gratuita.

*La octava profecía: Arabia*

**<sup>13</sup> Profecía sobre Arabia:**

**Entre las malezas de Arabia  
pasaréis la noche,  
caminantes de Dedán.**

**<sup>14</sup> Salid a encontrar al sediento;  
llevadle agua, moradores de tierra de Tema,  
socorred con pan al que huye.**

**<sup>15</sup> Porque ante la espada huye,  
ante la espada desnuda,  
ante el arco entesado,  
ante la violencia de la batalla.**

**<sup>16</sup> Porque así me ha dicho Jehová: «De aquí a un año, semejante a los años de un jornalero, toda la gloria de Cedar será deshecha, <sup>17</sup> y los sobrevivientes del número de los valientes flecheros, hijos de Cedar, serán reducidos; porque Jehová, Dios de Israel, lo ha dicho.»**

Ahora Isaías desplaza nuestra atención hacia Arabia donde un invasor no identificado ha desplegado sus fuerzas. Allí encontramos a los fugitivos acampados en la espesura, lejos de las habituales rutas comerciales. Sus dificultades son el resultado de la batalla. Cuatro frases del versículo 15 destacan la realidad de la guerra: “la espada, la espada desnuda, el arco entesado, la violencia de la batalla”.

La profecía concluye con dos versículos en prosa que anuncian la certeza del juicio de Dios sobre Cedar, nombre que se les aplica generalmente a los nómadas del desierto, llamados beduinos. Puede ser que tengamos dificultad para encontrar el suceso histórico específico que corresponde a este vaticinio, pero el lienzo profético de Isaías describe hechos que son verdaderos en la historia de Dios aunque 2,500 años después no tengamos la información completa de ellos. Quizás se esté haciendo referencia a una campaña babilónica contra los árabes, pero nadie puede estar absolutamente seguro. La gloria de los diestros arqueros beduinos llegó a su fin, y tal como dice Jehová Dios de Israel: “los sobrevivientes... serán reducidos”. Jehová mismo lo ha dicho y así es.

*La novena profecía: Jerusalén*

## **22** Profecía sobre el valle de la visión:

**¿Qué tienes ahora,  
que con todos los tuyos has subido sobre los terrados?**

**<sup>2</sup> Tú, llena de alborotos,  
ciudad turbulenta, ciudad alegre;  
tus muertos no son muertos a espada  
ni muertos en guerra.**

**<sup>3</sup> Todos tus príncipes juntos huyeron del arco,  
fueron atados;  
todos los que en ti se hallaron,**

**fueron atados juntamente,  
 aunque habían huido lejos.  
 <sup>4</sup> Por esto dije: «Dejadme,  
 lloraré amargamente;  
 no os afanéis por consolarme  
 de la destrucción de la hija//de mi pueblo.»**

Al igual que las profecías del capítulo 21, éste comienza con un título intrigante: “sobre el valle de la visión”. No hay duda de que esta sección se refiere a Jerusalén, pero, ¿cómo es Jerusalén el valle de la visión? La primera dificultad aparece con la palabra *valle*. Siendo que Jerusalén está enclavada sobre una colina, cabría preguntarse en qué sentido puede ser un valle. La respuesta no es difícil, al compararla con las alturas más elevadas que la rodean, da la impresión de que está en un valle. Hoy en día, desde el monte de los Olivos se puede mirar hacia abajo y ver a Jerusalén, la ciudad que Isaías describe como el “valle de la *visión*”, lugar en el que Dios dio más revelaciones de él mismo que en cualquier otra parte del planeta. Allí también tuvo Isaías, al igual que otros profetas antes y después de él, revelaciones de Dios.

Se podría hacer otra pregunta: ¿Por qué habría de incluirse a Jerusalén en un catálogo de juicios contra los enemigos del pueblo de Dios? Comenzando en el capítulo 13, la lista de profecías incluye a las que fueron dirigidas contra: Babilonia, Asiria, Filistea, Moab, Damasco, Etiopía (Cus), Egipto, Edom (Duma) y Arabia. En realidad, las profecías concernientes a Babilonia son dos, en tanto que la profecía con que concluye el próximo capítulo es contra Tiro. Pero, ¿por qué tenemos en esta colección una para Jerusalén? La respuesta nos la da este mismo capítulo: Jerusalén había abandonado al Señor y había procurado aliarse con otras naciones en busca de protección y defensa. En lugar de confiar en Dios, confiaba en sus propias fuerzas y en acuerdos de defensa mutua. Dado que la Ciudad Santa se había vuelto como las demás naciones que la rodeaban, recibió el juicio de Dios como el resto.

El pueblo de Jerusalén había despilfarrado todas las ventajas que Dios le había otorgado a tan especial lugar, incluyendo: el Templo, las visiones de los profetas y la protección contra los enemigos. Así que al tiempo que el invasor anunciado al comienzo del capítulo 21 arrasaba la región, otro enemigo descendía sobre Jerusalén. La ciudad estaba llena de exaltación y bullicio: parece que Isaías está describiendo una celebración, pero un examen más cuidadoso de la escena nos muestra un tétrico cuadro: de temor, de huida y de cautiverio. Con la ciudad rodeada por un gran ejército, todos los habitantes de Jerusalén han subido a las azoteas para observar, pero reaccionan de manera curiosa ante la amenaza. Isaías escribió que el ruido era de una ciudad llena de “alborotos... turbulenta... y alegre”. El regocijo y la angustia se mezclaban.

La escena preocupaba a Isaías quien rechazaba cualquier consuelo porque sabía lo que significaba. El pueblo podría confiar en que alguien, quizás Egipto, sería de gran ayuda contra las fuerzas que lo asediaban, pero la desolación definitiva de Jerusalén tocaba a las puertas. “La destrucción de la hija de mi pueblo” apareció claramente ante el profeta quien lloró amargamente.

¿Cuándo sucedió eso? Los comentaristas advierten sobre las dificultades para identificar determinada situación histórica con el suceso que Isaías describe en este capítulo. Algunos sugieren que se trató del sitio de Jerusalén por los asirios, en tanto que otros lo ven como referido a la presencia de los babilonios ante Jerusalén. Cada una de esas opiniones plantea sus propias dificultades. En más de una ocasión Jerusalén estuvo rodeada por ejércitos enemigos. Sin embargo, la visión profética de Isaías es clara, ya que vio la destrucción definitiva de su propia nación en el futuro. También Jerusalén iba a caer bajo el juicio de Dios por haberse apartado de él, como lo hizo Acáz (capítulo 7). El cuadro que Isaías vio procuraba anunciar el castigo sobre Jerusalén y no necesariamente habla de un suceso en particular en el que Dios llevó a cabo ese castigo.

**<sup>5</sup> Porque es día de alboroto,  
de angustia y confusión,  
de parte del Señor, Jehová de los ejércitos,  
en el valle de la visión,  
para derribar el muro y clamar al monte.**

**<sup>6</sup> Elam tomó la aljaba,  
con carros y con jinetes,  
y Kir sacó el escudo.**

**<sup>7</sup> Tus hermosos valles  
se llenaron de carros,  
y los jinetes acamparon junto a la puerta.**

**<sup>8</sup> Cayeron las defensas de Judá,**

Lo que Isaías vio en el futuro fue un “día de alboroto, de angustia y de confusión”. Estos términos de nuestra versión Reina Valera tratan de capturar el juego de palabras del idioma hebreo. El enemigo derribará los muros y los habitantes de Jerusalén clamarán pidiendo ayuda a las montañas, pero no vendrá.

¿Cuándo sucedió esto? Aunque Elam y Kir se pueden referir a componentes del ejército asirio que asediaba a Jerusalén, las murallas de la ciudad no fueron derribadas por las fuerzas asirias. De hecho, Jehová libró a Jerusalén al destruir a los asirios ante sus mismas puertas. La caída de los muros de la Ciudad Santa fue algo que quedó reservado para los babilonios, cuando en el año 587 a.C. llevaron a los israelitas al cautiverio, y más tarde, en el año 70 d.C., después de la venida del Mesías, lo hicieron los romanos. Las lágrimas de Isaías rodaban por sus mejillas porque él preveía la pesadilla del juicio de Dios sobre su pueblo.

**y en aquel día miraste  
hacia la casa de armas del bosque.**

**<sup>9</sup> Visteis las brechas de la ciudad de David,  
que se multiplicaron;  
y recogisteis las aguas del estanque de abajo.**

**<sup>10</sup> Contasteis entonces las casas de Jerusalén**

**y derribasteis casas para fortificar el muro.**

**<sup>11</sup> Hicisteis foso entre los dos muros  
para las aguas del estanque viejo;  
pero no tuvisteis respeto al que lo hizo,  
ni mirasteis al que desde antiguo lo había planeado.**

**<sup>12</sup> Por tanto, el Señor, Jehová de los ejércitos,  
llamó en este día a llanto y a lamentación,  
a raparse el cabello y a vestir ropas ásperas.**

**<sup>13</sup> Mas hubo gozo y alegría  
matando vacas y degollando ovejas,  
comiendo carne, bebiendo vino y diciendo:  
«¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!»**

Isaías vio que los carros del enemigo llenaban los valles fuera de los muros de Jerusalén y que la caballería tomaba posiciones a las puertas mismas de la ciudad, cuyos residentes podían ver todo lo que sucedía desde las azoteas. Dentro de ella, Isaías notó dos clases de actividades. La primera involucraba la defensa de la ciudad tomada en varios pasos: primero, el pueblo de Jerusalén tenía armas en un arsenal conocido como la casa. Bosque del Líbano (1 Reyes 7:2), que Salomón había construido con cedros de ese país, razón por la cual llevaba ese nombre. Esta edificación no era únicamente un arsenal, sino que también servía de almacén para: los tesoros de Salomón, los escudos dorados, los vasos de beber y la vajilla de oro (1 Reyes 7:2-5; 10:17,21). Sin lugar a dudas, ese sitio llenaba de orgullo y confianza a los judíos que se sentían seguros porque todavía conservaban ese antiquísimo símbolo de poder y gloria pasados.

Ante el ejército invasor frente a los muros de la ciudad, sus habitantes tomaron medidas para reforzar las defensas, reparando las brechas de las murallas y procurando proteger el suministro de agua. El conteo de casas parece ser la forma en que algunas de ellas eran escogidas para ser derribadas, con el fin de usar sus piedras para la reparación de las grietas de los muros.

Estas eran medidas prudentes que cualquier ciudad debería tomar, pero en este caso, sólo revelan un profundo problema espiritual. La gente no pensaba en lo absoluto en Jehová. Como hizo el rey Acáz, ellos confiaron en sus propios esfuerzos y recursos. No se volvían al Dios del pacto que los había protegido una y otra vez a través de su historia como nación. No hay que asombrarse de que Isaías llorara ante su destrucción. Habían abandonado la única fuente de ayuda y protección al confiar mejor en sus ineficaces murallas y en sus armas defensivas.

El vacío espiritual de sus corazones era total. El Señor les había enviado esta aflicción con la esperanza de llamarlos al arrepentimiento como había hecho en tiempos de los jueces y a través de toda la historia de Israel. En lugar de llorar apesadumbrados por sus pecados, la gente festejaba comiendo y bebiendo mientras el enemigo acampaba ante las puertas. La manera en que reaccionaron ante el juicio de Dios constituye una filosofía popular: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos”. Esa respuesta indica cuánto se habían apartado de su Señor; vivían para el presente sin pensar: ni en la ayuda divina, ni en el juicio, ni en las palabras de los profetas. Y como el Señor no podría llegar a ellos mediante la aflicción ni a través de la disciplina, no quedaba otra cosa sino la certeza del juicio. A uno le viene a la mente la amonestación que hizo Dios en el primer capítulo: “¿Por qué querréis ser castigados aún? ¿Todavía os rebelaréis? Toda cabeza está enferma y todo corazón doliente” (versículo 5).

**<sup>14</sup> Esto fue revelado a mis oídos  
de parte de Jehová de los ejércitos:  
«Este pecado no os será perdonado  
hasta que muráis»,  
dice el Señor, Jehová de los ejércitos.**

Si alguna cosa hizo llorar a Isaías, es muy probable que hubieran sido estas palabras que parecen un signo de exclamación

al final de esta descripción del juicio. Ellas no significan que los residentes de Jerusalén iban a ser de algún modo perdonados al morir. Las Escrituras no le dan cabida alguna a ese pensamiento. En vez de eso, el pueblo de Jerusalén se había puesto fuera del alcance del llamado de Dios; se habían vuelto como sus vecinos paganos sin fe en el Señor de misericordia. Por no haber escuchado a su llamado de gracia, Dios los abandonó a su propia incredulidad.

En su día, Jesús le dijo palabras similares a Jerusalén: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste! Vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:37,38). Los que Isaías vio estaban más allá del arrepentimiento y el Señor no dejó duda alguna sobre lo que iba a pasar. No habría expiación ni perdón.

**15 Jehová de los ejércitos dice así:**

**«Ve a encontrarte con este tesorero,  
con Sebna el mayordomo, y dile:**

**16 “¿Qué tienes tú aquí o a quién tienes aquí,  
que labraste aquí un sepulcro para ti,  
como el que en lugar alto labra su sepultura  
o el que esculpe para sí una morada en la roca?**

**17 He aquí que Jehová te transportará en duro cautiverio,  
y de cierto te cubrirá el rostro.**

**18 Te echará a rodar con ímpetu,  
como a una bola por tierra extensa;  
allá morirás**

**y allá estarán los carros de tu gloria,  
¡vergüenza de la casa de tu señor!**

**19 Te arrojaré de tu lugar  
y de tu puesto te empujaré.**

Isaías le añadió un breve epílogo a esta profecía, y para ello citó un ejemplo del amor al lujo y la arrogante actitud del pueblo de Jerusalén. El Señor envió al profeta a enfrentar a Sebna, el



segundo del rey y administrador de los asuntos domésticos del palacio. Este hombre quizá decidía quienes podían ver al monarca. Al igual que los hombres poderosos dentro de cualquier organización, y como sugiere la frase “los carros de tu gloria”, Sebna cumplía sus funciones dando grandes muestras de su propia importancia.

Isaías encontró a este funcionario haciendo los preparativos para construirse su sepulcro en un “lugar alto”, donde quería tras su muerte continuar ocupando un lugar de honor y prestigio. Pero su arrogancia lo enemistó con Dios y su profeta anunció que Sebna no sólo iba a perder su posición sino que terminaría deshonrado. Su cargo le sería dado a Eliaquim hijo de Hilcías.

**<sup>20</sup> »»”En aquel día llamaré a mi siervo**

**Eliaquim, hijo de Hilcías.**

**<sup>21</sup> Lo vestiré con tus vestiduras,**

**lo ceñiré con tu talabarte**

**y entregaré en sus manos tu autoridad;**

**y él será un padre para el morador de Jerusalén**

**y para la casa de Judá.**

**<sup>22</sup> Y pondré la llave de la casa de David**

**sobre su hombro:**

**él abrirá y nadie cerrará,**

**cerrará y nadie abrirá.**

**<sup>23</sup> Lo hincaré como un clavo**

**en lugar firme y será motivo de honra**

**para la casa de su padre.**

**<sup>24</sup> Colgarán de él**

**toda la honra de la casa de su padre,**

**los hijos y los nietos,**

**todos los vasos menores,**

**desde las tazas**

**hasta toda clase de jarros.**

Dios había escogido a otro para remplazar al segundo del rey. El que alguien sea designado por Dios como “mi siervo” era, y es,

un alto honor. Eliaquim iba a servir al Señor, y según lo que notamos, además sería un administrador capaz que “será un padre para el morador de Jerusalén y para la casa de Judá”. Eso implica: interés, aprecio y amor por los demás como el de un padre por sus amados hijos. Al respecto, Lutero comenta: “Un administrador público sabio es una bendición de Dios; a tal hombre se le llama un apoyo seguro..., y por medio de un buen hombre como éste, se logran muchas cosas” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 180).

Eliaquim y Sebna vuelven a aparecer en el capítulo 36 de la profecía de Isaías, quienes junto con Joab salen a hablarle al comandante de las fuerzas asirias cuando éstas amenazan a Jerusalén. Allí se presenta a Eliaquim como el “mayordomo” y a Sebna como el “escriba” (36:3), dando la impresión de que este último ya había sido degradado y el primero ascendido.

**25 »» Aquel día, dice Jehová de los ejércitos,  
el clavo hincado en lugar firme será quitado;  
será quebrado y caerá.  
Y la carga que sobre él se puso se echará a perder;  
porque Jehová ha hablado.»»**

El Señor escogió a Eliaquim para llevar a cabo sus propósitos, pero la profecía toma un giro inesperado: cuando su familia, aprovechándose de la posición que tenía, dejó de servir al bienestar del reino, el funcionario perdió su posición. Quizás tenemos aquí una lección acerca del servicio a Dios. Todos somos sus servidores y él decide cómo nos usa. El Señor de la iglesia determina nuestra función y el tiempo que debemos servir. Nosotros terminamos cuando él decide que nuestro tiempo y nuestra obra ya no son útiles a su buena y misericordiosa voluntad. La clavija es retirada. En el caso de Eliaquim, la destrucción del pueblo de Dios se vislumbraba; el Señor no pospondría su juicio pero él encontró la manera de que Eliaquim sirviera fielmente.

## **23** Profecía sobre Tiro:

**¡Aullad, naves de Tarsis,  
porque destruida es Tiro  
hasta no quedar casa ni lugar adonde entrar!  
Desde la tierra de Quitim  
les ha sido anunciado.**

El Señor dirigió contra Tiro el décimo y último de las profecías con el que concluye este ciclo de profecías. Las series se iniciaron con un pronóstico contra Babilonia, representante del poderío militar y gubernamental del mundo. Tiro, capital de la antigua Fenicia, era el prototipo del auge comercial y económico. Las dos profecías actúan como parapetos para estos vaticinios anunciadores de la sentencia de Dios sobre las potencias terrenales. Además, las otras profecías se centraban sobre los vecinos del pueblo de Dios. Pero esta profecía proyecta nuestra atención más allá de las naciones que rodeaban a Judá. Es cierto que Tiro era su vecino por el norte y el oeste; pero junto con Sidón y las otras colonias fenicias, constituía un gigante comercial que dominaba el mundo mediterráneo antes del auge grecorromano. La agenda del Señor incluye pueblos situados mucho más allá de la pequeña franja de tierra a la que llamamos Palestina.

La profecía toma un significado más marcado si consideramos brevemente lo que eran Tiro y sus habitantes fenicios. Ésta era una antigua ciudad ubicada en la costa mediterránea, al noroeste del mar de Galilea. Sidón, que era también una ciudad fenicia, estaba más al norte en la misma costa. Ambas ciudades tenían excelentes puertos desde los cuales partían sus barcos; sus actividades comerciales les permitían a sus embarcaciones navegar por todo el Mediterráneo hasta las costas de: África, India e incluso Gran Bretaña. Ambas ciudades establecieron colonias de las que quizás

la más notable fuera Cartago, situada en el norte de África. Su influencia se extendía a: Egipto, Chipre y Tarsis, que se cree es la España moderna.

La ciudad de Tiro estaba construida sobre una isla, y por tanto era difícil que pudiera ser conquistada por un ejército terrestre. Sin embargo, tras trece años de ser asediada por Nabucodonosor, la ciudad por lo menos reconoció la autoridad de los babilonios. En el año 332 a.C. Alejandro Magno la sitió durante siete meses y la capturó al construir con piedras un terraplén gigantesco que conectaba la tierra firme con la isla fortaleza. Sin embargo, Alejandro no destruyó la ciudad, la cual siguió siendo un importante centro comercial durante las cruzadas. En el año 1125 d.C., los cruzados la conquistaron también pero no fue destruida sino hasta cerca de 150 años después, cuando sus fortificaciones fueron demolidas. Hoy en día Tiro es sólo un pequeño poblado.

Recordemos que Isaías escribió cerca de 700 años antes de Cristo, lo que significa que estas palabras fueron escritas más de 100 años antes del sitio de Nabucodonosor y casi 400 años antes de la conquista por Alejandro Magno. Este capítulo también contiene algunos pasajes difíciles que han llevado a algunos a cuestionar la profecía y su autoría por parte de Isaías; pero este comentario está escrito con la convicción de que el Espíritu de Dios inspiró a Isaías para que describiera los acontecimientos mucho antes de que éstos ocurriesen. Las dificultades de este capítulo se pueden resolver sin cuestionar lo que plantea la profecía.

La profecía que Dios le dio a Isaías en relación con Tiro nos sitúa en algún punto intermedio de su historia, quizás después de la conquista de la ciudad por Nabucodonosor. El juicio de Dios vino por etapas. Isaías vio el triunfo de Nabucodonosor como el comienzo del fin de Tiro. Quizás Dios permitió que el profeta mirara retrospectivamente a través de la historia del pequeño poblado que ocupa hoy el lugar donde en ese entonces se situaba la poderosa ciudad fenicia. Desde esta perspectiva, la historia es concisa, permitiendo que varias de sus escenas se mezclen en el

conjunto como partes de un mural. El profeta nos coloca en medio de los acontecimientos en el momento en que los marineros volvían a Tiro desde Chipre, el último puerto de escala antes del regreso a casa. Éstos, tras el largo viaje, dirigen anhelantes sus embarcaciones hacia su ciudad, pero ésta ha sido destruida y el puerto ya no existe. El juicio de Dios había llegado.

- <sup>2</sup> ¡Callad, moradores de la costa,  
mercaderes de Sidón,  
los que cruzando el mar te abastecían!**
- <sup>3</sup> Su provisión procedía de las sementeras  
que crecen con las muchas aguas del Nilo,  
de la mies del río.  
Fue también emporio de las naciones.**
- <sup>4</sup> ¡Avergüénzate, Sidón!, porque el mar,  
la fortaleza del mar  
habló, diciendo:  
«Nunca estuve de parto:  
no di a luz,  
ni crié jóvenes  
ni hice crecer muchachas.»**
- <sup>5</sup> Cuando lleguen las nuevas a Egipto,  
tendrán dolor por las noticias de Tiro.**
- <sup>6</sup> Pasaos a Tarsis;  
aullad, moradores de la costa.**
- <sup>7</sup> ¿No era ésta vuestra ciudad alegre,  
con muchos días de antigüedad?  
Sus pies la llevarán  
a morar lejos.**

Isaías comenzó su profecía pidiéndoles a los marineros que tripulaban las embarcaciones de regreso de Tarsis que lamentaran a viva voz; ahora los exhorta a que callen. Los ciudadanos de Tiro y de Sidón iban a quedar reducidos al silencio. Tan asombrados

estarían con la destrucción de sus ciudades y de su comercio que iban a quedar enmudecidos.

La destrucción de esas ciudades fenicias les llevó la muerte a muchos de sus hijos e hijas; hasta el mismo mar se lamenta angustiado ante tan terrible pérdida. Tal parece como si la ciudad nunca hubiera tenido hijos que educar como marinos mercantes. Todos han perecido por causa del juicio que ha venido sobre Tiro y Sidón.

También otros sentirán el dolor de este juicio. Egipto se llenará de angustia ante las noticias porque los barcos de Tiro transportaban sus cosechas de granos que vendían por todo el Mediterráneo. Sin las embarcaciones de esos comerciantes, las cosechas no podían hallar mercados. Finalmente se les recomienda a los habitantes de Fenicia, con sus ciudades bajo asedio e incapaces de encontrar seguridad, que huyan del país y se refugien en las colonias lejanas. Al exhortarlos a que pasen a Tarsis (España), Isaías les estaba diciendo que huyeran lo más lejos posible. Cuando siglos después Alejandro Magno sitió a Tiro, los fenicios, preocupados por la seguridad de sus niños y ancianos, los enviaron a Cartago en el norte de África. Tiro, ciudad antiquísima, en otros tiempos rica y orgullosa, fundadora de colonias en tierras lejanas, caía ahora dejando a sus ciudadanos sin puerto seguro al cual huir para escapar de la destrucción. Egipto tembló ante la noticia de su caída. ¿Sería ella la siguiente?

**<sup>8</sup> ¿Quién decretó esto sobre Tiro,  
la que repartía coronas,  
cuyos comerciantes eran príncipes,  
cuyos mercaderes eran los nobles de la tierra?**

**<sup>9</sup> Jehová de los ejércitos lo decretó  
para envilecer la soberbia de todo esplendor  
y para humillar a todos los ilustres de la tierra.**

**<sup>10</sup> Pasa cual río de tu tierra,  
hija de Tarsis,  
porque no tendrás ya más poder.**

Durante mucho tiempo Tiro pareció en extremo: fuerte, rica y poderosa; su fortaleza resistió todos los asaltos. La ciudad estableció colonias a las cuales podemos suponer que les fueron concedidos por su madre patria poder y autoridad. No nos debe sorprender que Isaías la describa como “la que repartía coronas”. Sus mercaderes, ricos y exitosos, eran bien conocidos y, por causa de sus riquezas y prestigio, eran tratados como príncipes en todo lugar al que sus actividades comerciales los llevaban. Pero todo eso había desaparecido; la gloria de la gran ciudad llegó a su fin y sus logros se esfumaron en las páginas de la historia.

Isaías hizo una pregunta trascendental: ¿Quién planeó esto contra Tiro? Su respuesta pone en claro que Dios es el Señor de la historia, el que rige a las naciones y permite que existan de acuerdo con sus divinos propósitos; y cuando dejan de cumplir con su buena y misericordiosa voluntad, decreta que caigan; Tiro no fue la excepción. Dios no decide por gusto el curso de la historia ni el destino de las naciones. Tiene un plan claro y meditado. Él gobierna el rumbo de la historia en beneficio de su pueblo, así que la caída de la poderosa ciudad se acopla a ese plan, igual a como fue la caída de Babilonia y el ascenso de Persia. Dios no es caprichoso ni inconstante sino resuelto e invariable.

La destrucción de la gran ciudad es tan completa que Dios dirige a Isaías para que aconseje a sus ciudadanos y sus colonias. El versículo 10 puede significar que los fenicios, al igual que los egipcios, deberían labrar sus tierras y producir cosechas. En otras palabras, Isaías llamaba a estos comerciantes a que cambiaran de profesión para que pudieran sobrevivir. Ya no tenían un puerto seguro desde el cual enviar su comercio. Una ojeada a la nota al pie de la página de la New International Version muestra cierta dificultad con este texto, que también puede significar que los ciudadanos de Tiro y sus colonias deben huir, es decir, cruzar su país para escapar de la destrucción que estaba en marcha y que nada podía detener. En cualquiera de los dos casos, este versículo subraya la certeza del fin de Tiro y el juicio profetizado por Isaías.

**<sup>11</sup> Extendió su mano sobre el mar,  
hizo temblar los reinos;  
Jehová mandó respecto a Canaán  
que sus fortalezas sean destruidas.**

**<sup>12</sup> Y dijo: «No te alegrarás más,  
oprimida virgen, hija de Sidón.  
Levántate para pasar a Quitim,  
y aun allí no tendrás reposo.»**

**<sup>13</sup> ¡Mira la tierra de los caldeos!  
Este pueblo no existía.  
Asiria la fundó para los moradores del desierto.  
Levantaron sus fortalezas,  
edificaron sus palacios;  
él la convirtió en ruinas.**

**<sup>14</sup> ¡Aullad, naves de Tarsis,  
porque vuestra fortaleza es destruida!**

Ya fuese que los ciudadanos de Tiro, al abandonar sus embarcaciones, se volvieran agricultores o huyeran del país, la razón para hacerlo resulta clara: El Señor “extendió su mano sobre el mar”. Dios ordenó la destrucción de Fenicia. Según el versículo 11, Dios, el responsable de este juicio, es descrito como el comandante en jefe dictando órdenes que serán ejecutadas. Ni siquiera en Chipre habrá reposo; la alegría que acompaña a la prosperidad terminará. Sidón es descrita aquí como una hija virgen. Posteriormente se le describirá como una prostituta. Los ejércitos enviados contra ella la violarán y en su desesperada situación quedará reducida a la prostitución.

El versículo 13 es otro de los que presentan algunos problemas. En él, Isaías parece estar dando respuesta a la pregunta, ¿de dónde vendrá la destrucción? El profeta dice: “Mira la tierra de los caldeos”. En época de Isaías, el país más poderoso de la región era Asiria; Babilonia, aún desconocida, no era más que un lugar deshabitado en el desierto, que no había ascendido lo



suficiente como para volverse una amenaza para Asiria. Una nota de ironía matiza este versículo: Tiro, de tan larga y gloriosa historia, será derribada por una nación que no es ahora más que un lugar para animales del desierto. Nabucodonosor, un caldeo, será uno de los instrumentos del juicio que Dios predijo con respecto a Tiro. Este rey va a traer sus máquinas de guerra y la va a convertir en ruinas.

El último versículo de esta sección repite el versículo con que se inició este capítulo y la une en un conjunto artístico finamente equilibrado. Los interrogantes con relación a su autoría se reducen cuando vemos en ella los toques del estilo de Isaías; incluso las preguntas concernientes a unos cuantos de estos versículos quedan minimizadas cuando vemos la sección como un todo.

Si miramos más allá de esta profecía respecto a Tiro, al conjunto de los capítulos que van del 13 hasta el 23, notaremos que esta es la décima de las profecías relativas a los enemigos de Dios y de su pueblo. Isaías tiene algún propósito artístico en estos capítulos; de ninguna manera es su visión una burda colección de elementos sin relación entre sí, se trata de un todo artísticamente integrado. Los temas que el profeta ha introducido en esta sección los retomará más adelante, tratándolos a modo de variantes, y desarrollándolos aún más en su profecía, incluyendo los últimos 27 capítulos.

**<sup>15</sup> Acontecerá en aquel día, que Tiro será echada en el olvido durante setenta años, como los días de un rey. Después de los setenta años, cantará Tiro una canción como de ramera.**

**<sup>16</sup> Toma un arpa  
y recorre la ciudad,  
ramera olvidada.  
Entona una buena melodía,  
repite la canción,  
a fin de que seas recordada.**

Súbitamente la poesía desaparece y encontramos el resto del capítulo escrito en prosa, con la excepción de la cita de la canción de la prostituta. Con este cambio hacia la escritura en prosa, Isaías pone el énfasis en la conclusión de su previa visión artística poética. Tiro será devastada por el juicio de Dios, pero volverá a alcanzar alguna prominencia aunque con menos poder y gloria. El juicio sobre ella durará 70 años.

La expresión “como los días de un rey” es infrecuente y difícil. La más sencilla de todas las explicaciones es que los 70 años representan un período uniforme, semejante a las políticas establecidas y llevadas a cabo en vida de un rey. Una vez que el soberano fallece, los cambios ocurren cuando el nuevo gobernante inicia políticas y rumbos diferentes para la nación. Estos 70 años serán una etapa de tiempo con un mínimo de cambios.

El número en cuestión pudiera ser una alusión a los 70 años de cautividad que el pueblo de Dios iba a soportar en Babilonia. El mismo rey, Nabucodonosor, y el mismo pueblo caldeo que llevarían en servidumbre al pueblo de Dios serían los que ejecutarían sobre Tiro el juicio descrito por Isaías. Después de ser la ciudad sometida ya no será más “virgen” (23:12), sino una prostituta violada y deshonrada. De ahí en adelante, esfumada su independencia, tendrá que sobrevivir sirviendo bajo la voluntad de otros.

**<sup>17</sup>Y acontecerá que al fin de los setenta años visitará Jehová a Tiro, la cual volverá a comerciar y fornicará de nuevo con todos los reinos del mundo sobre la faz de la tierra. <sup>18</sup>Pero sus negocios y ganancias serán consagrados a Jehová. No se guardarán ni se atesorarán, porque sus ganancias serán para los que estén delante de Jehová, para que coman hasta saciarse y vistan con esplendidez.**

Cuando Jehová determine que Tiro servirá de nuevo a sus propósitos, le permitirá otra vez reanudar su comercio con los reinos de la tierra. Pero hay una diferencia al finalizar sus 70 años

de devastación. Las ganancias de la ciudad serán apartadas para el Señor y gastadas por aquellos que viven delante de Jehová. En otras palabras, el comercio que en una ocasión sólo sirvió para enriquecer a los mercaderes de la ciudad será usado para bien del pueblo de Dios. Eso no significa que se convertirá y servirá al Señor, sino que sus negocios y su comercio traerán beneficios al pueblo de Dios.

Cuando los judíos regresaron a Jerusalén para reconstruir la ciudad y el Templo, intercambiaron: alimentos, bebida y aceite con los habitantes de Fenicia por cedros traídos del Líbano por vía marítima (Esdras 3:7). Ciro, rey de Persia, autorizó esa empresa y el pueblo de Dios se benefició del comercio fenicio. Cuando Pablo concluyó su tercer viaje misionero, navegó en una embarcación fenicia pasando cerca de Chipre con rumbo a Tiro; allí él y sus acompañantes encontraron una congregación de creyentes. El equipo misionero permaneció por siete días con estos discípulos antes de reiniciar el viaje por barco rumbo a Cesarea (ver Hechos 21:1-16).

Al igual que el antiguo pueblo de Dios, los creyentes de todos los tiempos han vivido en un mundo influido y a veces controlado por el comercio y los negocios. Las ganancias adquiridas por los negociantes pueden llenarles los bolsillos, pero los beneficios de esa profesión pueden también servir a menudo para bien del pueblo de Dios y para la diseminación del evangelio. Los creyentes pueden tener más facilidades para propagar el mensaje de la salvación cuando la economía de sus países y las de otros prosperan. En este ambiente mundial encontramos a la iglesia de Cristo. Algunos creyentes son bendecidos por Dios con riquezas suficientes para que ayuden a difundir el evangelio. Además de esto, Dios controla el curso de la historia de manera que los creyentes tengan la oportunidad de llevar el mensaje a través del mundo. Los viajes, los negocios y el comercio sirven a “los que estén delante de Jehová”, y él dirige incluso a naciones prostituidas y a gentes impías a servirle según sus propósitos.

Con este capítulo concluye otra importante división en el libro de Isaías. El próximo capítulo comienza dramáticamente con la expresión “*He aquí*”. Antes de entrar en él, debemos recapitular algunas cosas de la parte recién concluida.

- Los capítulos 13 a 23 enumeran diez juicios revelados por Dios con respecto no sólo a sus vecinos, sino también a la propia Jerusalén (el valle de la visión). Isaías introduce cada uno de estos juicios con la palabra *profecía*. El número diez resulta significativo porque representa lo completo, y nos dice que Dios ha concluido el juicio de estas naciones, así como consumó el juicio sobre Egipto con las diez plagas.
- En esta sección, el profeta sostuvo que Jehová es el Dios de la historia que controla el destino no sólo de Jerusalén sino de todas las naciones.
- El profeta proclamó el anuncio del Señor: “Castigaré al mundo por su maldad” (13:11). En relación con esto, varias veces aparece la palabra *aullad*. La primera vez lo hace en 13:6 pero se repite en 14:31 (*aúlla*) y en 23:1, 6, 14.
- En tres ocasiones Isaías registró su reacción personal ante los juicios que Dios le reveló. Primero, el compasivo profeta escribió: “Mi corazón dará gritos por Moab” (15:5-9). Después, cuando vio la destrucción de Babilonia anotó: “Mis espaldas se han llenado de dolor” (21:3,4). Finalmente, y ahora con respecto a Jerusalén, rechazó el consuelo diciendo: “Dejadme, lloraré amargamente; no os afanéis por consolarme...” (22:4).
- El juicio sobre Jerusalén vino por causa del pueblo escogido que confió más en sus propios esfuerzos que en su Dios. Isaías escribió: “Pero no tuviste respeto al que [la] hizo [Jerusalén]” (22:11). Cuando en la primera sección de su profecía Isaías estuvo ante Acaz, proclamó el juicio sobre este rey por la misma razón. El rey no confió en el Señor y no pidió una señal de su protección incluso cuando Dios le invitó a que lo hiciera (capítulo 7).

Estas profecías tienen que ver con naciones que ya han dejado de existir. Quizá pudiéramos preguntarnos ¿por qué deben ser de interés para nosotros en la actualidad? Por medio de su profeta Isaías, Dios tiene algunas importantes lecciones que debemos aprender en estos capítulos. La primera es que estas predicciones destacan la justicia de Dios. Él castiga a las naciones por sus pecados, cosa que no es historia antigua sino un principio vigente, por el cual Dios también rige al mundo de hoy. La segunda lección es que las naciones son responsables ante Dios por lo que hacen. El Señor no está sentado en el cielo ignorante de las miserias del mundo, ni excusa el pecado y la rebelión de naciones y pueblos. La tercera es, y debemos tomar nota de ello, que la maravillosa misericordia de Dios sigue obrando incluso en estos juicios. Consideremos por ejemplo el camino entre Egipto y Asiria (19:19-25) y la forma en que las ganancias de Tiro “serán para los que estén delante de Jehová” (23:18). Finalmente, todas estas profecías que apuntan al día del juicio final sirven de introducción a la siguiente sección, que a menudo profundiza en el futuro.

### *Profecías del juicio de Dios sobre la tierra*

*Jehová vacía la tierra y la despuebla*

**24** He aquí que Jehová  
devasta la tierra y la arrasa,  
trastorna su faz  
y hace esparcir a sus moradores.  
<sup>2</sup> Y sucederá, como al pueblo,  
así también al sacerdote;  
como al esclavo, así a su amo;  
como a la criada, a su ama;  
como al que compra, al que vende;  
como al que presta, al que toma prestado;  
como al acreedor, así también al deudor.

<sup>3</sup> La tierra será totalmente devastada

**y completamente saqueada,  
porque Jehová ha pronunciado esta palabra.**

Este capítulo se inicia con una sección especial en la que Isaías dirige nuestra atención a la consumación de los tiempos y al juicio final del mundo. Nos traslada más allá de los castigos a cada una de las naciones que circundan a Judá y que quedaron registrados en los capítulos anteriores. Estos juicios constituían eventos preliminares, una forma de introducción del juicio final en el último día. Aun cuando algunos de los detalles nos pudieron haber obligado a mirar más allá de esos juicios, hacia el juicio final, Isaías, no obstante, dirigió cada una de esas profecías a un grupo en particular que va desde Babilonia en el capítulo 13 hasta Tiro en el capítulo 23. Aquí el Señor abrió las puertas de la eternidad un poco más, permitiéndole al profeta atisbar aún más en el futuro. Estos capítulos nos ofrecerán abundante consuelo y esperanza.

Como este capítulo inicia una sección que difiere de los capítulos anteriores, algunos han negado que el escritor de ambas secciones sea Isaías. Los desafíos sobre la autoría de este profeta aparecen de súbito como hongos tras la lluvia. Algunos sinceros y dedicados eruditos dudan de muchas partes de su texto y se sorprenden de cómo pudo haber escrito el hijo de Amoz algunos de sus pasajes. Las dudas actuales están sazonadas con la teoría literaria que esté de moda; las del día de mañana tendrán un tono diferente. Los lectores no deben pensar que Isaías es aceptado como el ejecutor de toda la profecía únicamente por personas de limitada educación o inteligencia. Hay otro grupo de estudiosos sinceros y dedicados que sostienen la autoría del profeta.

En esta ocasión podríamos considerar la evidencia que apoya a Isaías como autor de este libro. El capítulo ilustra de varias maneras el estilo que lo caracteriza. Por ejemplo, sus distintivos son el “he aquí” inicial, (versículo 1) y “Jehová ha pronunciado esta palabra” (del versículo 3). El profeta nos sitúa en medio de la catástrofe y pasa a describirla empleando breves y vívidas

cláusulas, lo cual es otra de sus peculiaridades. Quienes lo niegan dirán que un escriba pudo haber imitado su estilo. Sí, por supuesto, pero la explicación de que Isaías es el escritor resulta más sencilla. ¿Por qué inventar un escriba o un autor imaginario cuando las escrituras y los antiguos testigos de la iglesia proclaman que es Isaías?

En cierto sentido, este capítulo constituye una adecuada conclusión para la sección que le precede. Lo que el vocero de Dios registró aquí es una visión del fin del mundo, y los juicios previos fueron el preludio de la misma. Pudiéramos pensar que los problemas y las catástrofes que de tiempo en tiempo irrumpen en este mundo apuntan hacia el desastre definitivo, o sea, al juicio final. En ese día, el mundo tal como lo conocemos terminará y el Señor juzgará a los incrédulos, echándolos para siempre de su presencia, al tiempo que tomará a su pueblo para que viva con él eternamente en la gloria. Al final de su ministerio, Cristo les recordó a sus discípulos que vendrán guerras y cataclismos antes del fin: “Oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca, pero aún no es el fin” (Mateo 24:6). Cada desgracia nos recuerda el poder de Jehová de los ejércitos y nos deja ver cuán impotentes e insignificantes son los seres humanos ante el Altísimo Dios, Señor del universo. Finalmente, cada problema señala hacia el gran final, hacia su regreso en juicio.

Con las cuatro primeras palabras, Isaías desplaza bruscamente nuestra atención lejos de todo, para que nos enfoquemos en el Señor: “He aquí que Jehová”. Este es el Dios del pacto que conocemos, el Dios de la gracia fiel y gratuita. El profeta también quiere que recordemos hacia dónde vamos en esta historia de lamento y juicio. A medida que leemos este capítulo, haríamos bien en no olvidar la palabra “gloria” con la cual concluye. El juicio que aquí se nos muestra será: difícil, brutal y severo, a medida que Dios juzgue: el mal, el orgullo y la incredulidad del mundo y sus habitantes; sin embargo, en medio del veredicto, el pueblo de Dios continúa mirando más allá hacia el mundo nuevo

y glorioso. Dios lo ha preparado para todos los que confían en: su Hijo, el hijo de la virgen, la vara del tronco de Isaí. Al concluir con la palabra “gloria”, es evidente que en medio de las tinieblas de este capítulo de juicio, Isaías quiere que sus lectores se aferren a esa esperanza.

Isaías comenzó con “he aquí”, o “mirad”, para seguir revelándonos la acción del Señor. Se invita al lector a que mire al futuro, pero allí no se ve una imagen hermosa o reconfortante. Los verbos que usa el escritor aterran al corazón humano. El Señor “devasta”... “arrasa”... “trastorna”... “hace esparcir”. Estos términos expresan la ley de Dios. El juicio vendrá; y más adelante en este mismo capítulo veremos la razón para estas inquietantes palabras.

En estos primeros versículos, el profeta amplía nuestra visión. Ya no nos dirige a que veamos el juicio con que Dios visitará a las ciudades y las naciones que rodean a Judá. En este primer versículo, Isaías nos dice que la sentencia divina es mucho más extensa; esta vez está dirigida contra “la tierra”. A partir de este momento debemos tener en cuenta el uso de la palabra *tierra* la cual anuncia que el juicio es universal, y no es una exageración ya que el Señor se propone destruirla por completo. Las Escrituras anuncian una y otra vez este castigo final y total. Nuestro Señor Jesucristo también les enseñó a sus discípulos que ese final va a venir. Él apóstol Pablo alentó a los creyentes con ese día final y con el regreso del Señor en toda su gloria.

Hay otro sentido en el que la sentencia predicha indica un juicio general que no estará limitado a cierta clase de gente. Al dar la lista de doce categorías de personas que se presentan en seis pares contrastantes, Isaías dice que el juicio será sin distinción alguna para todos.

No puede haber duda alguna acerca de este juicio al que Isaías le añade una exclamación clara e inconfundible: “Porque Jehová ha pronunciado esta palabra”. Él es el mismo Dios que en el principio de la creación con una palabra hizo que existiera la tierra y es el mismo que ha determinado su fin. No hay ser humano que



pueda cambiar su decreto y, aunque muchos opten por ignorar el fin de los tiempos, la palabra de Dios permanece. Pedro nos recuerda: “Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra [de Dios], guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:7,9).

**<sup>4</sup> Se destruyó, cayó la tierra;  
enfermó, cayó el mundo;  
enfermaron los altos pueblos de la tierra.**

**<sup>5</sup> Y la tierra fue profanada  
por sus moradores,  
porque traspasaron las leyes,  
falsearon el derecho,  
quebrantaron el pacto eterno.**

**<sup>6</sup> Por esta causa la maldición consumió la tierra  
y sus moradores fueron asolados;  
por esta causa fueron consumidos los habitantes de la  
tierra  
y disminuyó la población.**

**<sup>7</sup> Se perdió el vino,  
enfermó la vid,  
gimieron todos los que eran alegres de corazón.**

**<sup>8</sup> Cesó el regocijo de los panderos,  
se acabó el estruendo de los que se alegran,  
cesó la alegría del arpa.**

**<sup>9</sup> No beberán vino con canción;  
la sidra les será amarga a los que la beben.**

**<sup>10</sup> Quebrantada está la ciudad  
a causa del desastre.  
Toda casa se ha cerrado,**

**para que no entre nadie.**

**<sup>11</sup> Hay clamores en las calles por falta de vino;  
todo gozo se ha apagado,  
la alegría se desterró de la tierra.**

**<sup>12</sup> La ciudad quedó desolada  
y con ruina fue destrizada la puerta.**

**<sup>13</sup> Porque así será en medio de la tierra,  
en medio de los pueblos,  
como un olivo sacudido,  
como rebuscos  
después de la vendimia.**

¿Por qué ha de castigar el Señor a la tierra con ese juicio? Isaías la describe desolada. Los vientos calientes la secan y le drenan la vida; incluso los ricos languidecen. ¿Por qué? “La tierra fue profanada por sus moradores”. La belleza de la gran creación de Dios ha sido echada a perder por los seres humanos rebeldes y pecaminosos que la habitan. Isaías identifica tres fases del problema. Los moradores de la tierra: (1) transgredieron las leyes de Dios, (2) violaron sus estatutos y (3) quebrantaron el pacto.

¿Cómo puede ser esto? Primero, Dios ha escrito su ley moral dentro del corazón humano; cada conciencia es testimonio de esta ley interior. Incluso si la persona desconoce cualquier otra ley, estatuto o pacto, el bien y el mal no le son un misterio. Cuando las personas actúan contra la ley interior, pecan y sus conciencias les molestan. Merecen el castigo, y lo saben, incluso cuando tratan de escapar de la justa sentencia. Segundo, el apóstol Pablo sugirió que el conocimiento natural de Dios deja sin excusa a la raza humana: “Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa” (Romanos 1:20). Pese a las maravillas del mundo creado por Dios, las cuales proclaman su bondad y poder, los humanos no lo buscan sino que se vuelven: codiciosos, crueles, rebeldes y

arrogantes; multiplican el pecado y la maldad en el mundo. Se ve claramente que tanta impiedad contamina el portento de la creación. Todo el mundo es responsable ante Dios y merece el castigo “por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Isaías no anuncia una doctrina desconocida, sino de principio a fin el mensaje de las Escrituras. Adán y Eva trajeron el pecado al mundo, Dios les había advertido claramente que la desobediencia resultaría en la muerte lo cual repitió a través de toda la Biblia. Los juicios que se describen en el Apocalipsis traen la historia humana a su final, e Isaías captó las mismas verdades en su visión, en la que nada queda, ni diversiones ni canto, ni siquiera el despreocupado aturdimiento que produce la bebida. Todo se convierte en tristeza. Cuando el profeta vio las ciudades destruidas, estaba viendo a todas las de la tierra. Las grandes metrópolis ofrecen fascinantes espectáculos especialmente de noche cuando la miríada de sus luces ilumina el oscuro firmamento. Pero el juicio de Dios ha reducido a ruinas las ciudades antiguas y modernas.

Su juicio será tan completo que no quedará nada que valga la pena; ése es el significado del versículo 13. Cuando se golpea o se sacude el olivo, se recogen las mejores aceitunas, nada que sirva es dejado atrás; rebuscar es perder el tiempo. Igual lección se desprende del símil con la cosecha de la uva. El juicio de Dios es total y nada queda.

Isaías dice que los moradores de la tierra “fueron consumidos... y disminuyó la población”. El concepto de un remanente es característico del profeta. Los sobrevivientes del juicio de Dios son aquellos que confían en su gracia y su perdón; únicamente ellos dejarán atrás la desolación del juicio para entrar en las gloriosas mansiones celestiales.

**<sup>14</sup> Estos alzarán su voz, cantarán gozosos  
por la grandeza de Jehová;  
desde el mar darán voces.**

**15 Glorificad por esto a Jehová en los valles;  
en las costas del mar  
sea nombrado Jehová, Dios de Israel.**

**16 De los extremos de la tierra oímos cánticos:  
«¡Gloria al justo!»**

**Y yo dije:**

**«¡Mi desdicha, mi desdicha, ay de mí!»**

**Traidores han traicionado,  
y han traicionado con traición de desleales.**

El remanente se regocijó. El mundo los ha despreciado pero para el Señor son invaluable y él los ha redimido. Escapan del severo juicio divino porque Dios los ha preservado y ellos confiaron en el perdón y la liberación que Dios les da. Mediante el profeta, Dios reta a los creyentes a mirar más allá del juicio a la gloria que les aguarda en su presencia. Él los llevará con él para que vivan por siempre en su presencia. Este conocimiento es motivo para que los fieles canten alabanzas a su nombre. Isaías no limita estas voces a su propio pueblo, a los judíos, sino que los cantos a Dios provienen: del oeste, desde las islas e incluso de habitantes de todos los confines de la tierra.

El pueblo de Dios difiere del resto del mundo. Ya dijo Isaías que los moradores de la tierra habían desobedecido la ley de Dios; todos habían hecho lo malo y merecían el juicio que ha anunciado el profeta. Pero los fieles son diferentes; no se esconden atemorizados, sino que glorifican al Dios justo por su inmensurable y maravillosa bendición. Igual que el resto de los habitantes de la tierra, el pueblo escogido también es: injusto, inicuo, desobediente y merece el juicio. Pero escapan de él porque el Dios de justicia los ha declarado justos, habiendo cubierto sus pecados y perdonado sus desobediencias, y además les ha prometido un lugar junto a él en su gloria. Se pueden regocijar porque han sido declarados: inocentes, santos y justos, a pesar de los defectos de su impía naturaleza humana.

Ningún ser humano puede jamás merecer que se lo declare así. Al declararlos justificados, Dios satisfizo las demandas de su propia y santa voluntad al dar a su propio Hijo en sustitución por todo el mundo (ver Isaías 53). Basado en la obra redentora de Jesús, Dios gratuitamente declaró santo al mundo, como nos lo recuerda el apóstol: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Quienes confían en esta gloriosa declaración de Dios se apropian de sus bendiciones; son sus hijos y herederos de la vida eterna. Escapan del castigo eterno no porque no lo merezcan sino porque Dios los ha redimido.

Isaías presenta a estos creyentes mirando hacia el Señor y alegrándose en gran manera. Sólo ellos pueden alabar al santo Dios porque son los únicos que saben que él los ha declarado santos. Los incrédulos temen las consecuencias de sus pecados y siempre se tienen que preguntar si han hecho lo suficiente para aplacar la ira del Dios justo y enojado. Dentro de cada ser humano, la voz de la conciencia grita acusatoriamente ante cada falta o mala acción. Los creyentes la acallan con el perdón de Cristo, en tanto que los incrédulos esperan haber hecho el suficiente bien para compensar sus faltas o aprenden a ignorar dicha voz. Si los incrédulos alaban a Dios, no lo hacen porque saben que Dios los ha perdonado y los ha declarado santos, sino porque admiran su grandeza y su poder. Cuando llegue el último día, los creyentes se volverán al Altísimo y lo alabarán por haberles hecho pueblo suyo a través de la fe en el Mesías.

Isaías escuchó que los cantos de alabanza provenían de los confines de la tierra. El pueblo de Dios se regocija, pero el profeta volvió su vista hacia la tierra y hacia la gente que la habita. Vio la tribulación de los condenados y lleno de angustia ante el castigo exclamó: “¡Mi desdicha, mi desdicha, ay de mí!” Ni el Señor ni su profeta se complacen en la muerte del malvado. Rápidamente Isaías se volverá al glorioso Señor de los cielos, pero por el momento miró una vez más al juicio. Ni la ley de Dios ni la idea del juicio venidero cambian la conducta del mundo. La traición, el engaño, el egocentrismo, siguen adelante desenfrenados. ¡Qué

contraste con el regocijo de los santos! ¡Qué triste y mortificante idea para Isaías y para todos los creyentes!

**17 ¡Terror, foso y red  
sobre ti, morador de la tierra!**

**18 Y acontecerá que el que huya de la voz del terror  
caerá en el foso;**

**y el que salga de en medio del foso  
será atrapado en la red;  
porque de lo alto se abrirán ventanas  
y temblarán los cimientos de la tierra.**

**19 Será destruida del todo la tierra,  
enteramente desmenuzada será la tierra,  
en gran manera será la tierra conmovida.**

**20 Temblará la tierra como un ebrio  
y será removida como una choza,  
y tanto pesará sobre ella su pecado,  
que nunca más se levantará.**

En las secciones previas del capítulo, el profeta anunció que el juicio va a ser universal; que todos los hombres van a ser juzgados, sin tener en cuenta su posición en la vida. Ahora el profeta vuelve a otra idea relacionada: no habrá escapatoria de este juicio. En el versículo 17 Isaías emplea tres palabras para describirlo: terror, foso, y red. En hebreo, estos términos tienen un sonido similar que no se puede reproducir en español pero que suena como: “Te esperan peligros, golpes y puñetazos”. Estas expresiones puntualizan y enfatizan la idea. Si alguien pudiera escapar del primero (terror), el segundo (el foso) y el tercero (la red) se asegurarán de que no haya escape. Isaías no está describiendo una situación literal, simplemente les está recordando a sus lectores que aparte de Jesús no hay escape del juicio divino.

Isaías indicó que “de lo alto se abrirán ventanas”, lo que hace alusión al diluvio, otro de los juicios de Dios (Génesis 7:11). Así como ese juicio vino sobre toda la tierra, así este gran y último

castigo vendrá de nuevo. El juicio será universal como antes lo dijo el profeta.

Hay al menos dos ideas más que podemos extraer de la descripción que nos hace el profeta de la catástrofe. La primera, que será total; de nuevo el idioma hebreo permite un juego de palabras que agudizan más la noción pero que resulta imposible de reproducir en nuestro idioma. Sin embargo la fuerza de las palabras del vocero de Dios no es menoscabada ni siquiera por la traducción. La tierra “será destruida”, “enteramente desmenuzada”, “en gran manera... conmovida”. El juicio divino no será un ligero golpecito por causa del pecado, será una catástrofe: escalofriante, brutal y definitiva. De estos versículos debemos sacar también la segunda idea: la causa de este juicio es el pecado y la rebeldía de los moradores de este mundo. En la ilustración de Isaías, el peso de la iniquidad es tal que “temblará la tierra como un ebrio y será removida como una choza”. Dios odia la impiedad del mundo y por ella traerá el juicio y la destrucción. Él no tiene otra alternativa; le ha ofrecido a la humanidad su perdón al declararla santa y justa, pero en lugar de aceptar tan misericordiosa bendición, el hombre persistió en su rebelión contra él y en la búsqueda del placer y la maldad. De manera que por el pecado del hombre la tierra “caerá” (Nueva Versión Internacional).

¿Describe aquí Isaías el juicio final? El versículo 20 se encarga de responder la pregunta con una nota final: “y nunca más se levantará”. No podrá levantarse de sus cenizas y seguir. Se acabó todo. Estas palabras son el signo de exclamación de Dios. No hay escapatoria del juicio; éste es final. Los condenados no podrán continuar.

**<sup>21</sup> Acontecerá en aquel día,  
que Jehová castigará  
al ejército de los cielos en lo alto  
y a los reyes de la tierra sobre la tierra.**

**<sup>22</sup> Serán amontonados**

**como se amontona a los encarcelados en una mazmorra,  
y en prisión quedarán encerrados.  
Y al cabo de muchos días serán castigados.**

Isaías vuelve a la idea de que este juicio será universal; sin embargo, esta vez proyecta nuestra visión más allá de la tierra. El juicio afectará “al ejército de los cielos en lo alto y a los reyes de la tierra sobre la tierra”. Eso puede significar que las estrellas de los cielos sentirán la furia del juicio de Dios y serán destruidas, como le ocurrirá a la tierra por los pecados de la humanidad. Pero parece que con la frase “ejército de los cielos en lo alto” el profeta quiere decir algo más. Puede significar que: los malos espíritus, Satanás y sus agentes, experimentarán el juicio de Dios tan ciertamente como lo harán los pecadores del mundo. Los poderes malignos del mundo espiritual en lo alto no serán diferentes de los poderes satánicos del mundo físico de abajo. Cualquiera de estas dos ideas tiene cabida en estas palabras. El contexto y el paralelismo parecen sugerir ésta última.

Si alguien se siente atribulado por esta visión, será útil recordar dos pasajes del Nuevo Testamento. Pedro escribió: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, donde están reservados para el juicio. Tampoco perdonó al mundo antiguo...y trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos;...El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” (2 Pedro 2:4,5,9). El apóstol Juan también escribió acerca de la destrucción final de Satán (Apocalipsis 20; ver *Apocalipsis*, serie La Biblia Popular pp. 187-198). La forma de pensar de Isaías, setecientos años antes de Cristo, y la del apóstol Juan, cerca de cien años después de Cristo, son asombrosamente similares. No nos debe sorprender que estos capítulos del profeta fueran considerados por algunos como el Apocalipsis del Antiguo Testamento.



**<sup>23</sup> La luna se avergonzará  
y el sol se confundirá,  
cuando Jehová de los ejércitos reine  
en el monte Sión, en Jerusalén,  
y brille su gloria delante de sus ancianos.**

Isaías, apartando su vista de la destrucción de la tierra y del juicio que Dios le ha revelado, mira una vez más hacia arriba y ve la gloria que aguarda a todos los fieles. El Señor Todopoderoso visitará la tierra con el juicio final y quitará toda oposición a su reino donde regirá para siempre con su iglesia triunfante. El monte Sión y Jerusalén no serán lugares físicos a los que Dios regresará para reinar con su pueblo. En su lugar, estos nombres se refieren a la nueva Jerusalén en los cielos muy diferente de la terrenal que aquí conocemos. El mundo de Dios es un mundo maravilloso que ha preparado para los que lo aman. Ni siquiera el sol ni la luna se pueden comparar con el paraíso de Dios en el cielo con sus santos. Tal como ocurre también en Apocalipsis y en Éxodo (Éxodo 24: 9-11), los ancianos representan al pueblo de Dios. En los próximos versículos Isaías tendrá mucho que decir sobre la nueva Jerusalén.

El mundo incrédulo, que no acepta el evangelio, no tiene esperanza. La palabra de Dios anuncia el grandioso e inmerecido amor del Creador por sus criaturas pecaminosas y rebeldes. Como bellamente lo predijo Isaías, Jehová ha enviado al Mesías. El Salvador del mundo ha muerto para liberar a la humanidad de las consecuencias de su propio pecado. A través de los siglos, Dios continúa llamando a los moradores del mundo y los invita con su evangelio a recibir las bendiciones que ha preparado. Como creyentes, lo compartimos con otros. Los que se niegan a creer cargarán con las consecuencias de su propia incredulidad. La devastación está por llegar y las amenazas de juicio son todavía intentos misericordiosos de Dios para que el incrédulo recapacite y se vuelva a él. Pero, finalmente, el desastre sobrecogerá a los que se nieguen a creer las buenas nuevas. Donde quiera y cuando

quiera que las personas las rechacen, lo único que queda es la alternativa del juicio.

*Alabad al Señor por sus obras maravillosas*

**25** **Jehová, tú eres mi Dios;  
te exaltaré, alabaré tu nombre,  
porque has hecho maravillas;  
tus consejos antiguos son verdad y firmeza.**

Isaías se acababa de asomar al glorioso reino del Todopoderoso ante los ancianos en la nueva Jerusalén. Las siguientes palabras que pronuncia son de alabanza. Los santos siempre se sienten motivados a loar al Señor, al Dios del pacto de gracia, y el profeta no es diferente; él representa a todos los justos. El profeta colocó primero el nombre especial, Jehová, para darles énfasis a sus palabras. Como alguien que prorrumpiera en gritos triunfales después de la victoria, Isaías exaltó a Dios y alabó su nombre. El Omnipotente logró la victoria sobre todo mal; por esto los creyentes gritan regocijados, porque este triunfo les pertenece por fe. Al igual que Isaías, ellos glorifican el nombre del Dios del pacto porque él es el triunfador.

Isaías nos dice que Jehová ha hecho un prodigio, que ha hecho “maravillas”. Ningún esfuerzo humano puede alcanzar lo que el Omnipotente ha hecho. Sólo él puede hacer ese portento. El intelecto humano ni siquiera es capaz de concebir las grandiosas “maravillas” de la salvación. ¿Cuáles son esas maravillas? Son Cristo y toda su obra. Dios planeó la llegada del Mesías al mundo, y antes que llegase delineó claramente la obra que iba a realizar mientras estuviera en la tierra. Siglos después, el apóstol Pablo escribiría: “Pero cuando vino la cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5).

El plan de Dios no se desarrolló a la par con los acontecimientos. Dios nunca hace las cosas a medias. Su proyecto era tan importante que lo ideó con gran cuidado y con mucha anticipación. El primer anuncio de su plan le fue dicho al mundo de nuestros insensatos y pecaminosos padres en el huerto de Edén después de su pecado. En su angustia y desesperación, necesitaban saber el plan que Dios tenía para liberarlos de la desobediencia. Pero el Todopoderoso no decidió en ese momento lo que iba a hacer después de que Adán y Eva habían pecado; él ya lo sabía aun antes de que ellos desobedecieran: “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4).

A través de largos siglos, desde aquella primera desobediencia, Dios no cambió su programa sino que se adhirió fielmente a él. Isaías escribió estas palabras después de una larga historia de actividad divina. Dios ya había destruido al mundo mediante el diluvio, pero guardó con vida a Noé y a su familia, con el fin de cumplir la promesa que les había dado a Adán y Eva. El Dios de la fiel gracia había escogido al patriarca Abraham para ser el gran antecesor del Mesías y había hecho de sus descendientes una gran nación a la que había liberado de la esclavitud en Egipto y le había dado tierra propia. Dios había predestinado la casa de David para que fuera la fuente de la que por fin iba a venir el Mesías. Ya todo eso estaba en el pasado y Jehová había sido fiel a sus promesas. Isaías miró el futuro y vio el nacimiento virginal de Emmanuel. Dios continuará siendo fiel, y no se apartará jamás de su plan hasta que éste esté totalmente cumplido. Mediante el poder del Espíritu Santo Isaías vio también el glorioso futuro de la iglesia de Dios en los cielos. El Señor cumplió todo con “perfecta fidelidad”.

Por todo esto, Isaías se sintió motivado a alabar a Dios y a proclamarlo como “*mi Dios*”. Este pequeño versículo puede ser una alabanza en boca de los creyentes de todos los tiempos. Con tanta confianza como lo hizo Isaías, también nosotros podemos declarar: “Jehová, tu eres mi Dios”, y así mismo alegrarnos en el triunfo que él logró para nosotros mediante el Mesías. También nosotros éramos parte de su plan aun antes de la creación del

mundo. Jehová, el Dios del pacto: “fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6,7). ¡Alabado sea su nombre!

Como lo hace el versículo anterior del libro de Éxodo, este capítulo igualmente colocará la ley y el evangelio, uno encima del otro. Los pasajes evangélicos del capítulo que tratamos están entre los más bellos y reconfortantes de las Escrituras. Por su parte, la ley resulta igualmente gráfica y terrible. Dios destruirá a los pecadores, pero también los salvará; por ser así por naturaleza, necesitamos oír la dura ley de Dios. Con ella él aplasta y saca fuera de nuestro malvado corazón cualquier falsa esperanza. Pero cuando estamos aplastados y desesperados, Dios nos reconforta con la seguridad de su amor en Cristo y edifica nuestra esperanza en las maravillosas obras que el Salvador ha hecho por nosotros.

**<sup>2</sup> Porque convertiste la ciudad en escombros,  
la ciudad fortificada, en ruina,  
y el alcázar de los extranjeros ya no será ciudad  
ni nunca más será reedificado.**

**<sup>3</sup> Por esto te glorificará el pueblo fuerte,  
te temerá la ciudad de gente poderosa.**

**<sup>4</sup> Porque fuiste fortaleza para el pobre,  
fortaleza para el necesitado en su aflicción,  
refugio contra la tormenta,  
sombra contra el calor;  
porque el ímpetu de los violentos  
es como una tormenta que se abate contra el muro.**

**<sup>5</sup> Como el calor en lugar seco,  
así humillarás el orgullo de los extranjeros;  
y como calor debajo de una nube,  
harás marchitar el renuevo de los poderosos.**

La ley y el evangelio son las enseñanzas fundamentales de las Escrituras. La ley anuncia el juicio de Dios sobre el pecado y el pecador, lo que hace aquí Isaías al describir el juicio sobre la impiedad. “[Tú, Jehová] convertiste la ciudad en escombros, la ciudad fortificada, en ruina, y el alcázar de los extranjeros... nunca más será reedificado.” Este es el Dios que Isaías proclama como suyo en el primer versículo. Uno de sus actos es la destrucción de sus enemigos, o sea, “la ciudad”, la cual, aunque no es identificada, representa a todos los adversarios del Señor Dios que persisten en el pecado y la incredulidad. Nínive, la capital asiria, o Babilonia, la capital de Nabucodonosor, podrían ser incluidas pero también lo pudiera ser cualquier pueblo enemigo de Dios y de su plan de salvación. Él es enemigo del pecado y de cada pecador, y su juicio cae sobre quienes confían en sus propios méritos. He aquí el juicio de la ley.

Pero la función de la ley es prepararnos para el mensaje evangélico del incondicional amor de Dios por los pecadores. Lo que se destaca en este pasaje es que cuando la ley ha hecho su obra, oímos que el evangelio también ha hecho la suya. Por medio de la operación de la ley y el evangelio, Dios ha obrado un milagro incluso en el corazón de sus grandes enemigos. Naciones extranjeras honrarán al Dios de Isaías y ciudades de antiguos e inmisericordes enemigos alabarán al Dios del pacto. “Por esto te glorificará el pueblo fuerte, te temerá la ciudad de gente poderosa”.

Estos nuevos creyentes de tierras extranjeras estaban todavía en el mundo del pecado y la miseria, pero el Señor había provisto refugio para ellos. Estos fieles, como todos los creyentes, se habían vuelto pobres y necesitados por el aplastante poder de la ley y el juicio que Dios inflige sobre los seres de este mundo. Pero el evangelio los había convertido y los había traído a la fe. Isaías describió a los creyentes en el mundo. Él todavía no nos muestra la perfecta bienaventuranza del cielo; su cuadro comprende dos grupos separados y opuestos. Primero vemos a los que honran y reverencian a Dios; y segundo, Isaías nos muestra a los perseguidores de su pueblo en este mundo.

Mientras que “el ímpetu de los violentos” continúa, los creyentes encuentran consuelo en dos importantes verdades. Primero, saben que Dios es su refugio y abrigo contra las dificultades de este mundo y contra la persecución de los impíos. Los que se oponen a Dios se continuarán airando contra su pueblo y “respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (Hechos 9:1), como lo hizo Pablo al principio. Pero Dios nos da amparo y protección. En segundo lugar, Isaías escribió que la oposición del mundo contra el evangelio y los creyentes es como la tormenta contra el muro, cosa que no puede en realidad causar daño. A su debido tiempo, Dios “humillar[á] el orgullo de los extranjeros”, así como la nube ofrece sombra contra el calor del sol. Todo el odio de los inicuos contra los creyentes no les afectará (ver Salmo 2), sino que ellos permanecerán como un muro en pie, incluso después de la más recia de las tormentas.

Pero aún hay más. Finalmente Dios erradicará todo el mal del mundo, la rebelión y la persecución. Él permite que ésta última se suscite en este planeta para sus propios fines. En varias partes del orbe aún hay cristianos que padecen por motivo de su fe y algunas veces sufriendo hasta la muerte. Pero todo ese dolor terminará. De tiempo en tiempo habrá tregua en la persecución del pueblo de Dios en la tierra, hasta que en el día final cese para siempre. “[Tú, Dios] humillar[á] el orgullo de los extranjeros.” En las gloriosas mansiones celestiales el pueblo de Dios disfrutará de las maravillas que él ha preparado para ellos. Por supuesto, si los fieles disfrutaban de las bendiciones del paraíso, sus enemigos sentirán el ardor de la ira divina. En la palabra de Dios, los dos conceptos, ley y evangelio, condenación y liberación, están estrechamente vinculados.

**6 Y Jehová de los ejércitos  
hará en este monte a todos los pueblos  
banquete de manjares suculentos,  
banquete de vinos refinados,  
de sustanciosos tuétanos**

**y vinos generosos.**

**<sup>7</sup>Y destruirá en este monte  
la cubierta tendida sobre todos los pueblos,  
el velo que envuelve a todas las naciones.**

**<sup>8</sup>Destruirá a la muerte para siempre,  
y enjugará Jehová el Señor las lágrimas  
de todos los rostros**

**y quitará la afrenta de su pueblo  
de toda la tierra;  
porque Jehová lo ha dicho.**

**<sup>9</sup>Se dirá en aquel día:**

**«¡He aquí, éste es nuestro Dios!**

**Le hemos esperado, y nos salvará.**

**¡Éste es Jehová, a quien hemos esperado!**

**Nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.»**

Isaías desplaza nuestra atención lejos del conflictivo mundo donde el pueblo de Dios lucha contra sus enemigos. En este mundo, la ley fulmina con el juicio y aplasta el orgullo humano, mientras el evangelio calladamente logra por obra de la fe que antiguos enemigos de Dios se conviertan en su pueblo. Sin embargo, en esa lucha Dios protege a los suyos. Con las palabras “en este monte”, Isaías cambia aquí nuestro enfoque a Jerusalén, o simplemente Sión, términos que se le aplican a la iglesia de Dios, o sea, a la congregación de los creyentes. Los incrédulos desaparecen y durante unos pocos versículos vemos sólo a los fieles hijos de Dios. ¡Qué maravillosas bendiciones ha preparado el Todopoderoso para su pueblo! Las que se describen aquí resuenan a lo largo de toda la Biblia, cargadas y saturadas de gracia y abundante consuelo.

Primeramente, observemos que en estos versículos es el Señor quien obra. Él “hará... banquete”, “destruirá la cubierta...[y] el velo”, “destruirá a la muerte”, “enjugará...las lágrimas” y “quitará la afrenta”. Notemos también que Isaías puntualiza sus promesas mediante lo que pudiéramos decir que es una expresión muy suya:

“Jehová lo ha dicho”. El hombre no hace absolutamente nada, todos reciben lo que Dios provee por su pura misericordia, y ¿por qué lo hace? No debemos perder de vista el objetivo de los actos divinos. Jehová ha provisto dones espirituales para la humanidad de todos los tiempos: “todos los pueblos”, “todas las naciones”, “todos los rostros”, “toda la tierra”; no para las naciones de Judá e Israel únicamente. Así es la gracia divina.

Dios obró sin otra razón que no fuera por su propio placer y voluntad; nadie merece lo que él ha hecho. De cierto, tal como esta sección de Isaías tan claramente destaca, es exactamente lo opuesto. Cuán a menudo llamó Dios a este profeta para que anunciara los grandes juicios venideros. Judá e Israel merecían la sentencia y el castigo como lo padecieron: Asiria, Egipto y Babilonia. Cada humano queda bajo la misma condenación; ninguno de nosotros es mejor que ellos. Sin embargo, Dios preparó abundantes bendiciones para todos, sencillamente porque él quiso amar a gente rebelde y pecadora. Dios es amor y por eso preparó un gran banquete espiritual.

El festín que Isaías describía era uno de los más ricos que el mundo antiguo podía imaginar, y el lenguaje que emplea hace énfasis en que se trataba del mejor. El vino refinado era para destacar su color y aumentar su calidad; las carnes de gruesos tuétanos era lo mejor que el mundo antiguo podía ofrecer. En nuestros tiempos se nos enseña a evitar comidas ricas en grasas, pero en ese entonces eran altamente apetecidas. El banquete es el convite de la gracia de Dios. El Dios-Salvador, Jehová de los ejércitos, ha preparado lo mejor que su amor pudo ofrecer: abundante compasión, perdón maravilloso y todo alimento que satisface al alma. Cada vez que el pueblo de Dios escucha el evangelio o hace uso de los sacramentos, está participando de este banquete de gracia. Cuando el creyente lee y estudia la Palabra, come de la mesa del banquete de Dios y recibe el alimento para su alma. Dios ministra: el perdón de los pecados, vida y salvación mediante el evangelio en la Palabra y los sacramentos.



Todavía encontramos más bendiciones de la gracia de Dios: Las palabras “cubierta” y “velo” parecen tomadas de la costumbre de usar el velo cuando se hacía duelo por la muerte de un ser querido o de cubrirse la cabeza cuando se enfrentaba una gran desgracia o calamidad. La muerte es el azote de toda sociedad y cultura; su gélido abrazo las sacude. Cuando llega a una familia, los sobrevivientes se visten a menudo con ropas de duelo. La costumbre individual varía entre las diferentes culturas del mundo, pero el dolor que inunda el corazón y la pena es universal. En nuestro mundo contemporáneo donde las fotografías transmiten imágenes conmovedoras a través de las barreras del lenguaje y del idioma, ninguna de ellas es más impresionante que la foto del sobreviviente que está manifestando su duelo ante un fallecimiento trágico. Pero el Dios del pacto de Israel, Jehová, tiene una respuesta a ésta calamidad: “Destruirá la muerte para siempre”. Cuando algo es destruido, desaparece y deja de existir. Los esfuerzos humanos no la pueden exterminar; la medicina puede prolongar la vida y eliminar algunas de las: dolencias, enfermedades y molestias, pero no puede inmunizar o usar radiación contra la muerte hasta hacerla desaparecer; sólo Dios la puede aniquilar; Isaías nos dice que eso es exactamente lo que él hará.

Vencida la muerte, Dios da un paso más: “enjugará...las lágrimas de todos los rostros”. El llanto de los humanos fluye de corazones quebrantados y dolidos. Los niños lloran cuando sienten dolor, los adultos lo hacen ante la tragedia. Las lágrimas son a menudo la única respuesta que el ser humano puede exhibir ante circunstancias que no se pueden modificar. Por supuesto, la muerte es una de esas dificultades, y nos encontramos con otras. ¡Qué consuelo les ofrece Dios a sus creyentes! Él enjugará las lágrimas de nuestras mejillas. ¡Qué extraordinaria promesa y qué hermosa imagen de la compasión del Señor del pacto! El propio Dios se detiene para consolar a su pueblo y enjugar amorosamente sus lágrimas.

Estos pasajes están entre los más consoladores de las Escrituras. El apóstol Pablo hace eco a una de estas promesas en su gran capítulo sobre la resurrección: “Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54). En el último libro de la Biblia, el apóstol Juan hace lo mismo con otro de estos ofrecimientos: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:4). El mismo Jesús demostró la verdad de estas esperanzas cuando le dijo a la madre del joven de Naín que no llorara e inmediatamente le devolvió la vida a su hijo único. Las lágrimas fueron eliminadas y la muerte destruida. Por supuesto que la propia resurrección del Señor demostró su absoluto poder sobre ella. Jesucristo se ha levantado, ha vencido y ha derrotado a la muerte de una vez por todas. Ha hecho esto para la humanidad de todos los tiempos. Sólo Jehová todopoderoso podía realizar esa proeza.

Isaías contempló este gran panorama mediante el poder del Espíritu Santo. Las promesas tan apreciadas por el pueblo de Dios del Antiguo Testamento no difieren de las que en estos días atesoramos. El mensaje de la Biblia es el mismo de principio a fin. La respuesta de los fieles a las bendiciones de la gracia divina es también la misma. Isaías registró un sencillo himno de loor que los hijos de Dios ofrecen cuando todo esto sucede. El profeta comenzó el capítulo con su propia confesión de fe en el Señor y con una alabanza. Puede que nosotros no siempre usemos exactamente los mismos términos, pero también hemos ofrecido nuestros cantos alabando a Dios por: los dones de su gracia, el perdón, la victoria sobre la muerte y vida eterna junto a él. “¡He aquí, éste es nuestro Dios! Le hemos esperado, y nos salvará. ¡Este es Jehová, a quien hemos esperado! Nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.”

**<sup>10</sup> Porque la mano de Jehová se posará sobre este monte;  
pero Moab será pisoteado en su mismo sitio,  
como es pisoteada la paja en el estercolero.**

**<sup>11</sup> Y extenderá sus manos por en medio de él,  
como las extiende el nadador para nadar;  
y abatirá su soberbia  
y la destreza de sus manos.**

**<sup>12</sup> Abatirá la fortaleza de tus altos muros:  
la humillará y la echará abajo,  
hasta el polvo.**

El Señor prometió grandes y maravillosas bendiciones para “todos los pueblos” (25:6). Así es el evangelio; nadie queda excluido. Tal y como Jesús les dijo a sus discípulos: “Haced discípulos en todas las naciones” (Mateo 28:19). Dios declaró al mundo justo y santo, y destruyó la muerte para todos mediante la obra del Señor Jesús. Esta es la respuesta de Dios: al pecado, a la muerte y al tormento eterno en el infierno. No existe otra respuesta. Los que creen recibirán las bendiciones de Dios; él enjuga las lágrimas de ellos y les da las bendiciones de su rico banquete.

Aunque este suculento banquete es para toda la humanidad, no todos lo desean. Isaías tiene una imagen más para sus lectores y de nuevo desvía nuestra atención. En esta oportunidad, el profeta aleja nuestra vista del monte donde el pueblo disfruta de las bendiciones divinas hacia otro lugar, hacia Moab. ¿Por qué fue aquí Moab el elegido? Porque representaba a todos los enemigos del pueblo de Dios; una breve revisión de su historia lo aclara. El conflicto entre este pueblo y el pueblo judío se inició cuando el pueblo de Moab no le permitió a Israel, que iba en camino hacia la Tierra Prometida, pasar a través de su territorio (Jueces 11:17). Balac, rey de Moab, contrató a Balaam para que maldijera a Israel (Números 22–24). Mientras los israelitas aguardaban para cruzar el Jordán, las mujeres moabitas los sedujeron para que adoraran a sus dioses en lugar de adorar al Señor (Números 25). Desde ese momento existió tensión entre el pueblo de Dios y los moabitas.

Isaías tenía buenas razones para escoger a Moab como representante de todos los adversarios de Dios y de su pueblo. Moab estaba lo suficientemente cerca como para conocer todas las

bendiciones que Dios les había prometido a todos los pueblos, quienes por lo general lo rechazaron. Por causa de su incredulidad, no recibieron: el perdón, la vida y la salvación que Dios prometió darles en Jerusalén. Lo que les correspondió fue el juicio. En esta sección, la ley de Dios es gráfica y severa. En tanto que Jehová da gracia y ricos dones a los que confían en él, amenaza con el castigo y la destrucción a todos los que lo desprecian.

El contraste no podría ser más impresionante. En Jerusalén, Dios enjuga las lágrimas de sus creyentes y destruye a la misma muerte; al otro lado del Jordán, en Moab, Dios aplasta a esa nación en el estiércol. De un lado el evangelio, la ley al otro; salvación para los creyentes, juicio para los incrédulos. El cuadro que aquí nos presenta el profeta nos sorprende porque ofende nuestro sentido de la decencia. Moab, siendo pisoteada en el muladar, es una imagen sucia y repulsiva; sus incrédulos ciudadanos nadan en el excremento tratando de huir pero sin poder hacerlo. Dios: derrumbó su orgullo, los abatió, los humilló hasta el polvo. Las expresiones del último versículo del capítulo nos dicen que el juicio sobre Moab fue completo y definitivo.

Esta violenta y gráfica sección destaca el hecho de que Dios es severo en cuanto al pecado y la apostasía. Vivimos en un mundo que piensa que la impiedad es sólo una ligera imperfección, una falta de carácter, que puede ser corregida por el conocimiento correcto y el firme deseo de cambiar. ¡De ninguna manera! La maldad ofende a Dios y debe ser castigada. El propio Señor envió el Sustituto; mandó a su propio y muy amado Hijo, a quien castigó por todos los pecados del mundo. Cuando Cristo se levantó, venció a la muerte por todos. Los que creen reciben la bendición de Dios; viven en Jerusalén, donde Dios enjuga las lágrimas de sus ojos. Los que no creen rechazan su don y escogen vivir en Moab lejos de los dones de Dios. El juicio para ellos es seguro; este es el consistente mensaje de Isaías y de todas las Escrituras.

*Cantad al Señor; él sustenta a su pueblo*

**26** En aquel día cantarán este cántico en tierra de Judá:

**«Fuerte ciudad tenemos;  
salvación puso Dios  
por muros y antemuro.**

**<sup>2</sup> Abrid las puertas  
y entrará la gente justa,  
guardadora de verdades.**

Con el cuadro de Moab todavía fresco en la mente de los lectores, Isaías dirige una vez más nuestra atención de la ira hacia la gracia de Dios: de Moab a Jerusalén y a Judá. Con el cántico que el pueblo de Dios entonará, el profeta subraya la diferencia que ya notamos en los versículos previos. El pueblo de Dios está seguro en una ciudad fuerte pero no se vanagloria de su poder y fuerza. Con una actitud muy parecida a la de la gente contemporánea, la de la antigüedad se enorgullecía de sus propios logros cuando alcanzaba una victoria sobre los enemigos o evitaba un desastre. De ese orgullo todavía dan testimonio sus monumentos de piedra que relatan grandes victorias de reyes y ejércitos poderosos. Por otra parte, el pueblo de Dios está lejos de jactarse de sus propias capacidades y éxitos; Dios es el objeto de sus alabanzas: “salvación puso Dios por muros y antemuro”.

Este sencillo pero importante aspecto es un énfasis importante del capítulo entero, el cual está dominado por la acción del Señor. En este versículo inicial Isaías no usa el nombre especial de Dios, pero emplea muchas veces a lo largo de todo el capítulo el nombre de Jehová, el Dios del pacto. Este nombre especial para el Altísimo aparece doce veces en este capítulo. Isaías les recordó a sus lectores que Jehová obra en gracia y misericordia, pero también en juicio. Jehová, el Dios del pacto de Israel, lleva a cabo estas dos acciones opuestas. El profeta continúa en este capítulo contrastando: la gracia y la misericordia de Jehová con sus juicios.

Debemos tener en cuenta el énfasis en el nombre Jehová, el Dios-Salvador.

El canto con que comienza el capítulo nos dice que Dios hizo una fuerte ciudad para su pueblo; el pueblo de Dios está invitado a venir y disfrutar de su seguridad. Dios no hizo la ciudad para que fuese admirada desde lejos sino para que pudiese ser habitada. “Abrid las puertas”, continúa el profeta, el lugar es para ser habitado y Dios nos lo recuerda cuando dice que sus puertas se van a abrir. Sus muros abrigan no sólo a los judíos sino también a todas las naciones. Sin embargo, no todos entran en ella. Su población es limitada.

¿De qué manera es limitada la población de esta ciudad? Dos características identifican al pueblo que entra en la ciudad de Dios: son “la gente justa” que es “guardadora de verdades”. Las Escrituras enseñan claramente que no hay nadie que sea justo por su propio carácter moral o por su modo de actuar. Pablo escribió: “No hay justo, ni aún uno... por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:10,20). Mientras que ningún: esfuerzo, pensamiento o actitud del hombre puede hacerlo santo, el pueblo que está dentro de la ciudad de Dios sí lo es. ¿Cómo? Dios lo ha declarado “gente justa” mediante la fe en el Mesías. Pablo escribió: “La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (Romanos 3:22). Sin duda esta es la ciudad de los creyentes, justificados por la declaración y la acción de Dios. Además, esta nación es “guardadora de verdades”, es decir, son fieles al pacto de Dios. Creen la promesa de salvación, y por gracia la mantienen y preservan resueltamente e igualmente conducen sus vidas de acuerdo a los preceptos del Dios del pacto.

**<sup>3</sup> Tú guardarás en completa paz  
a aquel cuyo pensamiento en ti persevera,  
porque en ti ha confiado.**

**<sup>4</sup> Confíad en Jehová perpetuamente,  
porque en Jehová, el Señor  
está la fortaleza de los siglos.**

**<sup>5</sup> Porque derribó a los que moraban en las alturas;  
humilló a la ciudad enaltecida,  
la humilló hasta la tierra,  
la derribó hasta el polvo.  
<sup>6</sup> Será pisoteada  
por los pies del afligido,  
bajo los pasos del necesitado.»**

Dios añadirá una bendición más a los justos que entran por las puertas de su ciudad, su paz profunda y perfecta. Para captar esta idea, el profeta de Dios del Antiguo Testamento escribió: “*shalom, shalom*” (“paz, paz”). Esa serenidad viene de Dios solamente; emana de su acto de declarar santa a esta nación. Pablo lo expresa bellamente: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Pero debemos tener cuidado, la fe no es motivo para que Dios le dé la paz a su pueblo, la fe es sólo para recibir el veredicto de inocencia ya concedido por Dios (la justificación), siendo éste un don inmerecido de la acción divina con su consiguiente bendición de paz.

Considerando estos regalos sin paralelo, Isaías exhorta a los creyentes de todos los tiempos a confiar en Dios a quien el versículo 4 identifica como objeto de la confianza de la nación. El nombre de Jehová, el Dios del pacto, ocupa el lugar principal. Dos veces ha usado Isaías el nombre de Dios que se escribe con cuatro letras (YHWH), y en una ocasión lo ha abreviado a una expresión de sólo tres (JAH). La misma combinación aparece en el capítulo 12:2. Este es el nombre propio de Jehová en su forma más enfática. Este es el Dios que iba a llevar a cabo la liberación y quien prometió otorgarles su gracia a los pecadores.

La cualidad divina que Isaías destaca aquí es su eterna fidelidad. La nación debía confiar siempre en él porque es “sólido como la roca”, o sea, “Roca eterna” como traduce la NVI. ¡Qué concepto más importante! El profeta inserta esta cualidad en el contexto de los altibajos de la historia y en el surgimiento y la

caída de las naciones. En todo el caos de los anales del mundo, nuestro Dios de gracia fiel y libre: fue, es y será siempre el mismo.

Una vez más Isaías desvía nuestra atención volviendo a la situación de los que no confían en Jehová y que se creían seguros en sus ciudades fortificadas de altas torres. Vivían en una segunda ciudad diferente a la que el Señor hizo. En una “ciudad enaltecida”, orgullosa, según su propia opinión. Isaías describe de manera figurada a todos los que se apartan del Señor y confían en ellos mismos y en sus capacidades. Esta ciudad no goza de la protección divina; de hecho, sufrirá el juicio de Dios ya que él “la humilló”, y “la derribó hasta el polvo”. La destrucción será total y completa. El lugar es incluso hollado por los oprimidos y por los pobres, a quienes una vez despreció.

El mismo Dios que es una roca para quienes confían en él es un juez para quienes no lo hacen. Esto también es un ejemplo de ley y evangelio. Isaías nos muestra dos ciudades y las condiciones de cada una. Nos lleva y nos trae entre las dos, impartiéndonos a la vez amplias lecciones espirituales. Puede ser que el profeta haya tenido referencias históricas para estas palabras, quizás la destrucción de Jerusalén o la destrucción de Nínive, la capital asiria. Pero estos versículos se extienden mucho más allá de la caída de Jerusalén o de Nínive, ya que son lecciones para el pueblo de Dios de todos los tiempos, y ellos anuncian verdades que no están confinadas a uno o dos eventos históricos de la antigüedad. Estas lecciones, impartidas por Dios, son para nosotros y para los creyentes de todas las épocas. El Señor hizo que fueran escritas y preservadas, no sólo como una aclaración histórica, sino también como una instrucción espiritual para nosotros y para los hermanos en la fe que nos seguirán.

**<sup>7</sup> El camino del justo es rectitud;  
tú, que eres recto, allanas el camino del justo.  
<sup>8</sup> También en el camino de tus juicios,  
Jehová, te hemos esperado;  
tu nombre y tu memoria**



**son el deseo de nuestra alma.**

**<sup>9</sup> Con mi alma te he deseado en la noche  
y, en tanto que me dure el espíritu dentro de mí,  
madrugaré a buscarte;  
porque luego que hay juicios tuyos en la tierra,  
los moradores del mundo aprenden justicia.**

**<sup>10</sup> Se mostrará piedad al malvado,  
pero no aprenderá justicia,  
sino que en tierra de rectitud hará iniquidad  
y no mirará a la majestad de Jehová.**

Apártate del juicio y mira atrás hacia la gracia; aléjate de la ciudad rebelde y acércate a la ciudad de la fe. En ella, el pueblo espera pacientemente y concentra su atención en el Dios del pacto, en Jehová, a medida que el juicio se acerca sobre la tierra. Muchas veces los creyentes tienen que observar y soportar el juicio divino sobre los impíos. En Judá, los fieles fueron llevados cautivos junto con los infieles; Daniel y miles de creyentes fueron deportados junto con tantos más que se habían apartado del Señor. Sin embargo, Jehová preservó un grupo de fieles que esperaron pacientemente la liberación y a él se volvieron en busca de: fortaleza, consuelo y esperanza. Estos amplios principios recurren a lo largo de la historia. Las naciones se levantan y caen; Dios las castiga a su debido tiempo y dirige la historia por el curso que él ha determinado. El creyente espera porque Dios lo protege; él gobierna al mundo y guía su historia para el beneficio de su pueblo, incluso si hay ocasiones en las que el creyente tenga que sufrir junto con los impíos. Sin embargo, mientras ese castigo tiene lugar, Dios allana el camino de sus hijos. Él siempre tiene en mente el bienestar de su pueblo en todo lo que hace.

Isaías no nos muestra aquí el juicio final de Dios sino que nos dirige para que veamos qué ocurre en la historia del mundo a medida que períodos de paz y prosperidad alternan con períodos de problemas y guerra. Cuando Dios en su gracia muestra bondad hacia los malvados, ellos ni así aprenden a hacer lo bueno

(versículo 10). Jesús nos recordó que la lluvia cae sobre justos e inicuos (Mateo 5:45); unos y otros gozan del brillo del sol y en ocasiones también de tranquilidad y prosperidad. Ni la abundancia ni la paz pueden enseñar equidad; sólo Dios el Espíritu Santo, obrando por medio del evangelio, puede impartirla.

Los creyentes aprenden de los azotes de Dios porque el Espíritu Santo les ha dado fe y entendimiento, mientras que los impíos continúan en sus torcidos caminos ya sea que el sol brille o no. Ni el desastre ni la prosperidad hacen mella en su corazón. Aun cuando prevalezcan: el orden, la piedad, la justicia y la honestidad: “en tierra de rectitud [el malvado] hará iniquidad”. Isaías nos dice que los impíos no miran la grandeza de Jehová, la cual consiste en su ilimitado amor por los pecadores y la liberación que les ha dado a través del Mesías o Cristo. Esa majestad sólo puede ser aprendida en el evangelio mediante el poder del Espíritu Santo.

**<sup>11</sup> Jehová, tu mano está alzada,  
pero ellos no ven.**

**Cuando por fin vean,  
se avergonzarán los que envidian al pueblo;  
y a tus enemigos, fuego los consumirá.**

**<sup>12</sup> Jehová, tú nos darás paz,  
porque también nos hiciste  
todas nuestras obras.**

**<sup>13</sup> Jehová, Dios nuestro,  
otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros;  
pero nosotros nos acordaremos de tu nombre,  
solamente del tuyo.**

**<sup>14</sup> Muertos son, no vivirán;  
han fallecido, no resucitarán;  
porque los castigaste,  
los destruiste y desvaneciste todo su recuerdo.**

**<sup>15</sup> Aumentaste el pueblo, Jehová,  
aumentaste el pueblo;**

**te hiciste glorioso;  
ensanchaste todos los confines del país.**

Uno pudiera pensar que los incrédulos aprenderán cuando Dios les envíe su juicio, pero la ley no puede enseñar la verdad del evangelio. Los impíos no perciben las obras de Dios en la historia, ni aprenden lo recto; se han apartado de Dios y de su Palabra, que es la única fuente de sabiduría y de justicia. Y como persisten en sus propios caminos, la mano del Señor “está alzada” contra ellos. Eso significa que Dios está listo para golpearlos con su juicio, cuya aproximación los impíos no perciben; continúan ignorándolo hasta que es demasiado tarde. Entonces sentirán el castigo y entenderán por experiencia lo que no pudieron entender por fe. “A tus enemigos [de Dios], fuego los consumirá”, o sea, que el juicio final es lo único que queda para los incrédulos. Una vez que el juicio haya llegado, los malvados verán el cuidado de Dios por los suyos a través de los cambios de la historia.

Por otra parte, los fieles, la nación justa, conocen que la fuente de su paz y de su liberación es Jehová. Él y sólo él estableció la paz para sus escogidos. Nuevamente el profeta le recordó a su pueblo que Jehová lo hizo todo para beneficio de ellos. La última parte del versículo 12 proclama una verdad que los creyentes siempre han conocido: “[Tú, Dios] también nos hiciste todas nuestras obras”. Cualquier cosa que los fieles hayan hecho sin el Señor es nada. Las ilustraciones de esta verdad aparecen en cada victoria que el pueblo de Dios alcanzó. Por ejemplo, mientras Josué dirigía al pueblo contra los amalecitas en Refidim, Moisés esperaba con las manos levantadas hacia Dios en la cima de la montaña; mientras él estaba en esta posición los israelitas prevalecían. Al final, el Todopoderoso le concedió la victoria a su pueblo (Éxodo 17:8-16). Cualquier cosa que la nación santa haya hecho a través de la historia ha tenido éxito únicamente porque Dios lo ha permitido. Así lo afirma el salmista: “Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmo 127:1). En el Nuevo Testamento, Pablo sugiere otra aplicación para esta

verdad: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Los creyentes no se pueden acreditar nada. Todo, de principio a fin, Dios lo ha hecho para nosotros por sola gracia.

El versículo 13 nos regresa al mundo del poderío político en el cual parece que Dios no gobierna a su pueblo sino que éste es controlado por otros. En la historia de los hijos de Dios del Antiguo Testamento, muchas naciones los sojuzgaron: Egipto, Filistea, Madián y media docena más de otras registradas en Jueces. Todas tuvieron sus períodos de dominio en que se enseñorearon sobre Israel y Judá. La dominación extranjera continuó con: Asiria, Babilonia, Persia y Roma. Como Isaías escribió: “Otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros”. Sin embargo, sin importar las circunstancias políticas externas, el pueblo de Dios, es decir, sus fieles, han honrado siempre el nombre de Jehová.

Él fue la Roca en el caos de la historia. Todos los que antes dominaron al pueblo de Dios estaban muertos. Las naciones que en el futuro los iban a subyugar desaparecerán del mismo modo y se convertirán en ruinas. Los líderes de esas naciones morirán y sus grandes ejércitos se convertirán sólo en fantasmas y tumbas. Este ciclo continuará mientras dure la tierra. Los hijos de Dios serán siervos de quienes ostenten el poder político. Los impíos, aunque llegarán incluso a perseguir la iglesia, desaparecerán. Únicamente el pueblo de Dios seguirá. Isaías vio a los creyentes fieles a través del paso del tiempo y vio un milagro maravilloso: Dios acrecentará su nación mediante la proclamación del evangelio. Así como él cambió a las naciones impenitentes del capítulo anterior de manera que lo reverenciaron (25:3), de igual modo continuará añadiendo sus escogidos a su iglesia y engrandeciendo su pueblo justo y santo.

**<sup>16</sup> Jehová, en la tribulación  
te buscaron;**

**derramaron su oración  
cuando los castigaste.**

**<sup>17</sup> Como la mujer encinta cuando se acerca el  
alumbramiento**

**gime y da gritos en sus dolores,  
así hemos sido delante de ti, Jehová.**

**<sup>18</sup> Concebimos, tuvimos dolores de parto,  
pero dimos a luz sólo viento;  
ninguna liberación logramos en la tierra  
ni cayeron los moradores del mundo.**

**<sup>19</sup> Tus muertos vivirán;  
sus cadáveres resucitarán.**

**¡Despertad y cantad,  
moradores del polvo!**

**porque tu rocío es cual rocío de hortalizas,  
y la tierra entregará sus muertos.**

Isaías continuó centrándose en los piadosos mientras vivían en la tierra en medio de sus opresores. Los hijos de Dios se aferran al Señor y confían en él para su protección y prosperidad, sin importar cuál sea la situación física o el clima político. A través de la historia, el Señor obra por amor a ella. En ocasiones Dios disciplina a los suyos hasta el punto en que solo puedan musitar una plegaria; pero continúan orando sin importarles sus circunstancias. La oración brota del corazón que reconoce cuán desvalido e impotente es el hombre y cuán dispuesto está Dios a ayudarlo. Aquellos que sienten que pueden hacer algo acerca de su situación y que no necesitan a Dios, no oran, sólo confían en sus propias capacidades. Aquí la iglesia de creyentes ruega, sabe que está en las manos de su Protector y entiende lo que con anterioridad escribió Isaías: “También nos hiciste todas nuestras obras” (26:12). Los cristianos confían en que Dios continuará haciendo grandes cosas por ellos.

A estas alturas, Isaías nos brinda una vívida comparación demostrando los límites del esfuerzo humano. Una mujer en parto

usa sus energías para dar a luz un niño. Algunas veces las personas, incluso las que son parte de la iglesia, gastan sus energías en resolver problemas y librarse de dificultades, pero el resultado de todo ese esfuerzo no es ningún niño, no es ninguna solución, no es nada sino aire. Quizás este símil tenía el propósito de recordarle al pueblo del tiempo de Isaías que no podían esperar librarse de las hordas invasoras asirias mediante la alianza que pudieran hacer con Egipto. Ese esfuerzo no era más que vana esperanza y aire. Isaías deja claro que la liberación iba a venir únicamente de Dios y no del pacto con un pueblo extranjero. Pero el principio que este hombre de Dios estableció implica mucho más, es evidente que sin el Señor ningún denuedo humano puede lograr cosa alguna. En ningún otro lugar es esto más claro que en la salvación: del pecado, de la muerte y del infierno. No hay esfuerzo, no importa cuán agotador sea, que pueda alcanzar la salvación. Solamente Jehová, el Dios del pacto, salva. En el Mesías, el Todopoderoso le otorga este don a su pueblo mediante su inmerecido favor. Es por gracia, y no por obras, para que ningún humano se gloríe jamás.

En medio de la tribulación, el pueblo de Dios suplica. Una verdad más importante les sostiene, la que Isaías da a través de una promesa extraordinaria: “Jehová... tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán”. La promesa de la resurrección corporal ha consolado al pueblo de Dios a través de todas las edades. Algunos sugieren que este pasaje fue añadido años después y plantean que este profeta no pudo haber sabido de la resurrección del cuerpo; pero nadie lo sabe sin la clara revelación de Dios. Por inspiración del Espíritu Santo el profeta supo lo que los apóstoles conocieron cuando se asomaron a la tumba vacía de Jesús, y de lo que Pablo escribió tan elocuentemente en 1 de Corintios capítulo 15. Los muertos resucitarán.

Isaías añadió aquí una pequeña y refrescante imagen; así como el rocío de la madrugada sube y desaparece con la luz de la mañana, también se levantarán los muertos en la gloria a la llegada del Hijo de Justicia. El rocío no permanece en el suelo sino que se eleva; de igual forma los muertos no se quedan en el polvo sino

que resucitan y gritan de alegría. En esta ilustración, Isaías también puso el énfasis en la acción de Dios. El rocío no se eleva por él mismo, lo hace únicamente en respuesta al calor del sol. Así, ni la salvación ni la resurrección son posibles sin Jesucristo.

Cuán a menudo estas maravillosas promesas han sostenido al pueblo de Dios en la hora de las persecuciones, junto al ataúd de un ser querido o cuando están a punto de morir. Los muertos en el Señor resucitarán. En otros lugares de las Escrituras leemos que esta es una resurrección de justos e impenitentes. Los primeros resucitarán a la vida y entrarán a la gloria del cielo, los segundos se levantarán únicamente para ser echados eternamente de la presencia de Dios. Este pasaje no contradice esa verdad sino se concentra únicamente en la nación justa de los creyentes en Dios.

**20 Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos,  
cierra tras de ti tus puertas;  
escóndete un poquito,  
por un momento,  
en tanto que pasa la indignación.**

**21 Porque he aquí que Jehová sale de su lugar  
para castigar  
al morador de la tierra  
por su maldad contra él;  
y la tierra descubrirá la sangre derramada en ella,  
y no encubrirá ya más a sus muertos.**

Musitando sus plegarias a Dios y con la esperanza fundada en el gran poder divino, su pueblo enfrenta las dificultades de la vida en un mundo hostil. El juicio sobre la maldad y la incredulidad vendrá periódicamente, como siempre ha ocurrido a través de la historia. Cuando acaeció para los inicuos de la época de Isaías, el profeta les aconsejó: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas”. Deberían esconderse en las manos seguras de Jehová hasta que pasase el juicio.

Mediante su profeta, Dios continuó alentando a su pueblo con estas palabras: “por un momento, en tanto que pasa la indignación”. Estos juicios divinos se llevan a cabo teniendo en mente al pueblo de Dios. Los días de tribulación y de caos no son interminables, Dios les ha puesto un límite por amor a sus fieles y al evangelio. Mientras soportan las dificultades, un corto tiempo puede parecer largo; pero con cuanta frecuencia no les dice Dios a sus hijos que esperen con paciencia hasta que él haya determinado la venida del alivio y la liberación.

A veces parece como si Dios estuviera sentado en el cielo permitiendo que el mundo siga alegremente su camino. El mal se multiplica, los malvados prosperan, la iglesia es atacada y parece que es impotente e ineficaz. Pero el Omnipotente ha establecido su tiempo: “Porque he aquí que Jehová sale de su lugar”. A veces puede parecer que los malvados se salen con la suya, o que Dios es indiferente al sufrimiento de sus justos en un mundo perverso. Pero la impiedad del mundo es tan tomada en cuenta por el Dios del cielo como lo fue el dolor de su pueblo en Egipto. Finalmente, en el tiempo que él determinó, vino el juicio divino sobre sus enemigos y la liberación para su pueblo. Ese patrón no ha cambiado.

*El Señor es Dios de gracia, pero también de juicio*

**27** En aquel día Jehová castigará  
con su espada dura, grande y fuerte  
a Leviatán, la serpiente veloz,  
a Leviatán, la serpiente tortuosa;  
y matará al dragón que está en el mar.

Isaías acababa de anunciar que Jehová iba a venir en juicio “para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él” (26:21). Sin embargo, éste no es el juicio final, sino los castigos que Dios inflige sobre la maldad del mundo durante el curso de la historia. Isaías había animado al pueblo de Dios para que se



escondiera mientras estas sentencias eran descargadas sobre: Egipto, Asiria, Babilonia, Samaria y también sobre Jerusalén. Sin embargo, todo esto señala al juicio final, del cual estos eventos fueron sucesos preliminares; así debemos entenderlos. Con las palabras “en aquel día”, el profeta dirige a sus lectores hacia el futuro. Para sus primeros lectores, muchos de los juicios sobre las naciones que rodeaban al pueblo israelita estaban aún por venir, para nosotros ya han pasado.

Este capítulo comienza con las conocidas palabras “en aquel día”, pero luego introduce algo nuevo, la palabra “leviatán”. Al leer este primer versículo resulta natural que nos preguntemos ¿quién o qué es este animal del cual se nos habla en Job 3:8 y 41:1? Algunos consideran que los textos se refieren al cocodrilo. En los Salmos 74:14 y 104:26 parece que se refiere a cierta criatura marina. ¿Qué es el leviatán de este pasaje? La respuesta es que el objeto del juicio de Dios es algún tipo de serpiente. Algunos parecen ver en este versículo tres criaturas: el leviatán como serpiente veloz, reptil sinuoso, o monstruo marino. Otros ven una sola criatura descrita de tres maneras diferentes; y aun otros ven dos criaturas, al leviatán y al dragón marino. Egipto, Asiria y Babilonia pueden haber venido a la mente de los lectores de Isaías como manifestaciones de estas criaturas, pero el profeta parece ser deliberadamente vago y no quiso limitar los enemigos de Dios a estas tres naciones. De manera que para nosotros, cuando él introduce al leviatán, está describiendo a todos los enemigos de Dios que vendrán en diferentes formas, pero todos oponiéndose a él.

Ya sea que en nuestra lectura encontremos: tres, dos, o solamente una criatura, Isaías nos dio una clara imagen de los enemigos del Señor. Pese a lo fiero y monstruoso que pudieran ser, Dios los castigará. El profeta indicó que el castigo será a espada; por supuesto que esto también es simbólico. En realidad Dios no empuña una espada, aunque los lectores de entonces entendían claramente la imagen y los lectores modernos la entienden rápidamente.

La espada del juicio de Dios tiene tres características. En primer lugar, es “dura”, es decir, pesada y firme; no se romperá y cumplirá su propósito. En segundo lugar, es “grande”, lo que significa que es poderosa y nadie se le puede oponer. En tercer lugar, esta arma es “fuerte”, poderosa y violenta ya que está empuñada por el omnipotente brazo de Dios contra sus adversarios. Con esto Isaías les está diciendo a sus lectores que el juicio de Jehová será severo y violento y sin escapatoria posible. El mensaje resulta claro y consistente con todo lo demás que Isaías escribió acerca del juicio divino sobre la gente: impía, incrédula y rebelde.

**<sup>2</sup> Aquel día cantadle a la viña del vino rojo.**

**<sup>3</sup> «Yo, Jehová, la guardo;  
a cada momento la regaré;  
la guardaré de noche y de día  
para que nadie la dañe.**

**<sup>4</sup> No hay enojo en mí.**

**¿Quién pondrá contra mí en batalla espinos y cardos?  
Yo los pisotearé  
y los quemaré a todos juntos.**

**<sup>5</sup> ¿O se acogerá alguien a mi amparo?**

**¡Que haga conmigo paz!,  
¡sí, que haga la paz conmigo!»**

Continuamos centrándonos en dos grupos separados y distintos. Isaías apenas termina de hablar del juicio sobre los enemigos del Altísimo para citar ahora a Dios, quien alienta al otro grupo, a los creyentes, a que canten. La exhortación divina nos recuerda la idea de una viña. En el capítulo 5, Isaías describió a Israel y Judá como una viña que no producía más que frutos malos (versículos 1-7). Aquí también la viña vuelve a representar al pueblo de Dios, pero esta vez se trata de un vergel fructífero bajo el cuidado especial del Señor. En la descripción del parral del capítulo 5, Isaías bosquejó la gran historia del pueblo de Dios. El

Señor había hecho todo para crear a su pueblo y por lo general éste había respondido con rebelión y desobediencia. Sin embargo no todos se habían rebelado contra Dios; en medio de los rebeldes estaban sus fieles. Aquí, al fijarse nuevamente en las plantas, Isaías ve a “la viña del vino rojo”, es decir, un viñedo lleno de uvas buenas para hacer el buen vino. Por un lado, encontramos que el pueblo infiel de Judá e Israel será amontonado junto con los enemigos de Dios, y por otra parte, él todavía tenía a sus fieles. Ahora veremos lo que les sucederá a estos últimos en medio del juicio de Dios sobre sus enemigos.

Estas son palabras de gran consuelo para los fieles de Dios, quien los cuidará y los guardará día y noche, y les satisfará la sed en todo momento. Lutero comenta aquí: “De esta manera [el Señor] expresa la grandeza y el poderío de sus promesas a la iglesia: en que él la cuidará de *noche y día*, en tiempo de paz o de problemas. Él la preservará de manera que ninguna hoja se marchite ni caiga, ni de día ni de noche. En todo momento Cristo está preocupado por nuestro bienestar. Él puede fácilmente transformar el día en noche y la noche en día y adaptar todas las cosas para beneficio de su iglesia” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 212). Así consideramos a la iglesia, esto es, a los fieles hijos de Dios.

Sin embargo, problemas y dificultades de toda clase continúan asediando a la iglesia en la tierra. En esas aflicciones, ya sea que los creyentes hayan vivido en los días tumultuosos de Isaías o que vivan ahora en la confusión y el caos de la vida contemporánea, se preguntan si Dios los ha olvidado o si está enojado con ellos. El Omnipotente mismo da la respuesta: “No hay enojo en mí”. A sus escogidos Dios siempre les da su gracia y su ternura. Las tribulaciones que su pueblo tiene que soportar son la disciplina de un padre amoroso, como lo dice el escritor de la carta a los Hebreos (capítulo 12). Estos creyentes son distintos a los espinos y las zarzas que representan a los enemigos de Dios. Frente a ellos, él marchará como el rey que hace avanzar a sus tropas contra los enemigos. Jehová quemará a sus adversarios con el fuego de su

juicio, pero no así a los creyentes. Estos experimentarán dificultades, lo cual es sólo la amorosa disciplina de Dios, y no el juicio de su ira. Dios prometió: “No hay enojo en mí”. Todos los creyentes se aferran con firme fe a esta promesa porque Dios los ama y los cuida sin ira alguna. Por ello Pablo escribió: “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Para los enemigos del Señor, Isaías también incluyó un tierno rayo de esperanza. A menos que se vuelvan a su Salvador, los espinos y las zarzas que los representan serán quemados en la pira del juicio de Dios; aquí está nuevamente la invitación del evangelio. El propósito del castigo divino sobre los infieles en esta vida sirve para que se aparten de sus pecados y se vuelvan a Dios. Por supuesto, la aflicción no puede crear la fe, como ya vimos en el capítulo anterior, pero por medio de ella Dios altera el estado social y la confianza de sus enemigos. Cuando el evangelio les llega a los incrédulos en medio del dolor, puede y obra el milagro de la fe. Así es como aquí el Señor nos dice: “¡Que haga conmigo paz!, ¡sí, que haga la paz conmigo!”. La repetición subraya el anhelo divino de que los incrédulos se arrepientan. Dios no quiere que ninguno se pierda; y mientras exista el mundo, va en busca del renuente. Pero finalmente no le quedará otra alternativa y tendrá que descargar su condenación sobre todos aquellos que optan por seguir siendo sus enemigos.

**<sup>6</sup> Días vendrán cuando Jacob echará raíces,  
florecerá y echará renuevos Israel,  
y la faz del mundo llenará de fruto.**

**<sup>7</sup> ¿Acaso ha sido herido  
como fue herido quien lo hirió,  
o ha sido muerto  
como fueron muertos los que lo mataron?**

**<sup>8</sup> Con moderación  
lo castigarás en sus vástagos.**

**Él los remueve con su recio viento  
en el día del viento del este.**

**<sup>9</sup> De esta manera, pues, será perdonada  
la iniquidad de Jacob,  
y éste será todo el fruto  
de la remoción de su pecado:  
que vuelva todas las piedras del altar  
como piedras de cal desmenuzadas,  
y que no se levanten más  
los símbolos de Asera ni las imágenes del sol.**

El profeta de Dios mira hacia adelante, hacia el futuro del pueblo fiel de Dios, a la gloria venidera. Este pueblo echará raíces y florecerá en algún momento futuro que Isaías no vio durante su vida pero que llegará. Cuando el profeta sugiere que todo el mundo estará lleno de fruto, lo hace mirando más allá de los descendientes de Jacob del Antiguo Testamento. Como dice en muchos otros lugares, el profeta anticipa la conversión de las naciones gentiles y la diseminación del evangelio a través del mundo. El profeta con regularidad habló de la promesa que Dios le hizo a Abraham: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3).

Pero Isaías vio algo más: la iglesia prosperara, pero también será afligida. En su propia época, el profeta vio: al ejército asirio rodear Jerusalén, asolar la campiña de Judá, y a Samaria destruida. En la historia de este mundo, los hijos de Dios no siempre experimentan días de gloria y crecimiento. En lugar de ello, Dios les envía a menudo dificultades y problemas. Para el ojo no espiritual, no hay gran diferencia entre el hijo de Dios y el incrédulo, pero Isaías quiere entrenar nuestra visión para que veamos la verdad espiritual. El versículo 7 reta nuestra capacidad de apreciación: “¿Acaso ha sido herido como fue herido quien lo hirió?” ¿Afligió realmente el Señor a su pueblo de la misma manera en que lo hizo con sus enemigos? No. Recordemos lo que Jehová había dicho en 27:4: “No hay enojo en mí”. Dios en

realidad castigó a su pueblo, pero su propósito fue tan diferente como fue su forma de ejecutarlo.

Primeramente, Isaías escribió que Jehová contendió con Israel. ¿Actuó él con su pueblo de manera igual a como actuó con sus enemigos? La pregunta del versículo 7 implica que Dios trató de manera diferente a su nación. El versículo 8 comienza con la difícil expresión: “con moderación”. La Nueva Versión Internacional la traduce como “con guerra”, pero muy bien se podría interpretar como dice otra versión: “con medida”. El autor de este comentario prefiere esta segunda traducción ya que no sólo es muy apropiada sino que encaja perfectamente con el tema. El versículo dice que Dios midió las aflicciones que envió sobre su pueblo como respuesta adecuada a sus pecados; mediante ellas, Dios procuraba llevar a su pueblo al arrepentimiento. Él nunca pretendió abrumarlos, y un ejemplo del proceder mesurado de Dios para con sus hijos es la forma en que le puso límites a las pruebas de Job. El Omnipotente controló los deseos de Satanás de destruir a su fiel siervo. De esta manera él moderó los problemas que este hombre experimentó y así continúa actuando con todos nosotros. Las dificultades nunca sobrepasan lo que su pueblo puede soportar y nunca son tan intensas que los fieles de Dios se sientan motivados a alejarse de su gracia y misericordia. Consideremos las palabras de Pablo: “No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Corintios 10:13).

En segundo lugar, vemos *el por qué* envió Dios el sufrimiento sobre su pueblo. A través de su historia como país, éste se había vuelto a dioses falsos y había cometido idolatría. Cuando Israel salió de Egipto, mientras Moisés hablaba con Dios en el monte Sinaí, el pueblo hizo un becerro de oro al que adoró. En represalia, Moisés tomó severas medidas para apartarlos del paganismo y la inmoralidad; como resultado, tres mil de ellos murieron (Éxodo

32:25-29). Durante el período de los jueces, leemos una y otra vez el patrón de desobediencia: “Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová, su Dios, se olvidaron a él y sirvieron a los baales y a las imágenes de Asera” (Jueces 3:7). Dios respondió permitiendo que un poder extranjero los dominara y utilizó estos problemas para llamarlos al arrepentimiento y apartarlos de la idolatría. A través de las aflicciones que les envió, el Altísimo purificó una y otra vez a su pueblo y los volvió hacia su palabra y sus promesas de perdón. Cuando se volvían a él, los perdonaba y los llenaba del deseo de luchar contra las falsas religiones. El arrepentimiento es siempre volverse hacia la expiación que el Padre dio en Cristo y a la vez aborrecer el pecado.

Aquí se puede destacar un tercer aspecto que ya se señaló en el versículo 6. Dios envía las aflicciones a su pueblo con el fin de instruirlo para que echen raíces y florezcan. El Señor envió a Judá a la cautividad, la echó fuera como “en el día del viento del este”; para Isaías y sus lectores, ese día estaba aún por llegar. Pero Dios no se limitó a expulsarlos, sino que hizo que un remanente regresara de la opresión. La razón era obvia: el Dios fiel del pacto, Jehová, había prometido traer al Mesías al mundo; el regreso del remanente siempre fue parte de su plan. Además, cuando el Salvador viniera, Dios extendería su reino a los corazones de los suyos; los creyentes prosperarían y crecerían en número. La disciplina que Dios envió sobre su pueblo del Antiguo Testamento fue parte de su misericordioso plan. El Nuevo Testamento estaría todavía sin escribirse si Dios no hubiera aleccionado a su pueblo infiel y hubiera regresado un remanente. La corrección que de vez en cuando descarga Dios sobre su iglesia es con el propósito de podarla y hacerla florecer con más vigor. Esta purificación es descrita por Jesús en Juan 15:1-8.

El rigor de Dios surtió el efecto deseado e Isaías notó el cambio. La nación no iba a adorar más ante altares extraños ni iba a ofrecer incienso a dioses falsos; en lugar de eso, los altares paganos serían destruidos y hechos pedazos como cal, y la nación sería fiel y adoraría al Señor con renovado celo.

**<sup>10</sup> Porque la ciudad fortificada será desolada,  
la ciudad habitada será abandonada  
y dejada como un desierto;  
allí pastará el becerro,  
allí tendrá su majada  
y consumirá sus ramas.**

**<sup>11</sup> Cuando sus ramas se sequen,  
serán quebradas  
y vendrán mujeres a encenderlas.  
Porque aquél no es un pueblo inteligente;  
por tanto, su Hacedor no tendrá de él misericordia,  
no se compadecerá de él el que lo formó.**

Pero ¿qué sucede con los incrédulos? Aquí Isaías vuelve una vez más nuestra atención hacia los enemigos del Señor, hacia los incrédulos. “La ciudad fortificada será desolada”; esta ciudad representa a quienes confiaban más en ellos mismos que en el Todopoderoso. Han fortificado la ciudad contra los desastres y los problemas, pero todos sus esfuerzos no pudieron cambiar el juicio de Dios. Reflexionemos sobre las ruinas de las antiguas civilizaciones, pero hagámoslo también sobre las ruinas que fueron dejadas por el pueblo de Dios que lo abandonó y despreció su gracia. Los asirios invadieron Israel y destruyeron Samaria en el año 722 a.C. durante el ministerio de Isaías, quien quizás escribió estas palabras cuando la ciudad capital del reino del Norte era sólo un montón de ruinas. Por supuesto, mediante el poder del Espíritu Santo y por inspiración, Isaías pudo haber visto también los escombros: de Babilonia, la capital de Nabucodonosor, y de Nínive, la capital de los asirios. En todo caso, el emisario de Dios describió las ciudades de todos los que no se volvieron al Señor como montones de ruinas, donde el ganado pastaba de las ramas y las mujeres las recogían ya secas para sus fogatas. Sí, donde una vez marcharon poderosos ejércitos, haciendo despliegue de su poder, y se reunieron embajadores para tratar de política internacional, después del castigo divino quedaba sólo una ciudad desolada.



Los que se describen aquí son claramente enemigos de Dios. “No es un pueblo inteligente”, como Isaías los identifica. Y como no le prestaron atención a la Palabra, Dios no tuvo compasión de ellos. Cuán diferente la manera en que él trató a su pueblo cuando dijo: “No hay enojo en mí”, y ahora dice que no tiene compasión y tampoco muestra misericordia. Las ruinas son las de quienes no han tomado en serio la Palabra y no la han creído. No han buscado al Señor porque confiaron: en sus propios pensamientos, en su poder y en sus ideas religiosas. Ese pueblo carecía de entendimiento.

**<sup>12</sup> Acontecerá en aquel día, que trillará Jehová desde el río Éufrates hasta el torrente de Egipto, y vosotros, hijos de Israel, seréis reunidos uno a uno.**

**<sup>13</sup> Acontecerá también en aquel día, que se tocará con gran trompeta, vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria y los que habían sido desterrados a Egipto, y adorarán a Jehová en el monte santo, en Jerusalén.**

Al final, habrá un definitivo día de trilla. De vez en cuando, el Señor separará a los suyos de los incrédulos mediante el juicio y la prueba, pero llegará un momento en que la cosecha del Señor será completa y terminante. En tanto que en estos capítulos hemos vuelto la atención primero hacia los creyentes y después hacia los apóstatas, Isaías ahora nos trae la visión de su separación. En el tiempo y a través de la historia, los dos grupos están juntos como la cizaña entre el trigo en la parábola del Salvador. Mientras que así sea, el Señor guardará a los suyos con su amor y misericordia especiales, incluso cuando lleguen las dificultades. Castigará y disciplinará a su pueblo, a la vez que traerá su ardiente juicio sobre sus enemigos. En este mundo podemos ver la diferencia entre el

creyente y el infiel sólo con los ojos espirituales entrenados por la palabra de Dios. Y en esta vida, pese a lo que sugieran nuestros sentidos, caminamos por esa fe. En el día final, cuando Dios reúna a los justos a su derecha y a los pecadores a su izquierda, veremos claramente la diferencia (Mateo 25:31-46).

Pero desde la perspectiva de Dios, él está siempre separando a los suyos del tamo y la cizaña. Una y otra vez los purifica, e Isaías dirige a sus lectores hacia ese proceso divino. Tal parece que aquí el profeta pudo haber tenido en mente la separación final cuando se refiere al sonido de la gran trompeta. Jesús y sus apóstoles indicaron que el último día vendrá con sonido de trompeta (Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:16; Hebreos 12:19). Por supuesto, este gran día final será el de la resurrección que Isaías ya había mencionado en el capítulo anterior.

Al congregarlos, Dios lo hará “uno a uno”, indicando el gran cuidado que pondrá al separar a los suyos del tamo que quedó atrás. Cuando reúne a sus hijos “uno a uno”, él implica una acción continuada y no un acto único como el del juicio final. Sin embargo, Isaías parecía tener en mente al mismo tiempo el juicio final y los intermedios. Dios actúa en el tiempo y en la historia con acciones que anteceden al acto final. La visión de Isaías incluye *ambos*: juntar el pueblo de Dios de Babilonia y el juicio final en una imagen categórica sin orden cronológico. Con la historia como perspectiva, nosotros vemos los dos sucesos separados por el tiempo. El regreso de Babilonia como un suceso del pasado y el regreso del Señor como un suceso en el futuro. Sin embargo, para Isaías, ambos acontecimientos pueden estar mezclados proféticamente en la visión.

Desde ese punto de vista, hemos de tener en cuenta que la reunión descrita por Isaías va más allá del pueblo escogido del Antiguo Testamento. Aquellos que el Señor reunió “uno a uno” provienen de Asiria y de Egipto fuera de las fronteras del antiguo Israel. Ni siquiera en los días gloriosos de David y Salomón estuvieron estos pueblos dentro de sus límites. Lo que Isaías vio

fue la difusión del evangelio a todas las naciones y su triunfo incluso en los corazones de los proverbiales enemigos de Dios. ¡Qué conclusión tan apropiada para esta sección! Hemos visto en estos capítulos a los hijos de Dios y a sus enemigos, que en la mayoría de los casos han existido lado a lado. Con frecuencia Isaías dirige nuestra atención de un grupo al otro. La conclusión es la separación que hace Dios entre ambos grupos. Dios llevará a los suyos con él al cielo, pero los impíos y los incrédulos serán consumidos en el fuego de su castigo. Esta separación anticipa la que ocurrirá entre las ovejas y cabras de Mateo capítulo 25: “Y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda” (versículos 32,33).

Al concluir esta sección de Isaías, tenemos algunos pensamientos maravillosos que merecen nuestra atención:

- Estos capítulos son una importante conclusión para la sección previa de las “profecías” contra los enemigos de Dios. Algunos sugieren que Isaías no los escribió. Sin embargo aquí encajan muy bien; sin ellos la sección previa carecería de conclusión y por ellos mismos parecerían aislados.
- Esta sección ha sido llamada el Apocalipsis de Isaías. El término pudiera ser algo impreciso, pero la sección nos dirige hacia la consumación de toda la historia, cuando Dios destruirá a sus enemigos y reunirá con él a los creyentes.
- Aquí encontramos algunos hermosos y consoladores pasajes. Ente otros, el tierno anuncio de que Dios enjugará las lágrimas de su pueblo es un pasaje que se repite en el Apocalipsis de Juan.
- Isaías nos presenta el gran consuelo de la resurrección de los muertos. Los que mueren en el Señor se levantarán del polvo de la muerte a la vida. Esos pasajes son raros en el Antiguo Testamento, pero están incluidos. La osada confesión de Job

(Job 19:25-27) es otro ejemplo de fe en la resurrección de los muertos.

- Dichos capítulos contienen varios cantos de alabanza al Señor.
- A medida que los creyentes afrontan los problemas y las aflicciones de la vida, estos capítulos brindan un tesoro de instrucción para los fieles en tiempos de persecución y dificultades.
- Debemos fijarnos en el contraste que Isaías hizo aquí entre la ciudad de Dios y la ciudad de sus enemigos, entre los creyentes fieles y los incrédulos empedernidos. Una y otra vez, el profeta dirigió nuestra atención a unos y luego a los otros. Algunas veces los vimos juntos como la cizaña entre el trigo. (Considere el diagrama del capítulo 8 en las páginas 114-116)

### *Condenación de Efraín*

**28** ¡Ay de la corona de soberbia de los ebrios de Efraín y de la flor caduca de la hermosura de su gloria, que está sobre la cabeza del valle fértil de los aturdidos del vino!

<sup>2</sup> He aquí, Jehová tiene a uno que es fuerte y poderoso: como una tormenta de granizo, como un torbellino arrasador, como el ímpetu de recias aguas que inundan. Con fuerza derriba a tierra,

<sup>3</sup> con los pies será pisoteada la corona de soberbia de los ebrios de Efraín.

<sup>4</sup> Y la flor caduca de la hermosura de su gloria que está sobre la cabeza del valle fértil, será como la fruta temprana, la primera del verano, la cual, apenas la ve el que la mira, se la traga tan luego como la tiene a la mano.

La primera palabra de este capítulo anuncia un cambio de pensamiento y una nueva sección de la profecía. La palabra que se traduce como “Ay” aparecerá a menudo en los pocos capítulos que siguen (29:1,15; 30:1; 31:1; 33:1). Al principio nos sentiríamos inclinados a evitar otro capítulo de terribles juicios y ayes, pero las primeras impresiones no nos deben apartar de esta sección. Sí, Isaías reveló muchos lamentos sobre los que se alejaron de la gracia y la misericordia del Señor, pero a medida que examinamos los capítulos de esta sección encontramos mucho más que lamentos. El profeta tiene muchas lecciones para nosotros acerca de la manera en que Dios trata con los pueblos de la tierra y con sus propios fieles. Este enviado de Dios tiene también algunas notables palabras de consuelo para los cristianos de todos los tiempos.

Tal como se apreció en los capítulos previos, Jehová revela tanto la ley como el evangelio. Los dos son opuestos; sin embargo, ambos son sus revelaciones. La ley anuncia el juicio sobre los incrédulos, mientras que el evangelio proclama la gracia y la misericordia de Dios para toda la humanidad a quien invita a creer. En la revelación de Dios a los seres humanos, la ley y el evangelio se presentan lado a lado. Por medio de ellos, Dios obra en el corazón humano primero para aplastarlo y luego para sanarlo; para diagnosticar la enfermedad del pecado y luego mostrar el único remedio. Una característica del libro de Isaías es la de igualar la ley con el evangelio. Además, según la necesidad, el profeta cambia de la ley al evangelio, como lo vimos en la sección anterior, desde el juicio sobre los incrédulos al misericordioso cuidado que el Señor proveyó para los suyos.

Al comenzar este capítulo, Isaías lo hace con una expresión de la ley, con la palabra “¡Ay!” De manera que primero miramos al diagnóstico: ¡Ay de aquellos que han abandonado al Señor! El profeta los identificó como los ebrios de Efraín. No hay duda de que él tenía en mente a Samaria, aunque nunca mencionó el nombre de la capital del reino del Norte, Israel. Efraín fue parte importante del reino del Norte y aquí lo representa por completo.

La descripción implica a la ciudad de Samaria, la cual estaba construida sobre una colina en medio de un valle. Sus edificios y sus murallas deben de haber parecido una corona encima de ella. La ciudad era hermosa y elegante, una descripción que modernas excavaciones confirman. Pero aquí Isaías caracteriza a la ciudad y al reino del Norte como un montón de borrachos. A la vez que tenían una ciudad hermosa, su belleza era la hermosura de una flor. Las flores, con sus magníficos colores y sus suaves fragancias, florecen solamente para que sus pétalos: se marchiten, caigan y pierdan su aroma. Así eran Samaria e Israel.

Habiendo abandonado al Señor, el juicio estaba por descender sobre Israel. Asumimos que esta profecía fue hecha durante el reinado de Ezequías, rey de Judá, antes de la invasión bélica de Asiria. Durante el reinado de Ezequías, los ejércitos asirios marcharon hacia el sur entrando en Israel, sitiaron a Samaria, la capital, destruyeron el reino del Norte y se llevaron para siempre a lo mejor de la población. El ataque militar asirio le puso fin al reino del Norte, cuya capital cayó y nunca más recuperó su poder y su gloria. La región se convirtió en la Samaria de los tiempos de Jesús, despreciada por los judíos de Jerusalén y Galilea, que preferían hacer un rodeo antes que atravesar por ella. En época de Isaías, el reino del Norte depositó su confianza en las alianzas políticas y en la ayuda militar de otras naciones, sobre todo de Egipto. Pero esa esperanza era vana, porque habían abandonado al Señor. Él estaba al mando y nada de lo que pudieran hacer iba a cambiar el decreto condenatorio de Dios.

Isaías se valió de cuatro comparaciones para hacer énfasis en el juicio venidero. La destrucción iba a ser: como una granizada, o como un viento destructor, o como el ímpetu de los torrenciales aguaceros. Isaías no dejó dudas acerca del resultado del juicio de Dios sobre el pueblo cuando dijo que iba a ser derribado a tierra por la fuerza y será pisoteado. Esta es la advertencia de la santa ley de Dios, que no sólo amenaza con castigar al culpable, sino que lo va a cumplir. La belleza de Samaria era como la de una flor marchita; iba a desaparecer como un higo que madura antes de la

cosecha. La mayor parte de esa fruta madura en agosto, pero ocasionalmente alguna lo hace antes. Esos primeros higos son deliciosos y no se quedan mucho tiempo en el árbol sino que son recogidos y comidos tan pronto como aparecen.

**<sup>5</sup> Aquel día, Jehová de los ejércitos  
será por corona de gloria  
y diadema de hermosura  
para el resto de su pueblo.**

**<sup>6</sup> Será espíritu de justicia  
para el que se sienta a juzgar,  
y dará fuerzas  
a los que rechazan el asalto a la puerta.**

Cuando la ley aterroriza, el evangelio tranquiliza. Isaías destaca este contraste mediante la repetición de la idea de una corona. Samaria pudo haber sido una hermosa ciudad del mundo antiguo, una especie de corona en un valle fértil, pero había otro tipo de corona. El Señor mismo era una corona permanente, una corona gloriosa. Isaías contrastó la belleza física y temporal de la ciudad norteña con la belleza espiritual y eterna del Señor. Una y otra vez encontramos esta diferencia en las Escrituras. Dios nos exhorta a que no pongamos el corazón en las cosas de este mundo sino que nos volvamos a él y confiemos en sus promesas espirituales y eternas.

Jehová, el Dios del pacto de Israel, el Dios de la gracia fiel y gratuita, era la verdadera corona, pero eran muchos los que lo habían abandonado. A esas personas les esperaba el juicio. Pero no todos habían dejado al Señor, ya que Dios tenía todavía un remanente fiel. Siglos antes, en medio del ministerio de Elías, parecía que Israel se había apartado por completo de Dios para adorar a Baal, pero cuando el profeta de Dios pensaba que él era el único creyente que había quedado en Israel, el Señor le aseguró que siete mil habían quedado igualmente fieles (1 Reyes 19:18). Así aquí, en medio del airado juicio divino sobre Israel, unos

cuantos aún confiaban en él. Para ellos, el Altísimo Dios era realmente una corona gloriosa porque sus promesas elevaban su visión a las glorias del Mesías y su obra.

El resto que Isaías identificó aquí fueron los que quedaron después de que el juicio de Dios arrasó con la mayoría de la población. En este caso tal parece que el remanente incluiría a Judá, el reino del Sur. Ellos también quedaron después de la invasión asiria. Pero no todos allí confiaban en Dios; Isaías anunció que el juicio iba a llegar también a ella y a Jerusalén, como pasó con Israel y Samaria. El remanente espiritual de creyentes verdaderos no puede ser contado mediante un censo de los que quedaron después de la invasión Asiria, sino que es contado por Dios a medida que encuentra fieles que confían en él. En ambos reinos, algunos se volverán y encontrarán en él: gloria, belleza y fortaleza. Quienes no lo abandonaron se arrepintieron pues conocían la verdad; él es la corona hermosa y gloriosa, el tesoro invaluable. El evangelio triunfó. Dios mediante su poder a sus creyentes: ha reunido, confortado y fortalecido.

Isaías nos da un aspecto interesante y profundo del remanente de Dios, los que encuentran fortaleza en su Señor. Cuando el peligro los amenazó, encontraron en Dios el valor para seguir. Isaías describió su fortaleza espiritual así como la capacidad para combatir por el Señor a las puertas mismas de la ciudad. Porque se apoyaron en el Señor, fueron capaces de rechazar al enemigo, incluso cuando éste acampó ante las mismas puertas de su ciudad. Los creyentes tienen la energía y el poder para resistir: el pecado, el mundo y su carne, cuando éstos parecen debilitar su resistencia. Esa firmeza, recordemos, proviene de “Jehová de los ejércitos”.

**<sup>7</sup> Pero también estos erraron por el vino  
y por la sidra se entontecieron;  
el sacerdote y el profeta erraron por la sidra,  
fueron trastornados por el vino;  
se aturdieron con la sidra,  
erraron en la visión,**



**títubearon en el juicio.**

**<sup>8</sup> Porque toda mesa está llena  
de vómito y suciedad,  
hasta no quedar lugar limpio.**

**<sup>9</sup> ¿A quién se habrá de instruir?  
o ¿a quién se hará entender la doctrina?**

**¿A los destetados?**

**¿A los recién destetados?**

**<sup>10</sup> Porque mandamiento tras mandamiento,  
mandato sobre mandato,  
renglón tras renglón,  
línea tras línea,  
un poquito aquí, un poquito allá,**

Isaías vuelve a la idea que había expresado en el primer versículo donde escribió que Samaria era una especie de diadema. El profeta contrastó la corona que era esta ciudad con el Señor, que era una corona gloriosa. Pero se refirió también a los habitantes de Efraín como ebrios. Ahora se refiere a los judíos que fueron dejados atrás como borrachos que se tambalean por causa del vino y la cerveza. El hijo de Amoz pasa nuestra atención del reino del Norte, o Efraín, al reino del Sur, o sea, Judá. Éstos no eran mejores que sus vecinos que habían sido dispersados por el juicio. Una característica especial de la depravación de los del sur era que los sacerdotes y los profetas se tambaleaban, aturdidos por el vino. ¡Qué tristeza y qué perversión! Quienes debían proclamar la gracia y la misericordia de Dios habían degradado y contaminado el mensaje con su conducta. Ellos también eran dignos de juicio. Tanta era su corrupción y embriaguez que las mesas estaban cubiertas de vómito y suciedad sin que hubiese un sólo lugar limpio.

Es como si Isaías hubiera asistido a una fiesta donde: sacerdotes, profetas y otros hombres de alto rango estuviesen bebiendo en exceso. Cuando los sacerdotes y los profetas aconsejaban sobre ciertos asuntos o decisiones, estaban tan

borrachos que se tambaleaban y vomitaban, ensuciando todo con su vómito. Esta es una descripción gráfica de sus asquerosos pecados y rebeliones contra el Dios del pacto. No buscaron la palabra del Señor para encontrar en ella: dirección, consuelo o fortaleza, sino que buscaron la euforia pasajera del alcohol que los enfermaba y los entontecía.

La descripción empeora. Estos profetas y sacerdotes se burlaban de Isaías, que hablaba por el Señor. Le preguntaban: “¿A quién se habrá de instruir? o ¿a quién se hará entender la doctrina?” Argumentaban que no eran niños pequeños que necesitaran que se les repitieran las cosas. Su burla incluía lo que parece ser un resumen sarcástico del ministerio de Isaías: “Mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá”. En hebreo esta frase es sorprendente y parece implicar el balbuceo de un ebrio. Para ellos todas las palabras de Isaías eran simples mandamientos, reglas que contravenían sus borracheras. “Un poquito aquí, un poquito allá” sugiere que no entendían el mensaje central del profeta, que para ellos era simplemente una serie de frases incoherentes. Quizás recordaron la ocasión de años atrás cuando Isaías estuvo ante Acaz (capítulo 7). O quizás la tabla grande que Isaías empleó para anunciar el nombre de su hijo: “Maher-salal-hasbaz” (capítulo 8). Es como si estuvieran diciendo: “Bien, si no eres el gran profeta, ¿quién crees que eres? Tú hablas aquí y allá, y tu mensaje no es más que reglas necias y sin importancia.”

Responderles así a Dios y a su profeta demandaba una reprimenda.

**<sup>11</sup> porque en lengua de tartamudos,  
en lenguaje extraño,  
hablará a este pueblo.  
<sup>12</sup> A ellos dijo: «Éste es el reposo;  
dad reposo al cansado.  
Éste es el alivio»,  
mas no quisieron escuchar.**

**<sup>13</sup> La palabra, pues, de Jehová les será  
mandamiento tras mandamiento,  
mandato tras mandato,  
renglón tras renglón,  
línea tras línea,  
un poquito aquí, un poquito allá;  
hasta que vayan y caigan de espaldas,  
y sean quebrantados, atrapados y aprisionados.**

Isaías no los desilusionó. Su respuesta nos remite al propósito mismo de su ministerio cuando Dios le dijo: “Anda, y dile a este pueblo: ‘Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis’. Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos y ciega sus ojos” (6:9,10). Como se habían apartado tanto de Dios y de su Palabra, no iban a escuchar el mensaje de sus profetas, incluyendo a Isaías de cuyo ministerio y misión se habían burlado. Por no haber escuchado, nunca iban a entender. Dios se encargaría de eso. Si estos sacerdotes y profetas borrachos despreciaban a Dios y a su vocero, el mensaje divino les iba a ser arrebatado de manera inesperada. Isaías dijo que Dios les hablaría “en lengua de tartamudos, en lenguaje extraño”.

Habían rechazado el mensaje divino cuando les fue comunicado en su propia lengua. Hay un enfoque de este pasaje que sugiere que Dios pronunciaría el castigo sobre su pueblo mediante el invasor asirio. Otro propone que el evangelio se iba a convertir en un idioma extraño e incomprensible para los judíos incrédulos; sería como escuchar idiomas extranjeros. Escucharían las palabras, pero no las entenderían y menos su mensaje.

Siglos después el apóstol Pablo escribió: “Pero el entendimiento de ellos se embotó, porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo sin descorder, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos” (2 Corintios 3:14,15). Quienes no escucharan la palabra de Dios estarían condenados a oírla pero sin entenderla. Oyeron acerca de

Cristo pero se negaron a volverse a él, al centro de la Escritura y de la profecía de Isaías. Cristo vino a ser un extraño para ellos. La incredulidad siempre inventa una religión de obras y rechaza la verdadera religión de Dios que es la religión de la gracia. La impenitencia incluso convertirá la redención de Cristo en una religión de obras. Cuando eso suceda, el ser humano oirá la Palabra pero no la entenderá. Es como si el incidente con Acáz se repitiera a gran escala. Cuando Isaías le habló de Emmanuel, el hijo de la virgen, Acáz no lo entendió. De igual manera, los sacerdotes y los profetas de este capítulo tampoco lograron entenderlo.

Este principio indica cómo obra Dios en el mundo, y es una de las maneras como él castiga a los apóstatas. Cuando alguien rechaza el evangelio se opone a Dios, y cuando eso sucede, Dios puede endurecer su corazón de tal forma que aun oyendo el evangelio con toda claridad no lo entienda. Esto pasa cuando individuos u organizaciones, incluso las iglesias, se apartan o abandonan la gracia de Dios y van tras doctrinas e ideas aparentemente más llamativas. Esas personas pueden aun leer el evangelio, pero para ellas significa algo completamente distinto de lo que Dios quiere decir. El mensaje de Cristo, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna en los cielos son todos conceptos incomprensibles para ellos.

Cuando los que han rechazado las buenas nuevas oyen de Cristo, no comprenden que se trata del Redentor que derramó su sangre para pagar por la culpa del pecado. En lugar de ello, oyen de un hombre que proporciona un gran ejemplo de conducta y de un gran maestro que promueve la tolerancia y el perdón. Cuando oyen acerca de la resurrección de los muertos y de la vida eterna en el glorioso y celestial hogar de Dios, lo convierten en un mensaje acerca de una nueva vida y un nuevo comienzo que nos permite seguir después de múltiples dificultades y reveses terrenales. Cuando los renuentes oyen que Cristo es el camino al cielo, entienden que no es más que un camino entre muchos otros. Éstos esperan un cielo para todos sin importar su creencia; todo

lo basan en el esfuerzo y las aspiraciones humanas pero sin Cristo.

¡Qué terrible juicio representan aquí estas palabras! El pueblo de Dios debió haber entendido el evangelio que Isaías sintetizó cuando dijo: “Este es el reposo; dad reposo al cansado”; también Jesús pronunció estas palabras (Mateo 11:28). Aunque a esta gente se le había dicho este maravilloso mensaje, no escuchó. Para ellos el mensaje del evangelio era “mandamiento tras mandamiento,... línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá”. Ellos no estaban interesados en el descanso de sus almas o en Emmanuel, que según el anuncio de Isaías iba a venir del tronco de Isaí. “No quisieron escuchar”. Jesús dijo palabras semejantes en relación con la incredulidad de su época: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). El mensaje del evangelio, que para ellos se había convertido en una serie de sonidos ininteligibles y reglas ridículas, nunca iba a ser más que eso para ellos. El juicio de Dios sería darles lo que querían. Isaías afirma de una manera terminante la muerte espiritual de esas personas, empleando cuatro verbos: “De modo que vayan y *caigan de espaldas, y sean quebrantados, atrapados y aprisionados*”.

**<sup>14</sup> Por tanto, señores burladores  
que gobernáis a este pueblo  
que está en Jerusalén,  
oíd la palabra de Jehová.**

**<sup>15</sup> Vosotros habéis dicho:  
«Hemos hecho un pacto con la muerte;  
un convenio hicimos con el seol.  
Cuando pase el torrente del azote,  
no llegará a nosotros,  
porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira  
y en la falsedad nos esconderemos.»**

Pero Isaías no ha terminado aún. Los líderes de Judá habían abandonado a Jehová en favor de alianzas políticas. Para protegerse contra la invasión asiria, los líderes del pueblo en Jerusalén habían hecho un trato con Egipto. En eso habían fundado su esperanza, una esperanza que nunca se iba a materializar y la que Isaías caracterizó como “un pacto con la muerte” y un convenio con el sepulcro. Por supuesto, nadie usaba públicamente esas palabras, pero los líderes políticos junto con los sacerdotes y profetas ebrios, que se describieron antes, estaban confiados en su alianza con Egipto. Para ellos, este era un lazo que los protegería de la catástrofe.

Habían hecho todo menos la cosa para protegerse a ellos mismos y proteger a la nación contra la irrupción asiria. No se habían vuelto al Señor en busca de ayuda y protección, y en lugar de ello confiaron en que aunque el ejército asirio invadiera a Israel al norte y arrasara a su propio país, Judá, ellos iban a estar a salvo. Su refugio, una expresión que se aplica bellamente al Señor (Salmos: 46, 61, y 62), descansaba en esa alianza terrenal en vez de en su Dios. Isaías catalogó este convenio como mentira y falsedad, que de nada les serviría.

**<sup>16</sup> Por eso, Jehová, el Señor, dice así:**

**«He aquí que yo he puesto en Sión  
por fundamento una piedra,  
piedra probada,  
angular, preciosa,  
de cimiento estable.**

**El que crea, no se apresure.**

**<sup>17</sup> Ajustaré el juicio a cordel,  
y a nivel la justicia.»**

**El granizo barrerá el refugio de la mentira  
y las aguas inundarán el escondrijo.**

**<sup>18</sup> Y será anulado vuestro pacto con la muerte  
y vuestro convenio con el seol no será firme;**

**cuando pase el torrente del azote,  
seréis por él pisoteados.**

**<sup>19</sup> Luego que comience a pasar,**

**él os arrebatará,**

**porque de mañana en mañana pasará,**

**de día y de noche;**

**y será ciertamente un espanto el entender lo oído.**

**<sup>20</sup> La cama será corta para poder estirarse**

**y la manta estrecha para poder envolverse.**

Isaías continuó con una extraordinaria y bella promesa. Sí, habrá un juicio sobre la incredulidad, pero ni el uno ni la otra cambiaría la obra de Dios, que cumplirá la promesa de la llegada de Emanuel al mundo. Colocaría la piedra del ángulo en Sión, la que fue identificada en el Nuevo Testamento. Pedro citó este versículo refiriéndose a Cristo (1 Pedro 2:4-8) y Pablo aludió al mismo cuando escribió: “Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20) y citó de nuevo este versículo en Romanos 9:33. Esta piedra, escribió Isaías, era probada y preciosa. Puesto que Dios la había puesto en Sión, era inquebrantable y sólida, una idea que el mensajero de Dios recalca. El pasaje hace uso de un verbo hebreo que describe una acción que ha sido terminada; Dios *puso* la piedra. Esto fue hecho incluso cuando Jesús no había venido aún, pero para Dios el plan de salvación que Cristo iba llevar a cabo a su debido tiempo era un hecho. Para él este plan ya se había cumplido, puesto que todo lo que él promete se realiza con toda certeza.

Encontramos esta preciosa gema en medio de pasajes de pesar y juicio. Acabamos de leer sobre la alianza con la muerte, de sacerdotes y profetas ebrios y del vómito que lo cubría todo. Esas cosas sirven para comparar el bello y grandioso ofrecimiento que Dios proclamó a través de su fiel profeta Isaías. La promesa brilla radiante a través de las edades cuando el juicio sobre la incredulidad ha venido y ha ido. Es como si encontrásemos un gran tesoro entre los escombros del juicio. La esperanza en las

páginas del Nuevo Testamento deslumbra y continúa brillando en el corazón de todos los creyentes de hoy. Los que confían en esta piedra angular serán salvos y no serán afligidos.

Isaías les hizo la proclamación de esta maravillosa invitación incluso a los sacerdotes y profetas embriagados, y a los líderes que se habían aliado con la muerte. Esta es la misma clase de invitación que Jesús le hizo a Judas cuando lo llamó “amigo...” (Mateo 26:50). El Señor no quiere que nadie perezca sino les extiende la invitación, pero tristemente esta promesa no penetró su apóstata corazón. No quisieron escuchar, y para ellos la promesa se convirtió sólo en palabrería. Como Judas, prosiguen en el camino de la impenitencia marchando hacia el desastre. Ni la invitación del mismo misericordioso Dios les hace cambiar de parecer.

Isaías describió un edificio que se eleva desde esta piedra angular. Dios dice: “Ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia”. Estos instrumentos de construcción determinan cuales piedras son incluidas y cuales son descartadas. Lutero comenta: “El cordel es: ‘El que crea y sea bautizado’ (Marcos 16:16). Esta fe es la norma de salvación con respecto a esta piedra” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 231). La iglesia se eleva sobre el fundamento de Cristo; quienes creen en él son añadidos al edificio y los que no son desechados.

Los sacerdotes, profetas y líderes no creían, se burlaban del mensaje profético y confiaban en un pacto con Egipto con el fin de recibir ayuda y protección. El Señor les aclaró lo que les iba a suceder: la alianza que habían hecho para protegerse será inútil. El juicio arrasará con toda esperanza e Isaías les advirtió: “Luego que comience a pasar, él os arrebatará”. El castigo iba a venir, no una vez, sino repetidamente. Dios los disciplinaría cuantas veces fuera necesario mientras siguieran en la impenitencia. Mientras confiaran en algo o en alguien que no fuera Jehová su Dios no habría ayuda. Isaías concluye la lección con un pequeño proverbio: “La cama será corta...y la manta estrecha”. Todos los esfuerzos que hicieran no serían suficientes para protegerlos o consolarlos.



**21 Jehová se levantará como en el monte Perazim,  
como en el valle de Gabaón se enojará;  
para hacer su obra, su extraña obra,  
y para hacer su trabajo, su extraño trabajo.**

**22 Ahora, pues, no os burléis,  
para que no se aprieten más vuestras ataduras;  
porque destrucción ya determinada  
sobre todo el país  
he oído del Señor,  
Jehová de los ejércitos.**

Isaías citó dos referencias históricas para verificar su mensaje y en ambas ocasiones Dios actuó. Primero, en el monte Perazim el Señor le dio a David dos victorias sobre los filisteos (2 Samuel 5:17-25). Después de la primera David dijo: “Jehová me abrió brecha entre mis enemigos, como corriente impetuosa” (2 Samuel 5:20). Las palabras de David reflejan claramente el juicio prometido por Isaías en 28:17: “Las aguas inundarán el escondrijo”. La segunda referencia es al valle de Gabaón donde, con la ayuda del granizo, Josué derrotó a los amorreos (Josué 10:7-14). La mención de este incidente en el cual el Señor hizo caer una granizada sobre sus enemigos refleja también el juicio prometido por Isaías en el versículo 17: “El granizo barrerá el refugio de la mentira”.

Ni los filisteos ni los amorreos son el objetivo del juicio de Dios en estos versículos, sino Judá con quien está enojado. ¿Qué había sucedido con el transcurso de los años? ¿Cómo es que la nación escogida de Dios se había convertido en su enemiga? Isaías dijo que Dios iba a tratar a su propio pueblo como trató siglos atrás a los enemigos de ese pueblo, a los filisteos y amorreos. Los sacerdotes ebrios y el pacto con la muerte revelaron la triste situación espiritual de la nación escogida. El pueblo que una vez fue favorecido por Dios lo había abandonado y se había puesto fuera de su gracia y misericordia. Ahora estaban en el mismo camino del juicio como lo estaba cualquier otro enemigo de Dios.

Isaías dijo que el castigo de Dios era una obra extraña y ajena a él. ¿Cómo es que hacer esto le es extraño a Dios? Él es amor, no juicio. Ezequiel escribió: “Diles: Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?” (Ezequiel 33:11). Dios es: misericordioso, piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad (Éxodo 34:6). Él debe castigar la incredulidad y la rebelión, pero preferiría perdonar a pecadores arrepentidos antes que castigar a pecadores obstinados. El juicio viene solamente cuando los pecadores rechazan su amor; así que juzgar a la gente es una obra ajena a Dios. En segundo lugar, él decide obrar por medio de su gracia prefiriendo usar la apacible y suave voz del evangelio que obrar por medio: del viento, los terremotos y el fuego (1 Reyes 19:9-18). Por medio del evangelio, Dios cambia corazones y hace su obra de amor. Cuando las personas rechazan la Palabra, él necesita traer el juicio empleando otro sistema. El juicio mediante: inundaciones, granizo o ejércitos invasores no es la forma en que Dios normalmente actúa, en realidad, tal proceder le es extraño y ajeno.

Para que se arrepintieran, por última vez Isaías les dijo: “No os burléis”. Dios viene con su compasión y ternura incluso a este pueblo de beodos y cínicos. A lo dicho, el profeta añade una nota final de autoridad que él había escuchado “del Señor Jehová de los ejércitos”. Estos impenitentes no deberían tener ninguna duda acerca de la fuente de las predicciones del profeta. Si Dios pronunció estas palabras, eran absolutamente ciertas. Todo iba a ocurrir tal como el fiel emisario dijo, porque Jehová de los ejércitos, el Supremo Dios del pacto de Israel, lo había decretado así; sus nombres divinos subrayan aquí todo lo que Isaías había dicho.

**<sup>23</sup> Estad atentos y oíd mi voz;  
atended y oíd mi dicho:**

**<sup>24</sup> El que ara para sembrar,**

**¿arará todo el día?**

**¿Sólo romperá y quebrará los terrones de la tierra?**

**<sup>25</sup> Cuando ya ha preparado su superficie,**

**¿no esparce el eneldo, siembra el comino,**

**pone el trigo en hileras,**

**la cebada en el lugar señalado**

**y la avena en su borde apropiado?**

**<sup>26</sup> Porque su Dios lo instruye**

**y le enseña lo recto:**

**<sup>27</sup> que el eneldo no se trilla con trillo,**

**ni sobre el comino se pasa rueda de carreta;**

**sino que con un palo se sacude el eneldo,**

**y el comino con una vara.**

**<sup>28</sup> El grano se trilla;**

**pero no lo trillará por siempre,**

**ni lo aplasta con la rueda de su carreta,**

**ni lo tritura con los dientes de su trillo.**

**<sup>29</sup> ¡También esto salió de Jehová de los ejércitos,**

**para hacer maravilloso el consejo**

**y engrandecer su sabiduría!**

“Estad atentos y oíd mi voz; atended y oíd mi dicho.” Como el mensaje de Isaías provenía de Dios, merecía la atención de ellos. Isaías concluyó este “¡ay!” con una parábola para explicar la forma de actuar de Dios. El profeta lo comparó con un agricultor que lleva a cabo su trabajo mediante varias actividades: ara la tierra, siembra la semilla y recoge la cosecha; el labrador no hace una sola cosa constantemente. Si algún campesino aspira a que la tierra produzca, tiene que hacer todas estas tareas en el orden apropiado; incluso cuando siembra la semilla, lo hace de acuerdo a un plan. El trigo es plantado en un sitio, la cebada en otro y la avena en otro.

El sembrador tiene un plan definitivo para sembrar. Cuando recoge la cosecha y la trilla, lo hace valiéndose de su sentido común. Una cosecha no se recolecta exactamente de la misma

manera que la otra. El agricultor no trilla las pequeñas semillas del eneldo empleando un trillador, ya que con eso destruiría lo cosechado; tampoco el labrador lo hace “para siempre”. Todo se hace con cuidado y de acuerdo con una secuencia lógica. Este patrón de trabajo lo atribuyó Isaías a Dios, quien le dio a la mente humana la capacidad de determinar cuál es la mejor manera de hacer estas sencillas tareas.

Lo que Isaías quiere destacar es que Dios es también un agricultor. Él desea una cosecha de almas y la lleva a cabo con cuidadosa deliberación. Dios ciertamente quiebra el duro suelo del corazón humano, pero solamente para abrir surco a la semilla de la Palabra. De tiempo en tiempo envía dificultades, todo de acuerdo con su plan. Él tiene que destruir la mala hierba a fin de garantizar la cosecha; Jehová disciplina, pero sólo para bendecir. Todo es hecho de acuerdo con su plan, de la misma manera que un campesino: primero ara, después planta y luego cosecha. Los creyentes encuentran consuelo en el orden del Señor y en el cuidado que toma en hacer lo justo en el momento preciso. Al final, todo obra para el bien de su pueblo a medida que él los recoge para llevarlos consigo al cielo como una cosecha.

*Ay de la ciudad de David: Jerusalén*

**29** ¡Ay de Ariel, de Ariel,  
la ciudad donde acampó David!

Añadid un año a otro,  
y que las fiestas sigan su curso.

<sup>2</sup> Mas yo pondré a Ariel en aprietos,  
y habrá desconsuelo y tristeza.

Será para mí un «ariel».

<sup>3</sup> Porque acamparé contra ti,  
a tu alrededor;

te sitiare con máquinas de asedio  
y levantaré contra ti baluartes.

<sup>4</sup> Entonces serás derribada

**y hablarás desde la tierra.  
Tu habla saldrá del polvo;  
tu voz, desde la tierra, será como la de un fantasma,  
y tu habla susurrará desde el polvo.**

Isaías dirige el segundo “ay” de esta sección contra Jerusalén, y aunque no la menciona por su nombre, la identifica plenamente cuando la llama Ariel “la ciudad donde acampó David”. Al vincular los dos nombres, el profeta les estaba recordando a sus lectores que Jerusalén alcanzó tal importancia sólo por la promesa que Dios le hizo a David, de cuya casa vendría el Mesías (2 Samuel 7:12-16).

Isaías se refiere a Jerusalén como “Ariel”. Algunos comentaristas señalan que el término significa “león de Dios”, lo cierto es que puede ser eso pero también puede significar “la casa de Dios”, es decir, el lugar adonde eran llevadas las ofrendas. Esto último parece ser aquí lo más apropiado, dado que el término vuelve a aparecer en el segundo versículo, donde la versión Reina Valera, revisión 1977, lo traduce por “altar de holocaustos”. Algunos sugieren que Isaías pronunció esta profecía mientras estaba de pie ante al altar. El profeta anunció que Ariel, o Jerusalén, se lamentará y se entristecerá y que será como altar de holocaustos: ennegrecido, cubierto de cenizas y ardiendo por el fuego. ¡Qué descripción de juicio!

¡Cuán bajo había caído la ciudad de David! Isaías quiso que sus lectores recordaran la conquista de Jerusalén por David. Con la ayuda de Dios todopoderoso, David había conquistado la fortaleza de los jebuseos, que se habían apoderado de la ciudad de Jerusalén en Judá. El relato de la conquista por David es breve (2 Samuel 5:6-10), pero concluye con el anuncio de que “E iba David adelantando y engrandeciéndose, y Jehová Dios de los ejércitos estaba con él” (versículo 10). Esa nota se yergue en dramático contraste con los líderes de la Jerusalén de la época de Isaías; el capítulo anterior describió una situación muy diferente. Al compararlos con David, a quien Dios describe como “un varón

conforme a su corazón” (1 Samuel 13:14), los líderes de la época de Isaías no quisieron el amor y la misericordia de Dios.

Debido a la situación espiritual de su época, Jehová amenazó a Ariel, o Jerusalén, con el juicio; pero los residentes de la ciudad pensaron que ellos estaban a salvo. Después de todo, habían mantenido inalterable el ciclo de festividades tal y como Dios lo había ordenado. Pero esas celebraciones no anularían el castigo divino. Las festividades religiosas habían dejado de ser oportunidades de renovación espiritual, y en su lugar se habían convertido en frívolos días festivos. Dios iba a disciplinar a su pueblo, iba a sitiarse a Jerusalén. La descripción es gráfica, Ariel sería humillada de tal forma que sólo alcanzaría a musitar desde el polvo sus oraciones, que serían solamente un susurro, quizás como el de una persona moribunda, porque la Ciudad Santa iba a perder toda su fuerza y su poder. Como Isaías lo anunció, Dios sería el responsable de esa condición cuando dijo: “¡Ay de Ariel,... acamparé contra ti..., y te sitiare con máquinas de asedio ”.

Pero ese juicio no iba a alterar el plan de Dios de traer la salvación al mundo. Ni los festejos vanos, ni la depravación espiritual de la mayoría, ni siquiera el juicio divino sobre esa gente rebelde e infiel cambiaría su plan. La salvación vendría aunque Jerusalén hiciese duelo y se lamentase a causa del juicio. No obstante, la promesa de Dios de hacer que el Mesías procediera de la familia de David siguió en pie. En muchos pasajes de Isaías y de otros profetas, Dios les aseguró a los fieles el firme compromiso con sus promesas. Sí, Dios cumplió la promesa de traer la salvación al mundo a través de los judíos, y Jesús nació en Belén porque era “de la casa y familia de David” (Lucas 2:4).

**<sup>5</sup> La muchedumbre de tus enemigos  
será como polvo menudo  
y la multitud de los fuertes  
como tamo que pasa.  
Acontecerá repentinamente,  
en un momento.**

**6 Por Jehová de los ejércitos serás visitada  
con truenos, con terremotos y con gran ruido,  
con torbellino y tempestad, y con llama de fuego  
consumidor.**

**7 Y será como un sueño de visión nocturna  
la multitud de todas las naciones  
que pelean contra Ariel,  
y todos los que pelean contra ella y su fortaleza,  
y los que la ponen en aprietos.**

**8 Les sucederá como al que tiene hambre y sueña:  
le parece que come,  
pero cuando despierta su estómago está vacío;  
o como al que tiene sed y sueña:  
le parece que bebe,  
pero cuando despierta se halla cansado y sediento.  
Así será la multitud de todas las naciones  
que pelean contra el monte Sión.**

Con estas palabras, Isaías hace un brusco cambio. Había escrito acerca de la situación de Judá y de Jerusalén por causa del juicio de Dios, y había usado la ilustración del polvo. El versículo 5 continúa desarrollando esta imagen, pero de nuevo el blanco del juicio de Dios cambia. El “polvo menudo” no se refiere a Jerusalén, sino a los enemigos de la ciudad. Con pocas y breves palabras, el profeta de Dios aleja a sus lectores del castigo venidero sobre el monte santo hacia el juicio aún mayor que golpea a todos los enemigos de Dios. En ese cambio, Isaías dirige a sus lectores hacia el Señor, que vendrá a destruir a sus oponentes pero también le dará protección y victoria a su pueblo. La ilustración de la venida del Santo de Israel aún estaba por ocurrir. Los enemigos del pueblo de Dios, representados por los asirios, pusieron efectivamente sitio a Jerusalén y amenazaron la ciudad, pero Dios la protegió y le dio la victoria con el objeto de destacar la promesa que había hecho de rescatar a su pueblo.

Estas palabras pudieron bien haber sido escritas poco antes de que los asirios marcharan contra Jerusalén. Dios había usado a los asirios para destruir a Samaria al norte, y también para disciplinar a su pueblo de Jerusalén y Judá. Isaías había mostrado al reino del Sur con problemas hasta el cuello por causa del avance asirio (8:8). Aunque Jerusalén estaba en una situación muy precaria, Dios iba a demostrar una vez más, y para que todos lo vieran, que él era fiel en el cumplimiento de las promesas que había hecho concernientes al Mesías, o Emmanuel. Cuando los asirios sitiaron a Jerusalén, el comandante de las fuerzas enemigas afirmó arrogantemente que el Señor no podía liberar a la ciudad del embate de su ejército (2 Reyes 18:17-37). Pero la liberación divina llegó de súbito y en un instante. En una sola noche, mediante el poder del ángel del Señor, murieron 185,000 de sus hombres, obligando a que el rey asirio levantara el campamento y se retirara (2 Reyes 19:35,36).

Ningún poder humano puede resistir a Dios. Jerusalén, evidentemente, sigue siendo de poca importancia excepto por su vínculo con la promesa del Mesías. Por lo tanto, no tenemos que ver esas promesas como referencias a Jerusalén en su calidad de lugar geográfico en el mundo o como representación de cualquier otra nación, pasada o futura, de la política mundial. El monte Sión representa al pueblo de Dios, a los fieles, a quienes el Señor siempre defenderá y protegerá. En muchos pasajes del Antiguo Testamento, el monte Sión no es la ciudadela que David les arrebató a los jebuseos; no es un lugar, sino una representación del pueblo fiel de Dios que cree su promesa respecto al Mesías, el gran Hijo de David. El mundo incrédulo se opone a los creyentes; siempre ha sido así, y así será mientras dure la tierra. Sin embargo, ningún intento por destruir a la iglesia y aplastar a los creyentes tendrá éxito.

Isaías usó una interesante imagen verbal para describir los esfuerzos de los enemigos de la iglesia; escribió que los intentos de oponerse al pueblo de Dios son “como un sueño de visión nocturna”. El profeta de Dios establece dos conceptos. Primero,



que la ira de los adversarios de los hijos de Dios no es sino una ilusión; desde la perspectiva divina, los enemigos de él y los planes de éstos no son más que una pesadilla pasajera. En la mañana, la pesadilla ha pasado y el sol brilla cálidamente en el cielo azul. En segundo lugar, los proyectos de los antagonistas de Dios son como los sueños del hambriento y el sediento, los cuales jamás satisfacen ni el hambre ni la sed. Ningún plan urdido por humanos podrá alterar jamás la realidad del control de Dios sobre el mundo. Nadie puede frustrar su voluntad, y cada complot para destruir a la iglesia de Jesucristo o para trastornar el evangelio es tan efectivo como soñar con arreglar un banquete o con aplacar la sed. Los designios divinos continúan siendo la realidad, y los creyentes siguen seguros porque Dios los protege. Las ilusiones humanas de destruir al pueblo de Dios y deshacerse de él son sólo eso, sueños.

**<sup>9</sup> ¡Deteneos y maravillaos;  
ofuscaos y cegaos!  
¡Embriagaos, pero no de vino;  
tambaleaos, pero no por sidra!**

**<sup>10</sup> Porque Jehová derramó sobre vosotros  
un espíritu de sopor,  
cerró los ojos de vuestros profetas  
y puso un velo sobre las cabezas de vuestros videntes.**

**<sup>11</sup> Y os será toda visión  
como las palabras de un libro sellado,  
el cual, si lo dan al que sabe leer,  
y le dicen: «Lee ahora esto»,  
él dirá: «No puedo,  
porque está sellado.»**

**<sup>12</sup> Y si se da el libro al que no sabe leer,  
diciéndole: «Lee ahora esto»,  
él dirá: «No sé leer.»**

Por pura misericordia Dios libró a su pueblo de los asirios. Los que estaban en Jerusalén vivieron para ver los dramáticos sucesos;

pero algo estaba mal. No vieron más allá de la desaparición de los ejércitos de Asiria, ni vieron la verdad espiritual, ni reconocieron en ello la mano del Señor. En lugar de eso, continuaron rebeldes e impenitentes. La liberación no les sirvió para apartarse del pecado y de la idolatría y volverse al arrepentimiento y a las promesas del Mesías. El deslumbrante rescate a las puertas mismas de Jerusalén sólo fue una tregua de unos cuantos años para ellos hasta que vinieron los babilonios y destruyeron la ciudad.

Isaías reveló la triste realidad de la ceguera espiritual del pueblo de Jerusalén. El mandato de Dios: “¡Deteneos y maravillaos; ofuscaos y cegaos! ¡Embriagaos, pero no de vino... !”, aparece como uno de los juicios divinos más severos. Seguirán rechazando y sin creer las promesas de Dios por tanto tiempo como quieran. Esto es como si Isaías hubiese dicho: “¡Bien, continúen en la ceguera! ¡Adelante, engañense!” En Jerusalén los infieles van a ver la liberación de Dios, pero no se apartarán del pecado ni aceptarán su gracia. Oirán el mensaje del evangelio, pero continuarán resistiéndolo y persistiendo en su apostasía.

Dios llegará incluso a impedirles que vean la verdad y crean en ella; les enviará un “espíritu de sopor” del cual no despertarán. Tal como hizo cuando endureció el corazón del faraón después de que se negó repetidamente a escuchar a Moisés, así va a suceder aquí. Jehová impidió que esos obstinados impenitentes comprendieran la verdad. Sus profetas y videntes, de quienes normalmente se esperaba la revelación del mensaje de Dios, no pudieron hacerlo.

Para estas personas, espiritualmente ciegas y embriagadas, el mensaje del Todopoderoso era un libro sellado que no podían entender. Para todos los que permanecían en la impenitencia, el libro seguía lacrado, ya que era ininteligible aun para los que sabían leer. Los que no tenían esa capacidad no podían captar el significado de las palabras. La incredulidad que se describe aquí no era un fenómeno aislado sino un problema muy enraizado en el pueblo de Judá.

Estas palabras subrayan un pensamiento que se expresa en capítulos anteriores en los cuales, para los incrédulos, las palabras de Dios se habían convertido en un estribillo de sonidos sin sentido: “Renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí , un poquito allá” (28:13). Pueden ver las palabras escritas en el rollo, pero no las pueden entender. Eso era parte del juicio divino sobre los incrédulos: ellos ven y oyen, pero no entienden. Los creyentes proclaman el evangelio, a veces clara y elocuentemente como lo hizo Isaías, pero los impenitentes se niegan a creer y, en vez de eso, optan por seguir en la incredulidad. La respuesta de Dios a este voluntario rechazo y empeñamiento es permitirles simplemente que continúen en su ciega impenitencia.

En estos dos capítulos uno puede entender el trato que Dios le da a la humanidad rebelde. El Antiguo Testamento muestra claramente la lección. Primero que todo, Dios actúa por gracia para crear y salvar. Ningún esfuerzo o idea humana lo motivó para crear a Adán, ni para llamar a Abraham o sacar de Egipto al pueblo Israel. Ningún logro humano motivó a Dios para hacer la promesa de enviar al Mesías al mundo para deshacer el pecado y vencer la muerte. Ninguna fidelidad ni devoción humana hizo que Dios cumpliera su promesa. Dios hizo todas esas cosas por él mismo, por su gracia, las hizo por toda la raza humana sin ningún mérito ni valor por parte de nadie. Todas fueron dones de la gracia de Dios para el mundo.

Muchos creen en las maravillosas promesas de Dios y confían en su amor, pero el corazón humano puede ser tan perverso que opta por no aceptarlo. No mucho después de que el pueblo de Israel salió de Egipto, hicieron un becerro de oro y lo adoraron. Todo ocurrió al pie mismo del monte Sinaí. Durante la etapa de los jueces, leemos una y otra vez que el pueblo israelita pecó contra Dios y comenzó a prostituirse con otros dioses. La respuesta divina ante esa rebelión fue disciplinar a su pueblo enviándoles dificultades que los persuadieron a entrar en razón, tras lo cual se arrepintieron y se volvieron al Señor. Este patrón de conducta persistió a través del tiempo.

Cuando llegamos a la época de Isaías, alcanzamos otro nivel de la guerra entre la fe y la apostasía. El pueblo ya no pudo ser persuadido por la disciplina divina. La invasión asiria no lo corrigió y se negaron a escuchar a los profetas que Jehová les envió; no se volvieron a Dios. A estas alturas, el triste juicio del Omnipotente fue permitirles que persistieran en su indiferencia y para ello les envió un profundo sueño para que no pudieran discernir la verdad. Cuando la oían, ésta no penetraba su impiedad sino que servía para confirmarlos en ella. La razón para el juicio de Dios se hizo más clara, fue la empecinada incredulidad de su pueblo. El ministerio de Isaías fue difícil porque Dios le dijo que su obra como profeta sería endurecer al pueblo en su incredulidad. Aunque el profeta escribió algunas de las más hermosas promesas que registran las Escrituras, la mayoría de su nación nunca las entendió sino que siguieron rebeldes y renuentes.

Sin embargo, las promesas de Dios se cumplieron. Aunque la mayoría de los que vivían en Jerusalén y Judá no creyeron, todavía quedaba un remanente que seguía confiando fielmente en el Señor y atesoraba las maravillosas promesas de Isaías y del resto de las Escrituras. El profeta era uno de ellos y ministró a esos creyentes, fortaleciéndolos en la fe y consolándolos. Más de cien años después, los creyentes vieron su país destruido, e incluso acompañaron a sus compatriotas al cautiverio. Sin embargo confiaron en que Dios, tal como había prometido, haría regresar un remanente. Tenían fe en que Jehová haría cumplir todas sus promesas; creían que el Mesías vendría y que, como había predicho Miqueas, nacería en Belén. Sabían que nacería de una virgen y que sería el gran Emanuel como lo había escrito Isaías. Siempre hubo un grupo de creyentes fieles, pero el resto no entendió ninguna de estas promesas.

**<sup>13</sup> Dice, pues, el Señor:**

**«Porque este pueblo se acerca a mí con su boca  
y con sus labios me honra,  
pero su corazón está lejos de mí**

**y su temor de mí  
no es más que un mandamiento de hombres  
que les ha sido enseñado;  
14 por eso, he aquí que nuevamente  
excitaré yo la admiración de este pueblo  
con un prodigio grande y espantoso,  
porque perecerá la sabiduría de sus sabios  
y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos.»**

¿Por qué respondió Dios a su pueblo enviándoles un profundo sopor que les impedía comprender el evangelio? Isaías nos da la razón: su corazón estaba lejos del Señor. Venían al Templo a adorar y pronunciaban las palabras de adoración, pero no entendían la esencia del evangelio de Dios. Vemos dos importantes planteamientos en relación con estas palabras. Primeramente, muchas de esas personas estaban solamente pronunciando mecánicamente las palabras de adoración y alabanza al Señor. Su adoración era un ritual insustancial, una recitación de fórmulas prescritas y vacías, una simple hipocresía. Siete siglos después, Jesucristo citó estas palabras de Isaías y las aplicó a la falsedad de los fariseos y de los maestros de la ley (Mateo 15:8,9).

Pero también hay otro pensamiento. El pueblo que Isaías vio había perdido la esencia de la revelación divina, no entendían ni la gracia ni las promesas del Mesías venidero. No conocían al Cristo, es decir, al Mesías. Su religión se había deteriorado hasta ser algo que era sólo “un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado”. Pudiera uno pensar en el apóstol Pablo antes de su conversión: él había sido extremadamente celoso, un fariseo devoto y resuelto, conocedor de las Escrituras y deseoso de seguir la voluntad del Señor, pero su corazón no se había centrado en la esencia de la revelación de Dios, en Cristo el Salvador. En vez de eso había resistido a Dios. Su corazón había estado lejos del Señor.

Este pasaje no habla sólo de personas cuyos corazones no están en su religión, sino también de aquellos cuyo corazón es sincero y devoto pero cuyas creencias están erradas y sin Cristo. Los tales

creen que cuando siguen reglas enseñadas por los hombres están adorando al verdadero Dios; muchos son piadosos y celosos de sus creencias pero están sin Cristo. Así sucede con el fiel devoto del Islam o con el budista sincero. Incluso los que están dentro de la iglesia visible de Cristo pueden tener un corazón alejado del Señor. Cuando abandonan el mensaje de la cruz y adoptan programas sociales y agendas políticas, comienzan a adherirse a reglas enseñadas por los hombres. Siempre que el libre y misericordioso don de Dios se convierte en una recompensa ganada por la conducta humana, la adoración y la religión se vuelven ritos mecánicos, sin una comunión espiritual significativa con el Señor. Con demasiada frecuencia muchos usan las palabras de la Escritura para proclamar un mensaje de paz y seguridad hecho por el hombre pero sin Cristo.

**15 ¡Ay de los que se esconden de Jehová  
encubriendo sus planes,  
y sus obras las hacen en tinieblas,  
y dicen: «¿Quién nos ve, y quién nos conoce?»**  
**16 Vuestra perversidad ciertamente  
será reputada como barro de alfarero.  
¿Acaso la obra dirá de su hacedor:  
«No me hizo»?  
¿Dirá la vasija de aquel que la ha formado:  
«No entiende»?**

Isaías se vuelve ahora a los que saben que se oponen al Señor y que persisten en su incredulidad y rebelión. Esas personas se querían esconder del Señor, como hay tantos que con un corazón perverso creen que pueden ocultar sus planes y sus actos del Dios omnisciente. Adán y Eva así lo creyeron y trataron de encubrirse con la vana esperanza de que él no los fuera a descubrir. El pecado vuelve al corazón humano inicuo e insensato.

Isaías comparó el corazón rebelde y pecaminoso con un alfarero y su vasija de barro, la cual no puede darse forma a ella

misma. Para que el barro tenga algún valor, el alfarero debe convertirlo en algo útil. Una vez moldeado en jarro o cazuela, sería absurdo que el barro negara el poder creativo de la mano que lo formó ya que el barro no es nada sin el esfuerzo del alfarero. Por supuesto que el alfarero puede darle la forma que desee y así como fue moldeado se queda el recipiente. ¡Cuán insensato sería para la vasija negar a su hacedor o decir que éste no conoce su oficio o no tiene la habilidad!

Sin embargo, los pecadores niegan a su Creador y desafían su obra y su sabiduría divina. Ellos se consideran superiores al Dios de los cielos. Cuando Dios dice: “No...”, el corazón impío dice: “Sí, yo sé más. Lo haré de todas formas.” Cuando Dios dice: “Por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2:8), el corazón malvado dice: “Tengo que haberlo logrado por mi pensamiento y esfuerzo religioso.” La maldad todo lo tergiversa y el corazón torcido no quiere al Dios de la Biblia, al Dios de la gracia fiel y gratuita, quien prometió y envió a Cristo. El corazón impenitente y rebelde resiste a la gracia y quiere en su lugar a un dios sin la cruz de Cristo que acepte las buenas intenciones y los esfuerzos sinceros, un dios que no castigue el pecado, que acepte las intenciones humanas y olvide los fracasos y la perversión de los hombres.

**<sup>17</sup> ¿No se convertirá, de aquí a muy poco tiempo,**

**el Líbano en un campo fértil,**

**y el campo fértil parecerá un bosque?**

**<sup>18</sup> En aquel tiempo los sordos oirán**

**las palabras del libro**

**y los ojos de los ciegos verán**

**en medio de la oscuridad y de las tinieblas.**

**<sup>19</sup> Entonces los humildes**

**volverán a alegrarse en Jehová,**

**y aun los más pobres de los hombres**

**se gozarán en el Santo de Israel.**

**<sup>20</sup> El violento se habrá acabado**

**y el escarnecedor será exterminado.  
Serán destruidos todos los que se desvelan  
por hacer iniquidad,  
21 los que hacen pecar al hombre en palabra,  
los que arman trampa al que reprende en la puerta  
y pervierten la causa del justo con falsedad.**

Pero no todo es tan tenebroso. Sí, el Señor impedirá que los rebeldes se arrepientan y él permitirá que su Palabra sea proclamada solamente para confirmar a los incrédulos en su rebelión y pecado. Pero hay otra faceta de la actividad de Dios: mientras que los incrédulos están más allá de su gracia, algunos de los que oyen el mensaje del profeta creerán. Todavía Dios obra para traer a las personas a la fe, incluso en el mundo que puede ser catalogado de: rebelde, pecaminoso e inhóspito al evangelio. Dios puede producir maravillosos y prodigiosos cambios en el corazón humano. El versículo 17 sugiere ese cambio: “¿No se convertirá, de aquí a muy poco tiempo, el Líbano en un campo fértil?” Por supuesto, Isaías no está hablando de cambios físicos mediante los cuales Dios convertirá al Líbano árido y seco en un campo verde y hermoso, o transformará un campo fértil en un denso y exuberante bosque. No, el profeta de Dios está hablando de cambios espirituales. Esto queda claro cuando se refiere a los sordos y los ciegos de espíritu, a los necesitados que se regocijarán en el Santo de Israel.

El tema de los versículos 11 y 12 se repite en el 18 donde Isaías se refiere a “las palabras del libro”; pero en estos versículos los ciegos oyen y comprenden el mensaje. La palabra de Dios es la que produce ese cambio. El mensaje del rollo es el evangelio que ilumina las tinieblas y la oscuridad que existen por el pecado humano y la consiguiente muerte. El evangelio cambia el corazón de manera que se pueda regocijar en *el Santo de Israel*, que era el apelativo predilecto de Isaías para referirse a Dios. El profeta se encontró con este Santo de Israel en el Templo cuando los quiciales de las puertas se estremecieron y los ángeles cantaban: “Santo,



santo, santo, Jehová de los ejércitos” (6:3). Es un milagro del poder de Dios que el corazón humano pecaminoso sea convertido del pecado y la rebelión contra el Señor: a la fe, al amor y al gozo en Dios. Este milagro ocurre por los medios de gracia que es el evangelio.

Los versículos 20 y 21 nos recuerdan el juicio que vendrá sobre los incrédulos; para ellos no hay esperanza. Es cierto que a veces pueden disfrutar del éxito en el mundo. En Judá: los inmisericordes, los burladores y los deshonestos persistían en sus actividades incluso en los tribunales; sin embargo, al final, el juicio vendría y también habría un cambio para ellos. En vez de: éxito, fortuna y prominencia, perecerían en el fuego de la ira de Dios.

**22 Por tanto, Jehová,  
que redimió a Abraham,  
dice así a la casa de Jacob:  
«No será ahora avergonzado Jacob  
ni su rostro palidecerá,  
23 porque verá a sus hijos,  
que al considerar la obra de mis manos en medio de ellos,  
santificarán mi nombre.  
Santificarán al Santo de Jacob  
y temerán al Dios de Israel.  
24 Y los extraviados de espíritu aprenderán inteligencia  
y los murmuradores aprenderán la lección.»**

El pueblo fiel de Dios siempre mira hacia adelante sabiendo que al final el Señor enderezará todas las cosas. Puede que sufran, que su corazón se fatigue y desmaye, y que su rostro se demude por causa de los problemas, pero el pueblo fiel de Dios mira con optimismo el futuro. En Cristo, el porvenir está asegurado, por eso Pablo alentó a la congregación de Roma con estas palabras: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18). Isaías también dirigía a los creyentes de su época a que miraran hacia adelante. El día vendrá

cuando el pecado desaparecerá y todos los creyentes estarán ante el gran Dios de gracia. Aunque el mundo de Isaías había llegado a ser en extremo malvado, aún quedaba un remanente fiel al Dios de Israel que seguía reverenciándolo y se regocijaba en sus bendiciones.

Estos pocos versículos proclaman el gran triunfo del evangelio a través del cual Dios levantará nuevas generaciones de creyentes. Los más jóvenes inspirarán a las generaciones de más edad a ser fieles. El evangelio continuará cambiando el corazón humano de manera que no se queje más, sino que acepte con gusto la instrucción de Dios. El Espíritu Santo seguirá usando las buenas nuevas para: llamar, reunir e iluminar a los creyentes que confesarán su fe en el Santo de Jacob y se sobrecogerán ante toda la gracia y misericordia de Dios.

*Ay de Judá, los hijos obstinados de Dios*

**30** ¡Ay de los hijos que se apartan,  
dice Jehová,  
para tomar consejo, y no de mí;  
para cobijarse con cubierta,  
y no de mi espíritu,  
añadiendo pecado a pecado!

<sup>2</sup> Se apartan para descender a Egipto  
pero no me han consultado.

Quieren fortalecerse con la fuerza del faraón,  
y ponen su esperanza en el amparo de Egipto.

<sup>3</sup> Pero la fuerza del faraón se os cambiará en vergüenza  
y la protección a la sombra de Egipto, en confusión.

<sup>4</sup> Cuando estén sus jefes en Zoán  
y sus embajadores lleguen a Hanes,

<sup>5</sup> todos se avergonzarán  
de un pueblo que no les sirve de nada,  
ni los socorre ni les trae provecho alguno;  
antes les será para vergüenza y aun para deshonra.

El capítulo 28 comenzó diciendo: “¡Ay de la corona de soberbia de los ebrios de Efraín...! y el 29, “¡Ay de Ariel... ! El 30 comienza con una advertencia similar, “¡Ay de los hijos que se apartan...!” Esta sección de Isaías se caracteriza por profecías que comienzan con el lamento “ay”, que aparece siete veces en esta sección. En cinco ocasiones lo hace introduciendo un nuevo capítulo (28:1; 29:1; 30:1; 33:1). En el capítulo anterior, Isaías utilizó la palabra “ay” para denunciar el plan secreto que habían tramado los líderes de Judá: “¡Ay de los que se esconden de Jehová encubriendo sus planes, y sus obras las hacen en tinieblas” (29:15). ¿Cuáles eran sus planes? En este capítulo, Isaías dice cuales son y pronostica que fracasarán.

Isaías dijo que eran “hijos que se apartan”. Habían dejado de buscar la ayuda y salvación de Dios pese a los repetidos ejemplos del rescate divino que habían visto a lo largo de la historia. De modo que escogieron confiar en sus propias capacidades para evitar el desastre y ver por su propia seguridad; esta vez lo hacían mediante una alianza con Egipto. Los ejércitos asirios avanzaban desde el norte, muy probablemente ya habían destruido Samaria y habían comenzado a asolar los campos de Judea. Algunos de los líderes de Judá no tenían esperanzas de poder resistir ante los poderosos asirios. Desesperados, decidieron aliarse con Egipto, lo que a primera vista parece ser una respuesta lógica y razonable, excepto por el hecho de que no se volvieron a Jehová. Isaías escribió que esos proyectos no provenían del Señor ni la alianza era según su Espíritu.

¿Cómo iban a saber que ese no era el plan de Dios? Para esta pregunta hay dos respuestas. La primera era que Moisés había escrito: “El rey no deberá... hacer que el pueblo vuelva a Egipto... No vuelvas más por ese camino” (Deuteronomio 17:16, NVI). Las Escrituras eran claras; la porción más antigua de las mismas, la Torá, los cinco libros de Moisés, advirtieron contra el regreso a Egipto. Pero el pueblo de Judá no escuchó; Isaías describió a sus embajadores como ya estando en dos ciudades egipcias: Zoán,

ciudad en la parte noreste del delta del Nilo, y Hanes, una ciudad aún más al interior del territorio egipcio.

La segunda respuesta radica en que años atrás Isaías le había dicho al rey Acaz que no confiara en pactos con potencias extranjeras. Cuando Israel y Aram (Siria) amenazaron a Judá y a Jerusalén, Acaz había invitado a los asirios a acudir en su defensa. En esos días, Isaías se presentó ante el rey y le prometió que el Señor lo iba a rescatar (capítulo 7). El profeta alentó al monarca a que simplemente confiara en Dios e invitó al rey a que pidiera una señal como prueba de ese ofrecimiento. Acaz lo rechazó; ahora estaba muerto y su hijo Ezequías ocupaba el trono. Sin embargo, poderosos líderes en Jerusalén planeaban pedirle ayuda a Egipto. La política del fallecido rey de proteger a Judá a través de alianzas con fuerzas extranjeras había introducido en la región una nación poderosa y agresiva, a Asiria. Ese país había dejado de ser amigo de Judá, y se había convertido en un enemigo que procuraba conquistarla y destruirla y también a Jerusalén. Sin embargo, los hijos rebeldes de Dios, en vez de volverse a él buscando protección y ayuda, trataron de obtenerla por medio de pactos con otros países, y esta vez lo hicieron con Egipto. Se negaron a aceptar el consejo del profeta de Dios.

El convenio estuvo condenado desde un principio porque no provenía de Dios. Egipto había dejado de ser una potencia militar en esta región, y en realidad, la una vez invencible nación estaba viviendo de su pasada reputación de grandeza y gloria. Cuando las fuerzas asirias acamparon frente a Jerusalén, el comandante de las tropas dijo: “He aquí que confías en este bastón de caña astillada, en Egipto, en el cual si alguien se apoya, se le clavará en la mano y la atravesará. Tal es el faraón, el rey de Egipto, para con todos los que en él confían” (36:6). Isaías predijo los sucesos. La vergüenza y la deshonra vendrían sobre todos los que dependieran de Egipto y así ocurrió, exactamente como lo describió el profeta.

**<sup>6</sup> Profecía sobre las bestias del Neguev:  
Por tierra de tribulación y angustia,  
de donde salen la leona y el león,  
la víbora y la serpiente que vuela,  
llevan sobre lomos de asnos sus riquezas  
y sus tesoros sobre jorobas de camellos.  
Las llevan a un pueblo que no les será de provecho  
alguno.**

**<sup>7</sup> Ciertamente, la ayuda de Egipto será vana e inútil.  
Por eso yo le he dado voces,  
que su fortaleza sería estarse quietos.**

La palabra *profecía* ya la habíamos visto antes en el libro de Isaías, la que ha empleado para introducir una serie de juicios sobre las naciones que circundaban a Judá (capítulos 13–23). El vaticinio aquí consta de sólo dos versículos, y en él se subrayan los primeros dos versículos del “Ay”. En esta ocasión, Isaías describió la imagen de los embajadores judíos camino a la tierra egipcia, por donde tenían que viajar a través de lugares inhóspitos, poblados de leones y serpientes. Su caravana con destino a Egipto constaba de burros y camellos cargados de presentes para sus habitantes a fin de pagar por la ayuda de defenderlos.

La profecía de Isaías estaba llena de ironía. El Señor estaba listo para socorrer a su pueblo en virtud del amor que le tenía; ellos no tenían que pagarle para que los librara. No, él lo haría gratuitamente por su gracia, pero ellos en lugar de aceptarla llevaron sus tesoros a Egipto buscando una ayuda inexistente, estando más dispuestos a pagar por ella que a pedirle al Señor que lo hiciera. Se detecta otra nota sarcástica cuando Isaías describe a los enviados que viajan hacia Egipto. Hay un marcado contraste entre estos enviados y la gran liberación de Egipto que Dios le había dado a su pueblo en tiempos del éxodo. En aquellos días, la nación israelita había abandonado ese país y había viajado a través del desierto hacia la Tierra Prometida. Cuando Moisés guió al

pueblo de Israel fuera de allí, se llevaron de Egipto un gran botín (Éxodo 12:35-36). Los patéticos enviados que viajaron a Egipto en tiempos de Isaías representaban un trágico cambio. Al observar anualmente la Pascua, los judíos celebraban la liberación de Egipto de lo cual aún se puede leer en el gran cántico de Moisés (Éxodo 15). Por desgracia, la mayoría de los contemporáneos del gran profeta no habían festejado la Pascua durante años y habían olvidado las lecciones que Dios procuraba enseñarles a través de esa festividad; y ahora regresaban a Egipto.

Sí, se iban otra vez a Egipto. ¡Qué tragedia! En lugar de ir al Señor, habían escogido de nuevo a ese país como fuente de su salvación. Isaías les recordó que esa ayuda, a la que llamó “Rahab, la inmóvil” (NVI), era “vana e inútil”. La palabra *rahav* significa “fiereza, insolencia, y orgullo” y se usa con frecuencia para describir a Egipto como una nación llena de orgullo y vociferante vanagloria acerca de su poder y capacidad, en este caso, para proteger a Judá. Pero Isaías reveló la verdad de que Egipto era mucho hablar pero nada más; era Rahab la buena para nada.

**<sup>8</sup> Ve, pues, ahora, y escribe esta visión  
en una tabla en presencia de ellos,  
y regístrala en un libro,  
para que quede hasta el día postrero,  
eternamente y para siempre.**

El pueblo de Dios le había vuelto la espalda al Señor, que lo había librado de Egipto. Buscaron refugio y libertad en los hombres y por ello Dios le ordenó a Isaías que escribiera esta profecía a fin de que sirviera de testigo, como constancia de la infidelidad de ellos. Cuando el pueblo israelita no escuchó las palabras de su profeta, Dios les dio una señal externa. En cierto sentido esto se hizo patente en las palabras del profeta, las cuales duraban en los oídos de sus oyentes sólo el tiempo que le tomaba a él en emitirlas para luego desaparecer en el aire; pero las palabras

escritas en un rollo persistirían. Quedarían escritas con tinta para que otros las pudieran leer mucho después de que la voz del profeta se hubiese acallado.

Siglos más tarde, tenemos una lección por aprender. No debemos seguir este ejemplo del pueblo de Dios. Ellos se apartaron de él para buscar: ayuda, rescate y refugio en otros. Nosotros debemos depender del Señor y no: del esfuerzo, ni de la inteligencia o la fuerza humana. Lutero escribió: “Por tanto, aprendamos a confiar solamente en Dios y no en el hombre, porque el hombre es engañoso. Ya sea porque es incapaz de ayudar, aunque quiera hacerlo, o porque, si es que quiere, no puede. Por lo tanto, no debemos confiar en ningún hombre por más bueno que éste sea” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 253). El ejemplo está ante nosotros en estas proféticas palabras.

Cuando Isaías escribió esta profecía para que fuera un testimonio perpetuo, Dios hizo que la veracidad de sus palabras dependiera de la predicción de eventos futuros. El Señor nos dice claramente que eso fue escrito antes de que Egipto demostrara ser impotente para ayudar a Jerusalén. Eruditos y comentaristas contemporáneos sugieren a menudo que todo lo que parezca predecir sucesos futuros fue escrito por otra persona después de que los hechos tuvieron lugar. Pero las Escrituras aseveran que las palabras de los profetas fueron escritas antes que sucedieran los acontecimientos que ellas predijeron. La propia autenticidad y confiabilidad de Dios, así como la obra de su profeta, dependen de las palabras que están escritas en la tabla, que predice el porvenir. Uno no puede afirmar que Isaías era profeta de Dios y al mismo tiempo negar que fuera capaz de ver el futuro a través del poder del Espíritu Santo de Dios.

**<sup>9</sup> Porque este pueblo es rebelde,  
son hijos mentirosos,  
hijos que no quisieron oír  
la ley de Jehová;**

**<sup>10</sup> que dicen a los videntes:**

**«No tengáis visiones»,**

**y a los profetas:**

**«No nos profeticéis la verdad,  
sino decidnos cosas halagüeñas,  
profetizad mentiras;**

**<sup>11</sup> dejad el camino,  
apartaos de la senda,  
quitad de nuestra presencia  
al Santo de Israel.»**

**<sup>12</sup> Por tanto, el Santo de Israel dice así:**

**«Porque desechasteis esta palabra  
y confiasteis en la violencia y en la iniquidad,  
y en ellas os habéis apoyado,**

**<sup>13</sup> por eso, este pecado os será  
como grieta que amenaza ruina,  
extendiéndose en una pared elevada,  
cuya caída viene de pronto,  
repentinamente.**

**<sup>14</sup> Y se quebrará como se quiebra un vaso de alfarero,  
que sin misericordia lo hacen pedazos;  
tanto, que entre los pedazos no se halla un cascote  
que sirva para traer fuego del hogar  
o para sacar agua del pozo.»**

Estos capítulos son unos de los más tristes de las Escrituras porque relatan la historia de cómo el pueblo de Dios se apartó de él y del mensaje de sus profetas. A través de estos tres capítulos notamos el desarrollo de la incredulidad. En el capítulo 28, los líderes se mofaban de Isaías y de su mensaje diciendo burlonamente: “¿A quién se habrá de instruir? o ¿a quién se hará entender la doctrina [de Isaías]?” (28:9). Este mensaje era ridiculizado al hacerlo aparecer como una serie de reglas tontas: “renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá” (versículo 10). En el capítulo 29, el pueblo se aproxima un



paso más al desastre espiritual; no podían entender las palabras del profeta, esas palabras estaban selladas en un rollo (29:11,12). En este capítulo (30), dieron el último paso que les faltaba para apartarse por completo de Dios al decirles a sus mensajeros qué era lo que querían oír. El avance va, de la burla a la ignorancia, y de ahí a la rebelión. Negarse a escuchar la instrucción divina aleja al ser humano siempre más de Dios y lo acerca más al borde del infierno.

Esa gente no se quería deshacer de la religión sólo quería una que se ajustara: a sus propios pensamientos, a sus esperanzas y deseos. ¡Qué gran perversión! Ningún ojo humano puede percibir la grandeza de la gloria y de la gracia de Dios. Ningún oído humano ha podido escuchar jamás el consejo del Todopoderoso en el cielo y en la eternidad, ni la mente humana puede concebir por ella misma la verdad de Dios (Isaías 64:4; 1 Corintios 2:9). Es menester que Dios: todopoderoso, eterno y omnisciente les diga a los humanos sus estatutos. La mente del ser humano no puede entender las profundidades del amor de Dios ni las riquezas de su verdad. Vamos a Jehová en busca de respuestas y de orientación. A veces, debido a lo impío de nuestra naturaleza humana, no estamos satisfechos con lo que él nos responde, pero sólo Dios conoce la verdad. Siendo humanos estamos obligados a escuchar, porque no sabemos nada excepto lo que él nos dice. El principio de la Biblia es sencillo: la verdad de Dios viene a nosotros a través de su Palabra, a través de las Escrituras. Cuando los humanos se toman la libertad de decirle a Dios qué es lo que debe decir y qué es lo que sus mensajeros deben o no deben hablar, pervertimos ese principio.

Las personas de las cuales habla aquí Isaías no querían escuchar el mensaje de Dios, sino lo que ellas mismas decían y lo que tenía su aprobación. No deseaban oír las predicciones del mensajero de Dios acerca del severo juicio que les aguardaba por causa de sus rebeliones, ni querían saber de las visiones del desastre por venir, como tampoco querían que se les dijera qué

estaba bien y qué estaba mal. Todo lo que pedían eran “cosas halagüeñas” y “mentiras”.

Las palabras más tristes estaban en sus labios: “Dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel”. A través de su profecía, Isaías usó el nombre especial de Dios, el Santo de Israel. De esa manera reflejó su llamado como profeta cuando los serafines cantaban: “Santo, santo, santo Jehová de los ejércitos” (6:3). Al oír la alabanza de los seres celestiales, Isaías se percató de su propia pecaminosidad. Sin embargo, este Santo de Israel le quitó su pecado y le prometió que Emmanuel vendría, que nacería de una virgen (7:14), y que sería llamado: “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz” (9:6). Él traería un remanente de la cautividad (10:20) y haría que una vara saliese del tronco de Isaí (11:1). ¡Qué maravillosas son estas promesas! Dios nos ha enseñado a atesorarlas. Por supuesto, este Dios santo también pronunció palabras de áspera ley y severo juicio sobre el pecado. Tan rebelde y engañoso era este pueblo que no quería oír nada, y decía: “Quitad de nuestra presencia al Santo de Israel”.

El corazón humano es tan orgulloso que no puede soportar oír de su propia culpa. Nuestra inclinación natural es escondernos del Santo Dios y, tal como hicieron Adán y Eva, tratar de evitar la culpa. Somos tan arrogantes por naturaleza que preferiríamos creer en la salvación por las obras antes que creer que Dios ya lo ha hecho todo por su pura gracia. Lo que Isaías reveló aquí no es otra cosa que el rechazo del mensaje divino de ley y evangelio. Los impíos requieren: religión, fe, amor, esperanza y perdón, pero no quieren lo que Dios dice acerca de eso. Él pone al descubierto el pecado de la humanidad, y advierte del infierno y la condenación para todos los renuentes. Lo que la ley dice es duro y difícil de oír, pero los humanos deben oírlo porque es el aviso de Dios. Al mismo tiempo, él promete: perdón, vida y salvación a través y sólo por su Cristo; tampoco es fácil que el hombre acepte este mensaje, porque significa que la salvación no depende: de sus esfuerzos, ni

de sus inclinaciones, ni tampoco de sus deseos, sino que es un don gratuito de Dios para la humanidad, que está muerta en su propio pecado y rebelión (Efesios 2:1). La gracia divina le quita al corazón humano la oportunidad de alardear de sus propios logros.

Cuando las personas rechazan el mensaje de ley y evangelio y solamente desean escuchar lo que les place, se apartan de la única esperanza y luz que Dios les ha dado y entran en la oscuridad. Muchos de los hombres del tiempo de Isaías había hecho exactamente eso y este patrón de conducta persiste a través de la historia. Una y otra vez, los que conocen la verdad deciden que la revelación de Dios ya no es importante y la desechan a favor de un mensaje aparentemente: más contemporáneo, más palpable, más positivo y más agradable. Dicen: “Decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras”. Pero todo mensaje que no procede de Dios no es más que un simple engaño; y por su naturaleza pecaminosa, los humanos prefieren esto último.

Isaías reveló vívidamente la respuesta del Señor a la incredulidad de su pueblo. Como lo habían rechazado a él y a su mensaje, iban a ser hechos pedazos como una frágil vasija de barro cuyos fragmentos serían tan pequeños que no se podrían usar ni para recoger rescoldos del fuego o un poco de agua del pozo. El juicio divino iba a ser total y completo y alcanzará a todos los enemigos de Dios y de su mensaje.

**<sup>15</sup> Porque así dijo Jehová, el Señor, el Santo de Israel:**

**«En la conversión y en el reposo**

**seréis salvos;**

**en la quietud y en confianza**

**estará vuestra fortaleza.»**

**Pero no quisisteis,**

**<sup>16</sup> sino que dijisteis: «No, antes huiremos en caballos»;**

**por tanto, vosotros huiréis.**

**«Sobre corceles veloces cabalgaremos»;**

**por tanto, serán veloces vuestros perseguidores.**

**<sup>17</sup> Un millar huirá ante la amenaza de uno;**

**ante la amenaza de cinco, huiréis vosotros todos,  
hasta que quedéis como un mástil  
en la cumbre de un monte  
y como una bandera sobre una colina.**

**<sup>18</sup>Sin embargo, Jehová esperará para tener piedad de vosotros. A pesar de todo, será exaltado y tendrá de vosotros misericordia, porque Jehová es Dios justo. ¡Bienaventurados todos los que confían en él!**

Cuán diferentes son los caminos de Dios de los de los humanos. Él dice: “En la conversión y en el reposo seréis salvos; en la quietud y en confianza estará vuestra fortaleza”. Los habitantes de Judá dijeron: “No, antes huiremos en caballos”. Creían que se podrían alejar de los desastres y escapar de los problemas por sus propios medios. Dios les advirtió que la liberación era a través del arrepentimiento y de la confianza en él. El Señor les propuso una respuesta espiritual que involucraba la renovación interior y la confianza en su poder. El pueblo concluyó que esa respuesta era impráctica, necia, y optaron por no volverse al Santo de Israel y no renovar su fe y fortaleza en él. Así que en lugar de ello depositaron sus esperanzas en los caballos veloces.

Isaías nos ofrece aquí una palabra importante para nuestra fe. Arrepentirse es darle la espalda al pecado y volverse a Dios. Para el pueblo de esos tiempos eso significaba: dejar de depositar la confianza en ellos mismos y en las alianzas humanas, y volverse al Señor que en tantas ocasiones anteriores los había liberado. Isaías los exhortó a encomendarlo todo a Jehová y a esperar a que él les diera la salvación. Al pueblo israelita, a través de las edades, así como a nosotros, el profeta de Dios habla de la importancia del arrepentimiento y la firme fe en el poder del Dios de la gracia libre y gratuita. Como criaturas pecaminosas que somos, tan inclinadas a la maldad, necesitamos arrepentirnos diariamente a fin de apartarnos del mal y volvernos a Dios. Luego debemos esperar y encomendar nuestra causa a Dios. Necesitamos a menudo este recordatorio de esperar, ya que eso es muy difícil para el corazón

impío e impaciente. El salmista nos recuerda el mismo principio: “Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará” (Salmo 37:5).

La salvación, la liberación, la esperanza y la fortaleza no provienen de lo que el hombre haga sino que son dones de la gracia que Dios da gratuitamente a todos los que en él confían. La diferencia que hay entre el camino de Dios y el camino del hombre es la diferencia que hay entre la gracia y las obras.

Quienes abandonan a Dios y confían en sus propios esfuerzos en realidad nunca llegan a triunfar. Dios hace que la jactancia humana sea sólo eso, falso orgullo. El pueblo de Dios de la antigüedad no iba a escapar por su esfuerzo, y aunque huyeran en rápidos caballos, sus enemigos serían más veloces que ellos. Los israelitas huirían atemorizados ante la amenaza de un solo enemigo. Habían confiado en su propio poder, y ese poder era insignificante e inefectivo. La nación judía, una vez llena de numerosos habitantes, se iba a ver reducida a un solitario estandarte sobre una colina. Sólo unos pocos ciudadanos iban a quedar. Isaías hace una insinuación aquí sobre el regreso de Judá del cautiverio; pocos volverían, los suficientes como para que Dios pudiera completar su plan de salvación de todo el mundo mediante el Mesías.

Dios anhelaba ser misericordioso con su pueblo, e Isaías les recordaba que el Señor siempre los estaba invitando a todos a venir a él y confiar en sus promesas. Incluso para estos hijos rebeldes y obstinados, el Señor continuaba lleno de compasión y perdón. Él es, siempre y por siempre, como el padre del hijo pródigo, aguardando el regreso del hijo arrepentido (Lucas 15:11-32). Dios había hecho todo por su pueblo y les daría la bienvenida cuando regresasen, pero “no quisisteis”. ¿Qué debe hacer Dios cuando la gente no quiere sus dones de gracia y de misericordia y en vez de ello opta por depender de su propio poder y de sus propios esfuerzos? Dios no tiene otra alternativa que permitir que esos incrédulos reciban las consecuencias de su propio rechazo. Él es el Dios de justicia que ha dicho que todo aquel que cree en el Hijo

a quien ha enviado al mundo será salvado (Juan 3:16). Pero también ha dicho: “el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Así fue, así es y así será.

**<sup>19</sup> Ciertamente, pueblo de Sión, que moras en Jerusalén, nunca más llorarás, pues el que tiene misericordia se apiadará de ti y te responderá al oír la voz de tu clamor.**

**<sup>20</sup> Aunque el Señor os dará pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros. <sup>21</sup> Entonces tus oídos oirán detrás de ti la palabra que diga: «Éste es el camino, andad por él y no echéis a la mano derecha, ni tampoco os desviéis a la mano izquierda.» <sup>22</sup> Tendrás por impura la plata que recubre tus esculturas, y el oro que reviste tus imágenes fundidas. Los apartarás como a un trapo asqueroso y les dirás: «¡Salid de aquí!» <sup>23</sup> Y dará el Señor lluvia a tu sementera, cuando siembres la tierra, y dará pan abundante y sustancioso como fruto de la tierra. Tus ganados en aquel tiempo serán apacentados en extensos pastizales. <sup>24</sup> Tus bueyes y tus asnos que labran la tierra comerán grano limpio, aventado con pala y criba. <sup>25</sup> Y sobre todo monte alto y sobre todo collado elevado habrá ríos y corrientes de aguas el día de la gran matanza, cuando caerán las torres. <sup>26</sup> La luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días, el día cuando vende Jehová la herida de su pueblo y cure la llaga que le causó.**

Isaías había concluido la sección anterior con el recordatorio de que todos que esperaran en el Señor serán bendecidos; ahora pasa a describir los grandes favores que les aguardan. El juicio sobre la nación judía vendrá tanto para fieles como para impíos; ambos serán llevados cautivos y sufrirán la pérdida de sus hogares y de su patria. Ello no significaba que el Señor los hubiera abandonado. Isaías les recordó que Dios estaba listo a responder

al clamor del pueblo cuando pidiera ayuda; así como sus ancestros habían sufrido la esclavitud en Egipto, también les pasaría a ellos. Así como Dios a su manera y a su tiempo había rescatado a sus antepasados, así haría con ellos también. Deberían simplemente arrepentirse y confiar en su Salvador; él haría que todo obrase en bien de ellos.

Aun cuando iban a experimentar adversidades y aflicciones, iba a llegar el momento en que Dios produciría una renovación espiritual de proporciones maravillosas. El Maestro nunca más se les ocultaría; ni sus palabras, enseñadas por los maestros y profetas, serían selladas en un rollo; el pueblo no adoraría más imágenes de oro y plata. ¿Estaba Isaías implicando con esto que la enseñanza de Dios les estuvo velada durante los tiempos de apostasía y rebelión? Quizás fue así, pero en el futuro algo grandioso ocurriría. En lugar de decir: “Dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel” (30:11), el pueblo escucharía las palabras de los profetas de Dios y seguiría sus instrucciones. Isaías describe en detalle la reacción del pueblo fiel de Dios hacia sus antiguos ídolos; los tirarían como trapos de desecho, inmundos. No nos podemos imaginar una descripción más gráfica.

Las bendiciones de la gracia de Dios van más allá de la renovación espiritual. Lluvias, sembradíos, ganados y forraje, todo esto revela una abundante prosperidad. Como con otras profecías, tenemos que ser cuidadosos. Isaías no predice un milenio en el que habrá paz universal y prosperidad sobre la tierra. Estas palabras del profeta describen una hermosa bendición para un pueblo que dependía de la agricultura. En determinado día y momento, la aflicción y la adversidad desaparecerán; el pueblo de Dios dejará de sufrir. En la historia de este mundo, Dios siempre alterna períodos de su juicio temporal con períodos temporales de paz y prosperidad, tal como la esclavitud en Egipto dio paso al gozo y la libertad en la Tierra Prometida. El punto es que Dios no abandona a su pueblo fiel. Pero hay algo más que el alternante ciclo de aflicción y gozo: de la misma manera en que cada período

de aflicción nos recuerda el venidero juicio final de Dios, cada período de paz y abundancia apunta hacia la gloriosa bendición final que Dios le prometió a cada creyente. Como evidencia de eso consideremos el capítulo 21 de Apocalipsis.

Notemos que aquí el gozo llega en el día de la matanza (versículo 25). Cuando Dios destruye a los enemigos de su pueblo, trae la liberación. Sus fieles hijos se regocijan en esas obras de Dios. En los próximos versículos leeremos más sobre esto. Vendrá un tiempo en que Dios vendará las contusiones de su pueblo y sanará sus heridas. Ese será un día glorioso, cuando la luz del sol será siete veces más intensa que lo normal, lo cual era una descripción que le indicaba al pueblo de la época de Isaías la excepcional y grandiosa gloria de la salvación venidera.

**27 ¡He aquí que el nombre de Jehová viene de lejos!  
Su rostro viene encendido con llamas de fuego  
devorador;  
sus labios, llenos de ira y su lengua como fuego que  
consume.**

**28 Su aliento, cual torrente que inunda,  
llegará hasta el cuello,  
para zarandear a las naciones con criba de destrucción;  
y el freno estará en las quijadas de los pueblos,  
haciéndolos errar.**

**29 Vuestros cánticos resonarán  
como en la noche en que se celebra la Pascua,  
y tendréis alegría de corazón,  
como la del que al son de flauta  
viene al monte de Jehová,  
al Fuerte de Israel.**

**30 Y Jehová hará oír su potente voz  
y hará ver cómo descarga su brazo,  
con furor en su rostro y llama de fuego consumidor,  
con torbellino, tempestad y piedras de granizo.**



Isaías, queriendo que sus lectores miraran hacia el futuro, les describió la venida del Señor como una tormenta que se avecinaba y como un juez airado que viene a administrar justicia. Muy bien pudiera ser que el juicio final esté descrito aquí, pero estas palabras se podrían aplicar igualmente a cualquier instancia en la que Dios viene a liberar a su pueblo. Las últimas palabras: “torbellino, tempestad y piedras de granizo”, pudieran aludir a la destrucción de Sodoma y Gomorra, así como anticipar el grande y último día de la ira de Dios. Ante cada liberación, el pueblo de Dios tiene razones para regocijarse y cantar. Meditemos en el gran cántico de Moisés cuando Dios destruyó al ejército egipcio en el mar Rojo (Éxodo 15). El Salmo 105 celebra el éxodo de Egipto y el juicio sobre esa nación. Cuando David derrotó a los filisteos, el pueblo se regocijó y las mujeres bailaron y cantaron: “Saúl hirió sus miles, y David sus diez miles” (1 Samuel 18:6,7). Algunos de los salmos fueron escritos para esas ocasiones de victoria (Salmo 18 y 60).

**<sup>31</sup> Porque Asiria, que hirió con vara,  
con la voz de Jehová será quebrantada.**

**<sup>32</sup> Cada golpe de la vara justiciera  
que descargue Jehová sobre él,  
será con panderos y con arpas;  
y en batalla tumultuosa peleará contra ellos.**

**<sup>33</sup> Porque el Tofet  
ya de tiempo está dispuesto  
y preparado para el rey.  
Foso profundo y ancho,  
con pira de fuego y mucha leña.  
El sople de Jehová,  
como torrente de azufre,  
lo encenderá.**

Si los versículos anteriores describieron el juicio de Dios en una forma más general, los versículos finales del capítulo señalan la destrucción que Dios iba a traer sobre Asiria. La destrucción de

Asiria iba a ser causa de regocijo; el pueblo de Dios iba a cantar al son de panderos y de arpas el exterminio de miles de enemigos. Quizás esto sea demasiado fuerte para nuestra sensibilidad moderna pero estas son las palabras de Dios. No es difícil comprender el gozo que los fieles experimentarán el último día en la presencia del Señor, incluso aunque los rebeldes e incrédulos serán excluidos. Éstos no estarán en la presencia de Jehová sino que serán condenados a pasar la eternidad separados de él y de todas sus bendiciones. Igual que el Todopoderoso, los creyentes no se complacen con la muerte del impío; sin embargo, Dios es el Dios de justicia que destruirá a los que se le opongan, y cuando lo haga, salvará también a sus fieles. Las dos acciones divinas son las dos caras de una misma moneda. Los creyentes se regocijan en su salvación y entran en la presencia de Dios donde su gozo es completo y eterno. Los impenitentes se lamentan ante su propia destrucción y son echados fuera de la maravillosa presencia de Dios.

El juicio sobre Asiria fue un golpe de la ira divina que le recordó al pueblo que otros golpes iban a seguir a medida que Dios continuara rescatando a su pueblo a través de los tiempos. Como ocurre con muchas otras profecías, el castigo de Asiria está combinado con imágenes de un castigo mayor y más universal. Isaías llamó al lugar de destrucción “*tofet*”, que literalmente significa “un lugar de castigo”; éste era el sitio de Jerusalén donde se ofrecían sacrificios humanos al dios Moloc. Acáz había sacrificado a sus hijos en el valle de Hinom al que se llama aquí “*tofet*” (Jeremías 7:31,32 y 2 Crónicas 28:3). Era el sitio donde se depositaba y se quemaba la basura, y en el Nuevo Testamento vino a ser conocido como *Gehena*. En las pláticas de Jesús, ese lugar vino a ser sinónimo del infierno.

El juicio sobre Asiria no iba a ser un accidente, ya que tiempo atrás Dios había preparado su destrucción. La imagen implica el ardiente juicio que iba a venir y el tormento del infierno al cual se compara a una “pira de fuego” y un “torrente de azufre” (Mateo 25:41; Marcos 9:43; Lucas 16:23,24; 2 Pedro 3:7,10-13;

Apocalipsis 19:20; 20:14,15). Una vez más, el juicio que se describe en el Antiguo Testamento es un juicio de grandes proporciones y los profetas de entonces a menudo no hacen ninguna distinción entre éste y el castigo de las naciones que rodeaban a Israel. Así también, la gran liberación de Dios es descrita en un gran mural, sin que se distinga claramente entre el regreso del cautiverio babilónico y el rescate final del pecado, de la muerte y del infierno.

*Ay de aquellos que no buscan ayuda del Señor*

**31** ¡Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda,  
confían en los caballos  
y ponen su esperanza en los carros,  
porque son muchos,  
y en los jinetes, porque son valientes;  
pero no miran al Santo de Israel  
ni buscan a Jehová!

Este capítulo comienza con un “Ay” como varios otros lo han hecho en esta sección mayor; es el cuarto lamento de una serie de cinco, y trata con la misma situación del anterior. Aquí Isaías escribe: “¡Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda...!” En el capítulo anterior, el profeta emitió la amonestación de Dios a sus obstinados hijos que “se apartan para descender a Egipto pero no me han consultado” (versículo 2). Este primer versículo sirve de conexión. El profeta confrontará las razones por las cuales el pueblo de Dios acudió a Egipto en busca de ayuda y expondrá claramente el caso de Dios, así como probará que los líderes de Judá no tenían excusa para hacerlo.

El profeta describió la situación con franqueza. Algunos en Judá confiaban en carros y caballos, y en la fuerza del ejército egipcio; pero no pensaron en volverse a Jehová en busca de ayuda. Por supuesto, Judá enfrentaba una crisis militar ya que los asirios

amenazaban a la nación. Quizás ya habían comenzado a marchar al sur hacia ella o quizás la situación era aún peor. ¿Habrían ya capturado algunas de las ciudades fortificadas del reino? El capítulo 36 comienza ominosamente: “Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó” (36:1). Para muchos de los que habitaban en esa parte del país, esta crisis militar demandaba una solución de igual tipo y para ellos Egipto era la respuesta.

Sin embargo, la decisión de enviar representantes a Egipto en busca de ayuda provenía de una crisis de fe; esos líderes no buscaron la ayuda de su Dios. Isaías utiliza dos nombres significativos para Dios: el Santo de Israel y Jehová, que los había librado de Egipto cuando el ejército del faraón los persiguió hasta el mar Rojo. Él es el Dios del pacto, el fiel Dios-Salvador que cumple sus promesas y el Dios de la gracia fiel y gratuita que: había escogido a este pueblo, lo había hecho una nación, y lo había protegido siempre. Los que buscaban la ayuda de Egipto no tenían suficiente fe en Dios como para buscarla en él.

Él era también el Santo de Israel, el nombre especial que usaba Isaías para Dios. Él había hecho a esta nación su pueblo santo, de la cual iba a venir el Mesías. ¿Permitiría él que le ocurriera algo a su pueblo que pudiera poner en peligro el plan de la salvación? En su carta a los romanos, el apóstol Pablo presenta este mismo concepto desde la perspectiva del Nuevo Testamento: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (8:31.32). Los que se volvieron a Egipto en busca de protección olvidaron el papel especial que Dios le dio a su pueblo del Antiguo Testamento; pensaron en todo para protegerse, menos en su Dios Salvador, lo cual en verdad fue una crisis de fe.

**<sup>2</sup> Pero él también es sabio,  
traerá el mal y no retirará sus palabras.  
Se levantará, pues, contra la casa de los malignos**

**y contra el auxilio de los que hacen iniquidad.**

**<sup>3</sup> Los egipcios son hombres y no Dios;  
sus caballos, carne y no espíritu;  
de manera que al extender Jehová su mano,  
caerá el ayudador  
y caerá el ayudado.**

**Todos ellos desfallecerán a una.**

¿Por qué habían enviado los judíos embajadores a Egipto? Parece que las razones para hacerlo debieron tener sentido, por lo menos para muchos en Jerusalén. Pero a fin de cuentas, no habían confiado lo suficiente en Jehová. Isaías presenta una serie de razones por las que debieron abandonar el pacto con Egipto y volverse al Señor. La primera razón es simplemente que Jehová es: sabio, poderoso y fiel. A lo largo de toda su historia como país, Dios supo cómo responder a las situaciones difíciles. Cuando tuvieron hambre o sed en el desierto, él cuidó de ellos por medio de sus milagros; y cuando David se enfrentó con cinco piedras y una honda a Goliat, Dios supo qué hacer. Isaías sugirió otra razón: no sólo demostró el Señor que sabía cómo proteger a su pueblo en tiempos de crisis, sino que también tenía el poder para hacerlo. Isaías escribe que Dios también “traerá el mal”. En comparación con el poder del Todopoderoso, Asiria no era nada. El profeta ofrece una razón más: Una alianza con cualquier poder terrenal traía consigo un problema potencial, el de la confiabilidad; ¿podría Judá contar con Egipto para que hiciera lo que había prometido? ¿Sería en verdad capaz de ayudarles? La historia nos dice que el país africano no defendió a Judá cuando los asirios la invadieron, demostrando así que todas sus promesas eran mentiras. Dios, al contrario, era por completo de confiar; él “no retirará sus palabras”.

Otra razón para volverse a Dios en lugar de a Egipto es la superioridad del poder divino. Isaías destaca maravillosamente lo que debió haber sido más que evidente para los judíos: “Los egipcios son hombres y no Dios”. Comparados con el poder del

Santo de Israel, los egipcios no eran más que seres mortales. Como todos los humanos, mueren y regresan al polvo de la tierra; y aquello de lo cual dependían los egipcios, sus caballos, no eran mejores. Un buen corcel puede impresionar a su dueño con su fuerza y velocidad, pero sigue siendo carne. Neciamente el corazón humano confía en esa ayuda limitada y transitoria. Dios, al contrario del hombre, es superior a todas las cosas sobre la tierra. Cuando él viene en juicio, nadie lo puede resistir. Los que proveen ayuda terrenal tropezarán, y quienes dependan de esa ayuda caerán: “Todos ellos desfallecerán a una”, nos advierte Isaías. Y con los judíos iba a pasar lo mismo. Si se hubieran vuelto a Jehová, él les habría dado verdadera ayuda, a la que ninguna fuerza humana, incluyendo la de los asirios, hubiese sido capaz de resistir o derrotar.

**<sup>4</sup> Jehová me habló de esta manera:**

**«Como al león**

**o al cachorro de león que ruge sobre la presa  
no lo espantan las voces**

**de una cuadrilla de pastores que se reúne contra él,  
ni se acobarda por el tropel de ellos,  
así Jehová de los ejércitos descenderá a pelear  
sobre el monte Sión y sobre su collado.**

**<sup>5</sup> Como las aves que vuelan,**

**así amparará Jehová de los ejércitos a Jerusalén,  
amparando, librando, preservando y salvando.»**

Ahora Isaías les predica un sermón a los líderes de Judá, un sermón de ley y evangelio, destinado a producir el arrepentimiento. Primero, les describe la ley, decretada por el Señor a su pueblo a través de Moisés desde el monte Sinaí en el desierto; ahí Dios se reveló como el que “castiga la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:7). Isaías describe al mismo Dios como león que ruge sobre su presa. Los amenaza con el castigo y

el juicio a todos los descreídos; estas amonestaciones de la ley de Dios debieron haber impulsado a cualquiera a evitar el pecado y la incredulidad. La ley fue dada como un freno y sus amenazas son necesarias para controlar nuestra naturaleza pecaminosa. Pero en este caso las amenazas habían fracasado, ya que Judá había actuado neciamente al haber buscado amparo en otra fuente que no era su Salvador. Dios “descenderá a pelear sobre el monte de Sión” por causa de la rebelión y la impiedad de su pueblo.

Este era un asunto espiritual grave. Quienes buscaban una alianza militar con Egipto: no temían, ni amaban, ni confiaban en Jehová por encima de todas las cosas. Por causa de la incredulidad y del pecado de ellos, el juicio estaba a punto de llegar. Al igual que el león, los tenía en su poder. Sin importar cuánto protestaran por su castigo, el Señor no cambiará de idea simplemente porque unos pecadores e incrédulos lo acusen de ser injusto. En una interesante y breve imagen, Isaías captó la reacción natural a la ley de Dios: protesta, ruido, quejas. Un león no va a abandonar su presa porque un puñado de pastores trate de asustarlo haciendo mucho ruido. Cuando la ley de Dios hace que el pecador se retuerza, entonces las protestas en contra de su severidad, las excusas y los razonamientos se hacen numerosos y las quejas contra Dios salen de bocas iracundas. Pero la ley de Dios es absoluta y él no la cambia por ninguna reacción natural humana.

Este sermón de ley pasa súbitamente a ser un sermón de evangelio. Dios se compara ahora a él mismo con aves que aletean sobre sus polluelos para ampararlos; así cobijará él a Jerusalén. De este modo, después de oír la ley, nos encontramos con el evangelio que son las buenas nuevas de lo que Dios hace por el pecador. El Señor se interpone entre su pueblo y el castigo que se merece. En estos dos pasajes, Jerusalén y el monte Sión son la misma cosa; así el Señor le habla ley y evangelio a su pueblo: la ley para declararlo culpable de pecado y luego el evangelio para asegurarle que lo ama. Estos dos principios caracterizan todos los tratos del Señor con su pueblo. ¿Cuál razón tuvieron estos judíos para ir a Egipto cuando Dios había hecho la promesa de:

ampararlos, librarlos y rescatarlos? ¿Por qué apartarse de tan misericordiosa ayuda y tan amoroso cuidado? Desde el punto de vista espiritual, eso no tenía ningún sentido.

La última frase de este pasaje alude a la Pascua en Egipto cuando Dios, según el evangelio, liberó a su pueblo de la esclavitud; los liberó del yugo mediante su poder y por su gracia. Dios todopoderoso promete ahora la misma ayuda a esta gente. Él pasará como en la “pascua” sobre Jerusalén y la rescatará. Esta es razón suficiente para volverse al Señor, pero para los contemporáneos de Isaías no lo fue. La fe se había desvanecido y la incredulidad reinaba en sus pensamientos y en sus actos.

**<sup>6</sup> ¡Volved a aquel  
contra quien se rebelaron gravemente  
los hijos de Israel!**

**<sup>7</sup> Porque en aquel día  
arrojará el hombre sus ídolos de plata y sus ídolos de oro,  
que para vosotros han hecho vuestras manos pecadoras.**

Ese pecado, esa incredulidad no estaba más allá del alcance de la gracia de Dios. En los versículos anteriores Isaías había predicado un sermón de ley y evangelio. ¿Cuál debía ser la respuesta del pueblo de Dios a la proclamación de la ley y el evangelio? El arrepentimiento. Cuando los pecadores oyen de sus pecados y del merecido castigo, y luego a Dios que los ama, eso los anima a regresar a él. Los que se entristecen por su pecado y se apartan de la maldad darán evidencia de eso y harán obras que demuestran un corazón sincero y arrepentido. Isaías describió ese cambio como un rechazo a los ídolos que ellos se habían hecho. Se vuelven al Señor cambiando de conducta. Juan el Bautista proclamó ese principio en el desierto: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3:8).

La idea del arrepentimiento se nos aplica también a nosotros. Nuestra vida espiritual es un constante apartarnos del pecado y volvernos a Dios; es una batalla diaria para obrar rectamente, cosa



que hacemos porque el calor del gran amor divino derrite el frío y duro hielo de nuestro corazón pecaminoso. Cuando la incredulidad y la impiedad gobiernan nuestros pensamientos y acciones hasta tal punto de alejarnos de Dios, necesitamos escuchar la ley y el evangelio. En nuestra maldad e incredulidad Dios nos busca y nos anima a arrepentirnos; no importa cuán lejos nos hayamos desviado o cuan tortuosos sean nuestros caminos, el regreso a Dios es a través de la contrición.

**<sup>8</sup> Entonces caerá Asiria por espada no de varón;  
la consumirá espada no de hombre.**

**Y aun si escapa de la presencia de la espada,  
sus jóvenes serán tributarios.**

**<sup>9</sup> De miedo huirá su fortaleza  
y sus príncipes, con pavor,  
dejarán sus banderas,  
dice Jehová,  
cuyo fuego está en Sión  
y su horno en Jerusalén.**

Dios expone una última razón por la cual su pueblo debería arrepentirse: Asiria caería por su poder divino. El juicio era seguro. Todo aquello en lo que una nación poderosa podía poner su confianza no les iba a ayudar a los asirios. El poder de Dios era superior a todo lo que un simple imperio terrenal podía abarcar. La gran maquinaria bélica de Asiria se iba a enfrentar a una fuerza superior a la suya. Sus espadas no les servirán de nada, porque la espada del Señor es superior. Los jóvenes que llenaban las filas de su ejército iban a quedar reducidos a la esclavitud. La fortaleza de la que dependían iba a caer, y el baluarte de la batalla, muy a menudo un símbolo en medio del combate para unirlos e inspirarles valor, les producirá pánico. Dios causará la destrucción de esa nación, el gran enemigo de Judá, cuyo castigo fue una clara y sonora proclamación de la ley. La liberación del pueblo judío de la aniquilación asiria fue la muestra clara y estruendosa de la proclamación de su evangelio.

Isaías recalca la totalidad de esta sección con un elemento final: “Dice Jehová, cuyo fuego está en Sión y su horno en Jerusalén.” Estas dos frases no sólo lo describen sino que nos ayudan a comprender el por qué haría las cosas que Isaías acaba de mencionar. Dios siempre lleva a cabo sus planes por amor a su pueblo. Su propósito en este mundo le puede parecer incomprensible a la mayoría, pero la norma sobresaliente de Dios es el bien de sus creyentes, es decir, Sión y Jerusalén. “Fuego” y “horno”, son expresiones que se refieren al calor de un hogar familiar. Dios escogió morar entre el pueblo que vino a ser su familia y él llevará a cabo su voluntad por amor a ella. En cualquier cosa que haga, el Padre siempre tiene en mente primero a su pueblo, su familia. Sus amenazas de juicio, la destrucción futura de Asiria, sus promesas de protección, Dios las usa todas para: reclamar para él a los pecadores, llamarlos al arrepentimiento y cambiarlos, y hacerlos suyos.

Esta última parte del capítulo es el punto final del argumento del profeta contra la alianza con Egipto; en ella se les recuerda a los dirigentes de Jerusalén que sus esfuerzos por encontrar la liberación y seguridad mediante los caballos y los carros de combate egipcios eran sólo una pérdida de tiempo y de energía. El Señor ya había planeado salvar a Jerusalén de los asirios y eso iba a ocurrir porque Dios lo había dicho y porque él tenía el poder para cumplirlo. Cualquier cosa que los líderes de Jerusalén hicieran no tendría ningún impacto en la liberación que ya había sido planeada por Dios. Estos hombres se habían extraviado de Dios, mientras que él en toda su gracia planeaba salvarlos y lo iba a hacer aunque ellos no lo merecían.

### *El pueblo de Dios vivirá seguro*

**32** He aquí que para justicia reinará un rey  
y príncipes presidirán en juicio.

<sup>2</sup>Y será aquel varón como escondedero contra el viento  
y como refugio contra la tormenta;

**como arroyos de aguas en tierra de sequedad,  
como sombra de gran peñasco en tierra calurosa.**

**<sup>3</sup>No se ofuscarán entonces los ojos de los que ven,  
y los oídos de los oyentes escucharán con atención.**

**<sup>4</sup>El corazón de los necios entenderá para comprender  
y la lengua de los tartamudos hablará con fluidez y  
claridad.**

**<sup>5</sup>El ruin nunca más será llamado generoso  
ni el tramposo será llamado respetable.**

**<sup>6</sup>Porque el ruin habla ruindades  
y su corazón maquina iniquidad,  
para cometer impiedad  
y para decir blasfemias contra Jehová,  
dejando vacío al que tiene hambre  
y privando de beber al sediento.**

**<sup>7</sup>Las armas del tramposo son malas;  
trama intrigas inicuas  
para enredar a los sencillos con palabras mentirosas  
y para hablar contra el pobre en el juicio.**

**<sup>8</sup>Pero el noble piensa con nobleza,  
y por su nobleza será enaltecido.**

Los dos últimos capítulos terminan también con imágenes gráficas de la caída de Asiria y su fin por el juicio divino, ¿pero qué pasa con el pueblo de Dios? Isaías extiende la promesa de que entrará a una nueva era: “He aquí que para justicia reinará un rey y príncipes presidirán en juicio.” Isaías miró al futuro y vio al pueblo de Dios floreciendo en un reino muy diferente del de la Jerusalén de sus días. Luego, el profeta anuncia la llegada de un rey. ¿Es este rey el Mesías o se trata sólo de un rey terrenal? Algunos sugieren que esta es una referencia a la venida de Cristo y al gobierno de sus apóstoles a quienes se les llama “príncipes”, o “magistrados”, según otra versión. Otros sugieren que se refiere a un líder, quizás Ezequías, que iba a introducir un período de renovación espiritual.

Para responder a la pregunta, podemos primero mirar las características del reinado que describe Isaías. En la Nueva Versión Internacional encontramos estas palabras: “Un rey reinará con rectitud y los gobernantes gobernarán con justicia” (32:1). Tener rectitud significa ajustarse a las normas morales de Dios. Cuando el monarca es recto, se ajusta a los mandamientos santos y perfectos que Dios demanda y por tanto sus decisiones estarán de acuerdo con la verdad y la imparcialidad; todo cuanto haga estará de acuerdo con las normas establecidas por Dios. La justicia cubre un área similar, pero incluye la autoridad o el derecho a: hablar, actuar y gobernar. De esta forma obtenemos una impresión de cómo se conduce un rey para gobernar a su pueblo. Toda justicia emana de Dios, lo cual ya oímos previamente de Isaías: “Jehová es Dios justo” (30:18). Consideremos las palabras del Salmo 72:1,2: “Dios, da tus juicios al rey y tu justicia al hijo del rey. Él juzgará a tu pueblo con justicia y a tus afligidos con rectitud.” Este rey y sus magistrados están estrechamente relacionados con Dios. ¡Qué diferente será este rey! Los líderes de Israel, a quienes el profeta conocía, le habían vuelto la espalda al Señor y procuraban protección para ellos mismos y para la nación mediante una alianza con Egipto. Esperaban que viniera algo mejor que la ayuda de Dios.

Pero aún hay más. El reino que Isaías describió antes consiste de hombres íntegros que dan abrigo y refugio de las tormentas y los vientos. La actividad de ese rey parece ser diferente de la del gobierno eterno y perfecto del Mesías en los cielos, donde el viento y las tormentas no amenazan la paz y el gozo de su dominio. Este rey rige donde el viento y la tormenta amenazan. Su gobierno y el de sus oficiales, será un gobierno de justicia y rectitud como dice Isaías: “Cada uno será como un refugio contra el viento,...como arroyos de agua en tierra seca, como la sombra de un peñasco en el desierto” (32:2 NVI). Debido a que los ciudadanos están también estrechamente ligados al Señor, sirven de abrigo y refugio a otros, a quienes les ofrecen refrescante consuelo. Según esta

ilustración muy apropiada en el clima cálido y árido de Palestina, el agua y la sombra son especialmente apreciadas.

¿Cómo puede ser esto? Ha ocurrido un gran cambio espiritual. Anteriormente, los ojos y los oídos del pueblo estaban cerrados a las palabras que Dios les transmitía mediante el profeta. El ministerio de Isaías servía para endurecer la mente de sus contemporáneos hacia Dios, pero cuando el Mesías prometido por Dios, el gran Rey de la casa y linaje de David, reine en el corazón humano, el pueblo no sólo entenderá la revelación de su Dios, sino que hablará claramente. Esa transformación puede ocurrir únicamente por obra del Espíritu Santo. Cuando los humanos dependen de su propio conocimiento, están ciegos y no pueden comprender las cosas de Dios. Pero donde el Espíritu Santo ha obrado, los hombres y las mujeres: ven, creen y comparten las verdades divinas.

Finalmente, hablando de este reino, el profeta de Dios describió lo contrario de lo que con tanta frecuencia observamos en los reinos terrenales. Muy a menudo el mundo pecaminoso tergiversa lo ruin y lo noble. En la tierra los malvados se elevan y las personas de carácter noble caen. Algunas veces el mundo parece estar vuelto al revés; el mal triunfa y silencia al bien. El necio difunde falsa doctrina, que aquí se describe como “blasfemias contra Jehová”. En tanto que las personas rectas ofrecen refugio, los perversos no ofrecen ninguna ayuda. El perverso no alimenta al hambriento ni le da agua al sediento. Tal como escribió el poeta: “Las ovejas hambrientas buscan y no son alimentadas” (Traducido de la obra de John Milton, *Lysidas*, 1.125) Sin embargo, el reinado de este monarca y sus magistrados es diferente; el hipócrita es desenmascarado bajo su misericordioso dominio, y ya no se le llamará más noble ni se le tendrá en gran respeto.

¿Es este rey el Mesías, o es alguno otro? Solamente Cristo podría introducir un cambio tan dramático y crear un contraste tan absoluto en la corte de Jerusalén en tiempos de Isaías. Únicamente el Salvador puede traer rectitud y justicia. Pero en estas promesas,

Isaías no nos habla del glorioso reino del Salvador al final de los tiempos, pues continuó observando tormentas y vientos, malvados y tramposos. Pero vio también: una renovación espiritual, fe, confianza en Dios, y un rey totalmente diferente de los corruptos gobernantes de este mundo. Vio a Cristo obrando, reinando en los corazones humanos que vivían en medio de las tempestades y los huracanes de la tierra. Isaías vio al Salvador y a sus magistrados a quienes Cristo, el Señor de la iglesia, enviará a cuidar de su pueblo. Este no es un reino milenarismo en la tierra que esté todavía por llegar. Cristo reina ya.

**<sup>9</sup> ¡Mujeres indolentes, levantaos!**

**¡Oíd mi voz, hijas confiadas,  
escuchad mi razón!**

**<sup>10</sup> De aquí a algo más de un año  
tendréis espanto, mujeres confiadas;  
porque la vendimia faltará  
y no llegará la cosecha.**

**<sup>11</sup> ¡Temblad, indolentes;  
turbaos, confiadas!**

**¡Despojaos, desnudaos,  
ceñid las caderas con vestiduras ásperas!**

**<sup>12</sup> Golpeándose el pecho  
lamentarán por los campos deleitosos,  
por las viñas fértiles.**

**<sup>13</sup> Sobre la tierra de mi pueblo  
subirán espinos y cardos,  
y aun sobre todas las casas en que hay alegría  
en la ciudad alegre.**

Las primeras palabras del versículo 9, “mujeres indolentes”, anuncian un nuevo pensamiento. Lutero creyó que aquí debería comenzar un nuevo capítulo ya que lo que sigue nos lleva en una dirección ligeramente diferente a la de la primera parte. Nos concentramos de nuevo en Jerusalén, en la situación que había

inmediatamente antes del avance de las fuerzas asirias. Isaías se introdujo de inmediato en lo que estaba ocurriendo y usó a las mujeres para subrayar la diferencia entre la Jerusalén de su tiempo y el reinado misericordioso del Rey-Mesías.

Los habitantes de Jerusalén se sentían a salvo por causa de la alianza con Egipto. Quizás estaban también seguros porque creían que Dios no iba a destruir la ciudad ni su Templo; a éste lo consideraban una especie de amuleto de la buena suerte que detendría cualquier peligro. Pero esa seguridad era falsa y engañosa. Isaías exhortó a las mujeres de Jerusalén a que temblaran y se estremecieran por causa del juicio que se avecinaba.

Esta sección de la profecía pudo haber sido escrita un año antes de que los asirios comenzaran la campaña contra Judá. Isaías les advirtió: “De aquí a algo más de un año...temblad”. Serían muchos los cambios que iban a ocurrir; todo aquello en que estas mujeres confiaban iba a desaparecer. No es de asombrar que se debieran vestir de cilicio. Las palabras de Isaías están dirigidas no solamente a las mujeres de Jerusalén, sino a todos los ciudadanos que confiaban en Egipto o en la “suerte” para ampararse de la destrucción. En el hebreo original, tanto hombres como mujeres aparecen juntos en esta sección.

**14 Porque los palacios quedarán desiertos,  
el bullicio de la ciudad cesará;  
las torres y fortalezas  
se volverán cuevas para siempre,  
donde descansen asnos monteses  
y los ganados hagan majada,**

**15 hasta que sobre nosotros sea derramado  
el espíritu de lo alto.**

**Entonces el desierto se convertirá en campo fértil  
y el campo fértil será como un bosque.**

**16 Habitará el juicio en el desierto  
y en el campo fértil morará la justicia.**

**17 El efecto de la justicia será la paz**

**y la labor de la justicia,  
reposo y seguridad para siempre.**  
**<sup>18</sup> Y mi pueblo habitará en morada de paz,  
en habitaciones seguras  
y en lugares de reposo.**  
**<sup>19</sup> Cuando caerá granizo en los montes  
y la ciudad será del todo abatida.**  
**<sup>20</sup> ¡Dichosos vosotros, los que sembráis junto a todas las  
aguas  
y dejáis sueltos al buey y al asno!**

El profeta de Dios miró más allá de las condiciones de la Jerusalén de setecientos años antes de Cristo; vio la desolación total de la ciudad en el futuro. Sus bulliciosas calles estaban desiertas, la fortaleza abandonada, y donde antes vivían personas, ahora había sólo animales pastando. Todo esto ocurrió, pero no en vida del profeta; Jerusalén se salvó del avance asirio. Babilonia, la gran potencia que le sucedió, asoló la ciudad un siglo y medio más tarde. En ese entonces permaneció en ruinas por un tiempo. Isaías no ve la historia como una secuencia ordenada en el tiempo, sino que compacta sucesos lejanos y los mezcla con verdades espirituales.

Lo que este mensajero de Dios vio más allá de la destrucción de Jerusalén desafiaba también el orden cronológico. La devastación de la ciudad iba a continuar hasta que el Señor la cambiara la situación. Él derramará su Espíritu desde lo alto y todo cambiará. ¿Cuándo? Miremos los cambios que Isaías describió: el desierto se hizo fértil y la justicia y la rectitud florecieron y produjeron frutos de: paz, tranquilidad y confianza “para siempre”. El pueblo de Dios vivirá: tranquilo, en paz y sin ser molestado. ¿Cuándo ha presenciado alguna generación estos sucesos? La respuesta es que Isaías pasa súbitamente de la historia mundial gradual hacia un mundo espiritual distinto del de los conflictos de sus días o de cualquier otra época.



¿Vio Isaías el día de Pentecostés, cuando fue derramado el Espíritu del Señor? No lo sabemos con certeza, pero es obvio que ese acto visible encaja con mucho de lo que el profeta dice aquí, y se ajusta a la descripción de la manera como el Espíritu reúne a los creyentes mediante el evangelio. El reino de Cristo visto por Isaías va más allá de los límites del tiempo y el espacio. En él, el pueblo de Dios vive confiado bajo su cuidado en medio de la rectitud y la justicia, dos palabras que nos recuerdan la primera parte de este capítulo y al rey que se describe ahí. El Salvador le da a su pueblo: paz, tranquilidad y confianza; estas son bendiciones que los creyentes tienen en la tierra ahora mismo “cuando caerá granizo en los montes y la ciudad será del todo abatida”. Los hijos de Dios gozarán de estos favores plenamente y para siempre en las gloriosas mansiones que Jesús ha preparado para los suyos (Juan 14:1-4).

Con frecuencia, nosotros los cristianos miramos al mundo en que vivimos pero no encontramos la perfección de la que nos hablan las Escrituras. Al igual que todos los santos del Antiguo Testamento, buscamos el hogar que Dios ha preparado para nosotros mediante: el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús. Con esto en mente, Abraham miró más allá de esta vida: “Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10). Nosotros nos unimos a esos santos del Antiguo Testamento de quienes el escritor de Hebreos dijo: “Anhelaban una mejor [patria], esto es, celestial” (11:16). Ese lugar es tan maravilloso, que: los sembradíos crecen en todas partes, y los bueyes y los asnos andan libres y sin temor alguno. La descripción es una metáfora destinada a reconfortar al pueblo de Dios, que al igual que las imágenes del Apocalipsis, extienden la plena esperanza a todos los que andan en el valle de tinieblas que es este mundo.

*El Señor se levantará para librar a su pueblo*

**33** ¡Ay de ti, que saqueas y nunca fuiste saqueado;  
que haces traición, aunque nadie contra ti la ha  
hecho!

**Cuando acabes de saquear, serás tú saqueado;  
y cuando acabes de cometer deslealtad, se cometerá  
contra ti.**

Muy probablemente, Isaías proclamó el último de estos cinco ayes cuando las fuerzas asirias descendieron sobre Judá y rodearon a Jerusalén. Este capítulo parece haber sido escrito algún tiempo después del anterior, pero antes de la destrucción del ejército asirio por el ángel del Señor. Las fuerzas de ese pueblo habían destruido a Samaria y habían deportado a sus ciudadanos a varias partes de su imperio. Samaria cayó en el reinado de Ezequías, rey de Judá, pero Asiria, no satisfecha con esa conquista, en el año 14 del gobierno de Ezequías invadió una vez más a Palestina y comenzó a atacar las ciudades fortificadas de Judá al norte de Jerusalén.

Judá no tenía las fuerzas para resistir. Al principio, Ezequías trató de comprar a los asirios. Negoció con ellos y les envió 300 talentos de plata (alrededor de 11 toneladas) y 30 talentos de oro (alrededor de una tonelada) con el fin de satisfacerlos. Para poder pagar el tributo que los asirios le pedían, el rey quitó el oro que recubría las paredes del Templo y tomó también toda la plata del lugar y del palacio real. Pero los asirios lo traicionaron y, quedándose con la plata y el oro, prosiguieron su marcha hacia Jerusalén.

El profeta del Señor les dirigió las primeras palabras de este capítulo a los asirios que habían arrasado a Samaria. Estos, a quienes llamó traicioneros y arrogantes: asolaron las ciudades fortificadas de Judá, traicionaron a Ezequías, y ahora se cernían sobre Jerusalén para destruirla. Isaías registra una parte de esta historia al final de la primera porción de su profecía (capítulos 36,

37). Estos sucesos aparecen recogidos también en: 2 Reyes capítulos 18 y 19, y en 2 Crónicas capítulo 32.

Como en muchas otras ocasiones, Isaías pone a sus lectores en medio de la situación. Las fuerzas asirias habían continuado su marcha hacia Jerusalén, quizás ya estuviesen acampadas alrededor de la ciudad. Sin embargo, desde Jerusalén, la voz del profeta anunció el “¡Ay!” de Dios sobre los invasores. Este capítulo no se debe considerar sólo como un registro histórico del plan de Dios para librar a Jerusalén en esta ocasión. A diferencia de los registros históricos de Reyes y Crónicas, el profeta de Dios les imparte aquí una lección espiritual a los fieles hijos de Dios de todas las épocas. Isaías previó la derrota de las fuerzas asirias, pero mirando más allá del fracaso de los invasores vio el misericordioso decreto del Omnipotente a favor de su desvalido pueblo, una visión consoladora para el pueblo de Dios de todos los tiempos.

**<sup>2</sup> Jehová, ten misericordia de nosotros,  
que en tí hemos esperado.**

**Tú, brazo de ellos en la mañana,  
sé también nuestra salvación en el tiempo de la  
tribulación.**

**<sup>3</sup> Los pueblos huyeron a la voz del estruendo;  
las naciones fueron esparcidas al levantarte tú.**

**<sup>4</sup> Sus despojos serán recogidos como cuando se recogen  
orugas;  
se lanzarán sobre ellos como de una a otra parte se  
lanzan las langostas.**

**<sup>5</sup> Será exaltado Jehová,  
el cual mora en las alturas.**

**Él llena a Sión de derecho y de justicia.**

**<sup>6</sup> Él es la seguridad de sus días.**

**Sabiduría y conocimiento son sus riquezas salvadoras,  
y el temor de Jehová es su tesoro.**

El pueblo de Dios le ruega al Señor para que le ayude en los tiempos difíciles. En su desesperada situación, los israelitas le suplicaron a Dios que interviniera, ya que eran incapaces de hacerle frente a Asiria. No había manera de salvarse de la destrucción que se avecinaba, aunque todavía algunos en Jerusalén imaginaban que Egipto les iba a dar la ayuda militar que necesitaban; esto nunca iba a suceder. Muy claramente les había dicho Isaías que las esperanzas basadas en una alianza se iban a derrumbar (Isaías 30,31). Como mensajero de Dios, Isaías dirigió al pueblo hacia la única fuente de ayuda, a Jehová, el Dios del pacto de la gracia fiel y gratuita.

Tiempo después, cuando Dios rescató a Jerusalén, murieron 185,000 soldados asirios ante las puertas mismas de la ciudad. Dios rompió el cerco y el enemigo se retiró maltrecho, y en su huida le dejaron su botín a Judá. La descripción que hace Isaías de este suceso futuro es incisiva. Los jubilosos ciudadanos tienen que haber caído sobre el botín cual enjambre de langostas que consume un campo verde. En la narración histórica leemos que “Ezequías tuvo riquezas... muchas en gran manera” (2 Crónicas 32:27). Parece ser que el rey recuperó, y con creces, su tesoro con el botín obtenido de las derrotadas fuerzas asirias; de esa manera la plegaria estuvo muy de acuerdo con la situación.

Pero podemos entender este ruego también en términos más amplios y generales, ya que cualquier creyente en Dios lo puede repetir. Cada mañana al levantarse, los cristianos le piden al Señor que los fortalezca y tenga misericordia de ellos; se dan cuenta de que no pueden solos enfrentar los desafíos cotidianos y que la fuerza viene sólo de Dios. De manera que el pueblo de creyentes ora para que él lo sostenga. Los versículos 2 y 3 les recuerdan a los fieles el gran poder de Dios, que él usa a su favor. Puede que los fieles no salgan en enjambre por la puerta de alguna ciudad a saquear un ejército derrotado, como hicieron los israelitas en esa ocasión, pero saben muy bien que Jehová Dios: se levantará, los rescatará y derrotará a todos sus enemigos. Es por esto que oramos.

La plegaria concluye con una afirmación, con un tipo de amén: ¡Sí, así será! El profeta de Dios afirma que el Señor está al mando y tiene el control de todo. Los sucesos que se desarrollarán a las puertas mismas de Jerusalén confirmarán una vez más el dominio de Dios y la preocupación por su pueblo. Pero Isaías parece tener en mente no sólo a la Jerusalén de su época; dos de las palabras en la frase “él llena a Sión de derecho y de justicia” nos vuelven al rey que se menciona en el capítulo 32. ¿Estuvo alguna vez Jerusalén llena de esas bendiciones? ¿Cuándo ha ocurrido algo así en alguna ciudad de la tierra? Estos dones, justicia y equidad, son espirituales. En Sión, es decir, entre el pueblo santo, Dios reina con igualdad y benignidad. Cuando vino el Mesías, le trajo a su pueblo las maravillosas bendiciones que fueron ya mencionadas por Isaías en el capítulo anterior (32:16,17). Mucho antes, ya había anunciado: “Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado” (9:6). Y prosigue diciendo que este maravilloso Príncipe de paz establecerá el reino de David, “confirmándolo en juicio y en justicia” (9:7).

El versículo 6 fluye del pensamiento que se expresa en el versículo 5. La voluntad de Dios será exaltada y llenará a Sión con sus maravillosas bendiciones, las cuales están destinadas al pueblo de Dios de todas las edades. Primero, le podemos aplicar el pasaje al tiempo de Isaías. No todos en Jerusalén habían abandonado a Dios; algunos de los que allí vivían no sólo le eran fieles sino que encontraban gran consuelo en él; y ante los avances del poderoso enemigo, Jehová les dio el fundamento auténtico y seguro que tanto necesitaban. Su mundo era un mundo de incertidumbre y angustia. No obstante, Dios era su apoyo seguro y su preciosa fuente: de salvación, de sabiduría y de conocimiento. Jehová, el Dios de la fiel gracia, nunca cambiará; sus promesas eran patentes y por lo tanto ciertas. Segundo, le podemos aplicar el pasaje a la iglesia de todos los tiempos. De vez en cuando, los creyentes afrontan días difíciles de crisis y caos. En esos momentos siempre se han vuelto al Señor, al firme fundamento en tiempos de confusión, y nunca han sido defraudados. Los que tengan que

encarar días así en el futuro pueden hacerlo con la misma confianza, de que el Señor tiene el control y que también para ellos será su roca de salvación.

La clave para todo esto es la reverencia apropiada, o el temor del Señor. Este es el cumplimiento del Primer Mandamiento, es decir, respetar a Dios y colocarlo por encima de todo lo demás. A partir de esta actitud fluyen todas las bendiciones. El salmista dijo: “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Salmo 111:10). Repetidamente Salomón vocalizó este tema en Proverbios, aseverando que el temor de Dios es el principio de la sabiduría (1:7), y la inteligencia es el conocimiento del Santísimo (9:10), además de ser “manantial de vida” (14:27). También escribió que el temor de Jehová: prolonga los días (10:27), es escuela de sabiduría (15:33), ayuda a los hombres a apartarse del mal (16:6), y combinado con la humildad trae: riquezas, honor y vida (22:4). La reverencia al Todopoderoso es mejor que grandes riquezas, con las cuales a menudo hay problemas (15:16). Job cita a Dios, quien le dice al hombre: “El temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia” (Job 28:28). No es de asombrar que Isaías escribiera que reverenciar a Jehová es el más importante de los tesoros espirituales que Dios les da a sus fieles.

**<sup>7</sup> He aquí que sus embajadores darán voces afuera;  
los mensajeros de paz llorarán amargamente.**

**<sup>8</sup> Las calzadas están deshechas,  
cesaron los caminantes;  
ha anulado el pacto, aborreció las ciudades,  
tuvo en nada a los hombres.**

**<sup>9</sup> Se enlutó, enfermó la tierra;  
el Líbano se avergonzó y fue cortado;  
Sarón se ha vuelto como un desierto,  
y Basán y el Carmelo fueron sacudidos.**

La visión de esos dones vino en medio de los problemas reales de la vida. Ahora, Isaías aparta su atención del cuidado de Dios por su pueblo en Sión, regresando a los obstáculos que el pueblo enfrentaba y animando a sus lectores para que observen la situación actual en Jerusalén. Los hombres valientes dan voces en las calles y los embajadores de paz lloran. Quienes fueron enviados al enemigo con el tributo de Ezequías regresaron esperando que los asirios se retiraran; pero éstos no lo hicieron. Los sinceros esfuerzos de los emisarios judíos no habían logrado nada excepto dilapidar toda la plata y el oro que tenían. El trato estaba roto; la vida para todos en la ciudad no volvió a la normalidad; la amenaza tampoco desapareció, y debido a que el ejército asirio ocupaba las zonas rurales, nadie viajaba a ningún lugar.

Toda la tierra se lamentaba: “Se enlutó...enfermó...se avergonzó, y fue cortado”. Isaías amplía la imagen escogiendo y mencionando varios de los lugares de mayor vegetación de la nación, y luego los pone como ejemplos del cambio y de la devastación que experimentaron. Así era el mundo del momento, un momento de gran tumulto para el pueblo de Jerusalén. Era como si toda la tierra estuviese infestada por una plaga de insectos resistentes a todos los esfuerzos de los judíos por exterminarlos.

**<sup>10</sup> Ahora me levantaré, dice Jehová;  
ahora seré exaltado,  
ahora seré engrandecido.**

**<sup>11</sup> Concebisteis hojarasca,  
rastros daréis a luz;  
el soplo de vuestro fuego os consumirá.**

**<sup>12</sup> Y los pueblos serán como cal quemada;  
como espinos cortados serán quemados con fuego.**

Los que no temen al Señor ven solamente a este mundo y sus problemas; pero Isaías, como todos los creyentes, confiaba en Dios. Los cristianos andan por fe y no por vista. Justo cuando todo parece perdido, Dios se levanta y libra a su pueblo. Lo prometido

por Dios era tan válido como lo ya cumplido, incluso si los asirios estaban todavía acampados ante Jerusalén. Cuando Dios a su tiempo actuó en favor de la ciudad, le proporcionó una significativa y dramática victoria militar sin la ayuda de ningún soldado judío ni de ningún logro político de Judá. Ezequías no pudo comprar el rescate con todo el oro y la plata de la ciudad, y los que fueron enviados a Egipto tampoco pudieron negociarlo. Esta salvación fue tan maravillosa que nadie podía haberla imaginado, sobre todo cuando 185,000 soldados asirios yacían muertos en un conflicto en el que no pereció ningún soldado judío.

Mientras que acampaban a la vista de las puertas de Jerusalén, los asirios alardeaban de su gran poder. Cuando se acercaron y les exigieron a sus habitantes que se rindieran, desafiaron no sólo a Ezequías sino a Dios mismo; pero sus planes no eran más que rastrojo y paja. El Todopoderoso hizo que sus bravuconas amenazas se volvieran contra ellos. En la antigüedad se acostumbraba calentar piedras calizas en un horno para obtener cal. El triunfo de Dios fue tan absoluto y completo como el uso de la lumbre para producir cal, y tan rápido y súbito como el chispeante fuego de espinos secos.

No debemos pensar en estos versículos sólo en términos de la situación histórica que Isaías enfrentaba en ese entonces. El pueblo de Dios siempre ha tenido confianza en que el Señor se levantará y defenderá a sus fieles. Lutero hace esta observación: “Con maravillosa ironía, el profeta compara: toda las fuerzas, poder, orgullo, victoria y presunción [de los asirios], a rastrojos y paja, buenos únicamente para el fuego. Esto debe fortalecernos grandemente contra la insolencia de los impíos quienes hacen ostentación de su arrogancia mientras se regocijan en sus victorias (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 287). Dios siempre cuida de los suyos. El salmista nos recuerda: “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal; él guarda las almas de sus santos; de manos de los impíos los libra” (Salmo 97:10).



**13 Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho;  
y vosotros, los que estáis cerca, conoced mi poder.**

**14 Los pecadores se asombraron en Sión  
y el espanto sobrecogió a los hipócritas:  
«¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?  
¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?»**

**15 El que camina en justicia y habla lo recto,  
el que aborrece la ganancia de violencias,  
el que sacude sus manos para no recibir soborno,  
el que tapa sus oídos para no oír propuestas -  
sanguinarias,**

**el que cierra sus ojos para no ver cosa mala,  
16 éste habitará en las alturas,  
fortaleza de rocas será su lugar de refugio,  
se le dará su pan  
y sus aguas tendrá seguras.**

**17 Tus ojos verán al Rey en su hermosura,  
verán la tierra que está lejos.**

**18 Tu corazón imaginará el espanto  
y dirá: «¿Qué fue del escriba?,  
¿qué del pesador del tributo?,  
¿qué del que inspeccionaba las torres?»**

**19 No verás más a aquel pueblo insolente,  
pueblo de lengua difícil de entender,  
de lengua oscura, incomprensible.**

El Señor animó a la gente de todas partes a fijarse muy bien en lo que él iba a hacer. La gran liberación divina de Jerusalén de manos asirias demostró: su amor por su pueblo, su compromiso de cumplir las promesas que les había hecho, y su resolución de destruir a sus enemigos. Pero no hemos terminado de mirar al mundo real. En Jerusalén muchos estaban aterrorizados al ver el rápido y completo juicio de Dios sobre Asiria. En la Ciudad Santa de esos tiempos había tanto fieles como infieles, y estos últimos

no encontraron consuelo en el poder de Dios para juzgar. La ley nunca ofrece consuelo; los que sienten sus amenazas sólo claman al cielo y preguntan: “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?” al que consideraban una representación de las “llamaradas eternas” de un juicio mayor.

¿Quién puede escapar de ese juicio divino? Esta sección trata de una importante cuestión espiritual que la gente de todas las épocas enfrenta. ¿Quién se puede mantener firme ante las catástrofes de este mundo? Al contemplar el rápido y terrible juicio de Dios, los pecadores se preguntan, ¿quién es lo bastante bueno para resistir? El salmista plantea la pregunta de esta forma: “Jah, si miras a los pecados, ¿quién, Señor, podrá mantenerse? (Salmo 130:3).

La respuesta de Isaías les hace eco a las palabras del Salmo 15. Los que pueden vivir en el santo monte de Dios y soportar el fuego de su ira son los rectos y sin culpa, cuyas vidas están marcadas por: la honestidad, la integridad y la pureza. Santiago escribió en el Nuevo Testamento: “La religión pura e sin mancha delante de Dios el Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27). Las palabras: del salmo, de Isaías y de Santiago deben ser entendidas de igual manera: por sus propios esfuerzos nadie puede soportar el fuego eterno y consumidor de Dios, ya que nadie puede ser perfecto como él. Pero el consuelo viene del evangelio, y cuando Dios declara al pecador: santo, recto y perdonado, éste responde con su buena conducta. Quienes creen en el Dios de: la gracia, la misericordia y el perdón hacen las cosas que describen: Santiago, el salmista e Isaías. Su comportamiento es fruto de la fe. Por supuesto, eso puede ser exteriormente imitado por los incrédulos, pero Dios busca la fe y sus frutos y él conoce a los suyos.

Estas promesas se aplican a los creyentes. Quienes creen que Dios los ha perdonado, y viven por esa fe, están seguros en las alturas. Dios les da el pan de cada día como Jesús lo prometió en el sermón del monte (Mateo 6:25-34). Los pecadores incrédulos

están aterrorizados y tiemblan en Sión, pero los creyentes están a salvo en un refugio alto y seguro. ¡Qué contraste! En el mundo físico donde santos y pecadores moran lado a lado, los impenitentes temblarán a menudo ante el violento poder de Dios y las terribles amenazas de su juicio; no hallarán tampoco consuelo en la ley. Al contrario, los creyentes, que confían en el Señor, saben que sin importar cuál sea la dificultad, están bajo el cuidado del Dios amoroso y misericordioso que puede convertir incluso lo peor en algo bueno para ellos.

Los creyentes tienen una visión mucho más hermosa y gloriosa. Puesto que andan por la fe y no por el ver, contemplan al Rey en toda su hermosura. Algunos piensan que Isaías se refiere aquí al rey Ezequías después de que las fuerzas asirias se retiraron a Nínive, pero ningún rey de Judá apareció jamás tan glorioso o tan victorioso como este Rey. Isaías vio al Mesías y su glorioso reinado sobre su iglesia. La visión de Cristo y de su iglesia ocupará la atención del profeta de manera más elaborada en la segunda porción de su profecía, en los capítulos del 40 al 66; en este capítulo Isaías anticipa muchos de esos vaticinios.

Sin embargo, la visión no está todavía plenamente clara ni completa, ya que Isaías regresa a la prometida liberación de Israel del poder asirio. Los ciudadanos de Jerusalén sin duda evaluarían cuidadosamente este suceso una vez ocurrido, y en un tono ligeramente sarcástico, Isaías pregunta, ¿qué es del escriba? El comandante asirio, o escriba, estuvo ante las murallas de Jerusalén y desafió de un modo insultante a Ezequías, pero Dios destruyó su ejército. El profeta pregunta ¿dónde está? Quizás muerto, quizás de regreso rumbo a Nínive con el resto de los sobrevivientes. Dios rescató a su pueblo y destruyó a sus enemigos, y en estos acontecimientos había una lección mayor que aprender para el pueblo de Dios: El Señor se levantará y salvará a su pueblo a través de las edades. Igualmente Dios se levantará para salvar a su pueblo de enemigos aún más poderosos tales como: el pecado, la muerte y el infierno. Dios controlaba todas las cosas, y sigue haciéndolo.

**20 Mira a Sión, ciudad de nuestras fiestas solemnes.  
Tus ojos verán a Jerusalén,  
morada de quietud, tienda que no será desarmada,  
ni serán arrancadas sus estacas  
ni ninguna de sus cuerdas será rota.**

**21 Porque ciertamente allí será Jehová poderoso para con-  
nosotros.**

**Y será un lugar de ríos y canales muy anchos,  
por el cual no navegará galera de remos  
ni pasará nave poderosa.**

**22 Porque Jehová es nuestro juez,  
Jehová es nuestro legislador,  
Jehová es nuestro Rey.  
¡Él mismo nos salvará!**

**23 Tus cuerdas se aflojaron;  
no afirmaron su mástil  
ni entesaron la vela.**

**Se repartirá entonces botín de muchos despojos.  
¡Hasta los cojos arrebatarán el botín!**

**24 No dirá el morador: «Estoy enfermo.»  
Al pueblo que more en ella,  
le será perdonada la iniquidad.**

Sin duda Isaías miró el futuro y vio la destrucción del ejército asirio, pero también vio más allá de los soldados asirios muertos en los campos fuera de las murallas de Jerusalén. La liberación que Dios había provisto de manera tan maravillosa le permitió al profeta ver la Jerusalén espiritual, la iglesia. “Mira a Sión”, es la exhortación que les da a sus lectores, ya que su visión se extendía a mucho más allá de lo que nunca fue y que nunca sería la ciudad de Jerusalén. En cambio la Sión que Isaías describió era una ciudad: de celebraciones, alegre, donde la gente se reunía con su Dios. Era una ciudad tranquila y segura cuyas estacas no podían ser removidas. Era una tienda, un lugar temporal. ¡Qué manera tan

pintoresca de describir a la iglesia de Jesucristo! Él dijo que la iglesia sería edificada sobre la roca y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mateo 16:18). El salmista escribió que incluso si la tierra fuera removida y los montes traspasados al mar, la ciudad de Dios no sería removida (Salmo 46:1-5). Pero aquí en la tierra la iglesia es temporal; el hogar permanente aguarda a todos los creyentes en el cielo.

La iglesia perdura por los esfuerzos del Señor, y los versículos 21 y 22 dan una rica descripción de él. Él es Jehová, el Dios del pacto, el que llamó a Abraham y prometió hacer de él una nación de la cual vendría el Mesías. Es el mismo Dios de Isaac y de Jacob, que libró a su pueblo del yugo egipcio y cuyas promesas se cumplirán. El Mesías: vendrá, llamará y reunirá en su iglesia a sus fieles de todas las naciones. Él es: el Todopoderoso de la iglesia, su juez, legislador y rey. Él es su fundamento y su principal piedra del ángulo, como lo proclama el Nuevo Testamento. Se nos recuerda otra vez al recto rey, el rey justo, del que habla el capítulo 32.

Isaías nos pide que nos enfoquemos con más claridad en la imagen de la iglesia. Sí, el Señor salvará a su pueblo, a sus creyentes, pero no porque ellos lo merezcan. Miremos a la iglesia del Nuevo Testamento. Isaías la describe como una embarcación inapropiada para el mar; sus cuerdas están flojas, su vela no está entesada, e incluso el mástil no está asegurado. Así es la iglesia mediante el esfuerzo humano, llena de pecadores que no pueden hacer nada bien; pero el futuro de la iglesia y de su obra no depende de los frágiles humanos. La liberación y salvación de Jerusalén, provista divinamente, vinieron mediante la gracia inmerecida y gratuita, y no porque sus ciudadanos merecieran la ayuda divina. Eso ya lo vimos en los capítulos anteriores. El rescate se produjo como resultado del amor inmerecido de Dios que aquí nos ha descrito Isaías. Tal como Dios libró a los ciudadanos de Jerusalén de los asirios, así ha guardado siempre a sus hijos con una demostración de su poder surgido de su ilimitada

gracia, y no porque los seres humanos sean dignos o merecedores de recibir su ayuda. Pensemos cómo las circunstancias de esta salvación nos muestran lo que es la gracia divina. Mientras toda Jerusalén permanecía encerrada tras las puertas de la ciudad, Dios salvó a sus habitantes. El botín de los asirios yacía esparcido por el suelo, e incluso los lisiados podían llevárselo. Jerusalén no había hecho nada puesto que los dones de Dios siempre son por pura gracia.

El último versículo es hasta cierta manera el mejor. La Sión que Isaías vio no era la ciudad de sus días sino la iglesia que, finalmente por gracia divina, triunfará sobre el pecado y el mal. En el día del triunfo final, ella será reunida alrededor del Rey de reyes. La enfermedad será desterrada de ella, nadie se quejará de mala salud. Tanto Isaías como Juan vieron esta ciudad en donde “Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron” (Apocalipsis 21:3,4).

Todo esto descansa sobre las últimas palabras de este capítulo de Isaías: “Al pueblo que more en ella, le será perdonada la iniquidad”. Aquí se describe la santa iglesia de Dios limpiada por la sangre del Cordero. Las vestiduras de sus justos están lavadas para que se puedan presentar ante el santo Dios. Esta es la clara respuesta a la pregunta planteada anteriormente por Isaías: “¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?” (versículo 14). Aquellos que son perdonados podrán habitar con Dios. Los creyentes del tiempo del profeta se sintieron reconfortados por estas palabras. En todas las épocas, ellos han hallado consuelo en la gracia de Dios que por causa del Mesías perdona gratuitamente a los miserables pecadores. Todo esto anticipa la explicación más detallada y más amplia que Isaías incluye en la parte final de su profecía.

Esto marca el final de otra sección de los escritos proféticos de Isaías. El capítulo 28 anunció el primer ay: “¡Ay de la corona

de soberbia de los ebrios de Efraín...!” (versículo 1). Le siguieron cuatro más: “¡Ay de Ariel, de Ariel, ciudad donde acampó David!” (29:1); “¡Ay de los hijos que se apartan ...!” (30:1); “¡Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda...!” (31:1); y “¡Ay de ti, que saqueas y nunca fuiste saqueado...!” (33:1). Mucho hemos aprendido a lo largo de este recorrido.

- El trasfondo histórico de estos ayes es el avance del ejército asirio.
- Isaías traza el desarrollo de la rebelión de Judá contra Dios. Se mofan del mensaje del profeta como si no fuese más que un montón de reglas: “mandamiento tras mandamiento...” (28:10). Después se vuelven incapaces de leer el mensaje de Dios; y por último, se niegan a escucharlo prefiriendo las ilusiones en vez del mensaje divino.
- En Jerusalén, algunos buscaron apoyarse mejor en una alianza con Egipto que volverse al Señor. Sus deseos de buscar ayuda en los egipcios provenían de una profunda crisis de fe.
- El juicio vendrá sobre todos los que abandonan al Señor, pero él libraré de forma milagrosa a sus fieles.
- Isaías prometió el advenimiento del rey de justicia, el cual será distinto a todos los reyes de cualquier época.
- Isaías continuó consolando a los creyentes que vivían entre los incrédulos.

### *El juicio del Señor será terrible y seguro*

**34** Acercaos, naciones, juntaos para oír;  
y vosotros, pueblos, escuchad.

Oiga la tierra y cuanto hay en ella,  
el mundo y todo lo que él produce.

<sup>2</sup> Porque Jehová está airado contra todas las naciones,  
indignado contra todo el ejército de ellas;  
las destruirá

y las entregará al matadero.

<sup>3</sup> Los muertos de ellas serán arrojados,

**de sus cadáveres subirá el hedor  
y los montes se disolverán con la sangre de ellos.  
<sup>4</sup>Todo el ejército de los cielos se disolverá,  
y se enrollarán los cielos como un libro;  
y caerá todo su ejército  
como se cae la hoja de la parra,  
como se cae la de la higuera.  
y como se cae la de la higuera.**

Los capítulos 34 y 35 forman una unidad inseparable que constituye la importante conclusión de la primera parte de la profecía de Isaías. Se encuentran al final de los cinco “ayes” que cubren los capítulos 28 al 33 en una disposición igual a la de los capítulos 24 a 27 que aparecen al final de las diez profecías de los capítulos 13 a 23. Los capítulos 24 a 27, a menudo llamados el Apocalipsis de Isaías, se remontaron al final de los tiempos como hacen los capítulos 34 y 35. Isaías presenta dos imágenes opuestas al final de la sección de los “ayes”. El capítulo 34 muestra el día de la venganza de Jehová, y el capítulo 35 presenta el día en el que el Señor será visto en toda su gloria. A continuación tenemos una breve comparación de los capítulos:

<i>Capítulo 34</i>	<i>Capítulo 35</i>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Todas las naciones vienen a escuchar</li> <li>• El Señor está airado</li> <li>• Las estrellas y el cielo se disolverán</li> <li>• La sangre de la matanza cubrirá el paisaje</li> <li>• Edom arderá y quedará desolado</li> <li>• Las criaturas del desierto habitarán la tierra</li> <li>• El libro de Jehová verificará la verdad del juicio de Dios</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La tierra florecerá</li> <li>• Se da aliento a los débiles</li> <li>• Los ciegos, los sordos, los cojos, los mudos, serán cambiados</li> <li>• La arena abrasadora se convertirá en manantiales de agua</li> <li>• Habrá un camino seguro para los redimidos</li> <li>• Los redimidos entrarán a Sión con cantos</li> </ul>



El profeta de Dios convoca a las naciones para que acudan a escuchar el anuncio del juicio divino. En el capítulo anterior, Isaías anunció la liberación del pueblo de manos de los asirios: “No verás más a aquel pueblo insolente” (33:19). El ejército asirio va a desaparecer y Jerusalén se salvará. Ese tan misericordioso rescate le dio a Isaías la oportunidad de mirar más allá, hacia la salvación final del pueblo de Dios. Las últimas palabras del capítulo dirigen a los fieles a una época en la cual sus pecados ya no les acosarán ni habrá ninguna enfermedad. Este capítulo comienza con una invitación: a las naciones, a todos los pueblos, a todo el mundo, a que acudan y escuchen. El profeta de Dios no solamente ve a Jerusalén, una ciudad de judíos, sino una imagen cósmica con amplitud mundial.

La razón del anuncio queda claramente establecida: “Jehová está airado contra todas las naciones”. Fijémonos nuevamente en el alcance de este veredicto. En más de una ocasión, el Señor dirigió su enojo y su castigo contra enemigos como: Edom, Moab, Egipto y las otras naciones que rodeaban a Jerusalén, pero Jehová no era una deidad regional sino el Dios del universo. Al comenzar esta sección, Isaías señala que el mundo entero se ha convertido en enemigo del Omnipotente, porque los habitantes de todas las naciones se han negado reconocerlo y continúan en su incredulidad; han atacado a su pueblo y han perseguido a su iglesia, y por ello toda la tierra merece su justa ira y condenación: “Jehová está... indignado contra todo el ejército de ellas”.

La imagen no es nada agradable ya que se trata de una imagen violenta y terrible del juicio, en la cual Isaías nos muestra cadáveres amontonados en estado de descomposición, y un paisaje empapado con la sangre de los enemigos de Dios. En los siguientes versículos, en los que Isaías anuncia el juicio de Dios sobre Edom, el despiadado cuadro se repetirá, pero nótese que en ellos el juicio es un anticipo del último día. “Todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército”. Al hablar del fin del mundo, Jesús menciona estos versículos (Mateo 24:29), y San Juan escribe: “Y las estrellas del

cielo cayeron sobre la tierra...El cielo se replegó como un pergamino que se enrolla” (Apocalipsis 6: 13,14).

**<sup>5</sup> Porque en los cielos se embriagará mi espada;  
descenderá sobre Edom para juicio,  
y sobre el pueblo de mi maldición.**

**<sup>6</sup> Llena está de sangre  
y de grasa la espada de Jehová:  
sangre de corderos y de machos cabríos,  
grasa de riñones de carneros,  
porque Jehová tiene sacrificios en Bosra  
y una gran matanza en tierra de Edom.**

**<sup>7</sup> Con ellos caerán búfalos,  
toros y becerros.  
Su tierra se embriagará de sangre  
y su polvo se llenará de grasa.**

El juicio del Señor desciende aquí en particular sobre Edom, pero ¿por qué? Primero, porque este pueblo fue un constante enemigo de su pueblo escogido; David lo conquistó en una cruenta batalla en el valle de la Sal (2 Samuel 8:13). Joab, el comandante de David, permaneció en el lugar por seis meses tratando de matar a todos sus hombres pero no tuvo éxito, y Edom continuó siendo un adversario de Judá por siglos. En otra batalla, siglos después, las tropas de Amasías derrotaron a diez mil edomitas y capturaron vivos a otros diez mil, a los que por fin mataron despeñándolos desde la cima de un precipicio (2 Reyes 14:7; 2 Crónicas 25:11,12). Con estas guerras se pretendía librar a Judá de una vez por todas de un peligro crónico.

Además, el conflicto entre Edom y Judá tenía también dimensiones espirituales; era un conflicto en el cual se libraba una lucha entre el pueblo de Dios y sus enemigos; en otras palabras, era un conflicto entre creyentes e incrédulos. Ante estas explicaciones, no es difícil comprender por qué Isaías escogió a Edom, sus vecinos al sureste, como un representante muy

apropiado de todas las naciones del mundo que eran hostiles a Dios. El conflicto entre los dos pueblos era brutal y sangriento; y en todo encajaba muy bien en la descripción del juicio venidero.

Quizás la matanza y los crueles detalles nos perturben. Pero así debe ser, puesto que el juicio de Dios también será: terrible, total y completo. Esta es la ley de Dios que siempre aterroriza al pecador y que viene sobre los que lo han rechazado a él y a su evangelio, además de haberse opuesto a los creyentes. Nos inclinamos a pensar en el juicio de manera abstracta, pero Isaías nos lo presenta en términos terribles y concretos, siendo Edom sólo un símbolo de todas las demás naciones enemigas de Dios y de su evangelio. Un comentarista ha hecho la siguiente observación: “El pecado rojo carmesí de la rebelión demanda el castigo rojo carmesí del juicio” (Traducido del libro *The Book of Isaiah* de Edward Young, volumen 2 [Grand Rapids, Eerdmans Publishing House], p. 433).

### **8 Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sión.**

Este autor ha separado estas palabras del resto de la descripción por el significado que tienen. En este versículo, Isaías emplea el nombre especial de Dios: Jehová, el Dios del pacto, y escribe que este Dios traerá el juicio sobre la tierra. Isaías dijo que este juicio será un “día de venganza de Jehová”. Este es el mismo Jehová que llamó a Abraham, que libró a Israel de Egipto, le dio tierra propia y a través de los siglos protegió a los suyos. Él es el Dios del pacto, el Dios de la gracia fiel y gratuita que ha establecido también un día de venganza y cuyas promesas de gracia son verdaderas y no fallarán. Él es ambas cosas, el Dios de la ley y del evangelio.

Consideremos la razón para este día de venganza: es “el pleito de Sión”, que Isaías describe como un proceso judicial entre dos litigantes. De un lado estaba la desvalida Sión, del otro, sus enemigos. Dios tomó la causa de su pueblo y la llevó a una

conclusión exitosa. Mientras sus escogidos estaban desvalidos y débiles, Dios iba a usar su poder para vindicarlos y castigar a sus perseguidores. Todos los enemigos del evangelio sentirán la justa ira de Dios y, cuando esos enemigos sean destruidos, sus hijos podrán disfrutar las ininterrumpidas bendiciones del Dios amoroso y misericordioso.

**<sup>9</sup> Sus arroyos se convertirán en brea,  
su polvo en azufre  
y su tierra en brea ardiente.**

**<sup>10</sup> No se apagará de noche ni de día,  
sino que por siempre subirá su humo;  
de generación en generación quedará desolada  
y nunca jamás pasará nadie por ella.**

**<sup>11</sup> Se adueñarán de ella el pelícano y el erizo;  
la lechuza y el cuervo morarán en ella,  
y se extenderá sobre ella cordel de destrucción  
y niveles de asolamiento.**

**<sup>12</sup> Llamarán a sus príncipes «príncipes sin reino»;  
y todos sus grandes serán como nada.**

**<sup>13</sup> En sus alcázares crecerán espinos,  
y ortigas y cardos en sus fortalezas;  
y serán morada de chacales  
y patio para los pollos de los avestruces.**

**<sup>14</sup> Las fieras del desierto se encontrarán con las hienas,  
y la cabra salvaje llamará a su compañero;  
la lechuza también tendrá allí refugio  
y hallará para sí reposo.**

**<sup>15</sup> Allí anidará el búho, pondrá sus huevos,  
sacará sus pollos y los juntará debajo de sus alas;  
también se juntarán allí los buitres,  
con su pareja.**

En lenguaje poético, Isaías describe un lugar desolado y yermo sin que ninguna persona habite en él. Los animales que Isaías

escogió para poblar la escena no son criaturas nobles comúnmente admiradas por alguna característica en especial. Entre esos animales están incluidos: el chacal, la hiena, los cuervos, las cabras salvajes y la lechuza. Son muchos los que se preguntan sobre la clase exacta de animales que tenía en mente Isaías y algunos pueden incluso haber sido serpientes o demonios nocturnos. Aunque no sabemos precisamente cuáles fueron, lo cierto es que no eran animales altamente apreciados. Resulta claro que no había nada que pudiera atraer o alegrar a quien residiera o siquiera pasara por allí, mucho menos había algo que se pudiera llamar un reino. Todos los nobles y los príncipes han desaparecido y el lugar está despoblado y desprovisto de alegría, sirviendo de agudo contraste a los últimos versículos del capítulo 35.

El azufre y el humo proveniente de un fuego perpetuo nos recuerdan el terrible castigo que Dios envió sobre Sodoma y Gomorra. Isaías quiere que sus lectores se acuerden de eso, pero este juicio difiere un poco. El fuego que consumió a las corruptas ciudades se extinguió finalmente por él mismo; el fuego de este juicio no se apagará y su humo se elevará por siempre. En las palabras de Juan escuchamos un eco de Isaías: “El humo de ella ha de subir por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 19:3).

**<sup>16</sup> Consultad el libro de Jehová y leed**

**si faltó alguno de ellos;**

**ninguno faltó con su pareja.**

**Porque su boca mandó**

**y su mismo espíritu los reunió.**

**<sup>17</sup> Y él les echó suertes**

**y su mano les repartió a cordel.**

**Para siempre la tendrán por heredad;**

**de generación en generación morarán allí.**

¿Ocurrirá en realidad todo eso? ¿Es eso lo que Dios tiene en mente? ¿Un juicio? ¿Un castigo terrible? “Consultad el libro de Jehová, y leed” les dijo Isaías a sus lectores. El libro que el profeta

tenía en mente pudo haber sido las palabras de su propia profecía, pero más bien parece que se refiere a todas las Escrituras. Los profetas anteriores a él ya habían escrito sobre estas verdades, la ley y el evangelio. Investiguen las Escrituras, decía el profeta. Allí encontrará cada lector cuidadoso una y otra vez la advertencia del juicio divino.

Isaías apeló a la palabra escrita de Dios, el libro de Jehová, y nos dice: “Está escrito”. Dios ha inspirado a los escritores y, por lo tanto, lo que está escrito es cierto y confiable. Isaías muchas veces había recalcado su mensaje con el anuncio de que había venido del Señor. Y como esas profecías vinieron por inspiración divina, se cumplirán. En nuestros tiempos, la Palabra escrita es la base de lo que conocemos acerca de Dios. Sin la revelación divina no podemos saber nada seguro del Dios verdadero y de su plan de salvación y de su juicio. Su mensaje claro y central es Cristo y su anuncio del perdón es universal; y también lo es el castigo eterno para los incrédulos, que es la revelación escrita de Dios de la ley y el evangelio. Él es muy celoso en cuanto a ambos y si alguna duda hubiere, Isaías exhorta a los lectores de todas las épocas diciéndoles: “Consultad el libro de Jehová y leed”.

### *Los redimidos entrarán en Sión con cantos*

**35** Se alegrarán el desierto y el erial;  
la estepa se gozará y florecerá como la rosa.  
<sup>2</sup> Florecerá profusamente  
y también se alegrará y cantará con júbilo;  
la gloria del Líbano le será dada,  
la hermosura del Carmelo y de Sarón.  
Ellos verán la gloria de Jehová,  
el esplendor del Dios nuestro.

En el capítulo anterior leímos de: azufre, brea ardiente, espinos, ortigas y zarzas. Este capítulo nos habla: de florecimiento, de esplendor, de manantiales y verdes pastos. Resulta difícil

imaginar un contraste mayor. En el capítulo anterior Isaías anunció el juicio venidero y en éste anuncia la liberación venidera. Tal como el capítulo anterior miró en el lejano futuro al último día, así hace éste aunque desde una perspectiva diferente. De un lado está la ley; del otro, el evangelio. Por supuesto que los cielos se enrollarán y los enemigos de Dios serán juzgados y castigados, pero el Señor tiene reservada una nueva Sión para sus fieles, que entrarán en ella gozosos y jubilosos.

El Líbano, Carmel y Sarón son lugares de renombre por su fertilidad y belleza. Los cedros del Líbano fueron altamente apreciados en tiempos del Antiguo Testamento; Salomón los utilizó para la construcción del Templo. El Carmel, que es una serie de colinas, fue famoso por su espesa y exuberante vegetación. Sarón es una llanura costera al norte de Palestina, estuvo en un tiempo sembrada de densos bosques de robles y era conocida incluso por su flora. Dios transformará el desierto, lo hará florecer y lo llenará de lo más bello de estos tres verdes lugares.

La gloria del Señor y el esplendor de nuestro Dios son visiones para sus redimidos. La magnificencia de Jehová se manifestó en forma de nube que llenó el Tabernáculo cuando fue dedicado (1 Reyes 8:11). Anteriormente en la historia de Israel, la gloria divina guió al pueblo durante su peregrinación por el desierto, siendo de día una nube en forma de columna y de noche una columna de fuego. La gloria del Señor está vinculada con la actividad salvadora de Dios en favor de su pueblo. Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios (Éxodo 33:18), Dios le respondió de la manera más hermosa que usa para proclamar su nombre. Se describió a él mismo como “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7). La gloria y esplendor de Dios están ligados a su inmensurable amor por los pecadores. El catedrático August Pieper definió la gloria de Dios con estas palabras:

Donde esta manifestación [la gloria del Señor] aparece, viene a ser una proclamación mediante un acto, no sólo de que Jehová Dios está presente de manera especial, sino de que está a punto de actuar de manera sobrenatural, y de que va a hacer algo especial, algo no revelado pero de gran importancia. Y lo que así es anunciado se refiere invariablemente al plan de salvación del pecado que Dios hizo en Cristo a través del cual es llevado a cabo, y que se refiere: al establecimiento, edificación, preservación, y cumplimiento, aquí en el tiempo del eterno, futuro reino de Dios (Traducido de “The Glory of the Lord,” *The Wauwatosa Theology*, volumen 2, [Milwaukee: Northwestern Publishing House], p. 419).

Esta es la primera vez que Isaías emplea el término “la gloria de Jehová”, que aparecerá tres veces más en la segunda mitad de su profecía. En Isaías 40:5, Dios cita la voz en el desierto que proclama: “Entonces se manifestará la gloria de Jehová”. En Isaías 58:8, esta gloria se convierte en la retaguardia de su pueblo de modo muy similar a como lo fue para los israelitas en el desierto. En Isaías 60:1 Dios exhorta a su pueblo diciendo: “Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti”. El uso que Isaías hace del término en este capítulo parece que nos prepara para el resto de su vaticinio. Su mensaje le dará paso rápidamente a un intermedio histórico, de manera que este capítulo parece que nos dirige a la segunda mitad de la profecía que sigue. Hay otras ideas que Isaías incluye, que apuntan también al futuro y que iremos destacando a medida que avanzamos por el capítulo. Los versículos 3 y 4 contienen una de ellas.

**<sup>3</sup> ¡Fortaleced las manos cansadas,  
afirmad las rodillas endebles!**

**<sup>4</sup> Decid a los de corazón apocado:**

**«¡Esforzaos, no temáis!**

**He aquí que vuestro Dios viene  
con retribución, con pago;**

**Dios mismo vendrá y os salvará.»**



En el capítulo 34 se les pidió a las naciones que escucharan y prestaran atención a la revelación de la ira de Dios, lo cual no trajo ningún consuelo. En lugar de eso, los gráficos y despiadados detalles de su enojo estaban destinados a sacudir y aterrorizar; y así fue. Incluso los creyentes se pueden sentir muy atemorizados por los descriptivos detalles, porque a nadie consuelan nunca las amenazas de Dios. Así, él le da un mensaje distinto a su pueblo: “¡Esforzaos, no temáis!”. Este es el tema del evangelio que con tanta frecuencia nos ofrecen las Escrituras. En el nacimiento de Cristo, cuando “la gloria del Señor los rodeó [a los pastores] de resplandor” (Lucas 2:9), el ángel les dijo que no temieran, y cuando Jesús resucitó, exhortó: “No temáis ” (Mateo 28:5). Dios no quiere amedrentar ni amenazar, él no se complace en la destrucción del malvado pues está mucho más interesado en perdonar, en dar esperanza y vida. Así que el pueblo de Dios, al oír el mensaje de su evangelio, pierde el temor. Por medio de Cristo son perdonados los pecados que merecen el castigo eterno, y la muerte se convierte en un sueño del que él nos despertará. Por Cristo, incluso cada prueba viene a ser una fuente de gozo porque Dios hará que todo obre para nuestro bien. Los creyentes de todas las épocas han sido animados a esperar en el Señor y a confiar en él. ¡No temáis!, dice nuestro Dios. Cuando faltan las fuerzas para seguir adelante, el evangelio fortalece las manos débiles y afianza las rodillas vacilantes.

Las primeras palabras del capítulo 40 de Isaías parecen ser un eco de las hermosas frases de aliento que aquí encontramos. Cuando comenzó la segunda parte de su profecía, el mensajero de Dios escribió: “¡Consolad, consolad a mi pueblo’!, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén” (40:1,2). Este es el consistente mensaje de Dios para ellos. La segunda parte de la predicción de Isaías ha sido llamada el “Libro de la Consolación”, un libro que reboza con la maravillosa y consoladora dulzura del evangelio.

Además, en los versículos anteriores al capítulo 35, Isaías prometió que Dios salvará a su pueblo. En el capítulo 40 el profeta

les anunció a las ciudades de Judá: “¡Ved aquí a vuestro Dios!” (versículo 9). En la segunda parte de su profecía (capítulos 40 al 66) continúa proclamando la venida de Dios, inclusive la venida del Siervo del Señor, el Salvador. Es como si la primera porción de Isaías nos hablara del niño que había de venir, y la segunda nos diera los detalles proféticos de su vida de adulto y de su ministerio. Aquí tenemos otra señal que dirige al lector a la segunda parte de su profecía.

**<sup>5</sup> Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos  
y destapados los oídos de los sordos.**

**<sup>6</sup> Entonces el cojo saltará como un ciervo  
y cantará la lengua del mudo,  
porque aguas serán cavadas en el desierto  
y torrentes en la estepa.**

**<sup>7</sup> El lugar seco se convertirá en estanque  
y el sequedal en manaderos de aguas.  
La guarida de los chacales, donde ellos se refugian,  
será lugar de cañas y juncos.**

¡Qué cambio más dramático se va a producir! Los ciegos, los sordos, los cojos y los mudos cambiarán. Sólo puede haber una razón para ese cambio, el Señor. Cuando él venga, hará que todo lo prometido suceda. La descripción continúa: el desierto se volverá un lugar de exuberante vegetación lleno de manantiales de agua fresca. El énfasis está en que vendrá el Mesías y producirá un cambio extraordinario; así describió Isaías la obra de Jehová y concluyó el pasaje anterior con la frase “Dios mismo vendrá y os salvará” (35:4). No hay duda que cuando el Todopoderoso venga, traerá muchas e inmensas bendiciones.

Resulta interesante que cuando los discípulos de Juan el Bautista fueron a Jesús y le preguntaron: “¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?” (Lucas 7:19), Jesús hizo primero distintos milagros y luego les dijo a los enviados: “Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan,

los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio, y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí” (versículos 22,23). Aunque la primera venida del Señor no iba a ser una época en que fueran a desaparecer todos los discapacitados y los enfermos, no obstante, el ministerio de Jesús estuvo marcado por esos milagros, que validaron su identidad al tiempo que las Escrituras anunciaban su llegada. Aun Nicodemo fue uno de los que tuvieron que admitirlo (Juan 3:1,2).

La imagen que tenemos aquí es la del maravilloso cambio que iba a traer el Señor, la hermosa transformación espiritual en el corazón de cada creyente. Donde antes hubo muerte por causa del pecado, brota, por la fe, la vida fresca y reconfortante sostenida por el Espíritu Santo mediante el evangelio.

La presencia de agua en el desierto seco constituye una de las ideas favoritas del profeta; considere Isaías 41:17-20; 43:19-21 (nótese la inclusión del “camino en el desierto”); y 48:20, 21. En este cuadro, el profeta une el pasado y el futuro. Los manaderos y los estanques de aguas (versículo 7) no solamente señalan hacia la segunda mitad de la profecía, sino miran también hacia el pasado, hacia el maravilloso cuidado que Dios tuvo por su pueblo en el desierto. Una y otra vez, mientras se desplazaban por él, Dios hizo que el agua fluyera de las mismas rocas para su pueblo sediento. Pablo nos dice que la roca espiritual de la cual bebieron los israelitas era Cristo (1 Corintios 10:4).

**<sup>8</sup> Y habrá allí calzada y camino,  
el cual será llamado Camino de Santidad.  
No pasará por allí ningún impuro,  
sino que él mismo estará con ellos.  
El que ande por este camino,  
por torpe que sea, no se extraviará.  
<sup>9</sup> No habrá allí león,  
ni fieras subirán por él ni allí se encontrarán,  
para que caminen los redimidos.**

**<sup>10</sup> Y los redimidos por Jehová  
volverán a Sión con alegría;  
y habrá gozo perpetuo sobre sus cabezas.  
Tendrán gozo y alegría,  
y huirán la tristeza y el gemido.**

En la época de Isaías, los caminos no eran más que senderos bien transitados y veredas familiares por los que transitaba casi todo el mundo. Pero cuando venga el Señor, habrá un sendero mucho más importante. Isaías lo llama calzada, o sea, un camino: empedrado, nivelado y cómodo para viajar. Este camino tenía un nombre: “Camino de Santidad”; ese nombre refleja el nombre especial que Isaías emplea para Dios, el Santo de Israel. La santidad es la cualidad que Dios requiere y demanda de su pueblo: “Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios” (Levítico 19:2). Él está aparte y es distinto de las criaturas pecadoras de la tierra a las que les exige también probidad.

No todos pueden andar por ese camino, porque es sólo para los redimidos de Dios. ¿Cómo puede alguien volverse justo y también ir por ese camino? Ningún ser humano nace santo ni tampoco puede alcanzar por sí mismo ese estado. Al contrario, como lo enseñan con claridad las Escrituras, todos estamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (Efesios 2:1). Sin embargo, los que andan por el camino recto son los rescatados de Dios, los que han sido limpiados por la sangre de Jesús. Dios los declaró justos mediante su gracia, para que puedan andar por el sendero que lleva al cielo. Él nos compró, no con plata ni con oro, “sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:19). Y el apóstol Pedro nos recuerda que los que creen en el Salvador son “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9).

¿A dónde lleva esa calzada? El Dios santo proveyó una ruta para que su pueblo vaya a él y a Sión, su Ciudad Santa. Los seres humanos pueden ir a la mansión celestial únicamente por este camino, pues no hay otro. Mediante su gracia, Dios llama y

santifica a los que permanecen en él y no los abandona. En Cristo, Dios prometió que protegerá en el viaje a su santo pueblo. Ni león peligroso ni bestia salvaje pueden dañar a los creyentes en su camino de santidad al cielo, ya que su fe en el Salvador los coloca en él y Dios los guarda en su viaje a la Sión celestial.

En el último versículo de este capítulo, Isaías abre la puerta de Sión para que todos los creyentes se asomen y vean el eterno gozo que existe dentro de ella. La fatigante jornada será sólo un vago recuerdo a medida que la alegría y el júbilo de la santa ciudad de Dios alcancen y abrumen a los que entren en ella. El pesar y el dolor desaparecerán; los problemas y la tristeza que los creyentes experimentan en esta vida son incompatibles con la gloria que les aguarda en la eterna ciudad de Dios. En lugar de penas, sólo habrá cánticos y alabanzas que durarán por toda la eternidad.

Cuán glorioso es el cuadro que describió Isaías para la nación de sus días y para el pueblo de Dios de todos los tiempos. Si somos tan cortos de vista como Tomás que tengamos que preguntar: “Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” Jesús nos responde amorosamente como lo hizo con su discípulo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:5,6).

La descripción que hace Isaías del camino de santidad, o de la calzada en el desierto, anticipa el camino en el desierto del capítulo 40. Las palabras de este pasaje y las del capítulo 40 no son las mismas del original hebreo, pero sí son términos relacionados y el uso de esta palabra parece ser una señal que guía al lector hacia la segunda parte de su profecía. En el capítulo 40 el camino es para que Dios venga a nosotros; aquí es la calzada por la que los creyentes viajan para ir a Dios. Los fieles no pueden andar por ella para ir al Padre a menos que él venga primero a llevarlos a él mismo. Él debe venir a rescatarnos, para luego nosotros poder seguirlo. Sin su esfuerzo salvador, la calzada a Sión es solamente un sueño imposible.

Así llegamos al final de otra sección principal de la profecía. La visión poética de Isaías resulta tan bella y consoladora como

lo es este capítulo que parece anticipar mucho más. Aún se divisa un gran futuro en el horizonte. Mediante este profeta hemos aprendido que el Mesías vendrá. Emmanuel vendrá a salvar a su pueblo y entrará al mundo como un niño nacido de una virgen (7:14), un niño llamado: “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz” (9:6); él será la vara que crecerá del tronco de Isaí (11:1). Además de anunciar el advenimiento del Mesías, el vocero de Dios también ha comenzado a describir la iglesia y a extendernos la promesa de la nueva vida en la nueva Sión. Mientras leemos estas profecías, deseamos conocer más detalles acerca de este niño especial; queremos saber exactamente cómo esta criatura llevará a cabo su obra. ¿Qué hará cuando crezca y se haga hombre? ¿Qué hay acerca de su pueblo? ¿Quiénes son ellos y qué pueden esperar? Isaías va a contestar estas preguntas con las elocuentes palabras de la segunda parte de su vaticinio. Mucho de lo que dice en la primera parte parece anticipar la segunda, incluso el terrible juicio sobre Edom va a reaparecer más tarde: “¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos?” (Isaías 63:1; ver 34:5-7). Dado lo pulcra y cuidadosamente que está entretejida toda su profecía, parece extraño que sean tantos los que hayan cuestionado la autoría de Isaías con respecto a los 27 últimos capítulos de su segundo libro.

### *Isaías cierra el libro sobre Asiria y presenta a Babilonia*

*El comandante de las tropas asirias amenaza a Jerusalén*

**36** Aconteció en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó. <sup>2</sup> El rey de Asiria envió al copero mayor con un gran ejército desde Laquis a Jerusalén contra el rey Ezequías, y acampó junto al acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Acaz. <sup>3</sup> Y salió a él Eliaquim hijo de Hilcías, el

## **mayordomo; Sebna, el escriba, y Joa hijo de Asaf, el canciller,**

El Camino de Santidad que se describió en el capítulo anterior presentó una esperanza maravillosa que llevará a la Sión nueva y mejor, en donde habrá gozo y loor. Ni leones ni bestia alguna andará por ese camino, ni personas impuras transitarán por él. ¡Qué contraste con las rutas de la época de Isaías! El mundo estaba lleno: de peligros, de destrucción y de muerte. Asiria había comenzado una campaña militar contra sus enemigos. Comenzando por el norte, Senaquerib, el rey asirio, inició su avance en el año 703 a.C., continuando a través del año 702, para por fin, en el año 701, invadir a Judá. Sus tropas cayeron sobre Judá como la descarga de un rayo, llenando de temor a todo el país. La resistencia judía, cuyas defensas fueron por completo ineficaces, no les pudo hacer frente a las fuerzas asirias que marchaban impunemente de una ciudad fortificada a otra.

Ezequías había previsto el ataque de Senaquerib. El segundo libro de Crónicas, capítulo 32, nos dice que el rey tapó la fuente de agua que estaba fuera de la ciudad de Jerusalén y, donde pudo, hizo lo mismo por todo el territorio. Reparó las murallas de Jerusalén, construyó torres sobre ellas y edificó otra muralla, además de fabricar muchas espadas y escudos. Aparte de eso, para llevar agua a la ciudad, excavó un túnel que atravesaba las rocas calizas de Jerusalén. La construcción, apropiadamente llamada “túnel de Ezequías”, serpentea por 532 m. desde los manantiales de Guijón hasta el estanque de Siloé. Una inscripción descubierta en el año 1880 d.C. por unos muchachos árabes describía el proyecto. Jerusalén estaba preparada para un asedio largo y difícil. Años atrás, la conquista de Samaria les había tomado a los asirios tres años; Ezequías estaba preparado para un sitio similar.

La estrategia de la campaña asiria parecía ser aislar a Jerusalén y después tomarla. Senaquerib capturó las ciudades fortificadas de Judá y estableció su campamento cerca de Laquis al suroeste de Jerusalén. El segundo libro de Reyes, capítulo 18, nos narra el

mensaje que le envió Ezequías a Senaquerib: “He pecado, retírate de mi país y aceptaré todo lo que me impongas” (versículo 14). Como resultado de las negociaciones del rey judío, se les pagó un gran tributo a los asirios. Toda la plata del Templo y de los tesoros del palacio real fue enviada a Laquis donde se encontraba Senaquerib. Ezequías llegó incluso a quitar el oro que recubría las puertas y quiciales de la casa de Dios y también lo envió al rey asirio. El único resultado del pago enviado fue que Ezequías y Jerusalén se empobrecieron y los asirios no cumplieron con lo pactado, sino que continuaron su ataque.

Desde Laquis, Senaquerib envió al jefe de sus tropas y a un gran ejército a Jerusalén, y pese al gran pago que hizo Ezequías, había llegado el momento de que la campaña se concentrara en la ciudad. La ruta hacia Jerusalén y el monte Sión era cualquier cosa menos un “Camino de Santidad”. Los asirios ocuparon Judá y llegaron a Jerusalén por el rumbo del camino de la heredad del Lavador el cual era muy bien conocido por Isaías. Más de 30 años atrás se había encontrado allí él con Acaz en el mismo sitio donde el comandante asirio se detenía ahora a hablar con la delegación de Ezequías (ver Isaías 7:3).

Isaías destacó ese lugar por causa de su irónico significado. El rey Acaz había dependido de Asiria para defender a Jerusalén contra las fuerzas combinadas de Israel y Aram. Él también había optado por no confiar en el Señor sino buscar la ayuda del que ahora era su enemigo; por desgracia, esa decisión con el paso del tiempo condujo a la presente invasión. En los 30 años que transcurrieron desde entonces, Asiria había crecido en poder y agresividad. Si en aquellos días había sido una aliada, ahora era una peligrosa amenaza. Acaz les había abierto la puerta y, de hecho, le había allanado el camino a Senaquerib para invadir. Cuando el comandante asirio se detuvo en el mismo sitio donde Isaías le había hablado a Acaz, llegaron a su conclusión una serie de acontecimientos que Dios había predicho a través de su profeta; esos acontecimientos habían ocurrido tal y como se los había pronosticado:



Acontecerá que aquel día silbará Jehová al tábano que está en el fin de los ríos de Egipto y a la abeja que está en la tierra de Asiria. Ellos vendrán y acamparán todos en los valles desiertos, en las cavernas de las piedras, en todos los zarzales y en todas las matas. Aquel día rapará el Señor con navaja alquilada, con los que habitan al otro lado del río (esto es, con el rey de Asiria), cabeza y pelo de los pies, y aun la barba afeitará también (7:18-20).

Así que el comandante, enviado por Senaquerib desde Laquis, se encontró con la delegación de Ezequías. El título de este comandante de campo era Rabsacés y, de acuerdo con 2 Reyes 18:17, otros dos oficiales militares se le unieron en el camino de la heredad del Lavador: el jefe de los eunucos y el copero mayor. Estos tres hombres, junto con el gran ejército que comandaban, constituían una clara demostración del poderío político-militar y del éxito de Asiria. La delegación de Ezequías también consistía de tres oficiales: el mayordomo, el escriba y el canciller. No hay duda de que estos tres oficiales tenían cargos importantes, pero comparados con los asirios, no eran nada; eran algo así como David y Goliat conociéndose antes de la batalla.

#### **4 a los cuales dijo el copero mayor:**

**—Decid ahora a Ezequías: El gran rey, el rey de Asiria, dice así: “¿Qué confianza es ésta en que te apoyas? 5 Yo digo que la táctica y el poderío para la guerra, de los que tú hablas, no son más que palabras vacías. Ahora bien, ¿en quién confías para que te rebeles contra mí? 6 He aquí que confías en ese bastón de caña astillada, en Egipto, en el cual si alguien se apoya, se le clavará en la mano y se la atravesará. Tal es el faraón, el rey de Egipto, para con todos los que en él confían. 7 Y si me decís: ‘En Jehová, nuestro Dios, confiamos’, ¿acaso no es éste aquel cuyos lugares altos y cuyos altares hizo quitar Ezequías, y dijo a Judá y a Jerusalén: ‘Delante de este altar adoraréis?’” 8 Ahora, pues, yo te ruego que hagas un trato con el rey de Asiria, mi señor: Yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes que los**

**monten. <sup>9</sup> ¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor, aunque estés confiado en Egipto con sus carros y sus jinetes? <sup>10</sup> ¿Acaso vine yo ahora a esta tierra para destruirla sin permiso de Jehová? Fue Jehová quien me dijo: “Sube a esta tierra y destrúyela.”**

El discurso del comandante asirio es una obra maestra de retórica política y militar con la que se proponía decirles a Ezequías y a Jerusalén cuán desesperada era la situación que afrontaban. El comandante enumeró cinco argumentos para demostrar que Ezequías no tenía base alguna para confiar en la más remota posibilidad de sobrevivir al sitio que se avecinaba.

Primero dijo que la estrategia militar del rey judío era sólo un montón de palabras huecas; quizás conocía de antemano los preparativos que había hecho el rey de Judá o por lo menos presentía que éste hubiera fortificado la ciudad previniendo la invasión y el sitio por sus tropas. Desde la perspectiva de este hombre, cualquier cosa que se hubiese hecho para fortalecer a Jerusalén era poco. Ante la fuerza arrolladora de sus tropas, sólo eran palabras vacías.

Segundo, cualquier alianza con alguna otra potencia sería inútil. Recordemos que en Jerusalén algunos habían buscado una alianza con Egipto, contra la cual Isaías había advertido: ¡Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda! (31:1). El comandante les explicó las realidades políticas y militares de ese acuerdo. Era una empresa inútil, hasta el punto que dijo que Egipto era “bastón de caña astillada ” que no podía ayudar ni a Ezequías ni a Jerusalén.

Tercero, desde el punto de vista asirio, Jehová, el Dios de Ezequías, tampoco les podía ayudar. El comandante pagano sabía que Ezequías había llevado a cabo una reforma religiosa en la primera etapa de su reinado en la que: había purificado el Templo, había celebrado la Pascua, y había destruido a través del territorio la falsa adoración de Jehová en altares clandestinos y lugares altos. Pero como uno de tantos capitanes gentiles de una operación

militar, no comprendía la adoración al Señor. Él pensaba que todo el mundo adoraba tal como él lo hacía. En su tierra, cada cual adoraba a sus dioses y dependía de ellos para protección y defensa. Cuantos más dioses se tuvieran, mejor. Para esa mente pagana, la destrucción de los lugares altos de adoración por parte de Ezequías sólo podía acarrear la ira de Jehová; de manera que Rabsacés dijo que los ciudadanos de Judá no podían confiar en la ayuda del Señor porque el rey judío había desmantelado sus lugares altos.

Cuarto, las fuerzas militares judías eran superadas en número y, según las normas militares asirias, estaban también pobremente equipadas. El comandante asirio los retó con una propuesta insultante: Les daría dos mil caballos si los judíos podían encontrar suficientes jinetes que los montaran. Incluso así, no podrían derrotar ni siquiera a un capitán del ejército asirio. Él estaba en lo cierto, los preparativos de Ezequías no habían producido una sola victoria. Senaquerib había conquistado todas las ciudades fortificadas judías, y aunque Laquis todavía resistía, su caída era inminente. Lo mejor que los judíos podían esperar era aguardar el ataque asirio y confiar en sobrevivir con base en la resistencia.

Finalmente, el jefe asirio declaró que Senaquerib emprendió esta campaña porque Jehová lo había enviado. Años antes, los asirios habían sido enviados por Dios para destruir el reino del Norte. Jehová había predicho también la invasión de Judá por las fuerzas asirias. Parecería extraño que el comandante asirio supiera de las profecías de Isaías o de cualquiera otra profecía. Quizás simplemente concluyó que Jehová había enviado a los asirios y había abandonado a Judá, como los dioses de las otras naciones derrotadas habían abandonado a sus seguidores. Un pensamiento común de todas las religiones es que cuando suceden cosas malas, algún dios debe estar airado con su pueblo.

El discurso del comandante asirio fue: directo, contundente y arrogante, pero tenía un dejo de verdad. Aunque no podía comprender el poder de Dios, describía la situación militar con exactitud. Observó su desesperada condición con toda claridad,

pero jamás pudo ver a Jehová y su poder, ya que los asirios andaban por vista y no por fe.

Quizás la delegación de Ezequías se encontraba en una crisis de fe. Algo les indicaba a estos hombres que el asirio estaba en lo cierto en la evaluación que hacía de la situación. Incluso había puesto en tela de juicio la fe de ellos en el Señor y en su liberación, una situación que también se repite muy a menudo en nuestra vida. El Señor promete protegernos y salvarnos, pero todo lo que vemos alrededor nuestro es: el peligro, la destrucción y la muerte. ¿Creeremos lo que Dios ha dicho y andaremos por fe, o confiaremos en lo que vemos con nuestros ojos? Los cristianos responden a esta pregunta volviéndose hacia Dios, como hizo Ezequías, que es un buen ejemplo para nosotros. Pero antes de que vayamos al ejemplo de este rey, las cosas se pondrán peor.

**<sup>11</sup> Entonces dijeron Eliaquim, Sebna y Joa al copero mayor:**

**—Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos; y no hables con nosotros en la lengua de Judá, porque lo oye el pueblo que está sobre el muro.**

**<sup>12</sup> Dijo el copero mayor:**

**—¿Acaso me envió mi señor a que dijera estas palabras a ti y a tu señor, y no a los hombres que están sobre el muro, expuestos a comer su estiércol y beber su orina lo mismo que vosotros?**

El comandante asirio había hecho sus comentarios en hebreo y en voz suficientemente alta como para que los guardias que estaban sobre las murallas de Jerusalén los oyeran. Los tres hombres que representaban a Ezequías se preocuparon por los efectos que esas palabras podrían tener sobre el pueblo de Jerusalén y le pidieron que se dirigiera a ellos en arameo, la lengua de la diplomacia de esos días, y no en su propio idioma. El

comandante de Senaquerib era un hombre letrado y de gran percepción que comprendió enseguida la razón de la solicitud. Su respuesta fue arrogante y hasta grosera; no le preocupaba lo que la delegación pensaba, e insolentemente les recordó lo que él había visto en otras campañas militares. Como curtido veterano, el oficial le dijo sin rodeos a la delegación de Ezequías que las cosas iban a empeorar hasta el punto de que los sitiados no sólo se iban a ver obligados a comer su propio excremento sino que también iban a beber su orina.

**<sup>13</sup> Entonces el copero mayor se puso en pie y gritó a gran voz en la lengua de Judá, diciendo:**

**—¡Oíd las palabras del gran rey, el rey de Asiria! <sup>14</sup> El rey dice así: “No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar.**

**<sup>15</sup> Ni os haga Ezequías confiar en Jehová, diciendo:**

**‘Ciertamente Jehová nos libraré; no será entregada esta ciudad en manos del rey de Asiria.’ <sup>16</sup> ¡No escuchéis a**

**Ezequías!, porque así dice el rey de Asiria: ‘Haced conmigo la paz y salid a mí; y coma cada uno de su viña, cada uno de su higuera, y beba cada cual las aguas de su pozo, <sup>17</sup> hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas.’ <sup>18</sup> Mirad que no**

**os engañe Ezequías diciendo: ‘Jehová nos libraré.’ ¿Acaso alguno de los dioses de las naciones ha librado su tierra de manos del rey de Asiria? <sup>19</sup> ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Libraron ellos a Samaria de mis manos? <sup>20</sup> ¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mis manos, para que Jehová libre de mis manos a Jerusalén?’”**

El comandante asirio se percató de que Ezequías y toda Jerusalén no podían resistir con éxito a las tropas asirias que rodeaban la ciudad, y debió haber concluido que la única esperanza que el rey y el pueblo de Jerusalén podían tener era que su Dios los salvará. Y así fue: Ezequías y Jerusalén depositaron todas sus

esperanzas en el Señor. En su segundo discurso, el militar asirio atacó la fe de Ezequías en Jehová. Con todo eso procuraba socavar la resolución de los ciudadanos de Jerusalén tratando de hacerles dudar de su fe. El discurso se divide en tres partes. En la primera, y desde la perspectiva del invasor, la esperanza en el Señor no era más que un engaño perpetrado por el rey judío para mantener a su pueblo sobre las murallas y dispuesto a defender la ciudad. El jefe militar asirio pensaba que de esta manera Ezequías estaba engañando a sus soldados. De acuerdo con la mentalidad asiria eso no era más que fanatismo religioso. La derrota les iba a acarrear muerte y esclavitud.

En segundo lugar, el comandante asirio propuso una oferta de paz realista, que en la práctica era una oferta de capitulación. Si los ciudadanos de Jerusalén se rendían y salían de la ciudad, podrían comer de sus viñas y de sus higueras. Pero aquí había gato encerrado: “Hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra”. Los judíos serían deportados, incluso si se rendían; pero, y de nuevo desde el punto de vista asirio, esto era mejor que estar muerto. Por lo menos esa era la implicación de lo que el comandante decía. Además, les prometió que la nueva tierra sería como Judá: “tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas”.

La tercera parte de su discurso regresaba a la fe de Ezequías en Jehová. El asirio les recordó a los que vigilaban desde las murallas que hasta ahora ningún dios había librado a nadie del poderío militar de su país. Los lugares que citó como ejemplos eran naciones que habían caído en el pasado. No todas ellas habían sido derrotadas por Senaquerib, sino por sus predecesores. Hamat había sido conquistada en el año 720 a.C.; Arfad, en el año 740. La ciudad de Sefarvaim es desconocida. Pero cito significativamente a Samaria, la cual había caído en el año 722. ¡Todas las victorias pasadas! ¿Qué posible esperanza podría tener Jerusalén? La confianza en el Señor no era mejor que la que otras naciones habían tenido en sus propios dioses. Rabsacés consideró que esa fe era una insensatez. Del mismo modo, el mundo

incrédulo siempre considera que la fe en el Señor es la tontería peor.

**<sup>21</sup> Pero ellos callaron, no le respondieron palabra, porque el rey así lo había mandado, diciendo: «No le respondáis.»**

**<sup>22</sup> Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, el mayordomo; Sebna, el escriba, y Joa hijo de Asaf, el canciller, vinieron a Ezequías, rasgados sus vestidos, y le contaron las palabras del copero mayor.**

A pesar del impactante discurso, los hombres que estaban sobre el muro no respondieron palabra, porque estaban obedeciendo la orden que les dio Ezequías de guardar silencio. En cierto sentido, esa actitud demostraba fe en el Señor. El pueblo optó por confiar en Dios antes que aceptar la oferta de rendirse que les hacía el oficial asirio. A veces, ante la incredulidad arrogante, es mejor permanecer callado.

La delegación judía, con las vestiduras rasgadas en señal de profundo duelo, regresó afrentada a la ciudad. Les turbaba la blasfemia del comandante asirio que había desafiado a Dios, tal y como Goliat había desafiado al Dios viviente. Los delegados de Ezequías comprendían que la amenaza era real y ominosa, y esto les preocupaba en gran manera. Y por último, tampoco habían logrado nada. Senaquerib tenía el oro y la plata de Jerusalén, y no lo habían podido convencer de que detuviera el ataque. En lugar de eso, como respuesta, enviaba con toda audacia sus fuerzas a Jerusalén para continuar la campaña contra Ezequías. La situación era desesperada y no presagiaba nada bueno; no es de asombrar que se rasgaran las vestiduras.

**37** **Aconteció, pues, que cuando el rey Ezequías oyó esto rasgó sus vestidos y cubierto de ropas ásperas vino a la casa de Jehová. <sup>2</sup> Y envió a Eliaquim, el mayordomo; a Sebna, el escriba, y a los ancianos de los**

sacerdotes, cubiertos de ropas ásperas, a ver al profeta Isaías hijo de Amoz. <sup>3</sup> Ellos le dijeron:

—Esto ha dicho Ezequías: “Día de angustia, de castigo y de deshonra es este día, porque los hijos han llegado hasta el punto de nacer, pero la que da a luz no tiene fuerzas. <sup>4</sup> Quizá ha escuchado Jehová, tu Dios, las palabras del copero mayor, al cual el rey de Asiria, su señor, envió para blasfemar contra el Dios vivo; y él lo castigará por las palabras que Jehová, tu Dios, haya escuchado. Eleva, pues, una oración tú por el resto que aún ha quedado.”

Ezequías sabía lo que tenía que hacer. Su nación se enfrentaba a la aniquilación a manos de un poderoso ejército extranjero. Él había hecho lo mejor posible preparándose para la invasión y tratando de aplacar a Senaquerib mediante una gran cantidad de dinero, pero su mejor esfuerzo no fue suficiente. El rey asirio quería una sumisión completa, lo que también significaba la deportación de la población de Jerusalén a otra parte del imperio asirio. Ezequías se volvió a Dios en busca de ayuda. Acababa de volver a Asiria y había abandonado a Jehová y a su profeta Isaías (capítulo 7); Ezequías hizo lo contrario, e imitando el gesto de su delegación: rasgó sus vestiduras, entró al Templo y mandó traer a Isaías.

Los emisarios que fueron enviados a Isaías estaban vestidos de cilicio como demostración de la gravedad de la situación. Ezequías dijo que ese fue un “día de angustia, de castigo y de deshonra”, una triple designación que subrayaba la seriedad del asunto. Ciertamente era un día de escarnio para Ezequías y para su pueblo, pero el rey estaba más preocupado por las palabras del comandante asirio que ridiculizaban al Dios viviente. El jefe asirio se había burlado de las reformas de Ezequías y de su fe y se había mofado del Dios vivo como si no fuera más que otro ídolo. Eso era muy mortificante para Ezequías, como lo sería para cualquier otro creyente. No obstante, el rey supo qué hacer y se volvió al Señor.



El rey de Judá le pidió al profeta, hijo de Amoz, que orara a Dios por el remanente que aún quedaba. La idea de un remanente sobresale en el mensaje de Isaías ya en el primer capítulo de su profecía, cuando escribió: “Y queda la hija de Sión como enramada en viña, como cabaña en melonar, como ciudad asolada . Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra” (versículos 8 y 9). En los capítulos 10 y 11, el profeta de Dios se refirió de nuevo a ese pequeño grupo. Quizás Ezequías tenía en mente estas referencias, y si así fue, debió haber considerado al pueblo de Jerusalén como lo único que quedaba, ya que todas las otras ciudades habían sido capturadas. Por otra parte, puede ser que el monarca judío no estuvo pensando en estos pasajes y que se estaba refiriendo sólo a la población que quedaba en Jerusalén como lo único que había sobrevivido al ataque asirio.

La explicación completa de lo que el remanente era para el profeta emergerá en la segunda parte de su profecía; allí explicará que este resto estaba constituido por los fieles a quienes Dios iba a traer de regreso de Babilonia para reconstruir a Jerusalén y restablecer a Judá. El regreso de la población era una parte vital del plan de Dios para traer al Salvador al mundo, que habría de nacer en Belén, la ciudad de David, como su heredero.

Esta narración histórica se acopla muy bien a la estructura del texto de Isaías y parece extraño que hayan surgido tantas preguntas respecto a ella. Los capítulos 36 al 39 de Isaías son parecidos a 2 Reyes capítulos 18 a 20. A primera vista eso parece sugerir que Isaías tomó prestados pasajes de la historia de los reyes. En ambos pasajes, en el de 2 Reyes y en éste de Isaías, se deja sentir, pese a la diferencia en algunos puntos, la mano del profeta en los dos relatos. Dado que la historia de Reyes menciona “el acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador” (2 Reyes 18:17; compare con Isaías 36:2; 7:3), no es difícil concluir que Isaías escribió este relato. Si lo hizo, entonces el propio Isaías fue cronista de Ezequías o un escritor posterior lo añadió a la narración de Reyes. Además de la referencia al “estanque de

arriba”, los capítulos 36 y 37 constituyen una conclusión apropiada para la primera parte del libro del profeta ya que le dan fin al período asirio. La inclusión de las dos ideas apoya la autoría de Isaías. El camino (o calzada) y el remanente señalan aquí a Isaías como el autor y refuerzan la posición de estos capítulos como la conexión entre las dos mitades de su profecía.

**<sup>5</sup> Vinieron, pues, los siervos de Ezequías a Isaías. <sup>6</sup> Y les dijo Isaías:**

**—Decid a vuestro señor que así ha dicho Jehová: “No temas por las palabras que has oído, con las cuales han blasfemado contra mí los siervos del rey de Asiria. <sup>7</sup> He aquí que yo pondré en él un espíritu, oirá un rumor y se volverá a su tierra; y haré que en su tierra perezca a espada.”**

**<sup>8</sup> Vuelto, pues, el copero mayor, halló al rey de Asiria que combatía contra Libna, porque ya había oído que se había apartado de Laquis.**

De los dos acontecimientos que tuvieron lugar, el primero ocurrió dentro de Jerusalén. Desde allí el profeta de Dios le dirigió consoladoras palabras a su fiel rey. Isaías también había anticipado la llegada de los oficiales de Ezequías. El Señor le había dado al profeta un mensaje de aliento que estos emisarios necesitaban escuchar: “No temas”. En cada crisis de fe, los creyentes necesitan oír estas palabras e Isaías no las dijo nada más por decir algo o para darles valor. Eran las palabras de Jehová, el Dios de la gracia fiel y libre. Él las respaldaría, y por eso no habría nada que temer, incluso aunque todo se viese negro y sin esperanzas. El salmo 46 expresa el mismo pensamiento: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar” (versículos 1,2).

Isaías prosiguió, prometiendo que la blasfemia de los asirios no iba a ser pasada por alto. El rey pagano va a oír un informe que lo obligará regresar a su propio país donde morirá. En lugar de la

gran arrogancia demostrada por el comandante, Dios infundiría en Senaquerib un espíritu diferente, un espíritu de temor y aprensión.

El segundo suceso tuvo lugar al sur y al oeste de Jerusalén, en el campamento de Senaquerib. Aparentemente, el rey asirio había tenido éxito en Laquis; estaba tan orgulloso de su victoria que en Nínive, su capital, los bajo relieves que conmemoran su triunfo alcanzan los 21 m. de longitud. Pero el triunfo de Senaquerib sólo sirvió para oscurecer los cielos sobre Judá y Jerusalén. Laquis había caído, y Senaquerib marchó sobre Libna para atacarla. La estrategia asiria estaba funcionando: pronto Jerusalén iba a quedar aislada y todo el territorio de Judá estaría bajo el control asirio. Pero había un pequeño problema para Asiria, Egipto.

**<sup>9</sup> Pero oyó decir de Tirhaca, rey de Etiopía: «He aquí que ha salido para hacerte guerra», y al oírlo envió embajadores a Ezequías, diciéndoles: <sup>10</sup> «Así diréis a Ezequías, rey de Judá: “No te engañe tu Dios, en quien tú confías, diciendo: ‘Jerusalén no será entregada en manos del rey de Asiria.’**

**<sup>11</sup> He aquí que tú has oído lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, que las han destruido. ¿Y escaparás tú? <sup>12</sup> ¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que destruyeron mis antepasados, a Gozán, Harán, Resef y a los hijos de Edén que moraban en Telasar? <sup>13</sup> ¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, el rey de la ciudad de Sefarvaim, el de Hena y el de Iva?”»**

La información de que Tirhaca marchaba para combatir contra Senaquerib no era lo que Isaías había prometido. Ese informe únicamente reforzó la resolución de Senaquerib de conquistar a Jerusalén, pues quería finalizar rápidamente su campaña. Su mensaje que le envió al rey de Judá era la misma estrategia y retórica, sólo con nuevos nombres añadidos a la lista de pueblos que los reyes asirios habían derrotado. Los dioses de esos pueblos no los habían salvado, ¿cómo podía Ezequías esperar que su Dios

los fuera a salvar a él y a Jerusalén? El reporte que Isaías había prometido vendría después (Ese reporte parece haber sido el de una rebelión en Babilonia que demandaba la inmediata atención del rey asirio).

**<sup>14</sup>Tomó Ezequías las cartas de manos de los embajadores y las leyó. Luego subió a la casa de Jehová y las extendió delante de Jehová. <sup>15</sup>Entonces Ezequías oró a Jehová diciendo: <sup>16</sup>«Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra. <sup>17</sup>Inclina, Jehová, tu oído, y oye; abre, Jehová, tus ojos, y mira. Escucha todas las palabras que Senaquerib ha enviado a decir, para blasfemar contra el Dios viviente. <sup>18</sup>Ciertamente, Jehová, los reyes de Asiria han destruido todas las tierras y sus comarcas <sup>19</sup>y han entregado los dioses de ellos al fuego, porque no eran dioses sino obra de manos de hombre, madera y piedra; por eso los destruyeron. <sup>20</sup>Ahora pues, Jehová, Dios nuestro, libranos de sus manos, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová.»**

Junto con las noticias de la caída de Laquis, la carta de Senaquerib le llevó una nueva oleada de temor a Ezequías, pero de nuevo el rey hizo lo que siempre debe hacer el creyente: se volvió a Dios y oró, manifestando así una profunda fe en Jehová. Se requería de mucha fe para entender que los dioses de todas las demás naciones eran solamente imágenes hechas de madera o piedra. Eran muchos en Judá los que habían adorado a esos ídolos, pero Ezequías conocía la verdad y en ella basaba su oración. Además, le pidió que Dios los librara para que el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de Israel, fuese glorificado. El rey de Judá estaba ofendido por los repetidos insultos que había proferido Senaquerib contra el Señor, y Jehová, en su gran amor, respondió a la oración de Ezequías.

**21 Entonces Isaías hijo de Amoz, envió a decir a Ezequías:  
—Así ha dicho Jehová, Dios de Israel, acerca de lo que  
me rogaste sobre Senaquerib, rey de Asiria. 22 Éstas son las  
palabras que Jehová ha hablado contra él:**

**“La virgen hija de Sión  
te menosprecia, se burla de ti;  
a tus espaldas mueve su cabeza  
la hija de Jerusalén.**

**23 ¿A quién ultrajaste y contra quién blasfemaste?  
¿Contra quién has alzado tu voz  
y levantado tus ojos con altivez?  
¡Contra el Santo de Israel!**

**24 Por medio de tus siervos  
has ultrajado al Señor  
y has dicho: ‘Con la multitud de mis carros  
subiré a las alturas de los montes,  
a las laderas del Líbano;  
cortaré sus altos cedros,  
sus cipreses escogidos;  
llegaré hasta sus más elevadas cumbres,  
a su bosque más frondoso.**

**25 Yo cavé y bebí las aguas,  
y con las pisadas de mis pies  
secaré todos los ríos de Egipto.’**

**26 ¿No has oído decir  
que desde tiempos antiguos yo lo hice,  
que desde los días de la antigüedad lo tengo planeado?  
Pues ahora lo he hecho venir.  
Y tú estás puesto para reducir las ciudades fortificadas  
a montones de escombros.**

**27 Sus moradores fueron de corto poder.  
Acobardados y confusos,  
fueron como hierba del campo  
y hortaliza verde,**

**como heno de los terrados,  
que antes de sazón se seca.**

**<sup>28</sup> He conocido tu condición,  
tu salida y tu entrada,  
y tu furor contra mí.**

**<sup>29</sup> Porque contra mí te airaste  
y tu arrogancia ha llegado a mis oídos;  
pondré, pues, mi garfio en tu nariz  
y mi freno en tus labios,  
y te haré volver por el camino  
por donde viniste.”**

**<sup>30</sup> »Esto te será por señal:  
Comeréis este año lo que nace de suyo,  
el año segundo lo que nace de suyo,  
pero el tercer año sembraréis y segaréis,  
plantaréis viñas y comeréis su fruto.**

**<sup>31</sup> Y los que hayan quedado de la casa de Judá,  
y los que hayan escapado,  
volverán a echar raíz abajo  
y darán fruto arriba.**

**<sup>32</sup> Porque de Jerusalén saldrá un resto  
y del monte Sión los sobrevivientes.  
El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.**

**<sup>33</sup> Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria:  
“No entrará en esta ciudad  
ni arrojará saeta en ella;  
no vendrá delante de ella con escudo  
ni levantará contra ella baluarte.**

**<sup>34</sup> Por el camino que vino, volverá  
y no entrará en esta ciudad,  
dice Jehová.**

**<sup>35</sup> Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla,  
por amor a mí mismo y por amor a David, mi siervo.”**

Dios le respondió a Ezequías a través del profeta Isaías, y la respuesta se burla de Senaquerib de forma muy parecida a como éste se había burlado de Ezequías. La burla no iba a venir de poderosos comandantes militares, sino “de la virgen hija de Sión” y “de la hija de Jerusalén”, ambas mujeres. Quienes en las guerras antiguas carecían de poder serían las que despreciarían y se burlarían de las poderosas fuerzas asirias. Isaías deja bien clara la razón para esto: los asirios habían vituperado y blasfemado al Santo de Israel y los mensajeros de Senaquerib habían llegado al colmo en sus ofensas contra el Señor.

En los pasajes hebreos, muchas veces es difícil precisar quién es el que habla, es frecuente que el orador cambie sin que el texto lo indique. El versículo 24 presentó las palabras orgullosas de Senaquerib; en el versículo 26, quien habla es otro; en esta ocasión, es el propio Dios. ¿No has oído [Senaquerib]...? El Señor siguió diciéndole al rey asirio que él había planeado sus grandes logros desde mucho antes: “desde tiempos antiguos yo lo hice”. En otras palabras, Jehová era el Dios que hacía la historia; todos los acontecimientos del mundo están bajo su control y éstos son sólo instrumentos divinos que llevan a cabo los planes que él ha hecho. Dios no actúa por capricho sino que lo tiene todo planeado y, puesto que Senaquerib era tan arrogante, Dios lo iba a conducir de la nariz con un garfio como a un animal salvaje. El rey asirio iba a regresar a Nínive mucho más humilde que el arrogante que inició la campaña contra Jerusalén.

Luego Isaías se volvió a Ezequías y le aseguró que las dificultades por causa de la invasión asiria no iban a desaparecer rápidamente. Judá sufrirá durante dos años las consecuencias de la incursión, pero al tercer año las cosas regresarán a la normalidad. El ataque asirio había destruido la cosecha de un año y les había impedido a los agricultores sembrar una nueva. La única fuente de alimento para Judá durante dos años sería “lo que nace de suyo”, pero al tercer año la agricultura se normalizará.

Además, Isaías le aclaró a Ezequías la idea del remanente. Un resto fiel: va a crecer en Jerusalén, echará raíces y llevará fruto.

¡Qué interesante imagen acerca de los creyentes! Por la fe se asirían mansa y confiadamente al Señor, echando raíces en sus misericordiosas promesas para sacar fuerzas y consuelo de ellas y así llegar a producir frutos de fe. Dios no iba a permitir que sus promesas no se cumplieran. Aunque su pueblo tendría que ser diezmado por los enemigos, o llevado más tarde cautivo por los babilonios, aún así quedarían los suficientes para que él cumpliera todo lo prometido. Su promesa era mucho más importante que la invasión asiria, porque involucraba la promesa que había hecho Dios de enviar al Mesías, que vendrá como un niño del tronco de Isaí. La frase “el celo de Jehová de los ejércitos” aparece también en 2 Reyes, capítulo 19, y registra el mismo canto de Isaías, que se repite en Isaías 9:7. He aquí un sello más al final que garantiza las promesas de Dios. ¡Amén! Así será; Dios se encargará de ello.

Esa promesa divina abarcaba la redención universal mediante el Mesías, pero Dios no se olvidó de la situación de Jerusalén. A Ezequías se le confirmó una vez más que Senaquerib no iba a tomar a Jerusalén; de hecho, ni siquiera se iba a disparar una saeta dentro de la ciudad. Dios la defenderá, pero no porque lo mereciera ni porque Ezequías fuera un rey bueno y fiel. Dios salvará a Jerusalén únicamente por su gracia: “por amor de mí mismo”. Dios librará a Jerusalén simplemente por ser él quien es y porque es misericordioso. En la primera parte de su profecía, Isaías había mencionado muchos de los pecados de Jerusalén y de su pueblo. La historia postrera revelará la continua infidelidad y perversión de su pueblo. Pero por su gracia, Dios iba a guardar otra vez a Jerusalén.

Dios incluyó a su siervo David como una razón para la salvación. En 2 Samuel capítulo 7, Dios había prometido que el Mesías vendrá de la familia de David y así sucederá. El Todopoderoso se comprometió a conceder la liberación debido a su promesa, aunque ni David en la antigüedad ni Ezequías merecían que Dios los liberara, pero aun así el Señor lo iba a hacer.



**<sup>36</sup> Y salió el ángel de Jehová y mató a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, todo era cadáveres. <sup>37</sup> Entonces Senaquerib, rey de Asiria, se fue y se estableció en Nínive. <sup>38</sup> Y aconteció que mientras adoraba en el templo de Nisroc, su dios, sus hijos Adramelec y Sarezzer lo mataron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat. Y reinó en su lugar Esarhadón, su hijo.**

Todo ocurrió tal como Isaías lo predijo. Ciento ochenta y cinco mil orgullosos soldados asirios murieron en una sola noche. Senaquerib levantó el campamento, se retiró, retornó a Nínive y allí permaneció. Dios le había dado un espíritu tímido. La destrucción de una porción significativa de sus fuerzas lo hizo regresar a su país; quizás escuchó también el reporte de que se incubaba una rebelión en Babilonia. Algunos comentaristas encuentran evidencias para ese rumor en las crónicas de Asiria. Sea cual fuere la razón, los asirios se retiraron maltrechos a Nínive por causa de Jehová de los ejércitos.

Senaquerib no murió tan pronto como regresó a Nínive, sus dos hijos lo asesinaron casi 20 años más tarde. Es interesante recordar que el rey asirio estaba adorando en el templo de su dios cuando fue asesinado. Nuevamente notamos el contraste que hace Isaías. Ezequías fue al templo del Señor y oró y Jehová le respondió con una grande y gloriosa victoria; Senaquerib fue al templo de Nisroc a orar, pero su dios no fue capaz de protegerlo ni siquiera durante el acto de la oración. Jehová es Dios; él es el único y verdadero Dios. Todos los otros dioses son simplemente imágenes sin valor.

### *La enfermedad de Ezequías y su liberación*

**38** En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y el profeta Isaías hijo de Amoz, vino a él y le dijo: «Esto dice Jehová: “Ordena los asuntos de tu casa, porque



*El ángel de Jehová*

**vas a morir. Ya no vivirás.”»**

**<sup>2</sup> Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared e hizo oración a Jehová, <sup>3</sup> y dijo: «Jehová, te ruego que recuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos.» Y lloró Ezequías con gran llanto.**

**<sup>4</sup> Entonces vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: <sup>5</sup> «Ve y dile a Ezequías: “Jehová, Dios de tu padre David, dice así: ‘He oído tu oración y he visto tus lágrimas; he aquí que yo añado a tus días quince años. <sup>6</sup> Te libraré, a ti y a esta ciudad, de manos del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé. <sup>7</sup> Esto te será por señal de parte de Jehová, que Jehová hará esto que ha dicho: <sup>8</sup> He aquí, yo haré regresar la sombra diez grados más de los grados que ya ha descendido en el reloj de Acaz.’”» Y volvió el sol diez grados atrás, sobre los cuales ya había descendido.**

Isaías reportó que Senaquerib regresó todo maltrecho a Nínive, después de que el ángel de Jehová había destruido una parte sustancial del ejército asirio. Para Isaías, el capítulo 37 fue la conclusión apropiada para la amenaza a Judá por parte de Asiria. Jerusalén estaba de nuevo a salvo gracias a la misericordia y el poder del Señor.

Pero Isaías no ha terminado con su profecía sino que vuelve su atención, y la de sus lectores, a una nueva fase en la historia del pueblo escogido. Asiria, que había sido la principal amenaza en la vida de Isaías, iba a desaparecer del escenario con el paso del tiempo. El mundo tenía deparadas otras amenazas para Ezequías y para Jerusalén, así que el profeta comienza ahora a dirigir la atención de sus lectores a ellas. La primera estaba dirigida a la vida de Ezequías; la segunda era la de un nuevo y poderoso enemigo: Babilonia. Las dos están relacionadas. La enfermedad de Ezequías se convirtió en la introducción a un drama mayor y más grave. Los embajadores enviados por el rey de Babilonia fueron porque supieron que Ezequías “había estado enfermo y que se había

restablecido” (39:1). Isaías nos da a conocer la amenaza que representaba esa nación. Babilonia permanece en el trasfondo de lo que Isaías escribe en la segunda parte de su profecía.

Así, pues, Isaías cierra la primera mitad de su libro con el regreso de los asirios a Nínive como consecuencia de la poderosa y misericordiosa intervención del Señor. Pero a partir de los sucesos de esos días, el profeta inaugura la segunda parte de su libro hacia una era en la que los asirios ya no van a amenazar a Judá. Isaías vio en el futuro el surgimiento de Babilonia. La invasión asiria acaeció en el año 701 a.C.; la invasión babilónica, que originó la destrucción de Jerusalén, ocurrió en el año 587, más que un siglo después. Para cuando Nabucodonosor viniera, Isaías y sus contemporáneos estarían todos muertos y sepultados. Pero el profeta le señalaba a su pueblo el futuro porque Dios le había revelado estos sucesos venideros mediante la inspiración.

Este capítulo comienza diciendo “en aquellos días”. Isaías no aporta la fecha específica porque no era importante para sus lectores; sin embargo, los sucesos sí lo fueron. Los eruditos han debatido estas fechas y la secuencia de los acontecimientos. Algunos sostienen que el suceso que aquí se narra realmente ocurrió antes de la invasión asiria, y presentan un buen argumento al respecto, pero uno no se debe distraer por la secuencia de los sucesos ni debe perder de vista el significado de los mismos. La arqueología es de maravillosa ayuda para los estudiantes de la Biblia, pero no es precisa. Una teoría sobre los sucesos muchas veces le da paso a otra debido a los nuevos datos descubiertos más recientemente. Como lectores de las palabras proféticas hemos entrado al mundo de Dios 2,700 años después de la época de Isaías. Sólo tenemos información parcial acerca de “aquellos días”. Los acontecimientos sin duda tuvieron lugar; esta no es la pregunta sino *cuándo y en qué secuencia*. Pero Isaías no nos ayuda en esto, él sólo escribió: “En aquellos días”. Más allá de eso, tenemos que limitarnos a confiar en que el Señor le dijo a Isaías lo que les había de revelar a sus lectores de aquel entonces y a nosotros 2,700 años después.

Isaías no anda con rodeos y va de inmediato al grano. Ezequías estaba enfermo, a punto de morir. De hecho, Dios había enviado al profeta con un triste mensaje: “Ordena los asuntos de tu casa, porque vas a morir. Ya no vivirás.” Ese anuncio siempre sacude profundamente al espíritu humano. Muchos pacientes a través de los siglos han escuchado del médico ese tipo de noticias. La reacción de Ezequías es un ejemplo para todos los creyentes, ya que lo primero que hizo fue orar. La profunda angustia de su alma se desbordó en un ferviente ruego a Jehová, el Dios del pacto, a quien había servido fielmente. Ezequías tenía 25 años de edad cuando comenzó su reinado y reinó 29 años en Jerusalén, de manera que murió a los 54 años (ver 2 Crónicas 29:1). Si le restamos los 15 años que Dios le añadió a su vida, Isaías tenía 39 años de vida cuando le informó que moriría. Era un hombre joven en la plenitud de su vida.

Su oración era la de un alma angustiada, aunque no es buen ejemplo de una oración modelo. Puede que de ojeada nos parezca una especie de regateo con Dios, en el que le expone: su fidelidad, su devoción y sus buenas obras, ofreciéndolas como base para pedir la ayuda divina. Tiempo después Isaías escribió: “Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (64:6). Ningún ser humano puede hacer nada que amerite la salvación por parte de Dios. Al leer de nuevo la plegaria, pudiéramos considerar que la enumeración que hace el rey de sus obras fuera una pregunta en cuanto a su futuro. Ezequías había heredado de Acaz, su padre, un caos espiritual; pero su reinado había sido diferente; bajo su gobierno había introducido grandes reformas en Judá. Cuando Isaías le dijo a este piadoso rey que su vida iba a concluir, quizás él se preguntó qué iba a suceder con las reformas que había instituido.

A pesar de lo que estuviera en el corazón, Ezequías representa un típico ser humano que se enfrenta al final de su vida. Quienes padecen enfermedades terminales pasan por etapas de: negación, ira, negociación, y finalmente aceptación. En algún momento de la reacción de Ezequías, ante las noticias del profeta, el rey se

volvió a Dios, el único quien le podía ayudar. Y oró como cualquier otro creyente. No nos debe sorprender que el rey de Judá diga estas palabras incluso cuando pudiéramos pensar que no es la oración ideal. Las palabras brotan de un corazón humano angustiado que confía en el Señor Dios.

Jehová escuchó la plegaria de Ezequías. Según 2 Reyes, Isaías apenas había salido de la presencia del rey en camino a la salida del palacio cuando el Señor lo detuvo y le dijo que regresara con las buenas noticias del poder de sanación de Dios. El rey no iba a morir, sino que iba a vivir. Esa sanidad provino del Dios misericordioso y amoroso que es compasivo cuando trata con humanos imperfectos y frágiles.

El mensaje que Isaías le transmitió a Ezequías establece algunas maravillosas verdades que son aplicables al pueblo de Dios de todos los tiempos. El Señor escucha las oraciones de su pueblo; ninguna plegaria del creyente va a parar al vacío. Dios las escucha todas. Él vio también las lágrimas del rey. Esta es otra verdad que los fieles pueden atesorar, el Todopoderoso se da cuenta del sufrimiento y de la angustia de los suyos. Y por último, Jehová hizo uso de su poder para cambiar lo que el esfuerzo humano no podía hacer, el hizo que Ezequías se recuperara. Esta es una afirmación en la que todo el pueblo de Dios ha confiado. Él tiene el poder para hacer lo imposible. Alentados por estos versículos, los creyentes se pueden volver a su Dios en oración y confiar en que él entiende sus aflicciones y escucha sus plegarias. Si es su voluntad, él también puede: liberarlos, restaurarlos, darles fuerza o salud, incluso cuando la medicina y el mayor de los esfuerzos humanos no ofrezcan esperanza alguna.

Como prueba de esta promesa al enfermo rey, Dios le dio una señal. La sombra del sol retrocedería diez grados en el reloj solar de Acáz. Ese es un portento asombroso digno de ser ponderado. Algunos comentaristas, por supuesto, no creen que ese milagro pudiera haber ocurrido. Sin embargo, con este prodigio Dios afirmó que él puede alterar el curso del universo en beneficio de su pueblo. Nada está fuera de su poder. Nos podríamos asombrar

acerca de este milagro de la misma manera en que nos quedamos perplejos ante la detención del sol por petición de Josué (Josué 10), pero para la fe ese milagro no es causa de tropiezo sino de confianza en lo que Dios dice. Él es todopoderoso, y si quiere detener el sol o darle marcha atrás, puede hacerlo.

**<sup>9</sup> Escrito de Ezequías, rey de Judá, de cuando enfermó y sanó de su enfermedad:**

**<sup>10</sup> «Yo dije: “En la mitad de mis días  
me iré a las puertas del seol;  
privado soy del resto de mis años.”**

**<sup>11</sup> Y dije: “No veré a Jah,  
a Jah en la tierra de los vivientes;  
ya no veré más a los hombres  
entre los moradores del mundo.**

**<sup>12</sup> Mi morada ha sido movida y traspasada de mí,  
como una tienda de pastor.  
Como un tejedor yo devanaba mi vida;  
pero él la va a cortar del telar.  
¡Tú me consumirás entre el día y la noche!”**

**<sup>13</sup> Yo clamo hasta la mañana;  
él, como un león, muele todos mis huesos:  
de la noche a la mañana terminarás conmigo.**

**<sup>14</sup> Como la grulla y como la golondrina me estoy-  
quejando;  
gimo como la paloma  
y alzo hacia lo alto mis ojos.  
Jehová, violencia padezco, ¡fortaléceme!**

El salmo de Ezequías que Isaías inserta en este relato no está incluido en la narración paralela que tenemos en 2 de Reyes. La sencilla introducción que hace el profeta lo identifica como un escrito del rey Ezequías después de su recuperación. Este salmo, o himno de un creyente agradecido, está erizado de dificultades textuales y gramaticales; además, las palabras que dice el rey

revelan un punto de vista muy humano de la muerte. Cuando el apóstol Pablo anticipó su fallecimiento, escribió: “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia” (Filipenses 1:21). Ezequías escribió desde la perspectiva del corazón humano: “Iré a las puertas del seol; privado soy del resto de mis años... No veré a Jah, a Jah en la tierra de los vivientes; ya no veré más a los hombres entre los moradores del mundo.”

Desde el punto de vista de un hombre joven que contempla el final de su vida en la tierra, las palabras de Ezequías son perfectamente comprensibles. Sus ojos humanos no podían ver nada más allá de la tumba, ni podía traspasar la barrera de la muerte para ver el gozo y la felicidad del cielo. El rey de Judá confesó su limitada visión cuando introdujo esos pensamientos con la palabra “dije”. Muchos santos han mirado el fin de su vida en iguales términos, y muchos jóvenes enfrentados a la muerte han compartido la misma perspectiva del rey, concluyendo que su vida ha terminado. Esa es la visión humana de la vida y de la muerte. Pero, por supuesto, Dios nos tiene reservado mucho más. Únicamente él le puede hablar al corazón y a la mente humana de la gloria que le espera más allá de la muerte y de la felicidad que les aguarda a sus santos. Ese discernimiento vino de Dios. Isaías había escrito acerca del gozo y la felicidad de la nueva Jerusalén (35:10), e incluso había escrito acerca de la perfecta salud que gozarán los que vivan en Sión (33:24). El Nuevo Testamento se basó en estas verdades, y las aprobó por completo, como hizo San Juan abiertamente en Apocalipsis.

La primera parte del salmo de Ezequías revela una visión humana normal y limitada de la muerte, así como la angustia que ésta causa. Ezequías vio llegar su vida a un súbito final. Ya no podría adorar al Señor en el Templo ni disfrutar de las relaciones humanas que tenía en la tierra. Su vida era como la tienda de un pastor que alguien hubiera derribado; como el tejedor que corta los hilos de su telar, así la vida de Ezequías parecía llegar a su abrupto final. Este hombre no era diferente a muchos otros creyentes que en el transcurso de los siglos han clamado al cielo



en medio del dolor y se han quejado en sus dificultades. Cuando oró pidiendo ayuda, parecía que el Señor no respondía. “Alzo hacia lo alto mis ojos”, decía y así terminó la primera parte de su salmo. La segunda porción se aparta de la angustia humana y se concentra en la misericordiosa liberación divina.

**15 ¿Qué diré?**

**El que me lo dijo, él mismo lo hará.**

**Andaré humillado todos mis años,  
a causa de la amargura de mi alma.**

**16 Señor, por estas cosas los hombres viven  
y en todas ellas está la vida de mi espíritu;  
pues tú me restablecerás y harás que viva.**

**17 He aquí gran amargura  
me sobrevino en la paz,  
pero a ti te agradó librar mi vida  
del hoyo de corrupción,  
porque echaste tras tus espaldas  
todos mis pecados.**

**18 Pues el seol no te exaltará  
ni te alabará la Muerte;  
ni los que descienden al sepulcro  
esperarán en tu verdad.**

**19 El que vive, el que vive, éste te dará alabanza,  
como yo hoy.**

**El padre hará notoria  
tu verdad a los hijos.**

**20 ¡Jehová me salva!**

**Por eso tocaremos nuestros instrumentos  
y cantaremos en la casa de Jehová  
todos los días de nuestra vida.»**

El tono de Ezequías cambia porque el Señor le ha hablado y lo ha librado. Por el inmerecido amor de Dios le fueron dados a Ezequías quince años más de vida. Por medio de esta prueba, el

rey había aprendido una gran lección. Al contemplar la brevedad de la vida, Moisés oró: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría ” (Salmo 90:12). Ezequías había encontrado la respuesta a esa oración, el resto de su salmo abunda de lecciones que Dios le ha enseñado. Incluso llega a confesar “gran amargura me sobrevino en la paz ”.

¿Cuáles fueron las lecciones? El rey encontró fortaleza y vida en las palabras del Señor y aprendió que Dios podía ejercer su poder divino en su vida. Así confesó: “Te agradó librar mi vida del hoyo de corrupción”. Ezequías se abstiene esta vez de mencionar: su fidelidad, su devoción y sus buenas obras, para concentrarse en la gracia y en el amor de Dios. Además de esto, ha aprendido que el infinito amor de Dios implica más que la liberación de la cruel muerte. Ahora el rey sabía: “Echaste tras tus espaldas todos mis pecados”.

Ese discernimiento hizo que el rey se sintiera motivado a alabar al Señor, a andar en humildad todos sus años y a alentar a los padres para que les hablaran a sus hijos de la fidelidad del Todopoderoso. Ezequías dice: “El seol no te exaltará ni te alabará la Muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán en tu verdad”, lo cual podría sonar demasiado parecido a la perspectiva de los incrédulos carentes de esperanza después de la muerte. Pero Ezequías sabía que la muerte acorta el tiempo de gracia y acaba con la oportunidad de trabajar para el Señor. Las Escrituras nos recuerdan que vivimos para Dios aquí en la tierra mientras tenemos el tiempo para hacerlo. Ezequías concluyó que todavía tenía trabajo por hacer en esta vida; su interés se enfocaba en lo que quedaba por terminar en Judá y en Jerusalén y que no podría cumplir al morir. Así es que en la segunda parte de su salmo se dedica a alentar a su pueblo para hacer lo que puedan mientras vivan, antes de que venga la muerte. Una vez que ésta llegue, les privará de la oportunidad de alabar a Dios en su Templo y de compartir su fidelidad con las generaciones venideras. Hay que aprovechar el día para vivir para el Señor y alabarlo. Ezequías iba a hacer eso.

**21 Y había dicho Isaías:**

**—Tomen una masa de higos y pónganla en la llaga, y sanará.**

**22 Había asimismo dicho Ezequías:**

**—¿Qué señal tendré de que subiré a la casa de Jehová?**

¿Cuál es el propósito de estos dos versículos? En el relato paralelo de 2 de Reyes, ambos están colocados en la narración de una forma natural, inmediatamente después del anuncio de los quince años más de vida que Dios le concedió al rey de Judá. Aquí los versículos en cuestión parecen estar fuera de lugar, al punto de que este autor considera que constituyen una nota al pie del escrito o un anexo a la historia que Isaías está contando aquí. El profeta consideró más importante incluir el salmo de Ezequías que dar una narración consistente; sin embargo, este segmento de la historia ata dos importantes cabos sueltos relacionados con los dos milagros del capítulo: la recuperación de Ezequías y el retroceso del sol.

¿Cómo curó Dios a Ezequías? Por medio de las instrucciones que le dio a su profeta al que le ordenó que para ello empleara medios naturales. Isaías mandó a los siervos del rey que trajeran un emplasto de higos y lo aplicaran en la llaga. Dios obró su milagro por este medio. El primer cabo suelto queda así unido al relato por medio de esta nota al pie de la página. Quizás Isaías estaba también sugiriendo que sus lectores podían encontrar una información más completa en 2 Reyes.

El segundo asunto era la milagrosa señal que le iba a dar al rey la certeza de su recuperación. En la historia previa a este capítulo, Isaías sencillamente había anunciado que el sol iba a retroceder diez grados. Pero hay más todavía, el milagro se produjo debido al diálogo que hubo entre Isaías y el monarca. El versículo 22 le recuerda al lector que además de lo incluido en los versículos 7 y 8 aún queda más por relatar.

Hubiéramos preferido que los versículos 21 y 22 estuviesen insertados antes del salmo de Ezequías, o que nosotros pudiéramos

reconstruir el capítulo de modo diferente. Pero no le debemos imponer nuestra lógica y retórica occidental a una mentalidad antigua y oriental. Dejemos el relato como está, ya que no discrepa de 2 Reyes. Solamente notamos un conflicto en cuanto a la forma en que quisiéramos ver organizado este capítulo.

### *El error de Ezequías y la conquista futura por Babilonia*

**39** En aquel tiempo, Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y presentes a Ezequías, porque supo que había estado enfermo y que se había restablecido. <sup>2</sup> Se regocijó con ellos Ezequías y les mostró la casa de su tesoro: la plata y el oro, las especias, los ungüentos preciosos, toda su casa de armas y todo lo que se hallaba en sus tesoros. No hubo cosa en su casa y en todos sus dominios que Ezequías no les mostrara.

Los dos versículos finales del capítulo 38 fueron una prolongación que señala hacia el pasado a la narración de la recuperación de Ezequías y que a la vez apunta a los acontecimientos de este capítulo. Ambos versículos le aclaran al lector la razón de la venida a Jerusalén de los enviados de Babilonia. Lo hicieron por una cosa, porque Ezequías se había aliviado. Pero 2 Crónicas nos da una razón más: los enviados vinieron a verlo para “saber del prodigio que había acontecido en el país” (32:31). Así Isaías, con esos dos versículos, orienta al lector tanto hacia el pasado como hacia al futuro. Esta última sección de cuatro capítulos también le habla al lector del pasado período asirio y del futuro babilónico.

Ezequías se había enorgullecido; Lutero lo describe de esta manera: “Aquí, el muy honorable rey está leproso de pies a cabeza con esta enfermedad de la arrogancia” (Traducido de las obras de Martín Lutero, *Luther's Works*, volumen 16, p. 347). El rey judío estaba feliz de recibir a los embajadores de Merodac-baladán. Era algo como para envanecer a cualquiera y ciertamente a un rey

judío, que recibía la atención de los ricos y los poderosos. Podemos concluir con propiedad que Merodac-baladán buscaba un aliado contra los asirios. Josefo, el historiador judío, informa que el verdadero propósito de la visita de los babilonios fue el de recabar apoyo en el occidente para el movimiento de resistencia contra Asiria. El milagro del retroceso del sol indicaba que Ezequías era un hombre de importancia, y el monarca babilonio podría haberse preguntado si este rey judío le podía ser de alguna ayuda en su lucha contra esa nación.

La evidencia histórica actual con relación a Merodac-baladán lleva a la mayoría a concluir que estos sucesos ocurrieron antes de la invasión asiria que se registra en los capítulos 36 y 37. Merodac-baladán fue dos veces rey de Babilonia, la primera vez en el año 721 al 709 a.C; y la segunda vez, durante un breve período en el año 703 a.C. Estos hechos históricos brindan apoyo a la teoría actual; pero la opinión puede cambiar en otra dirección en el futuro. Posiblemente Merodac-baladán, que huyó a Elam en el año 703, podría haber comenzado desde el exilio a reunir: dinero, influencia y apoyo para oponerse a Asiria una vez más. Aparte de cuándo fue que sucedió, Isaías consideró que lo importante eran los acontecimientos y no su secuencia o cronología. Estos emisarios aparecieron poco después de la recuperación de Ezequías “en aquel tiempo”, como escribió el profeta de Dios, y no nos da más información.

La vanidad del rey judío lo empujó a actuar neciamente, y sin pensar le mostró a la delegación de Babilonia todas las riquezas de su reino. En la política de los poderes del mundo antiguo, eso era una insensatez. Con el poder siempre fluctuando de un reino a otro a medida que las naciones pasaban de una alianza a otra, esa información podía ser desastrosa. Ezequías debe haber estado tan enfatuado ante la atención de los babilonios que perdió la cabeza por completo. Su confianza en esos momentos estaba en las riquezas y en los almacenes, pero no en el Señor. Esa fue la prueba que Ezequías falló.

**<sup>3</sup> Entonces el profeta Isaías vino al rey Ezequías y le dijo:  
—¿Qué dicen estos hombres y de dónde han venido a ti?  
Ezequías respondió:**

**—De tierra muy lejana han venido a mí, de Babilonia.**

**<sup>4</sup> Dijo entonces:**

**—¿Qué han visto en tu casa?**

**Y dijo Ezequías:**

**—Todo lo que hay en mi casa han visto; ninguna cosa hay en mis tesoros que no les haya mostrado.**

**<sup>5</sup> Entonces dijo Isaías a Ezequías:**

**—Oye palabra de Jehová de los ejércitos: <sup>6</sup>“He aquí vienen días en que será llevado a Babilonia todo lo que hay en tu casa, lo que tus padres han atesorado hasta hoy; ninguna cosa quedará, dice Jehová. <sup>7</sup> De tus hijos que saldrán de ti y que habrás engendrado, tomarán, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.”**

**<sup>8</sup> Y dijo Ezequías a Isaías:**

**—La palabra de Jehová que has hablado es buena.**

**Y añadió:**

**—A lo menos, haya paz y seguridad en mis días.**

De la manera como había acudido Isaías ante el fiel Ezequías con las buenas noticias de su recuperación, ahora lo hacía con la nefasta noticia de las consecuencias de la arrogancia del regente. Como hizo el Señor en el jardín del Edén con Adán y Eva, y como hizo Natán ante David, Isaías le mostró sus pecados al pecador. Ezequías aceptó sin objeciones lo que había hecho para luego escuchar el juicio que Isaías había venido a anunciar.

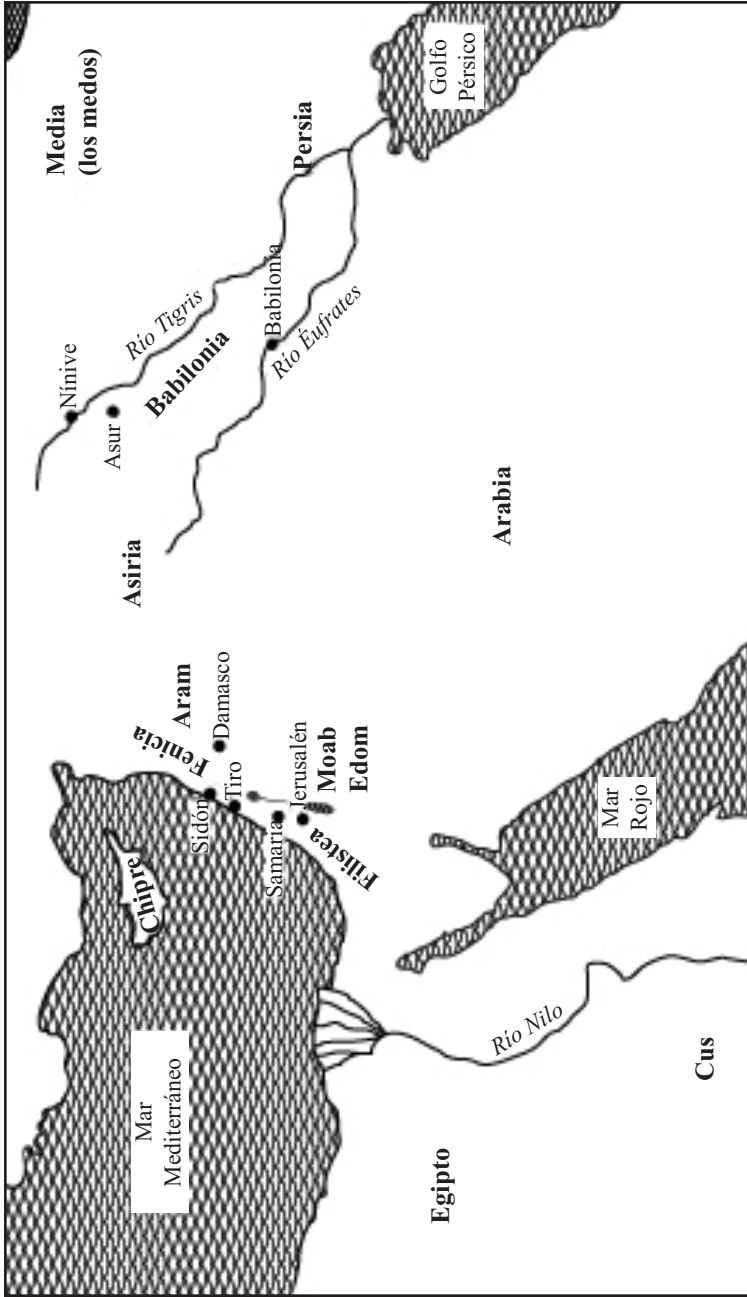
El juicio era claro. Nada le había ocultado Ezequías a la delegación de Babilonia, y nada será dejado en Jerusalén. Todo será llevado como botín de guerra; pero eso no era lo peor. Uno podía ser pobre y todavía seguir viviendo en Jerusalén, pero algunos de los descendientes de Ezequías iban a ser llevados a Babilonia para ser hechos eunucos, o funcionarios del gobierno,

en el palacio del rey pagano. Es esta la primera vez en que Isaías menciona expresamente la cautividad en Babilonia.

La profecía comenzó a cumplirse con Manasés, el hijo de Ezequías. Cuando Manasés ocupó el trono de su padre, el Señor hizo que fuera prisionero de los asirios; ellos “apresaron con grillos a Manasés...y atado con cadenas, lo llevaron a Babilonia” (2 Crónicas 33:11). Pero las palabras de Isaías se cumplieron completamente cuando Nabucodonosor destruyó Jerusalén y llevó a Judá al cautiverio. Fue entonces cuando judíos como: Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-negó se convirtieron en funcionarios del rey de Babilonia (ver Daniel 1).

Ezequías escuchó con resignación las terribles noticias del juicio. El fin iba a venir sobre Jerusalén y Ezequías lo sabía. El conocimiento de ello le resultaba tan doloroso como trágico. Sabía que no podía cambiar el juicio de Dios porque comprendió su causa, su propia arrogancia. Al mismo tiempo, encontró algo de esperanza durante su vida terrenal, ya que tendría paz y seguridad. Él no iba a ser testigo de la destrucción de Jerusalén ni de la profanación del Templo. En su gracia, Dios le había concedido cierta esperanza a Ezequías, que reconoció el aplazamiento misericordioso del juicio por parte de Dios.

La referencia a Babilonia sirve de puente entre la primera y la segunda mitad de la profecía de Isaías y a su vez orienta a los lectores hacia las grandes cosas que Dios les tiene reservadas a los suyos en el futuro. La esclavitud iba a ser parte de ese porvenir en el que se percibía la oscura y ominosa nube babilónica. Sin embargo, al hablarnos de la futura historia de Judá, Isaías nos hablará también del advenimiento del Mesías. El profeta de Dios tuvo el privilegio de anunciar la llegada del gran Siervo del Señor quien los redimirá y los reunirá en una nueva Jerusalén. En la Ciudad Santa, judíos y gentiles alabarán: la gracia, el amor y la misericordia del Dios de Israel.



*El Medio Oriente en tiempos de Isaías*







## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECCLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	<b>ISAÍAS</b>
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Dios envió al profeta Isaías a su pueblo en un tiempo de gran prosperidad. Pero ese también fue un tiempo de decaimiento moral y espiritual. En los primeros 39 capítulos de su profecía, Isaías advierte el venidero juicio de Dios sobre su pueblo y sobre todas las naciones. Sin embargo estos capítulos también contienen promesas ricas y consoladoras de la gracia de Dios y de la futura llegada del Mesías.